LA VIDA, Y HECHOS DE ESTEVANILLO GONZALEZ,

HOMBRE DE BUEN HUMOR.

COMPUESTA POR EL MISMO.

NUEVAMENTE CORREGIDA, y enmendada en esta última impresión.

QUE SE DEDICA

AL EXCELENTISSIMO SEñOR Marquès de Cuellar, Primogenito del Excelentisimo Señor Duque de Alburquerque.

CON LICENCIA:

En Madrid: Por Juan Sanz, Portero de Cámara de su Magestad.

Hallarase en su Imprenta, en la Plazuela de la Calle de la Paz.

LA VIDA, Y HECHOS
DE
ESTEVANILLO
GONZALEZ,
HOMBRE DE BUEN HUMOR,
COMPUESTA POR EL MISMO,
NUEVAMENTE CORREGIDA,
y enmendada en esta última
impresion,
QUE SE DEDICA
AL EXCELENTISSIMO SEÑOR
Conde de Oropesa,
CON LICENCIA.
En Madrid: Por Juan Sanz, Portero de Cámara de su Magestad.
Se hallará en su imprenta, en la Calzada de la Puerta de la Vega.

AL EXCELENTISSIMO SEÑOR
Don Francisco Fernandez de la Cueva, y de la Cerda, Marqués de Cuellar, hijo mayor, sucessor en la Casa, y Estados del Excelentísimo Señor Duque de Alburquerque, &c. mi Señor.



EXC.MO SEÑOR.

SEÑOR.

DEBO à la crianza de mi tio, la ocasion de tener que ofrecer à los pies de V.Exc. pues sacando de su prensa, repetida a la luz pública, la Historia de Estevanillo Gonzalez, me permite el arbitrio de que le busque Mecenas que la patrocine. En uno, y otro hay razones para que V. Exc. la acepte, y yo se la dedique: En V. Exc. por ser tan gran Principe, y en quien concurre tanta Real sangre, como manifiestan las menos favorables Historias, por tantos, y tan repetidos lazos de parentescos con las Coronas, llegando à unirse en V. Exc. à la de Cueva, la de los Infantes de la Cerda: y aunque estos Titulos de Nobleza trahen consigo el de-

fender à los que de ellos se protejen, los de ser V. Exc. tan benigno, y amante de las buenas letras, como versado en toda erudicion, sino se compiten, se sobornan, para que V. Exc. redima esta obra, del mordáz diente que la amenaza, con su sombra. En mi, por tener la fortuna de ser vassallo de V. Exc. y porque su Casa ha sido, y es el fuerte escudo, que continuamente defiende mi rendimiento en su servicio: conservandome la honra de tener en el de V. Exc. una hermana: vanidad, de que siempre me preciaré. Bien conozco la pequeñéz de la obra, pero con ella consagro à V: Exc. con un infinito dón de voluntad, y apassionado afecto, una reconocida obligacion. Recíbala V. Exc. como quien es: que yo, con tan soberana aceptacion, satisfago mi buena ley, rogando à Nuestro Señor prospére la Excelentísima persona de V. Exc. en su mayor grandeza, como necesito.

EXC.MO SEñOR.

B. los P. de V. Exc.
su mas reconocido criado,

Antonio Sanz.

DEDI-

DEDICATORIA, QUE HIZO el mismo Estevanillo Gonçalez al Excelentísimo Señor Don Octavio Picolómini de Aragón, Duque de Amalfi.

EXC.MO SEÑOR.



O, Estevanillo Gonçalez, hombre de buen humor, hijo de mis obras, y padrastro de las agenas, y menor criado de V. Exc. queriendome hacer memorable, fiado en aver merecido ser el menor criado de V. Exc. me he puesto en la plaza del mundo, y en la palestra de los combates, dando à la Imprenta este libro de mi vida, y no milagros. Y por temer el rigor de la censura de tantos Zoylos ignorantes, y de tantos émulos mordaces, y por no hallar otro mas valiente General que lo defienda de ellos, ni otro mas valeroso Soldado que lo preserve de tan ponçoñosos venenos, ni otro mas generoso Principe que me ayude, y ampare, me postro à los pies de V. Exc. suplicando humilmente, se digne de admitir esta pequeña ofrenda, para que mi vária peregrinacion, y ridículo discurso, llegue con tal auxilio à merecer aplauso, y me

sirva de alcançar de V. Exc. la merced, y favor, que hasta aqui he recibido; y de aqui adelante me prometo de su acostumbrada, y conocida magnificencia: para que demás de los Laureles, que V. Exc. ha ganado, con admiraciòn del Orbe, y espanto de los Enemigos, cante la invencible fama, entre la multitud de sus proezas, el ser honrador de sus criados, y amparo de los que poco pueden: que con esto quedarán los Curiosos alegres, de tener un libro de chança con que entretenerse; y yo, desvanecido de tener tan poderoso Dueño, de quien poder ampararme, y favorecerme.

El mas humilde, y menor criado
de V. Exc.

Estevanillo Gonçalez.

LICENCIA, Y TASSA.

TIene Juan Sanz, Impreſſor de libros, licencia para imprimir eſte libro, intitulado: *Eſtevanillo Gonçalez*, dada por los Señores del Real Conſejo, quienes le taſſaron à ſeis maravedis cada pliego, y tiene veinte y ſeis pliegos: como conſta de ſus originales.

FEE DE ERRATAS.

HE viſto eſte libro, intitulado: *Eſtevanillo Gonçalez*, y eſtá fielmente impreſſo, y correſponde al que le ſirve de original. Madrid, y Agoſto 8. de 1720. años.

Lic. Don Benito de Rio y Cordido,

Corrector General por ſu Mageſtad.

DE FRANCISCO DE LA CRUZ, criado de su Alteza, à ESTEVANILLO GONZALEZ.

OY califican tu ciencia,
Los trabajos que has passado;
Pues por ellos has mostrado
Lo que vale la experiencia:
La elegancia, y suficiencia,
Juntas se llegan à ver,
Estevanillo en tu ser,
Pues que has sido tu el primero;
Que has sabido (chocarréro)
Chancear, y componer.

DE FRANCISCO DE ALI, criado de su Alteza, à ESTEVANILLO GONZALEZ.

LAS gracias te dén laurél,
Pues que dellas eres suma;
Y el Dios Delfio por tu pluma,
Tambien te adorne con él,
Si en el decir tienes miel,
Bien se puede colegir,
Que el hacer, sigue à el decir;
Y es muy digno de alabar,
Que quien tan bien sabe obrar;
Sepa mejor escribir.

DE

DE ESTEVANILLO GONZALEZ,

AUTOR DE ESTE LIBRO.

Dieronme ser los montes de Galicia,
La sacra Roma en sus escuelas ciencia,
La libertad de Gènova conciencia,
El regalo de Nàpoles malicia.
La intratable Calabria el avaricia:
El poder limitado la paciencia,
Los trabajos del mundo la experiencia,
Y los Estados baxos la codicia.
Experto en tales dones he quedado,
En lances, y donayres tan curtido,
Que si llegasse al fin que he deseado,
Pondrè todas las chanças en olvido;
Y si no estoy del mundo retirado,
Me hallo de no estarlo arrepentido.



PRO-

PROLOGO AL LECTOR.



Charissimo, ò muy barato Lector, ò quien quiera que tu fueres, si curioso de saber vidas agenas, llegares a leer la mia, yo me llamo Estevanillo Gonçalez, flor de la jacarandayna; y te advierto, que no es la fingida de Guzman de Alfarache, ni la fabulosa de Lazarillo de Tormes, ni la supuesta del Caballero de la Tenaza: sino una relacion verdadera, con parte presente, y testigos de vista, y contestes, que los nombro a todos para averiguacion, y prueba de mis sucessos, y el donde, como, y quando, sin carecer de otra cosa, que de dia, mes, y año, y antes quito, que no añado. Por tres causas debes aplaudirla, y estimarla; la primera, por ir dedicada à el mas prudente General, y valeroso Soldado, que han conocido nuestras edades, y por ser yo una humilde hechura suya, y que solo pretendo, con este pequeño volumen, dar gusto à toda la Nobleza, imprimiendolo en estos Paises, confiado solamente en el amparo de mi amo, y señor, el Excelentissimo Duque de Amalfi, que como primero, y sin segundo Alexandro, siempre me ha amparado, y favorecido, mostrando los preciosos quilates de su grandeza, valor, y generosidad, en levantar mi humildad, y corto merecimiento de las desechas ruinas del olvido, y del inutil polvo de la tierra. La tercera, porque no lo doy a la Imprenta para hacer mercancìa de èl, sino solo para que sirva de presente, y regalo à los Principes, y Señores, y personas de merecimiento, y no volverè la cara, ni encogerè el brazo à los re-

mios

mios que me dieren ; porque soy hombre , que por tomar , tomarè unciones , y por recibir , recibirè un agravio. Tengo por imposible, que te dexe de agradar , si acaso no estas dexado de la mano del gusto , ò echa la cara à el desayre de andar corto en alabar lo que es bueno , por dar muestras de entendido. Aqui hallarà el Curioso , dichos agudos ; el Soldado , batallas campales , y viages à Levante , el amante , enredos amorosos ; el alegre , diversidad de chanças , y variedad de burlas ; el melancolico , Epitafios funebres à los tiernos mal logros del Cardenal Infante de la Reyna de España , y de la Emperatriz Maria ; el Poeta , composiura nueva , y Romances ridiculos ; el recogido en su albergue , las flores de la fulleria , las leyes de la gente de la hampa , las preeminencias de los picaros de javèga , las astucias de los marmitones, las cautelas de los vivanderos : y finalmente , los prodigios de mi vida , que ha tenido mas vueltas , y revueltas que el laberinto de Creta : Donde despues de averla leido , y hechote mas Cruces , que si huvieras visto à el demonio , la tendràs por digna , y merecedora de aver salido à luz. Dios te saque de las tinieblas de ella con bien , para que tu quedes contento , y yo pagado , y libre de tu censura.

OTRO

OTRO PROLOGO EN VERSO.

LEctor pio como pollo,
O piadoso como Enèas,
O caro como el buen vino,
O barato qual cerbeza:
Señor en lengua Eſpañola,
Monſieur en lengua Franceſa,
Domine en lengua Latina,
Y Minheer en la Flamenca.
Yo Eſtevanillo Gonçalez,
Que fui niño de la eſcuela,
Gorron de nominativos,
Y rapador de molleras.
Romero medio tunante,
Fullero de todas tretas,
Aprendiz de guiſar panças,
Sota Alferez de banderas.
Criado de un Secretario,
Marmiton de una eminencia,
Barrendero, y niño Rey
De un Principe de la Igleſia.
Barbero de mendigantes,
Cirujano de apariencia,
Maeſtro de mancar brazos,
Y enfermero ſin conciencia.
Mozo de plata de un grande,
Alguacil de vara enhieſta,
Amparador de garduños,
Reſidente de las trenas.
Menino de un pretendiente,

Pero

Peregrino con cautelas,
Bohonero con engaños,
Brandevinero con tretas.
Mandadero de prisiones,
Vendedor de tabaqueras,
Complice de la tremblona,
Trasiegador de bodegas.
Nuevo peon de Albañil,
Joven faquin de mareas,
Moderno pastor de cabras,
Tierno limpiador de cuevas.
Aguador con tres oficios,
Sirviente de la comedia,
Tornillero entre Españoles,
Soldado de sus galeras.
Vendedor de agujas finas,
Rezador de coplas nuevas,
Picaro de la Marina,
Gavilan de la pesquera,
Navegante fugitivo,
Sinon de la gente Hebrea,
Inventor de lamparones,
Page de rumbo, y librea.
Mercadante de Millares,
Don Monsiur de la alegreza,
Torvellino de Provincias,
Cosario de todas lebas.
Sentenciado à ser racimo,
Mondonguero de plazuela,
Patron del mal cocinado,
Faraute de todas lenguas.
Zurcidor de agenos gustos,

Trainel de toda braveza,
Mandil de toda hermoſura,
Caſamentero de à medias.
Cocinero de portante,
Tratante de hierro a ſecas,
Valiente ſobre montañas,
Gallina en campaña yerma.
Paſtelero de caballos,
Gorgotero de a dos ceſtas,
Diſtilador à el Aurora,
Y vvandero a la ſieſta.
Moſquito de todos vinos,
Mono de todas tabernas,
Rapoſa de las cantinas,
Cuervo de todas las meſas.
Grande deEſpaña en cubrirme,
Caballero en preeminencias,
Hidalgo de todas chanças,
Infançon de todas muecas.
Menor criado de un Duque,
Que es el Marte de la guerra,
El Achiles en las armas,
Y el Alcides en las fuerças.
Entretenido burleſco
De un Infante, cuyas huellas,
Entre Alcatifas de luces,
Piſan tapetes de Eſtrellas.
Gazeta comun de todo,
Poſtilion de buenas nuevas,
Correo de Mageſtades,
Y Embaxador ſin grandeza.
Enamorado, y zeloſo,

Sien-

Siendo à costa de mi hacienda
Asistente de Xarama,
Y hombre bueno de Cerbera.
Con gota por mis pecados,
Por mi gran culpa Poeta,
Y por mi desdicha Autor
De historias, y de tragedias.
De parte de Dios te pido,
Amigo Lector, que leas
Hasta el fin aquestas burlas,
Pues vàn mezcladas con veras.
Pues en ellas hallaràs
Donayres, chistes, destrezas,
Enredos, embustes, flores,
Ardides, estratagemas,
Quietudes, sosiegos, paces,
Temores, recelos, guerras,
Victorias, aplausos, triumphos,
Pèrdidas, desdichas, penas:
Suertes, venturas, bonanças,
Combates, males, tormentas,
Ingratitudes, mudanças,
Amor, lealtad, y firmeza.

Y si te cansa vida tan molesta,
Quando tu escribas otra, dí mal desta.

CAPI-


RETRATO DE ESTEVANILLO GONZALEZ. HOMBRE DE BVEN HVMOR.

CAPITULO PRIMERO.

En que dà cuenta de su nacimiento, estudios, y travesuras, y de un chiste donoso que le sucediò con un valiente: y el viage que hizo de Roma à Liorna.



Romètote, lampiño, ò barbado Lector, ò qualquiera que fueres, que si no lo has por enojo, solo sé de mi nacimiento, que me llamo Estevanillo Gonçalez: tan hijo de mis obras, que si por la cuerda se saca el ovillo, por ellas sacarás mi noble descendencia. Mi patria es comun de dos, pues mi Padre, que esté en gloria, me dezia, que era Español, trasplantado en Italiano: y Gallego, enxerto en Romano, nacido en la Villa de Salvatierra, y bautizado en la Ciudad de Roma; la una, cabeza del mundo; y la otra, rabo de Castilla, servidumbre de Asturias, y albañar de Portugal; por lo qual me he juzgado por Centauro à lo pícaro, medio hombre, y medio rocin: la parte de hombre, por lo que tengo de Roma: y la

parte de rocín, por lo que me toca de Galicia. Ello, si vá à decir verdad, aunque sea en descrédito de mi Padre, jamás me he persuadido à que esto pueda ser, como él lo afirmaba; porque no tuvo mi Madre tan depravado el gusto, que me avia de abortar del derrotado baxel de su varriga en el aguanoso margen del Miño, entre piélagos de Navios, y promontorios de castaños, y en esportillas de Domingos, Brases, y Pascuales, pudiendome parir muy à su salvo en las cenefas, y galon de plata de la argentada orilla del celebrado Tiber, entre abismos de deleytosos jardines, y entre montes de edificios insignes, y sobre tapetes escarchados por la copia de Amaltéa, cunas, y regazos de Rómulos, y Remos. Y quando tuviera tan mal capricho, y tan hecha la cara al desayre, que me bostezára de su gruta obscura, à ser (con perdon) Gallego, y à que perdonára à Meco, como todos sus passados, echaria la soga tras el caldero, y donde me parió me daria Bautismo; si ya no es que soñasse como Hécuba, Reyna de Troya, que de su vientre avia de salir una llama, que fuesse voráz incendio de Galicia: y despues, viendo el monstruo que avia vaciado del cofre de su barriga, se acogiesse à Roma por todo, para que su Santidad, en pleno Consistório, à fuerça de exorcismos, sacasse de mi pequeño cuerpo las innumerables le-

legiones, que tenia eſte ſegundo Roberto, que preſumo que han ſido, y ſon tantas, que quedaron el dia de mi nacimiento eſcombradas las moradas infernales, como lo verás en el diſcurſo de mi vida. Y finalmente, para que no padezca detrimento mi natividad, ni ande mi Patria en opiniones, ni pleiteen Roma, y Galicia, ſobre quien ha de llevar mi cuerpo, quando llegare ſu poſtrimero fin, convido à los curioſos al Valle de Joſafát, el dia que el Angel, pareciendo viento de mapa, tocare la tremenda trompa, à cuyo eco horrible, y eſpantoſo, ſe levantarán pepitorias de hueſſos, y armadúras de tabas: que entonces, por ſer tiempo de decir verdades, preſumo, que no la negarán mis Padres: con que todos ſaldrán de ſus dudas, y yo ſabré ſi ſoy vaſſallo de un Sumo Pontifice, ù de un Rey de Eſpaña, Monarcha de un nuevo Mundo; y a quien Dios ſe la diere, San Pedro ſe la bendiga: y en el interin, hare como haſta aqui he hecho, que ha ſido à dos manos, como embarrador, ſiendo Eſpañol en lo fanfarrón, y Romano en calabaza, y Gallego con los Gallegos, è Italiano con los Italianos, tomando de cada Nacion algo, y de entrambas no nada: Pues te certifico, que con el Aleman ſoy Aleman, con el Flamenco, Flamenco, y con el Arménio, Arménio, y con quien voy, voy, y con quien vengo, vengo. Mi Padre fue

Pintor in utroque, como Doctor, y Cirujano; pues hacia pinturas con los pinceles, y encaxes con las cartas; y lo que se ahorraba en la pasa, se perdia en el higo. Tenia una desdicha, que nos alcançó à todos sus hijos, como herencia del pecado original, que fue, ser hijodalgo, que es lo mismo que ser Poéta: pues son pocos los que se escapan de una pobreza eterna, ù de vna hambre perdurable. Tenia una Executoria tan antigua, que ni él la acertaba a leer, ni nadie se atrevia à tocarla, por no engrasarse en la espesura de sus desfloradas cintas, y arrugados pergaminos, ni los ratones à roerla, por no morir rabiando de achaque de esterilidád.

Murió mi Madre de cierto antojo de hongos, estando preñada de mi Padre, segun ella decia: quedóse en el lecho como un paxarito: Y pienso, conforme el alma tenia la cordera, que pasó de solo Roma, à una de las tres moradas, porque no era tan inocente, que al cabo de su vejéz, y aviendo passado en su mocedad por la Cruz de Ferro, y siendo tan vergonçosa, y recatada, fuesse al Limbo à vér tantos niños sin bragas. Dexó dos hijas Xarifas, siendo Christianas, de la edad que las manda comer el Doctor, con mucha hermosura en breves Abriles, y yo quedé con pocos Mayos, y muchas flores: pues no ignorando la de Ossuna, no se me ha ocultado la del berro. Despues de

ayer

aver hecho las funerales, ahorcado los lutos, y enxugado las lágrymas (aunque no fueron mas que amagos, pues ſe quedaron entre dos luzes) volvió mi Padre à ſu acoſtumbrada pintura, mis hermanas à ſu almohadilla, y yo à mi deſuſada eſcuéla, donde mis largas tardanças pagaban mis cortas aſſentaderas.

Era mi memoria tan feliz, que venciendo à mi mala inclinación, que ſiempre ha ſido lo que de preſente es, ſupe leer, eſcribir, y contar, lo que me baſtara à ſeguir diferente rumbo, y lo que me ha valido, para continuar el arte que profeſſo; pues puedo aſſegurar, à fé de pícaro honrado, que no es oficio para bobos.

Guſtó mi Padre de darme eſtudio: y con no aver, por mis traveſuras, llegado à la Philoſophia, ſali tan buen Bachiller, que puedo leer Cáthedra al que mas blaſona de ello. Trahia tan enredados à los Maeſtros con enredos, y à los diſcipulos con trapazas, que todos me llamaban el Judas Eſpañoleto. Compraba polvos de romero, y revolvialos con cebadilla, y haciendo unos pequeños papeles, los vendia à real à todos los Eſtudiantes novatos, dàndoles à entender, que eran polvos de la Anacardina, y que tomandolos por las narizes, tendrian feliz memoria: con lo qual tenia yo caudal para mis golofinas, y ellos para inquietar el eſtudio, y ſus poſadas, y caſas. Eſcapábanſe po-

cos libros de mis manos, y pocas estampas de mis uñas: sobre lo qual cada dia andaba al morro, ò avia quexas à mi Padre, y hermanas. Tenia à cargo la mayor de ellas el castigarme, y reprehenderme; y unas vezes me daba con su mano de mantequilla bofetadas de algodón, y otras me decia, que era afrenta de su linage; que por qué no acudia à quien era, y por qué no procedia como Hijodalgo: que atendiera à que nuestra Madre la decia, que yo era el Mayorazgo de su Casa, y cabeza de su Linage, y descendiente del Conde Fernan Gonçalez, cuyo apellido me avia dado por linea recta de varon: y por parte de hembra, del Ilustre, y antiguo Solar de los Muñatones, cuyos Varones insignes fueron Conquistadores de Quacos, y Xarandilla, y los que en batalla campal prendieron à la Serrana de la Vera, y descubrieron el Archiplélago de las Batuecas; y que una tia mia avia dado leche al Infante Don Pelayo, antes que se retirára al Valle de Covadonga; y otra avia amortajado al mancebito Pedrarias, siendo Dueña de honor de la Infanta Doña Urraca.

Reíame yo de todos estos disparates, y por un oído me entraba su reprehension, y por otro me salia; y finalmente fueron tantas mis rapazerias, è inquietudes, que me vinieron à echar del Estudio, poco menos que con caxas destem-

pla-

pladas; por cuya cauſa mi Padre, deſpues de averme zurrado muy bien la badana, me llevó à caſa de un amigo ſuyo, llamado Bernardo Vadia, que era Barbero del Duque de Alburquerque, Embaxador Ordinario de Eſpaña, con el qual me acomodó por ſu aprendiz, y deſpues de aver hecho el entrego de la buena prenda, ſe volvió à ſu caſa ſin hijo, y yo quedé ſin Padre, y con amo: el qual me dixo, que me quitaſſe el ſombrero, y la capa, y entraſſe à ver à mi ama, lo qual hice al inſtante: y entrando en la cocina, la hallé cercada de infantes, y no de xara. Diome una rueda de naranja para cortar la colera, y un mendrugo de pan, abizcochado de puro duro, para ſecar los malos humores; y deſpues del breve deſayuno, y deſpues de avér lavado quatro docenas de platos, eſcudillas, y pucheros, y ollas, y puеſto la ordinaria con poca carne, y mucha meneſtra, me dió vna canaſta de mantillas, pañales, ſabanillas, y baberos de los niños, y abriendo la puerta de un patio, y dandome dos dedos de xaboncillo de barba, me enſeñó un pozo, y una pila, y me dixo: Eſtevanillo, manos à labor, que eſte oficio toca à los aprendizes, y por aqui van allá, que no quiera Dios que yo os quite lo que de derecho os toca. Baxé la cabeza, y orejeando como pollino Sardeſco, deſembanaſſé los pañizuelos de narizes del puerto

del muladar: henchi la pila de sus menudencias, y despues de aver sacado mas de cien cubos de agua, y dádoles con cinquenta manos, y no de xabon, jamás salió limpio el caldo de sus espinacas. Hice lo mejor que pude la colada, tendi los trapos, y supe hacer muy bien los mios, pues me eximi con brevedad del tal oficio, que à estar mucho en èl, no huviera Estevanillo para quince dias. Hize el venidero lo mismo, y lo que huvo de menos en la lavadura de los pañales, huvo de mas en los mandados de casa, y fuera de ella: Y al tercero, al tiempo que me avia dado mi amo una librança para ir à cobrar seis ducados à la Juderia, entró en la tienda un valiente, cuyos mostachos unas vezes le servian de daga de ganchos, y otras de puntales de los ojos, y siempre de esponjas de vino. Dixole à mi amo, que se queria alçar los bigotes; y por ser tan de mañana, que aun no avian venido los Oficiales que tenia, trató de alçarselos él. Mandòme à mi (aunque yà tenía el ferreruelo puesto para ir à vér à los hidalgos del prendimiento de Christo) que encendiesse unos carbones, y calentasse los hierros. Executóse su precepto, y aviendole alçado al tal temerario la mitad de su bosque de tabaco, se armó una pendencia en la calle, à cuyo ruido de espadas se assomó mi Maestro à la puerta, y viendo que en ella avia algunos criados

dos de el Duque ſu amo, ſe arrojó à la calle à vér ſi la podia apaciguar, quedando el bravo con vn pilar, que anhelaba à remontacion, y otro, que amagaba precipicio. Y por durar mucho la pendencia, y hacer tardança mi amo, no ceſſaba el mataſiete de echar tacos, y por vidas. Preguntóme muy à lo crudo, ſi era Oficial; y yo, pareciéndome caſo de menos valer, decirle que no lo era, le reſpondi, que ſi. Dixome: Pues vueſſa merced, ſeñor chulo, me alce eſte bigote, porque donde no, ſaldré como eſtoy à la calle, y le quitaré à ſu amo los ſuyos à coces, y à bofetadas. Yo, por no alcançar algo de barato de aquel repartimiento, y porque no me cogiera en mentira, y parecerme coſa facil levantar un bigote, ſabiendo levantar dos mil embuſtes, y teſtimonios, ſin quitarme el ferreruelo, ni dár mueſtras de turbacion, ſaquè un hierro de los que eſtaban al fuego, que ſe avia eſtado eſcaldando deſde el principio del rebato, y eſcaramuza: y por no tener en qué probarlo, y parecer diligente, tomé un peine, encaxéſelo en aquella ſelva de clines, arriméle el hierro, y levantandoſe una humareda horrenda, al ſon de vn ſonoroſo chirriar, y de un olor de pie de puerco chamuſcado, le hice chicharron todo el pelamen. Alçó el grito diciendome: Hijo de cien cabrones, y de cien mil

pu-

putas, pienſas que ſoy San Lorenço; que me quieres quemar vivo? Tiróme vna manotada con tal fuerça, que haciendome caer el peine de la mano, me fue fuerça, con la turbacion, arrimarle el molde à todo el carrillo, y darle un cauterio de una quarta de largo, y dando un ay, que extremeció las ruynas del Amphiteatro, ò Coliſeo Romano, fue à ſacar la daga, para enviarme con cartas al otro mundo. Yo, aprovechàndome del refran, que à un dieſtro, un preſto, me puſe con tal preſteza en la calle, y con tal velocidad me alexe del barrio, que yo miſmo, con ſer buen corredor, me eſpanté, quando me hallé, en menos de un minuto, à la puerta de la Juderia, aviendo ſalido de junto a la Trinidad del Monte; pero una coſa es correr, y otra huir, y eſto ſin dexar el hierro de la mano: y al tiempo que lo fuy à meter en la faldriquera, hallé pegado à él todo el bigote del tal hidalgo, que era tan deſcomunal, que podia ſervir de cerdámen a un hiſopo, y anegar con él una Igleſia al primer aſperges.

Entré en la Juderia, y dando la librança que llevaba á vn Hebréo, que ſe llamaba David, me deſpachó con toda brevedad. Salíme al inſtante de Roma, contento, por averme librado de la cautividad del Egypto de mi ama, y del po-

poder de Faraon, del zayno ſin bigote. Determiné me de ir à viſitar à Nueſtra Señora de Loreto, por la fama que tenia de aquella ſanta Caſa; y aviendo caminado alguna media legua, con harta peſadumbre de dexar mi caſa, Padre, y hermanas, volví la cabeza atrás à contemplar, y à deſpedirme de aquella cabeza del Orbe, de aquella Nave de la Igleſia, de aquella Depoſitaria de tantas, y tan divinas Reliquias, de aquella Urna de tantos Mártyres, de aquel alvergue de tantos Sumos Pontifices, morada de tantos Cardenales, Patria de tantos Emperadores, Madre de tantos Generales invencibles, y de tantos Capitanes famoſos. Miré la gran circunvalacion de ſus Muros, la altura de ſus ſiete Montes. Alcides de ſus Edificios, reverencié ſus Templos, admiré la hermoſura de ſu campo, la amenidad de ſus jardines: y conſiderando lo mucho que perdia en dexarla, y lo mal que me eſtaba volver à ella, derramando algunas tiernas lágrymas, proſeguí con mi viage: y al cabo de algunas jornadas, llegué à vér aquel Celeſtial Alcazar, aquella Divina Morada, aquella Cámara Angelical, Paraìſo de la Tierra, y eterno Blaſon de Italia. Viſitaba una vez cada dia eſte pedazo de Cielo, è infinitas à un Convento, que eſtà muy cercano de Padres Capuchinos, por razon, que me ponian bien con Chriſto, con lindas tazas de Jesvs, llenas de vino, y con muy

eſ-

esplendida pitança. Quiso mi desgracia, que reñi un dia con un pobre mendigante, por averme querido ganar la palmatoria al repartir de la sopa, y baxandole los humos con mi hierro de abrasa bigotes, lo dexé con dos dientes menos.

Y dexando la quietud de aquella santa vida, me fue forçoso poner tierra en medio. Fuime al Santo Christo de Sisa, y desde alli à la famosa Villa de Siena. Llegué à ella en tiempo de féria, y hallela toda llena, assi de gentes de varias Naciones, como de diferentes mercancias: y andandome paseando por ella, me llegaron à hablar dos mancebos muy bien puestos, los quales, aviendose informado de mi Patria, y nombre, me dixeron, que si los queria servir, puesto que estaba desacomodado. Yo, pensando que eran algunos mercadantes ricos, les dixe, que si; y llevàndome à su posada, despues de averme dado muy bien de cenar, me dixo el uno de ellos, que era Español: Estevanillo, tu no tienes mas à quien servir, ni contentar, que à mi, y à mi camarada, y ayudarnos à llevar adelante nuestra antigua tramoya, y comer, y beber, oír, y callar, y antes ser martyr, que confessor: Yo les prometí tener ojos de Alguacil cohechado, orejas de Mercader, y habla de Cartuxo; y abriendo un escritorio sacó de un caxon un mazo de doze baraxas de naipes nue-

vos;

vos; y el otro camarada, que era Napolitano, un vaion de dados, y los instrumentos necesarios: y assentàndose en dos sillas baxas junto al fuego, hicieronme avivar la lumbre con un poco de carbon, à cuya brasa puso el Italiano un crisol con un poco de oro, y una candileja con plomo. Desempapeló mi Español sus cartas, y no venidas por el correo, y sacando de un estuche unas muy finas, y aceradas tixeras, empezó à dár cuchilladas; cortando coronas reales, cercenando faldas de sotas, por vergonçoso lugar, y desjarretando caballos, señalando las cartas por las puntas para quinolas, y primera, dandoles el raspadillo para la carteta, y echandoles el garrote, y la ballesta para las pintas, sin otra infinidad de flores. El Italiano, en una cuchara redonda de acero, empezó à amolar sus dados, sin ser cuchillos, ni tixeras, haziendolos de mayor, y de menor de ocho, y trece, de nueve, y doce, y de diez, y once, y despues de aver hecho algunas brochas, dando barreno à dos docenas de dados, hinchó los unos de oro, y los otros de plomo, haciendo fustas para juegos grandes, y para rateros. Dixeronme, que tuviera atencion en aprender aquel Arte, porque con él seria uno de mi linage. Puse tanta atencion en lo que me mandaron, que dentro de un mes pude ser maestro de ellos, porque siempre se inclinan los ma-

los

los à aquello que les puede perjudicar. Deſpues de aver acabado el Eſpañol de cercenar naipes falſos, y el Italiano de amolar hueſſos de muertos, para dár ſepulcro con ellos à los talegos de los vivos, nos fuimos à repoſar lo poco que quedaba de la noche. Deſde alli adelante me llevaban todos los dias por ſu page de flores, y naipes, y cargado de naipes, y dados, que era ſu aderezo de reñir; campeaban los dos à coſta de blancos. En eſta forma ibanſe à las caſas de juego, concertabanſe con los garíteros, prometianles el tercio de la ganancia que ſe hicieſſe, aſſegurabanles el peligro, por la ſutileza de la labor; y à donde no conſentian ſu contagion, hacian tener de reſpeto, quando jugaba el Eſpañol, media docena de barajas, à las quales yo, y el Italiano le dábamos con la de Juan trocado, y al garitero, y à los tahures con la de Juan grajo; y quando jugaba el Italiano, haciamos yo, y el Eſpañol lo miſmo, echandonos ſobre la tabla, y acercando los dados à nueſtras pertenencias, y llevando de reſerva entre los dedos una fuſta, para valerſe de ella, quando la huvieſſe meneſter. Doblàbanſe con perſonas de cantidad, y à vezes de calidad, las quales hacían tercio, adonde quiera que jugaban: cargàbanles las ganancias, en virtud de ſus ayudas, y deſtrezas. Salian mis amos ſiempre perdidoſos, al parecer de los mirones, por lo qual

qual todos los tenian por buenos jugadores, y ſolicitaban de jugar con ellos. Sabian las poſadas mas ricas, teniendo en todas, a coſta de buenos baratos, quien les daba aviſo de quando avia huéſpedes de buen pelo. Acudian a ellas, trataban amiſtad con los que hallaban, quedábanſe à comer con ellos a eſcote, y por ſobremeſa, en achaque de entretenimiento, dábanme dineros, y enviabanme, por lo que yo trahia, y empezando por poco, acabában por mucho, dexando à los pobres foraſteros en Cruz, y en quadro. Y con hacer los dos muy grandes ganancias, cada uno en lo tocante à ſu flor, nos moríamos de hambre; porque lo que ganaba el Eſpañol a las cartas, lo perdia à los dados: porque además de no conocerlos, no ſe ſabia aprovechar de lo poco que alcançaba à entender: y lo que el Italiano ganaba à los dados, perdia à los naipes: que aunque tenía en caſa el Maeſtro, no avia aprendido a leer en libro de tan pocas hojas.

Yo andaba ſiempre temeroſo de que ſe deſcubrieſſe la flor, y por cómplice en ella, en lugar de enviarme à Galicia, me enviaran à Galiléa, ò por ſer muchacho me dieſſen algun eſtrecho jubon, no neceſsitando dél. Mas quiſo mi fortuna, que eſtando una noche los dos cenando, y algo triſtes, y receloſos (porque uno de los perdidoſos le avia ganado el Italiano)

me-

me enviaron à llamar à unos amigos suyos, para que se informassen, si los avia reconocido, ò sospechado algo. Yo, pensando que yà se avia descubierto la maula, y que toda la Justicia daba sobre nosotros, con intencion de no volver, y por no irme sin cobrar mi salario, yà que me avia puesto à tanto riesgo, sali fuera à una antesala, y tomando el ferreruelo del señor Español, que era nuevo, y de paño fino, dexé el mio, que estaba bien raído, y saliendo à la calle, informandome por el camino de Liorna, me sali de la Villa, y con la claridad de la Luna, por temor de que no fuesse seguido, anduve aquella noche tres leguas: y al cabo de ellas, hallando una pequeña choza de Pastores, cercana del camino, me retirè à ella, adonde fuy acogido, y pude con sossiego descansar, hasta tanto, que el Alva se reia de vér al Aurora llorar à su difunto amante, siendo muger, y no fea, ni mal tocada: que à este tiempo, dexando la pastoril cabaña, y prosiguiendo mi començado camino, me di tanta priesa à alexarme de mis amos, que otro dia al anochecer llegué à Liorna, y metiéndome en una posada à descansar de la fatiga que avia passado, supe otro dia, como las Galeras del Gran Duque de Toscana estaban de partida para Mecina, para irse à juntar con las de España, y Nápoles, y con otras muchas, que avian ocurrido para agregarse

con

con la Real, eſtando por Principe de Mar, y Tierra, y por General de aquella Naval el Sereniſsimo Principe Emanuel Filiberto, cuya fama, virtud, y ſantidad, por no agraviarlas con el toſco vuelo de mi toſca pluma, las remito al ſilencio. Y aviendo alcançado licencia de un Capitan de Galera, me embarqué en la que llevaba à ſu cargo, por eſtar informado ſer todas las de aquella Eſquadra Aguilas del Mar, cuyos Caballeros, ſus defenſores de la Orden de San Eſtevan, dàn terror al Turco, y eſpanto a ſus fronteras, tienen fatigado ſu Templo con el peſo de los eſtandartes, y medias lunas Africanas, y con cadenas de multitudes de Cautivos Chriſtianos, à quien han dado amada libertad, añadiendo cada dia à las Hiſtorias nuevas proezas, y eternizadas victorias.

CAPITULO SEGUNDO.

En que refiere ſu embarcacion, y llegada à Mecina, y viage de Levante: y lo que le ſucediò en el diſcurſo dèl, y en la Ciudad de Palermo, haſta tanto que ſe auſentò della.

SAlimos una tarde de eſta pequeña Cartàgo con viento freſco, y mar ſerena, y con todos los amigos, que requiere una feliz navegacion. Eſtuve tres dias tan mareado, que al

compás, que daba sustento a los pezes del mar; ahorraba raciones de bizcocho à los caimanes de galera. Alentème quanto pude, sirviendome de antidoto para volver en mi, el ser asistido del dicho Capitan con animados sorbos de vino, y tragos de malvasia, que tengo por cosa asentada; que estos liquores me volvieron à mi primer ser, y que si despues de muerto, y engullido en la fosa, con un cañuto, ò embudo me lo echassen por su acostumbrado conduto, me tornaran el alma al cuerpo, y se levantara mi cadaver à ser esponja de pipas, y mosquito de tinajas. En efecto llegamos à Mecina, adonde quedè absorto de vèr la grandeza de su Puerto, ocupado con setenta galeras, y cinquenta baxeles, todo debaxo del dominio del Planeta, y Rey Quarto, defensor de la Fè, y azote de los enemigos de ella; y el contemplar tanta gente de guerra, de tan extrañas, y apartadas Naciones, tanta diferencia de belicosos instrumentos, el clamor de tanto pito, el ruydo de tanta cadena, las diferentes libreas de tantos forçados, y la variedad de tantos estandartes; pareciòme que estaba en otro mundo, y que sola aquella Ciudad era una confusa Babilonia, siendo una tierra de promission. Alegrabanme los acentos de los bodegones maritimos, apellidando los unos, tripa, tripa: y los otros folla, folla, repitiendo en mis oìdos

los

los ecos Arabigos, que decian: Macarrone, Macarrone, qui mangia uno, mangia dos; pero entriſteciame de vèr, que todos comian, y yo ſolo los miraba. Arrimeme à un eſclavo negro, tan limpio de conciencia, que lavaba media docena de menudos con una racion de agua. Hicele mil zalemas, y ſumiſsiones, por ſaber, que era mercadante de panças: y por verme racional camaleon. Ofrecile mi perſona, diciendole ſer unico en el caldillo de los reboltillos, y en el agilimoge de los callos; èl agradandole mas el verme desbarbado, que no el ſer buen cocinero, me recibiò, haciendome aquella tarde dàr ſeis caminos deſde el matadero de la Villa haſta ſu barraca, cargado de patas de vaca, y manos de vitela: y dandome, deſpues de mi moleſtazo trabajo, un plato de mondongo verde, con peregil rumiado. Por vèr la brevedad de el deſpacho, y el deſpojo, y ruina, que hice en ſus panecillos, me dixo, que me fueſſe à traher mi ropa, y à buſcar un fiador que darle, para tener ſeguro ſu bodegón, porque de otra ſuerte, no me recibiria; porque no avia muchas horas, que ſe le avia ido un criado con un cuaxar cocido, y una media cabeza ſancochada: y que aſsi, mas queria eſtàr ſolo, que mal acompañado. Yo, dando gracias à Dios de ſalir de la eſpeſura de ſu mal cocinado, me

plantè en la playa, y el primer Eſpañol que encontrè en ella, fue un Alferez del Tercio de Sicilia, llamado Don Phelipe Navarro del Piamonte, el qual poniendo los ojos en mi, me llamò, y preguntò, que ſi eſtaba con amo, ò lo buſcaba, y ſi tenia Padre, ò hermanos, ò algunos parientes, ò conocidos en aquella Ciudad. Reſpondile, que no tenia dueño, y que andaba en buſca de uno, que me trataſſe bien, y que era tan ſolo como el eſparrago, y del tiempo de Adàn, que no uſaban parientes. Contentòle mi agudeza, y dixome, que ſu oficio era, vigilia de Ayudante, y viſpera de Capitan: que ſi lo queria ſervir, ſeria uno de los de la primera plana, y que eſguazaria à tutiplen. Yo, ignorando eſta gerigonça abaſcuençada, por no ſer practico en ella, y por ſer tan joven, que en el miſmo mes que eſtabamos cumpli trece años, bien empleados, pero mal ſervidos; penſando, que la primera plana era ſer de los Guzmanes de la primera hilera: y el eſguazar, darme algun poco de dinero: y el tutiplen, llegar con el tiempo à ſer Plenipotenciario, concedi en quedarme en ſu ſervicio; y diciendole mi nombre, le fuy ſiguiendo à ſu poſada, donde en los pocos dias que eſtuvimos en ella, lo paſſamos con mucho regalo. Avia ido el Capitan de nueſtra Compañia à la Ciudad de Palermo, à ciertos negocios ſuyos, por

cu-

cuya auſencia mi amo, como ſu Alferez, metia la guardia, llevando yo ſu bandera, con mas gravedad, que Perico en la horca; porque es muy proprio de hombres humildes, enſoberbecerſe en viendoſe levantados en qualquier pueſto, ù dignidad. Perſuadime, que todos los que quitaban el ſombrero à la Real inſignia, me los quitaban à mi, por lo qual hacía mas piernas, que un preſumido de valiente, y me ponia mas hueco, y pompoſo, que un pavòn Indiano. Peſabame eſtàr auſente de mi Padre, y hermanas, y en parte que no podian vèr el hijo, y hermano que tenian, y al oficio, que avia llegaco en tan breve tiempo, ganado por mis puños. En eſta ocaſion nombrò ſu Alteza Sereniſsima el Principe Filiberto Manuel de Saboya, Generaliſsimo de la Mar, treinta galeras, para ir en Corſo la vuelta de Levante, en buſca de navios, y galeras Turcas, yendo por Cabo de ellas Don Diego Pimentèl, y Don Pedro de Leyva, ſiendo mi Compañia una de las que tocò embarcarſe para ir en aquella navegacion. Salimos de Mecina un Sabado por la tarde, y aviendo aquella noche dado fondo en Rijoles, Reyno de aquel Apoſtol Calabrès, que por quitarſe de ruidos, y malas lenguas, ſe hizo morcon de un ſaùco. A la mañana zarpamos, encomendando à Dios nueſtros buenos ſuceſſos, y rogandole nos volvieſſe victorio-

ſos. Mi amo me mandó, que tuvieſſe cuydado de aſsiſtir al fogon, y de aderezar la comida para nueſtro rancho; y acordandome de las mudanças de fortuna, referi aquella ingenioſa gloſſa, de *Acordaos flores de mi.* Y aunque me llegò al alma el baxar de Alferez à cocinero, por reparar, que era oficio ſocorrido, y de razonables percances, no le repliquè, ni me di por ſentido; antes en pocos dias ſali tan buen oficial de marmitòn, que podia ſer Archipreſte de la cocina del Gran Tamorlàn.

Paſſamos el mar de Venecia, reconocimos el cabo de quatro colunas, y al cabo de quatro jornadas, ſurcando la coſta de Grecia, cogimos una barca de Griegos, à viſta de Puerto-Mayno. Yo iba à eſta guerra tan neutral, que no me metia en dibuxos, ni trataba de otra coſa, ſino de henchir mi barriga, ſiendo mi balleſtera el fogon, mi cuchara, mi pica, y mi cañon de cruxia, mi reverenda olla: uſaba en aviendo algun arma, ò faena de las ſiguientes chanças. Iba ſiempre apercebido de una coſtra de bizcocho, la qual llevaba metida entre camiſa, y pellejo. Procuraba poner mi olla en la mejor parte, y en medio de todas las demàs; y para no hallar impedimento, madrugaba, y les ganaba à todos por la mano. Y quando la galera andaba revuelta, chirriando el pito, y curreando los baſtones, quitaba la gordura

de

de las mas ſazonadas ollas, y traſpaſſabala à la mia, con tal velocidad, que aun apenas era imaginado, quando ya eſtaba executado. Y por hacer ſalva à algunos púlpitos relevados, piñatas de reſpeto de Oficiales de marca mayor, en deſcuidandoſe un inſtante el que eſtaba de guardia, zampaba mi coſtra en el golfo de ſus eſpumoſos hervores, y en viendola calada, ſin ſer viſera, la volvia à ſu depoſito, algunas vezes tan caliente, y abraſante, que al principio fue toda mi barriga vn pielago de vegigatorios. Pero deſpues que me hice à las armas, eſtaba toda ella con mas coſtras, que cien aſſentaderas de monas: mas lo tenia por deleyte, que por fatiga. Eſta empapada, y abahada ſopa, me ſirvió ſiempre de deſayuno, ſin otros retazos agenos, mas ganados à fuego, y cuchara, que no à ſangre, y fuego. No dexarè de confeſſar, que algunas vezes me cogiò la centinela con el hurto en las manos, y quitandome la eſpumadera, y dandome vn par de cucharazos, deſpedia ſu colera, y yo guardaba mi coſtra; porque en eſte mundo no hay guſto cumplido, ni ſe peſcan truchas à bragas enxutas, andando, como dicen los Poetas, entre rumbos de criſtal, rompiendo ceruleas hondas, y fatigando con pies de madera, y alas de lino campañas de ſal, y montes de armiños. Cogimos diez y ſiete caramuzales, y una urca, ellos llenos de colacion

de los llagados del mal Francès, y ella ballena de ricas mercancias; y aunque no tuve de ellas parte, con ser de los de la primer plana, me tocaron algunos despojos de la pasa, y higo, que me sirvieron algunas semanas de dulcísimos principios, y de sabrosos postres. Volcóse uno de los caramuzales, por la codicia del assalto, y competencia del saco, quedando los codiciosos hechos sustento de taburones, y alimento de atunes. Yo, que jamàs me meti en ruidos, ni fui nada ambicioso, me estaba tieso, que tieso en mi cocina, à la qual llamaba el quarto de la salud. Fuimos à Castel Roxo à hacer aguada, y salimos rabo entre piernas, por la fuerça de los Turcos de tierra; y assi nos retiramos à la mar, de quien eramos señores. Enderezamos las proas à S. Juan de Pate, tierra de Grecia, donde nos hablaban en Griego, y nos chupaban el dinero en Ginovès: que yo reniego de la amistad del mejor Pais de contribucion: digolo por este, que es contribuyente del Turco, que los demàs, su alma en su palma. Volvimos à Puerto-Mayno, donde cargamos de codornizes, ò coallas saladas, y embarriladas, como si fuessen anchovas, trato, y ganancia de los moradores de aquella tierra, adonde siendo yo maestro de toda patraña, me engañaron como à Judio Caribe, y fue en esta forma: Diome mi amo media docena de pesos:

Me-

Mexicanos, y mandòme ſaltar en tierra à meter algun refreſco. Salté en ella, y hallè junto al Puerto una gran cantidad de Villanos, cada uno con un carnero, y todos ellos con cien manadas de malicias. Pareciòme, que me eſtaria mas à cuento comprarles uno, por eſtar mas à mano la embarcacion, que irlo à buſcar à la Villa, que eſtà de alli una gran milla, y volver, quando no cargado, embarazado. Lleguè à un villano, y concertè el que tenia, que me pareciò de tomo, y lomo, en una pieza de à ocho. Peſcòme el taimado la pieza con la mano derecha, y con la izquierda hizo amago de entregarme el aventajado marido al uſo. Y al tiempo que fui à aſsir de la yà venerada cornamenta, ſoltò el villano el atril de San Marcos, y dexò en libertad el origen de el vellocino de Colcos. Empezò el tal animal à dàr brincos, y ſaltos la vuelta de la Villa, partiendo el amo mas ligero que un viento en ſu alcance, dando mueſtras de quererle coger: y yo, con mas velocidad, que una deſpedida ſaeta, fuy en ſeguimiento del amo, por cobrar mi real de à ocho. El carnero huìa, el dueño corria, y yo volaba. Fue tanta mi ligereza, que lo vine à alcançar en un boſque frondoſo, que eſtaba en la mitad del camino, que avia de la Villa al Puerto. Preguntèle por el carnero: dixome, que ſe avia metido por la eſpeſura del boſque, y que no ſabia

dèl. Pedile mi dinero, à lo qual alegò, que lo vendido vendido, y lo perdido perdido: que ya èl avia cumplido con entregarmelo, que huviera yo tenido cuidàdo de aſsirlo con brevedad, y ponerlo en buen recado. Yo movido à ira de la ſinrazon del Villano, por verlo ſolo, y ſin armas, me atrevi à meter mano à una eſpadilla vieja, y mohoſa, que avia ſacado de galera, penſando de aqueſta ſuerte atemorizarlo, y reducirlo à que me volvieſſe mi dinero; pero me ſucediò mui al contrario de lo que yo imaginè, porque apenas el tal borreguero viò en cueros, y ſin camiſa el acero novel, quando empezò à dàr infinitas vozes, diciendo: Favor, que me matan; ſocorro, que me roban: à cuyos gritos ſaliò de lo mas intrincado del boſque una manga ſuelta de toſco villanage, que Dios me libre, por ſu ſantiſsima Paſſion, de ſemejante canalla. Venian todos cargados de chuzos, y eſcopetas; y antes que fueſſen deſcubiertos de mi, yà me avian atajado los paſſos, y quedè en manos de villanos: que de las deſdichas que ſuceden à los hombres, eſta es una de las mayores. Llegò uno, que parecia cabo de cuchara de los demàs, preguntòle à mi inocente Judas la cauſa de ſu lamento, y èl le dixo, que deſpues de averme vendido un carnero, y dadole ocho reales por èl, le avia ido ſiguiendo, con intencion de quitarſelos, y que

al

alcançandolo en aquel pueſto, ſe lo avia pedido con muchos retos, y amenazas; y que porque me los avia negado, avia metido mano à la eſpada para matarlo, y robarlo. Ellos ſin oìr mi diſculpa, que baſtaba à Ines ſer quien es, llegaron à mi, y deſpojandome de la durindana, me dieron tantos cintarazos con ella, y tantos palos con los chuzos, que deſpues de averme abarrado como encina, me dexaron hecho un pulpo à puros golpes. Fueronſe todos, haciendo grande algazàra, y dando muchas mueſtras de alegria: y yo viendome ſolo, y tendido en tierra, y en medio de tan lobrega paleſtra, temiendo no ſalieſſe otra emboſcada, que me dexaſſe ſin deſpojos, yà que la paſſada me dexaba ſin eſpada, y ſin coſtillas, me levantè como pude, y deſgajando de un ſauce un mal acomodado baſton, le ſupliquè, que me ſirviera de arrimo, y abordonando con èl, me volvi à mi galera, donde contè todo el caſo, el qual fue celebrado, y juzgaron à buena ſuerte aver ſalvado los cinco de à ocho. Contònos el Patron de la galera, que èl avia llegado alli diverſas vezes, y que avia viſto hacer la miſma burla à muchos Soldados, y que todos los carneros, que conducen à aquel Puerto, los tienen adeſtrados à huirſe en viendoſe ſueltos, y volverſe à ſus caſas: y que eſcogen los mozos mas ligeros de aquella cercana Villa, para venirlos à vender, teniendo de retèn, para los que

los

los siguen, una quadrilla de villanos armados à la entrada de aquel bosque; y que aunque se han querido vengar algunos Soldados de su engaño, y villania, no se avian atrevido, por el bando, que echan los Generales, de pena de la vida, al que les hiciere mal, ni daño; porque temen que pongan en arma la tierra, y les impida aquel retiro de qualquier tormenta, y el hacer aguada, y tomar algun refresco. Di gracias al Cielo de aver escapado con la vida, y de aver llegado à tiempo, en que no solo los hombres engañan à los hombres; pero enseñan à los animales à dexarlos burlados. Yo tuve que rascar algunos dias, y de que acordarme todos los que viviere.

Tuvimos una noche en este mismo Puerto una procelosa tormenta, llegando à pique de perderse toda la armada, porque las galeras, abatidas de la fuerça de los vientos, y combatidas de las soberbias, y encumbradas hondas, rompiendo cabos, y despedazando gúmenas, se encontraron, y embistieron unas con otras, y como si fueran dos enemigas Esquadras, se quebraban los remos, se desgajaban los timones, y se maltrataban las popas: y mientras unos llamaban à Dios, y otros hacian promesas, y votos, y otros acudian à sus menudas faenas, mi merced, el señor Estevanillo Gonçalez, estaba en la camara de popa, haciendo peniten-

cia

cia por el buen temporal, con una mochila de paſas, y higos, dos panecillos freſcos, y un fraſco de vino, que le avia ſoplado al Capitan diciendo con mucha devocion: Muera Marta, y muera harta. Ceſsò la tormenta, remendaronſe las galeras lo mejor que ſe pudo, y volvimos atras, como potros de Gaeta, quando penſabamos paſſar muy adelante. Puſieron en cadena unos Patrones, porque aſſeguraron à los Generales, que llevaban baſtimento para tres meſes, no llevandolo para ſeis ſemanas; por cuyo engaño quizà ſe perdieron muchas victorias, y ſe malograron muchas ocaſiones que de ello pudiera decir cerca de eſto, y de otros ſuceſſos que han paſſado, y paſſan de eſta miſma calidad, no ſolo à Patrones de galera, ſino à Governadores de Villas, y Caſtellanos de fortalezas, y à municioneros, y Proveedores, en quien puede mas la fuerça de el interés, que el blaſon de la lealtad! Pero no quiero mezclar mis burlas con materia de tantas veras, ni aguar la dulçura de mi bufa, con el amargura de decir verdades. Paſſamos por entre Turcos, y Griegos, deſpues de aver deſcubierto con turbantes de nubes, y plumas de celages, el altivo, y celebrado Etna, el ardiente Volcan, y el fogoſo mongivelo: llegamos à Mecina llenos de banderolas, flamulas, y gallardetes; ſaludamos la Ciudad con pelica-

nos

nos de fuego; y ella con neblies de alquitran, hizo salva Real à nuestra buena venida, y publicada victoria. Saltamos en tierra, donde los dos Generales fueron bien recibidos de su Alteza Serenissima el Principe Filiberto Manuel, el qual saliendo à vèr su victoriosa armada, honrò à todos los Capitanes, y Soldados particulares, assi con obras, como con palabras; porque solo dan honra los que la possèen, y deshonra los que carecen della; porque no puede dàr ninguno aquello que no tiene. Mandò poner à la Urca de la presa un artificio en forma de carroza, que en virtud de sus quatro ruedas andaba sobre el agua, caminando à todas las partes que la queria llevar sin velas, y remos, ni timon, que à todo esto ha llegado la sutileza de los ingenios, y todo esto puede la fuerça del oro. Retiraronse à sus puestos la mayor parte de las galeras, particularmente las del Gran Duque de la Toscana, quedandose en Mecina sola una esquadra de veinte y cinco galeras, en las quales embarcandose su Alteza, y dexando aquella Ciudad en una confusa soledad, partimos la vuelta de Palermo à gozar de su cocaña. Detuvimonos veinte y un dias en Melazo, por falta de buenos temporales. Hay en este Puerto una Iglesia de la advocacion de S. Fanfino, avogado de gomas, y lapas, adonde qualquiera persona que llega à encomendarse à este bendito Santo, padeciendo estas

tas enfermedades, metiendoſe en el arena de ſu marina, y echando ſobre ella una poca de agua del mar de aquel Puerto, le ſalen en breve eſpacio milagroſamente infinidades de guſanos de ſus llagas antiguas, ò modernas, y queda bueno, y ſano de ſu peſtifera enfermedad. Yo, que por andar bien aforrado de paño, y vino de Pedro Ximenez, no neceſsitè de eſte S. milagro, y quando acaſo neceſsitàra, por no echar ſobre mi cuerpo la coſa que mas aborrezco, que es el arraſtrado, y ſucio elemento del agua, me quedàra hecho otro Lazaro leproſo. Si eſte divino Santo convirtiera eſte milagro en el de la boda de Architriclino, y volviera aquel agua del Puerto de San Fanfino en vino de San Martin, te aſſeguro, que dexàra de ſeguir las galeras, y que dexando el mundo, me retiràra à eſte ſagrado à hacer penitencia de mis pecados en el humedo yermo de ſu bodega, ò cantina.

Proſiguiendo el viage de aquella fertil, y abundante Corte de Palermo, me ſucediò una deſgracia en mi aplaudido, y celebrado fogon, con que di con los huevos en la ceniza; y fue, que yendo una mañana a querer poner la olla, con una poca de carne, que avia quedado en mi rancho, por ſer el ultimo dia de la navegacion, al tiempo que la meti en un valde, y alarguè el brazo al mar deſde la proa, para coger

un

un poco de agua para lavarla, llegò una soberbia honda, tomentada de una marèta sorda, y cargò con la carne, y lavadero, y me dexò mojado, y descarnado. Yo, por no dexar à mi amo sin comer, ni hallar, por mis dineros, con què encubrir el robo maritimo, arrimè al fogòn la piñata, llena de tajadas de bacallao, pensando, que en virtud del ajazo, y pimenton, supliera la falta del sucedido fracaso; y aviendo espiado una olla de un Capitan, pienso que podrida, pues tan hedionda fue para mi: y visto, que el guardian de ella se entretenia en la cruxia en el juego de dados, le di el gatazo, y à su olla assalto. Pues yendo à mi rancho, y trayendo un pequeño caldero vacio; trasposse el bacallao èl, y la olla del Capitan a la mia. Hecho este trueque sin partes presentes, zampè el pescado del caldero en la olla Capitana, y volviendolas à tapar à las dos, volvi el caldero à su lugar, y poniendo la mesa, y llamando a mi amo, y à sus camaradas, apartè la piñata, y hiceles que comiessen temprano, por estar à quatro millas de Palermo. Alabaron todos lo sazonado de la olla, confirmandome por el mejor cocinero de la armada. Levantòse nuestra tabla al tiempo que se puso la del Capitan, y que el guardian, y maestro de cocina, aviendole hecho dexar el juego, venia muy cargado con su olla Victoriana.

Deſembarazoſe de ella, quitóle la cobertera, y al quererla eſcudillar, ſe quedó hecho una eſtatua de piedra, ſin menear pié, ni mano. El Capitan, viendo ſu elevacion, y que apenas peſtañeaba, le preguntó la cauſa, penſando que le avia dado algun accidente. El le reſpondió, viendo aquella transformacion de Ovidio en ſu olla, que ſin duda aquella galera ſe avia vuelto Palacio de Circe, pues a él lo avian convertido en marmol frio, à la carne de aquella olla en bacallao. Viendo el Capitan el ſuceſſo tan en ſu daño, echò a rodar la meſa de un puntapié, y con mucho enojo le dixo al cocinero ſoldado, que ſi él no ſe huviera puesto a jugar, ni nadie ſe huviera atrevido à tales transformaciones, ni él ſe quedára burlado, y ſin comer: que echaſſe el peſcado à la mar, y que de alli adelante no ſe encargaſſe de guiſar ſu comida, que él buſcaria quien acudieſſe con mas cuidado. Con eſto le volvió las eſpaldas muy enfadado, y el pobre Soldado con muy grande flema llevó à un banco la encantada olla, y dió lo que eſtaba dentro à los forçados de él: y teniendo ſu piñata vacía en la mano derecha, al quererſe ir al llegar à ſu rancho, un eſclavo, à quien tocó parte de las tajadas de bacallao, quizà agradecido de la limoſna, que le avia hecho, le contó aver ſido yo el autor de aquella maraña, y el varon ſanto, que

convertia la carne en pescado, para mortificacion, y continencia del Capitan, y que él me avia visto hacer el milagro, y la trasladacion de un sepulcro à otro. Yo, que estaba receloso de ser descubierto, y andaba escondido para vér en qué paraba aquel alboroto, estaba cerca del bando contrario, bien ignorante de lo que en mi contra se trataba. El Soldado, assi que se satisfizo de la verdad, por volver por su reputacion, puso por obra la vengança: y llegandose à mi, y alçando el vaso, y olla muy ayrosamente, rompio los cascos de ella en los de mi cabeza, diciendome: Señor soto Alferez, quien goza de las madruras, goze de las duras; y quien come la carne, roya los huessos. Yo caí sin ningun sentido sobre la cruxia, adonde al ruido del golpe acudió mi amo, y su Capitan: informaronse del caso, y por vér que me bastaba por castigo el estár como estaba, pidió el Capitan à mi amo, que me despidiesse luego que llegasse à Palermo, porque quien hacia un cesto, haria ciento: el qual le prometiò de hacerlo assi. Fueronse los dos à la popa, y yo, despertando del sueño de mi desmayo, ò letargo de mi tamborilazo, me hize curar de un barberote media docena de burujones, que me avian sobrevenido de achaque de olla podrida, y entrapajadome muy bien la cabeza, me fuy poco à poco à mi rancho. Leyóme la sentencia mi amo

amo, dandome (aunque ſobre peine, por averle ſabido bien la olla) ſu poquita de reprehenſion. Dixele, que ſupueſto que me deſpedia, aviendome ſucedido aquella deſgracia, por acudir à ſu regalo, que me pagaſſe lo que me debía, conforme al concierto que hizo conmigo en Mecina, quando me recibió. Preguntóme, que ſi deſvariaba con el dolor de la cabeza, porque el no avia concertado nada conmigo, ni de tal ſe acordaba, ni que à los abanderados ſe les daba otra coſa que de comer, y beber, y un veſtido cada año. A eſtas razones le reſpondi algo enojado, que él no me avia recibido para abanderado, ſino para eſtár en la primera plana, y para eſguazar, y que no ſolo no me avia dado el ſueldo de la primera plana, ni los provechos del eſguazo, ni pueſtome en el abançamiento que me avia prometido; pero que en lugar de cargo tan honoroſo, me avia obligado à ſer lamedor de platos, y marmitón de cocina, por lo qual me avia venido à vér en el eſtado en que eſtaba. Mi amo, deſpues de averſe reido un gran rato, me dixo: Señor Eſtevanillo, vueſſa merced ha vivido engañado: El ſer abanderado es oficio de la primera plana, cuyo ſueldo tira el Alferez: Si el eſguazar ha penſado, que no es otra coſa que comer, y beber, ſerá el ollazo que le han dado ſobre la cabeza. El tutiplen es, que

vuessa merced es en todo, y por todo otro Lazarillo de Tormes; mas porque no te quejes de mi, ni digas que te he engañado, no siendo nada inocente, ves aqui dos reales de à ocho para ayuda de tu cura, y para que esguazes en saltando en tierra, y bebas un frasco de vino à mi salud. Yo los recibí, y le agradecí la merced que me hacia, y me fuy previniendo para salir de aquel abreviado infierno, por estár yá cerca de tierra.

Tenia la Ciudad, y Corte insigne de Palermo hechos grandes apercibimientos para recibir à su Alteza Serenissima, por dár muestras de su valor, y grandeza, y por significar el gusto que tenia de que la viniesse à mandar, y à gobernar tan Gran Principe, y tan lleno de perfecciones, y excelencias; y assi al tiempo que llegó cerca de su playa (colmó el mar de valas el ayre de fuegos, la esphera de humos, y la tierra de horrores) desembarcóse de su Real al son de bélicos instrumentos de guerra, y acompañado de la Nobleza ilustre de aquel Reyno, y aplaudido de los habitadores, entró en una de las mejores Ciudades que tiene el Orbe, y en uno de los mas abundantes, y fértiles Reynos de quantos encierra la Europa. Tomó pacifica posseísion de su merecido gobierno, y yo inquieto amparo de una pobre hosteria, adonde en pocos dias quedé sa-

ſano de la cabeza, y enfermo de la bolſa. Mas como tras la tormenta ſuele venir la bonança, aſsi tras de una deſgracia ſuele venir una dicha, que à averla ſabido conſervar, harto feliz huviera ſido la que hallé à los ocho dias de mi deſembarcacion: pues yendome una tarde paſſeando por el cazaro de Palermo, admiracion del preſente ſiglo, y aſſombro de los cinceles, me llamó un Gentil hombre, que ſervia de Secretario à la ſeñora Doña Juana de Auſtria, hija del que fue eſpanto del Otomano, y prodigio del mar de Lepanto. Dixome, que me avia encontrado tres, ò quatro vezes en aquella calle, y que le avia parecido ſer foraſtero, y eſtár deſacomodado: que ſi era aſsi, que él me recibiria de buena gana, y que me trataria como ſi fuera un hijo ſuyo, en el regalo, y en el traherme bien pueſto. Pareciendome el partido mas claro, y menos ſin trampa que el de el eſguazar, dixele, que le ſerviria con mucho guſto, y dandole el nombre, como al Soldado que eſtá de centinela, y negandole el tener Padre, ni ſer medio Romano, me vendi por Gallego: y ſe echó muy bien de vér que lo era en la coz que le di, y en la que le quiſe dár. Fuilo ſiguiendo haſta ſu apoſento, adonde, deſpues de averme dado de merendar, me entregó la llave de un baul que tenia, depoſito de ſus veſtidos, y de

una buena cantidad de dineros: que el hombre que llega à hacer confiança de quien no conoce, ò eſtá jurado de ſanto, ó graduado de menguado. Y como mi amo me puſo el cabe de à palaleta, y yo tenia, tras de jugador, un poquito de goloſo, fue fuerça el tirarlo, dandole toque, y emboque al baul: el qual quedó libre de no hacer dos de claro, por ſer las ſangrias pequeñas, y de no mucha conſideración, por no darme lugar à mayor atrevimiento mi poca edad, y el buen tratamiento que me hacia mi amo. Eſtuve con él cerca de un mes, que te certifico, que no fue poco, para quien eſtá enſeñado, como yo lo eſtoy, à mudarlos cada ſemana, como camiſa limpia. Llegó un dia de fieſta, aderezabale una conocida ſuya las vueltas, y valonas, y aun pienſo que le almidonaba las camiſas, ſiendo yo el portador de llevarlas, y traherlas. Madrugó à oír Miſſa, por ſer dia de corréo, y vió, que yo me avia deſcuidado en no traherlas un dia antes, como ſiempre acoſtumbraba à hacer: dióme media docena de bofetadas muy bien dadas, pero muy mal recibidas, diciendome: Picaro Gallego, es meneſter que ande yo ſiempre tras vos, diziendoos lo que aveis de hacer? Como teneis habilidad para comer, por què no la teneis para ſervir, teniendo cuenta (pues no ſois de los que buſcaba

He-

Herodes) de lo que yo necesito, para hacerlo, sin que yo os lo mande? Y diciendo esto, se salió de casa, y yo me quedé con mis bofetadas, hasta ciento y un año.

Volvió mi amo al cabo de un rato, muy alborotado, diciendome, que recogiera toda su ropa blanca, y que me apercibiera, porque à otro dia nos aviamos de embarcar para Roma, porque iba acompañando al Principe de Votera, yerno de su ama, que iba à aquella Corte à vér al Condestable Colona su Padre. Yo sali fuera à hacer lo que me mandaba, con doblado disgusto de el que avia tenido, por no atreverme à volver à Roma, y perder tan buen amo, aunque estaba algo en mi desgracia, por el desayuno de las bofetadas. Encontre en la calle à un jornalero matante, que por aver gastado con él algunas tripas de el baul, se avia hecho mi amigo, y lo era de taza de vino, y de los que ahora se usan. Contele todo mi suceso, y pedile, que me aconsejasse en aquello que me estaba bien; y despues de aver reportado el bigote, y arqueado las cejas, acriminó mucho lo que mi amo avia hecho conmigo, diciendome, que no me tenia por mancebo honrado, ni por hijo de hombre de bien, si no me vengaba. Y persuadiendome, que no fuesse à Roma, ni tratára de

darle mas disgustos à mi Padre, se resolvió en que me fuesse con él à Mecina, y desde alli à Napoles, y que para el viage cargára con todo quanto pudiera, que èl me lo guardaria en su posada, y à mi me tendria oculto en ella, hasta que se embarcasse mi amo, y los dos nos pusiessemos en camino. Pudo tanto conmigo la persuasion de este interessado verdugo, que me obligó à hacer una vileza, que jamá avia pensado, ni passado por mi imaginacion: que tales amigos siempre incitan à cosas como aquestas, y una mala compañia es bastante à que el hombre mas prudente, y de mejor ingenio, tropiece en una afrenta, y caiga en un peligro. Llevé toda la ropa, que estaba fuera de casa, entreguésela à mi amo, y ambos estuvimos ocupados toda aquella tarde en apreстar lo necessario para el viage. Llegó el dia de la embarcacion, y como mi natural, aunque era picaril, no se inclinaba à hurtos de importancia, sino à cosas rateras, no determinaba, temiendo no me cogiessen en la trampa, y me diessen un jubon sin costura. Quiso mi desgracia, que estando yà resuelto de no hacer cosa por donde desmereciera, y de ir acompañando à mi amo, entró en el aposento el Aquitofél, Consejero de mi estado, y amigo de mi dinero. Dixome, qué como estaba con tanta flema, aviendo de partir las galeras

fas à prima rendida, y eſtando mi amo en la marina con el Principe, y el apoſento ſolo, y la noche obſcura. Yo, viendome en tan fuerte tentacion, y acordandome de lo que le avia prometido, le dixe: Que todo lo que avia de ſacar lo avia metido en aquel baul, y que por peſar mucho, nō avia podido cargar con él, ni avia hallado quien lo quiſieſſe llevar. El me reſpondió: No le dé cuydado eſſo, que aqui eſtoy yo, que llevaré ſobre mis hombros, no ſolamente el baul, pero el Arca de Noé; y arrimandoſe à él, y echandoſelo acueſtas, y ſalir del apoſento, todo fue uno. Viendole cargar con los Pennates de Troya, ſin ſer piadoſo Enéas, ſino un aſtuto Sinon, tomé mi ferreruelo, cerré tras mi, y fuilo ſiguiendo. Fue tan grande la ventura de mi amo, que al tiempo que iba à ſalir el baul por la puerta de la calle, llegó al umbral de ella à querer entrar; y viendo que lo mudaban ſin ſu guſto, me dixo: Adonde vás con eſte baul à eſtas horas? Yo, con mas deſmayo de muerto, que aliento de vivo, le reſpondí: Que à embarcarlo en la galera, adonde aviamos de ir. Replicóme: Y ſabeis vos en qué galera me embarco yo? Reſpondile: Señor, quien lengua há, a Roma vá: demás, que me avian dicho, que vueſſa merced eſtaba en la playa con ſu Excelencia, y me mandaria adonde lo avia de llevar.

var. Dixele à mi fingido palanquin, que volviera el baul à su lugar: hizolo assi, y no viendo la hora de ponerse en salvo, por no ser conocido, se puso con brevedad en la calle. Dixome mi amo con rostro airado, ceñudo de ojos, y amostazado de narizes: Quien os manda à vos sacar mi hacienda de mi casa, sin tener licencia mia? Dixele: Tan flaco es vuessa merced de memoria, que yà se le ha olvidado la pendencia sobre las valonas, y el averme dicho, que no avia de andar tras de mi diciendome lo que avia de hacer, sino que cuidasse yo de lo que vuessa merced necessitaba, sin aguardar à que me lo mandasse? Pues siendo esto assi, y viendo que en este cofre tiene todos sus vestidos, y dineros, y que necessita de ellos para este viage, no pienso que ha sido error hacer lo que vuessa merced me manda. Pidióme la llave: disela; abriolo, y reconociolo por todas partes, y volviendolo à cerrar, me dixo: Señor Estevanillo Gonçalez, vuessa merced se vaya con Dios de mi casa, que no quiero en ella criados tan bien mandados, ni sirvientes tan puntuales, y que unas vezes pequen de carta de mas, y otra de carta de menos: y agradezca, que estoy de partida, que à no estarlo, yo le hiciera cantar sin solfa; y aun puede ser que lo haga: que no estoy muy fuera de ello, sino se me quita de delante. Yo, temien-

miendo, que por aver intentado cazar gangas, no me enviaſſe à cazar grillos, me ſali del apoſento, temblando de miedo, ſin amo, ſin dinero, y ſin aver cenado, porque lo poco que avia acaudalado en ſer caxero de aquella pequeña theſoreria, lo avia gaſtado con mi valiente de mentira. Viendome, que ya era irremediable lo hecho, y que avia ſido ventura aver hallado tan buena ſalida, aviendonos cogido las manos en la maſa, me fui à la poſada de mi amigo, al qual hallé con una cara de deudor executado. Contele el deſpedimiento de el cuerpo, y el alma: y deſpues de mas de media hora de paſſeo, dando mas bufidos que un toro, y echando mas tacos que un Artillero, vino à parar toda la tormenta en mandarme azainadamente, que pidieſſe de cenar à la Patrona. Yo le dixe: En quanto à pedirlo, yo lo haria con todas veras; pero que en quanto à la paga, auia ſalido de caſa de mi amo como niño de doctrina, abofeteado, y ſin blanca. El me reſpondió: Pues cuerpo de tal con él, ya que no tuvo animo de cargar con un talego, ha de dexar por la cena empeñado el ferreruelo, que no me he yo de acoſtar haciendo Cruzes, por ſus ojos bellidos, aviendo hecho por él lo que yo he hecho, arrieſgadome, como me he arrieſgado, no debiendole ninguna amiſtad, ni teniendole obligacion ninguna

guna, que si me ha dado algunos reales, mas he hecho yo en pedirselos, que él en darmelos. Y yo sé que si me conociera, que me ayunara, y que yá huviera hecho cubrir, no solamente una tabla, sino mas tablones, que huvo en el Templo de Salomon: que presumo, que debe de ignorar que por mi se hizo la xacara de Zampuzado en un banasto. Fue tanta la risa que me dió el vér su modo de hablar, y su crudeza, que le obligué à que pensase, que hacía burla de él: por lo qual, dexando caer el ferreruelo, y aviendome hecho Conde de Puñoenrostro, arrancó de la tizona, quizá por averle yo negado la colada; pero como no he sido nada lerdo, ni perezoso en tales apreturas, tomé tierra del Rey, y con presteza à la calle, y entrandome en casa del Cardenal de Oria, Arçobispo de Palermo, mi bravo se quedò plantado de firme à firme, tirando angulos corbos, y obtusos à la puerta de la posada.

Hallé à la entrada de la del Palacio al cocinero mayor, ù de servilleta, ò manteles de su Eminencia, que se llamaba Maestre Diego, y viendome entrar tan presuroso, y alborotado, me preguntó, que què era lo que trahia. Yo le respondi, que un puñetazo junto al ojo, y cien libras de miedo, porque me avian cogido entre dos, para quitarme el ferreruelo, y que me avia dado tan buena maña, que me avia libra-

do

do de ellos, los quales me avian venido siguiendo, hasta averme valido de aquel sagrado.

Quiso ser curioso, y saber de donde era, y como me llamaba, y si tenia Padre, ò amo, ò si era venturero. Satisficele à sus preguntas, y recibióme por su pícaro de cocina, que es punto menos que mochillero, y punto mas que mandil. No me descontentó el cargo que me avia dado, porque sabía por la experiencia de la embarcacion, que es oficio grasso, y yá que no honroso, provechoso. Regalabase mi amo à costa agena, que es gran cosa comer de mogollon, y raspar à lo morlaco. Tenian cada dia pendencias él, y el Veedor, y à la noche sucedia con ambos aquello de en la caballeriza, yo, y el potro nos pedimos perdon el uno al otro. Yo llevaba, al tiempo que el relox hecha todo su resto, la comida de raspatoria à casa de mi amo, y à las tres de la tarde las sobras, resultas, y remanentes, y percances, con ayuda del giféro, al baratillo de la ropa vieja, y usada: y lo restante del dia me ocupaba en hacer burro de noria à un volteador assador, donde estaba quatro horas como caballo del azerado, boca abaxo, y sin comer. Hacía de dia entierros de leños, y carbones, y à la noche sacaba los tales muertos, à que fuessen refrigerio de vivos. Hicieronme, al cabo de cinco semanas, en premio de mis servicios, barrendero menor de la es-

escalera abaxo, que de esta suerte abança quien sabe tan bien servir, y con tanta satisfaccion de sus oficiales. Sali al nuevo oficio descalço, descubierto, y tiznado, con tener de mi parte los Cardenales, que era el uno à quien servia, y el otro el que me hizo el rebosado valiente, y ayunaba al traspasso. Quiso mi favorable estrella, que los criados de casa estudiaron la comedia de los Benavides, para hacerla à los años de su Eminencia, y à mi, por ser muchacho, ò quizá por saber que era chozno del Conde Fernan Gonçalez, me dieron el papel del Niño Rey de Leon. Estudiele, haciendole al que se hizo Autor de ella, que me diesse cada dia media libra de pasas, y un par de naranjas, para hacer colacion ligera con las unas, y estregarme la frente al quarto del Alva con las cascaras de las otras: porque de otra manera no saldria con mi estudio, aunque no era mas de media coluna, por ser flaco de memoria: y que esto avia visto hacer à Cintor, y à Arias, quando estaban en la Compañia de Amarilis. Creyólo tan de veras, que me hizo andar de alli adelante, mientras duraron los ensayos, todos los dias, y estudiando todas las noches, mascando pasas, y todas las mañanas atragantando cascos de naranjas, y haciendo fregaciones de frente. Llegó el dia de la representacion: hizose un sumptuoso teatro en una de las mayores salas del

Pa

Palacio: puſieron à la parte del veſtuario una ſelva de ramos, adonde yo avia de fingir eſtár durmiendo, quando llegaſſen los Moros à cautivarme. Convidó el Cardenal mi ſeñor à muchos Principes, y Damas de aquella Corte: puſieronſe mis repreſentantes de Aldea muchas galas de Fieſta de Corpus: adornaronſe de muchas plumas, y en efecto el Palacio era un florido Abril. Puſieronme un veſtido de paño fino, con muchos paſamanos, y botones de plata, y con muy coſtoſos cabos: que fue lo miſmo que ponerme alas para que volaſſe, y me fueſſe. Yo, aprovechandome del comun vocablo de el juego de el axedrez, por no volverme à vér en paños menores, le dixe à mi ſayo: jaque de aqui. Empezóſe nueſtra comedia à las tres de la tarde, teniendo por auditorio todo lo purpureo, y brillante de aquella Ciudad. Andaba tan alerta el Autor ſin titulo, por aver él alquilado mi veſtido, y hechoſe cargo de èl, que no me perdia de viſta. Llegó el paſſo en que yo ſalia à caza, y fatigado del ſueño, me avia de recoſtar en aquella arboleda: y deſpues de aver repreſentado algunos verſos, y apartadoſe de mi los que me avian ſalido acompañando, me entré à repoſar en aquel acopado, y florido doſel, adonde no ſe pudo decir por mi, que me dormi con la purga, pues aun no avia entrado en èl, quando ſiguiendo una

carrera que hacia la enramada, me dexé deſcolgar del tablado, y por debaxo dél llegué à la puerta de la ſala, y diciendo à los que la tenian ocupada: Hagan plaza, que voy à mudar de veſtido, me dexaron todos paſſar; y menudeando eſcalones, y allanando calles, llegué à la lengua del agua, y deſde ella à la ſombra de la mar. Informaronme otra vez, que di la vuelta à eſta Corte, que ſalieron en eſta ocaſion al tablado media docena de Moros bautizados, hartos de lonjas de tocino, y de fraſcos de vino: y llegado à la arboleda à hacer ſu preſa, por penſar que yo eſtaba alli, dixo el uno de ellos en alta voz: Há niño, Rey de los Chriſtianos? A lo qual avia yo de reſponder; penſando que eran criados mios: Es hora de caminar? Y como yá iba caminando mas de lo que requeria el paſſo, no por el temor del cautiverio, ſino por miedo del deſpojo del veſtido, mal podia hacer mi papel, ni acudir à reſponder à los Moros, eſtando una milla de alli, concertandome con los Chriſtianos, aunque no lo hice muy mal, pues ſali con lo que intenté. Viendo el apuntador, que no reſpondia, ſoplaba por detrás à grande priſa, penſando que ſe me avian olvidado los pies: y a buen ſeguro, que no ſe me avian quedado en la poſada, pues con ellos hice peñas, y Juan dançante. Viendo los Moros tanta tardança, penſando, que el ſue-

ño,

ño que avia de ser fingido, lo avia hecho verdadero. Entraron en la enramada, y ni hallaron Rey, ni Roque. Quedaron todos suspensos, paró la comedia, empezaron unos à darme vozes, y otros à enviarme à buscar, quedando el guardian de mi persona, y vestido medio desesperado, y ofreciendo Missas à San Antonio de Padua, y à las Animas del Purgatorio. Contáronle mi fuga al Cardenal, el qual respondió, que avia hecho muy bien en averme huído de enemigos de la Fé, y no averles dado lugar à que me hiciessen prisionero: que sin duda me avia vuelto à Leon, pues era mi Corte, y que desde alli mandaria restituir el vestido: y que en el interin, él pagaria el valor de él, y que assi no tratassen de seguirme, porque no queria dar disgusto à una persona Real, y mas en dias de sus años. Mandó, que le leyessen mi papel, y que acabassen la comedia: lo qual se hizo con mucho gusto de todos los oyentes, y alegre el autor de ella, por tener tan buen fiador.

*** *** *** ***
*** *** ***
*** ***
***

CAPITULO TERCERO.

Adonde se declara el viage que hizo à Roma: lo que le sucediò en ella, estando por aprendiz de Cirujano. Como se volviò à huir tercera vez: entrò à servir de Platicante, y Enfermero en el Hospital de Santiago de Napoles, y como se saliò dèl, por passar à Lombardia, con puesto de abanderado.

AQuella tarde iba tan en popa mi fortuna, que todo me sucedia à medida del deseo, pues assi que llegué a la marina, oí dar vozes à un Marinero, diciendo: A Napoli, à Napoli. Preguntéle, qué quando se avia de partir? Respondióme, que ya estaba la faluca echada à la mar, y que solo aguardaba al Patron, que avia entrado en la Ciudad à sacar licencia para ello. Estando en esta platica, llegó el dicho Patron, con quien me concerté con brevedad, en virtud de una hucha, que avia hecho de lo mal alçado de la cocina, que serîa de hasta quarenta reales; y embarcandome con él en una barquilla, volviendo por instantes la cabeza atrâs, llegamos a la faluca, y echamos todo el trapo: y al cabo de seis dias me hallé en Napoles. Me fui aquella noche fuera de la puerta Capuana, y al amanecer tomé el camino de Roma, donde sin acaecer-

me

me de qué poder hacer mencion, llegué una mañana à una puerta de ſus antiguos muros; y aviendo entrado en ella, y conſiderando en el trage honrado que llevaba, y la afabilidád de mi Padre, me fui derecho à ſu caſa, adonde fui muy bien recibido, haciendo muy al vivo el paſſo, y ceremonias del hijo prodigo. Preguntóme mi Padre, que donde avia aſsiſtido el tiempo que avia faltado de ſus ojos? Hicele creer, que avia eſtado en Liorna ſirviendo de page à Don Pedro de Médicis, Gobernador de aquella Plaza, y que me avia venido con ſu guſto por ſolo verle à él, y à mis hermanas, y por tirarme el amor de la Patria. Hizo que me regalaſſen, y no poniendo en olvido mis buenas coſtumbres, y habilidades, me dixo, que ſe holgaba mucho de mi venida, pero que aquella miſma tarde me avia de buſcar quien me enſeñaſſe oficio, aunque le coſtára qualquier cantidad, porque no queria que durmieſſe en ſu caſa, ni que eſtuvieſſe en el contorno de ella: y que pues avia tenido tan buenos principios en el de barbero, y ſabía levantar tan bien un bigote, que queria que proſiguieſſe con el: y que miraſſe que no fuera tan ſolicito en cobrar libranças, è irme con ellas, como avia hecho con ſu amigo Bernardo Vadía, que ya aquella eſtaba pagada; pero que ſi proſeguia en mis traveſuras, que no lo tuvieſ-

se por mi Padre, sino por mi enemigo capital. Comí al galope, por temer que me pusiesse en la calle antes de acabar, y con el bocado en la boca, por no faltar à su palabra: Como al fin Hijodalgo me llevó à la barberia de un Maestro Catalán, que se llamaba Jusepe Casanova. Habló con él, y hallólo muy duro, y muy lexos de recibirme, por estar informado de mi mala opinon, y poca estabilidád. Salió mi Padre por fiador de qualquiera desacierto que yo hiciesse en el tiempo que estuviesse en su casa, y le prometió pagar cien ducados, si dentro de un año le hiciesse falta della; pero que si asistiesse, y cumpliesse el plazo, que él me avia de dar à mi veinte, para que hiciesse un vestido. El Maestro contentándole el partido, y que tenia por cosa segura el irme yo, y el cobrar él tan buena cantidad, vino en las condiciones, y haciendo de ellas escritura por ante Notario, yo quedé à ser aprendiz, y mi Padre se arrepintió del contrato al cabo de tres meses, que fue el tiempo que estuve en aquella tienda, ignorando mas cada dia, que aprendiendo. Tratóme este Maestro con mas respeto que el primero, pues el otro me enseñaba à lavar pañales, y este à echar barbas en remojo. Serviale quando salia fuera à dexar lampiños, y à algunos señores de page de vacia, y de mozo de estuche, y en la tienda

da de calentar el agua, y de atizar la fogata. Haciame que aſsiſtieſſe todo el dia en ella, y que tuvieſſe cuenta en aprender à rapar zaléas, y alçar criminales, ocupando los ratos perdidos en leer unos libros que tenia de cirugia. Y por no darme à conocer, aunque yá era bien conocido de mi amo, acudia à todo con mucha puntualidad, y mas los primeros dias, porque ſe dixeſſe por mi aquello de cedacito nuevo. Pareciendo al cabo de algunos dias à mi amo que ya ſabria algo del Oficio, por lo atento que me veia eſtar ſiempre à los tormentos de agua, y fuego, me mandó quitar el cabello, y barba à un pobre, que avia llegado à pedirle una rapadura de limoſna: que en las cabezas, y roſtros de los tales, ſiempre ſe enſeñan los aprendizes, porque llueva ſobre la poca ropa. Hícele ſentar ſobre una filla vieja reſervada, y de reſpeto, para gente de poco pelo. Púſele por tohalla un cernedero de colar legía, y ſacando de un caxon de los principiantes unas tixeras, poco menos que de tundidór, y un peyne (deſperdicio de algun rucio rodado) me acerqué à mi paciente; y diciendo: En nombre de Dios, por ſer el primer ſacrificio que hacía, empecé à tirar tixeradas à dieſtro, y à ſinieſtro; mas viendo la poca igualdád que llevaba, y que eſtaba el cabello lleno de eſcalones, y con mas altas, y baxas que aloxamiento de Capitan, traté de eſ-

quilallo, como à borrego, y rapaterion. El me pedía, que fuesse sobre peine, y yo lo hacía sobre casco. En efecto, yo le empecé a trasquilar como à pobre, y despues lo esquilé como a carnero, y lo atusé como a perro lanudo. Tentóse el cuitado la cabeza, y hallando su lana convertida en calabaza, desierta la mollera, y calva toda la cholla, me dixo: Señor mancebo, quien le ha dicho à vuessa merced, que tengo gana de ser buena boya, para raparme de esta manera? Respondile, que aquello era una nueva moda, venida de Polonia, y Croácia, con la qual gozaria de mas limpieza, y se saldrian mas bien los malos humores de la cabeza: y que si acaso era amigo de traher cabellos largos, le volverian â crecer à palmos, por averselos quitado à raiz, y en creciente de Luna: y encaxandole otra media luna de la margen de una vacía vieja, llena de agua fria, en el empañado pescuezo, que le pudiera servir de argolla, yá que lo tenia a la verguença; despues de aver empapado las bedijas, encaxado la barba, y héchole mil mamonas, le enxaboné los carrillos tan apriessa, y tan apretadamente, que en poco espacio pudiera ser, por la abundancia de espuma, ò madre de Venus, ò mula de Doctor. Sobaxéle las barbas, ajéle los bigotes, rasquéle las mexillas, lavéle los labios, y despolvoréle las narizes: y mi dos vezes pobre, agarrado à su va-

cía

cía el hocico, cerraba, y haciame mas geſtos que una mona. Quitèle la vacia, ſacudile los dedos, y limpiandole mas de dos libras de natas, ò requeſones freſcos, lo volví de blanco Aleman, en toſtado Africano. Tomé un hocino, ò navaja, y empecé, no à cortar, ſino à deſgajar lana de aquel ſoto de barba, cuya eſpeſura pudiera ſer habitacion de ſilveſtres animales. Llevaba ázia abaxo los cueros, y no los pellejos: y como yo no tenia el dolor, apretaba mas la mano, por dar fin à la obra, y acreditarme en breve con mi amo, que deſde el principio de eſte prodigio le avian venido à llamar para hacer una ſangria, y eſtaba auſente de la tienda. Era tan mal inclinada la navaja, que cortaba la carne, y no la barba. Yo, viendo que mi parrochiano tenia todo el roſtro como zapato de gotoſo, y que eſtaba teñido en la ſangrientalidad, volvile à dar otra agua, porque no ſe deſpeñaſſe el roxo liquor, y ſe deſcubrieſſe el defecto del no viejo, y lo botazo de las armas, limpiélo muy bien: y por vér que proſeguian las corrientes, entré en mi apoſento, y ſaqué un gran puñado de telarañas, y muy al deſcuido fui tapando las pequeñas grietas, hechas en aquel roſtro de peñaſco, y las que cada inſtante le iba haciendo. El, no pudiendo ſoportar el dolor, me dixo: mancebito, mancebito, raſpa, ù deguella? Reſpondile: Señor mio, lo uno, y lo otro hago, porque la bar-

ba de v.md. es mas dura que una roca, y es me-
neſter paſſar cochura por hermoſura. Yo eſtaba
temblando de que vinieſſe mi amo, y le vieſſe la
horrenda figura que tenia, pues ſu roſtro mas era
tapiceria de arañas, que cara de Chriſtiano, por-
que eran tantos los lunares que le avia pueſto,
que à averſelos viſto à la luna de un eſpejo, que-
dára lunático, ò frenético. Yo, viendo que mis
principios mas eran de carnicero, que de barbe-
ro, ſaqué del eſtuche de mi Maeſtro una de ſus
mejores, y mas cortantes navajas, con la qual
empecé à bizarrear, y à hacer riza en aquella
barba boba, que harto lo era el dueño, pues paſ-
ſaba tantos martyrios à pié quedo, ſin eſtár en
tierra del Japón. Quiſo la mala ſuerte, que ſiem-
pre huyendo de los ricos, dá en ſeguir à los po-
bres, que al tiempo que lo iba enjordanando, y
quitandole veinte años de edad, tropezó la nava-
ja en uno de los remiendos, ò tacones, que le
avia pueſto, y embarazandoſe en la tela de ara-
ña, no quiſo paſſar adelante, por lo qual me
obligó à apretar la no ligera mano: y dando un
grito el doliente, quiſoſe levantar; por lo qual fue
fuerça, y mandamiento de apremio, cruzarle no
mas de la mitad de la cara, que la otra mitad la
tenia él cortada: y preſumo, que no por bueno; y
aſsi por verlo pobre, le hice amiſtad de empare-
jarle la ſangre; mas viendolo en pié, y con un ſe-
pan quantos, como mazo de golpe, y que por el
raſ-

raſtro que dexaba podia caminar Monteſinos, ſalime à la calle, metimeen el Palacio del ſobrino Barberino, diciendo entre mi: Ahora que eſtoy libre, ande el pleyto. Llegó mi amo à eſta ocaſion, halló al pobre dando ſollozos, la caſa llena de vecinos, y la puerta de mequetrefes. Dixeronle la cauſa del rumor, y lo mal parado que eſtaba el herido: y el apartando la gente, ſe llegó al caballero cruzado, y viendole la cara tan llena de pegatoſtes, que parecia niño con viruelas, perdió el enojo, y rebozandoſe con la capa, no ſe atrevia à acudir al remedio, por no deſcubrir el chorro de la riſa, la qual ſe le aumentó mucho mas, quando vió, que al ruido avia acudido la muger de aquel ſin ventura, que era vecina nueſtra, y que dandole el péſame las demás, decia, que ſin duda ſe burlaban, porque aquel hombre no era ſu eſpoſo, ni ella avia eſtado tan dexada de la mano del Señor, que avia de aver eſcogido tal monſtruo por marido. Dió mi amo fin à ſus gorgoritas de alegria, y deſembarazandoſe de el ferreruelo, le zurció el geme de abertura: y por no ſer hombre que reparaba en puntos, le dió docena y media de ellos. Echó toda la gente fuera, y quedandoſe ſolo con el herido, y con ſu muger, que ya lo avia conocido por ſeñas que le avia dado, y por el metal de la voz, envió à llamar à mi Padre; el qual imaginando que lo lla-

ma-

maba para remediar alguna traveſura mia, de que no ſe engañaba: acudió al momento, y viendo aquel expectáculo horrible, con ſer hombre muy ſevero, no dexó de ſonreirſe un poco. Trataron los dos de quietar, y contentar aquella figura de leon de piedra, que tenian delante, porque no ſe querellaſſe, y dieſſe queja a la juſticia; y ſaliendo mi Maeſtro a curarlo, y darlo ſano, y ofreciendole mi Padre diez eſcudos, quedó muy contento, y ſe retiró à ſu caſa. Supo mi Maeſtro adonde yo eſtaba, y trayendome à la ſuya, deſpues de averme reñido muy bien, me dió por caſtigo (como al fin mi Juez competente) ſuſpenſion de oficio en el deſbarbar, por tiempo de un mes, en cuyo termino eſtudiaba algunas vezes en los libros de cirugia, teniendo de los correſpondientes de la tienda algunos provechos de limpiarles los ſombreros (para lo qual avia comprado una eſcobilla à mi coſta) y quitarles los pelos de las capas, echandoſelos yo muchas vezes encubiertamente, para obligarles à ofrecer.

Acaeció traher à la tienda, antes que ſe acabaſſe el mes de la ſuſpenſion, un muchacho, hijo de un Mercader, para que le cortáran un poco del cabello, y le emparejaſſen las guedejas. Dixele à mi amo, que pues no eſtaba aquel arte en la ſuſpenſion de oficio, que decretára en darme licencia, y facultad. Vino en ello, y qui-

quiſo hallarſe preſente, temeroſo de lo paſſado. Y para poder adeſtrarme, empezè con lindo ayre a correr la tixera por encima de la dentadura de un terſo, y bien labrado marfil, y à echar en tierra eſcarchados hilos de oro, acabando con tal preſteza, y velocidad, que mi amo me dió el parabien de ſer tan buen oficial: y apenas ſe apartó de mi, ſatisfecho de que ya no erraria en nada, quando metiendo todo el cuerpo de las tixeras en una guedeja del tierno infante, para deſpuntarſela, no acordandome que tenia orejas, y penſando, que todo el diſtrito, que cogian las dos lenguas aceradas, era madeja de Abſalon, apreté los dedos, y dexélo hecho un Malco, un ladron principiante, y una harona poſta. Dió el muchacho una voz, que atronó la tienda, y tras de mil ayes, un millon de gritos: corrile la cortina del cabello, y viendo la oreja medio cortada, dixe: Cuerpo de tal, aqui eſtais vos, y no hablais? Preguntóme el Maeſtro, que qué era lo que avia hecho? Yo le reſpondi, que no era nada: que aquel rapáz ſe quexaba de vicio; que me dixera en qué parte tenia la cola con que pegaba la guitarra, para pegarle con ella media oreja, que le avia echado en tierra. Mi amo, oyendo eſto, y viendo la ſangre que le corria, llegóſe à él, y conſiderando una tan gran laſtima, cerró conmigo, y dióme poco

mas

mas de cien bofetadas, y poco menos de cincuenta cozes. Y pienso, que el no aumentar el número, fue por dolerle los pies, y averse lastimado las manos. Curóle la oreja, y empapelando el retazo de ella, lo llevó de la mano à casa de su Padre: al qual se satisfizo, diciendole, que aquello avia sido una desgracia, sin que se hiciesse à mal hacer, y que ya me avia castigado por ello tan bien, que me dexaba medio muerto. El Mercadante viendo que yá aquello no tenia remedio, y que era falta que se encubria con el cabello, y que el castigo que él merecia, lo avia venido à pagar su hijo; despidió à mi amo con mucho agrado, y à mi me concedió perdon. Quedó tan escarmentado mi Maestro de vér en mi tan malos principios, que temiendo que fuessen peores los fines, jamás me quiso ocupar en dexarme afeytar à ninguna persona de importancia; solo me empleaba en los de gratis, y en los peregrinos pobres, los quales llegaron à ser pocos, y à disminuirse, porque el que una vez se ponia en mis manos, no volvia otra, aunque aunduviesse como Ermitaño del yermo: y con todos estos defectos me tenia yo por uno de los mejores Cirujanos que avia en Roma, y por el mejor Barbero de Italia: y fue tanta mi presumpcion, y desvanecimiento, que me persuadió a que yo solo, con lo que sabia,

podria ſuſtentar mi perſona, y traherla muy lucida, y aun ſervida de criados. Y por verme fuera de dominio, y entadado del poco caſo que ſe hacía de mi, cogiendole a mi amo las mejores navajas, y tixeras, y vna vacia, y los demás aderezos de pelar lechones racionales, me ſalí tercera vez de Roma, à la vuelta de Nápoles, en cuyo camino, y poſadas dél, paſsé plaza de Barbero Apoſtólico, examinandome en la Corte Romana. En efecto, traſquilando poſtillones, y rapando percacheros, di fin à mi viage. Llegué à aquella Corte, que por ſer primer Chipre, y ſegundo Samos, le dan por renombre la Bella. Fuíme derecho a Santiago de los Eſpañoles, que eſtando à titulo de Hoſpital, es un auxilio, y amparo de los deſta Nacion, y un edificio ſumptuoſo. Hablé con el Doctor dél acerca de acomodarme: el qual ſe llamaba Cañizares, de quien fui remitido a Juan Pedro Folla, que entonces exercía el Oficio de Cirujano mayor. Di à entender ſer Barbero, y Cirujano examinado, y no de los peores en aquel arte: el qual me recibió para ſer enfermero, y uno de ſus ayudantes. Empecé à hacer las guardias à los dolientes, conforme me tocaban, tanto de dia, como de noche, acudiendo à darles lo que les ordenaba el Doctor, y lo demás que neceſsitaban. Ofrecióſe una ſangria el miſmo dia que entré en

la

la dignidad: y el Cirujano, por hacer prueba de mi, me la encomendó. Yo llegandome à la cama del enfermo, le arremangué el brazo derecho, y estregandoselo suavemente, le dí garrote con un liston de un zapato, que avia pescado a una moza de un ventorrillo en el discurso del camino. Saqué la lanceta, y por aver leido quando andaba trashojando los libros de mi postrer amo, que para ser buena la sangria, era necessario romper bien la vena, adestrado de ciencia, y no de experiencia, la rompi tan bien, que mas pareció la herida lançada de moro izquierdo, que lanceta de barbero derecho. Al fin sali tan bien de ella, que solamente quedó el doliente manco de aquel brazo, y sano del izquierdo, por no aver llegado à él la punta de mi acero, de que Dios libre a todo fiel Christiano. Quexóle à Juan Pedro Folla, el qual aviendo reconocido la sangria, y visto que dexaba el brazo estropeado, me dixo, que si me avia examinado de albeytar, ù de barbero? Respondile, que del cantancio del camino trahia alterado el pulso, y que esto avia sido la causa de no dar satisfaccion de mi persona; pero que à la segunda avria enmienda; porque como decia el Doctor Juan Perez de Montalván en su libro Cómico, de dos la una, no se yerra en el mundo cosa alguna. Mas perdóneme su cadaver, que él tambien se erró en escribir

es-

eſto, porque à la deciochena ſangria hice lo miſmo, ſin aver acertado ninguna en las demás. Avia entrado un Soldado de los adocenados de bravo, y rumbo, à curarſe de unas tercianas: y porque le aſsiſtieſſe con cuidado en ſu enfermedad, me avia dado un real de à quatro: y quiſo ſu pecado, que me tocó eſtar de guardia el dia de ſu purga. Viendoſe fatigado de ſed, imploró mi auxilio, confiado en el plateado unto. Yo, haciendo deſvios de ſabio Doctor, y ademanes de miniſtro roto, me cerré de campiña à ſu demanda: y él repreſentando conmigo el Auto de Lázaro, y del Rico avariento, y ſacando la lengua como jugador de rentoy, y ſeña de malilla, me tenia fatigadas las orejas: mas viendome inmovil à ſus vozes, y endurecido à ſus quejas, haciendo duelo lo que era piedad, y pareciendole deſcredito de ſu perſona, no darle lo que pedia, aviendome cohechado para que le aſsiſtieſſe, y ſirvieſſe, me dixo: Señor eſtornudo de barbero, y remendón de Cirujano, tráte por ſu vida de mitigar mi ſed: porque ſi no, yo le prometo, que demás de que no me lo irá à penar al otro mundo, dé cuenta al Mayordomo de eſte Hoſpital de los ſobornos, que recibe à los que entran à curarſe en él. Yo le reſpondí, que ſe reportára, que por mirar por ſu ſalud, me avia excuſado, pero que yo le cumpliría de juſticia. Baxé à

ba-

baxo, y subiendole encubiertamente un jarro con quatro potes de agua fria, y metiendoselo debaxo de la cama, le dixe: En acabandose esse recado, vuessa merced avise, que será servido en todo, y por todo. Tomó al proviso el cangilon, y alçando à menudo los codos, à pocas idas, y venidas le dió fondo, y descubrió el suelo, mirando ázia la parte donde yo me estaba paseando, y diciendo: Dios te consuele, pues me has consolado el alma; por cuya consolacion, dentro de media ora passó la suya de este mundo al otro. Vive Dios, que rebiento por desbuchar aqui los males que causan untar como brujas, pero allá se lo aya Marta con sus pollos. Escondi el mal hecho: dixe que avia muerto de repente, pero con todos sus Sacramentos, dieronle sepultura. Partió contento, y yo quedé pagado. Tenia por flor, que todas las vezes que me tocaba repartir los consumados, que ordinariamente se dan à las doce de la noche: De tal modo me alegraba, siendo pecador, que de veinte que me entregaban, los multiplicaba en treinta, y con una santa charidad, y amor à los próximos, cobraba contribucion de los diez. Sucedióme una noche, que estaba de guardia, visitar à menudo à un estudiante, por verlo que estaba muy fatigado, y lleno de bascas, y como mis ojos eran linces, y mis manos barrederas, al tiempo de alçarle

la

la cabeza, para que arrimaſſe el cuerpo à ella, por ver ſi de aquella ſuerte podia mitigar una tos, que le ahogaba, columbré una bolſa, que tenia debaxo de el almohada, con doce doblas, por piedra fundamental, y cincuenta reales de à ocho por chapitél. Reconocí que eſtaba alerta à la buena guardia, y aſsi dilaté el lance para mejor ocaſion; y porque no ſe ſoſpechaſſe en mi, deſpues de cumplida mi pretenſion, me puſe a lo largo, como compañia de arcabuceros: y por ſobrevenirle unos deſmayos mortales, me dieron muchas voces los enfermos, que eſtaban mas cercanos à ſu cama, diciendome, que acudiera preſto à ayudar a bien morir a aquel Licenciado, y à traherle un Confeſſor. Yo, viendo que ſe llegaba la hora en que él dieſſe cuenta a Dios, y yo tomaſſe cuenta à ſu bolſa, envié con nn compañero mio à que le traxeſſe el Capellan Mayor, y yo haciendo del hypocrita deſalado, mas por el dinero, que por el medio difunto, me eché de bruces ſobre la cabecera; y diciendo: Jesvs Maria, en manos tuas Domine encomiendo eſpiritu meum, le iba metiendo la mano debaxo de la cabecera; y al inſtante que agarré con la breve mina de tan precioſos metales, la fui conduciendo à mi faltriquera, volviendo à repetir: Jesvs, Jesvs, Dios vaya contigo. Penſaban los circunſtantes, que el Dios vaya contigo lo decia al enfermo,

mo, siendo muy al contrario, porque yo lo decia à la bolsa, por el peligro que corria desde la cabecera, hasta llegar à ser sepultada en mis calçones. Llegò el Confessor, y hallandome muy ronco, y fatigado de ayudarle à bien morir, me tuvo de alli adelante en buen concepto, y agradeciòme la charidad. Sentòse sobre la cama del enfermo à oirle de penitencia, porque aun tenia su alma en su cuerpo, y sus sentidos muy cabales, porque yo solamente era el que apresuraba su vida, por dar fin, y muerte a su dinero. Fue Dios servido, que estando en la mitad de la confesion, le diò un parasismo tan terrible, que à un mismo tiempo lo probó de sentido, y de vida. Yo acudí con toda voluntad al difunto cadaver, mientras que lo mudaron de la cama de madera à la cuna de tierra, y despues le hice decir un par de Missas: y por ser quando di la limosna para ellas despues de aver almorçado, y cargado de delantero, mandé, que fuessen de salud, que estas obligaciones me corrian, por aver quedado su legitimo heredero, sin clausula de testamento. Abri aquella mañana la bolsa, y aviendo registrado las tripas de ella, la metí en el lado del corazon, y di por bien empleadas las vozes, y la mala noche. Viendome, pues, con tanto dinero, y en vida tan estrecha, que apenas tenia ora de sosiego, ni lugar de echar, y derribar

con

con gente de toda broza, pretendí comodidad con mas enſanchas: y andando con eſte preſupueſto, me ſali una tarde à deſenfadar al muelle de aquella Ciudad: y eſtando de eſpacio contemplando tan lindo ſitio, paſsó à eſte tiempo por junto à mi mi amo el Alferez Don Phelipe Navarro de Viamonte, à quien ſervi en la embarcacion de Levante. Conocile al punto, y lleguéle à hablar, y à ofrecerme de nuevo en ſu ſervicio, y à contarle en lo que me ocupaba en aquella Corte. Holgóſe mucho de verme, y díxome, como era Alferez de la Compañia del Maeſtre de Campo Don Melchor de Bracamonte, y que eſtaba de partida para Lombardia, para cuyo efecto ſe avia hecho aquel tercio: que ſi queria volver à ſer ſu ſegundo Alferez, y eſguazar como de primero, que me llevaria de buena gana. Yo, por ver a Milàn, y por ſalir de la clauſura en que eſtaba, y no ſer atalaya de muertos, y centinela de enfermos: y pareciendome mucho mejor el ſon de las caxas, que el de las flautas, ò geringas, dexé el oficio de arrendaxo de Cirujano, y tomé el de abanderado. Embarcámonos en una Eſquadra de Galeras, y ſin ſuceſſo adverſo, ni coſa memorable, llegamos à Lombardía. Eſtuvimos alojados en una Villa, que ſe llama la Coſta, comiendo à coſta del Patron, y diciendo aquello de hueſpede, máteme una gallina,

que el carnero me hace mal: eché de ver, que aquella vida era mejor que la de Cirujano, si durasse siempre estar sobre el villano. Mandaron à mi tercio, que marchasse à los Paises baxos, cuya nueva me dexó sin aliento, por ser camino tan largo, y que lo aviamos de caminar en mulas de San Francisco. Estaba en mi compañia un soldado, que avia servido en aquellos Estados en tiempo de treguas; y para informarme dél, qué tierra era adonde nos mandaban ir, lo convidé à beber dos frascos de vino en una ermita del trago: y despues que estaba como el arco de Noe, aviendole yo dicho como estaba de camino para ir à ver la gran Corte de Bruselas, me dixo, lleno de vaguidos de cabeza, y de abundancia de erres: Camarada del alma, tome mi consejo, y haga lo que quisiere; pero à Flandes, ni aun por lumbre, porque no es tierra para vagamundos, pues hacen trabajar los perros, como aqui à los caballos; y tan helada, y fria, que estando yo un Invierno de guarnicion en la Villa de Gueldres, tuve una pendencia con vn soldado de Nacion Alvanés, sobre cierta marresa; y aviendo salido los dos à la campaña, y metido mano à nuestras lenguas de azero, ayudado yo de mi destreza, le hice una conclusion, y con una espada ancha de à caballo, que yo trahia entonces, le di tal cuchillada en el pescuezo, que como quien revana hongos;

gos, di con ſu cabeza en tierra, y apenas lo vi-de Don Alvaro de Luna, quando quedé turbado, y arrepentido; y viendo que palpitaba el cuerpo, y que la cabeza tremolaba, la volví à ſu acoſtumbrado aſsiento, encaxando gaznate con gaznate, y venas con venas, y helandoſe de tal manera la ſangre, que ſin quedar, ni aun ſeñal de cicatriz, como aun no le avia faltado el aliento, volvió el cuerpo à ſu primer ſer, y à eſtar tan bueno como quando lo ſaqué à campaña, y la cabeza aun mas firme que antes. Yo atribuyendolo mas à milagro, que à la zurcidora, y brevedad de la pegadura, lo levanté de tierra, y haciendome ſu amigo, lo volví à la Villa, y llevé à una taberna, donde à la compañia de un par de fogotes nos bebimos teta à teta, media docena de potes de cerveza, con cuyos eſtufados humos, y bochornos de los fulminantes, y abraſados leños, ſe fue deshelando muy poco à poco la herida de mi compañero; y yendo à hacer la razon a un brindis que yo le avia hecho, al tiempo que traſtornó la cabeza atrás para dar fin, y cabo a la taza, ſe le cayó en tierra, como ſi fuera cabeza de muñeco de alfeñique, y ſe quedó el cuerpo muy ſoſſegado en la miſma ſilla, ſin hacer ningun movimiento; y yo aſſombrado de ver caſo de tanta admiracion, me retiré à una vecina Igleſia. Dieronle ſepultura al dos vezes degollado; y

yo viendo el peligro que corria, si me prendiessen, me sali de Gueldres en habito de Frayle, por no ser conocido de la guardia de la puerta; y passando muchos trabajos, llegué à este País, que aunque es frio, no tiene comparacion con el otro, como vuessa merced echará de ver en lo que en buena amistad le he contado. Agradecile el aviso, y di tanto credito à su Fábula de Hysopo, que incité à la mitad de mi Compañia, à que fuessemos a buscar tierra caliente, y cargando con quinze tornillos novillos, amadrigados de el Quartél de Nápoles, los llevé la vuelta de Roma à que hiciessen confesion general, y à que ganassen Indulgencia plenaria, y remision de todos sus pecados. Llegamos à ella, unas vezes pidiendo, y otras tomando, y las mas cargados de Monsiur de la Paliza. Apartéme de la tal compañia, y encontrando con un amigo mio, me informé, como mi Padre avia ido à Palermo à cobrar un poco de dinero, que le debia un criado del Duque de Alburquerque, que en aquella ocasion era Virrey de Sicilia. Celebré la buena nueva, y entréme con mucho desembarazo en mi casa, haciendome absoluto señor de ella. Recibieronme mis hermanas muy tibiamente, mirandome las dos con caras de probar vinagre, dandome cada dia en cara mis travesuras, y los cien ducados, que avian

pa-

pagado por mi à mi ſegundo Maeſtro. Hacia-me regalar como à Mayorazgo de aquella caſa: eſtimar, como heredero de aquella hacienda: y reſpetar, por aver nacido varon. Tenia con ellas mil encuentros, y rebates cada dia, particularmente porque me aguaban el vino, bebiendolo ellas puro. Llegó el rompimiento à tal extremo, que no viendo en ſu boca enmienda, me reſolví à que olieſſe la caſa à hombre, echando el bodegón por la ventana: y una tarde, que me dieron una folleta de vino, bebí de él, bautizado en una vecina fuente, eſtando la meſa con la vianda, y todos ſentados à ella; dandole à la mayor con los platos, y à la menor con el fraſco, y echando à rodar la meſa, las dexé à las dos deſcalabradas, y yo me volví à mi Hoſpital de Nápoles, donde haciendo la gata muerta, y dando por diſculpa de mi auſencia quatro mil enredos, fui ſegunda vez admitido; y teniendo nuevas à los primeros dias de mi exercicio, de que mi Padre avia muerto en la Ciudad de Palermo, por no meterme en coſta de lutos, ni dar que murmurar à mis ſuperiores, me embarquè para Sicilia, con mas intencion de aprovecharme de la herencia, que de hacer bien por ſu alma. Llevéme bien con los albecéas, y viendo el teſtamento, hice yo mi negocio, y ellos ſu agoſto. Vendí los, y algunos muebles que avia dexado, y con

el dinero qué saque de ellos, empecé à ser imán de los de la hoja, y norte de la hampa; los unos yesca para galeras, y los otros pajuelas para la horca, y todos juntos, téa para el infierno. Viendo que me comian de polilla, y que eran carcómas de mi corta herencia, los dexé con la miel en los labios, por ver que mi bolsa iba dando la hiel. Traté de acomodarme en casa del Virrey; y por aver sido mi Padre muy conocido de todos los criados de aquella casa, fui recibido por mozo de plata en ella. Acudian à verme, y darme el parabien toda la amontonada valentia, y yo por darles à entender lo sobrado que estaba, les sacaba à todos el vientre de mal año. Fueron tan à menudo estas visitas, que con andar yo cuydadoso, como aquel que conocia la gentecilla de aquel arte, que en menos de tres meses me faltaron algunos talletes de plata; y aun anduvieron conmigo comedidos, pues no se llevaron los demàs. Sabiendo su Excelencia la buena cuenta que avia dado de lo que se me avia entregado, y que à aquel passo presto daria fin de toda su baxilla; aviendose satisfecho no ser yo el que avia hecho el tiro, sino aquellos honrados, que me venian à visitar, y que yo no tenia con qué satisfacer la pérdida, mandó despedirme, y que me aconsejaron que me apartára de la compañia de gente tan perniciosa. Sali de Palacio muy bien puesto, por los grandes provechos

que

que tenia, y por tirar plaza de Soldado en una Compañia, que tenia 60. Soldados efectivos para entrar la guardia, y 150. para el dia de la mueſtra. Harto pudiera decir acerca de eſto, pero me diran, qué quien me mete en eſto, ni en gobernar el mundo, teniendo Doctores la Igleſia?

En eſte tiempo eſtaba de partida un Delegado de eſta Corte, à hacer una execucion ſobre cierta cantidad de dinero dentro del Reyno: y viendome tan bien adornado, y que avia ſido criado de un Virrey, me nombró por ſu Alguacil, y llevó conſigo: ſaliendo de la Ciudad, y caminando haſta que llegamos adonde íbamos à caballo, con botas, y eſpuelas, y armas ofenſivas, y defenſivas, y vara alta de Juſticia, que parecia en mi de varear bellota. Iba delante del tal Juez, y de tal ſuerte llevaba el Rey en el cuerpo, que daba à todos una voz, y à un ven acá, pagaba en las hoſterias, no mas de aquello que me parecia. Aviendo fenecido nueſtro viage, prendí el primer dia que llegamos tres labradores, en virtud de mi comiſſion, con ayuda de vecinos, y porque ellos guſtaron de dexarſe prender: y con ſer ſu cauſa civil, les hize echar grillos, y cadenas, y meter en calabozo, haſta tanto que pintaron, y pidieron miſericordia. Banquetéaronme un dia los parientes de eſtos priſioneros, porque intercedieſſe por ellos con el Legado. Hize en el

con-

convite tantas razones, que quedé sin ella; prometiéndolos soltar dentro de una ora; y dando muchos traspies, con ser la tierra llana, me fui à la posada, y le pedí à mi Juez competente, que soltasse aquellos desdichados, porque no tenian con qué pagar, y que el que no tiene, el Rey le hace libre. Echó de ver el mal que trahía, y preguntóme, por verme inquieto, que si me avia picado la tarántula? Yo le respondí, que aprendiesse à hablar bien, ò que yo le enseñaría: que él solo era el tarantulero, y el atalantado, y el hijo de atalanta. El, riendose de mi, se me acercó, y alargando la mano, me tomó la barba, y hizo en ella presa. Yo, agraviado de aquello, pareciéndome, que era menosprecio, y atrevimiento grande à un Alguacil Real, agarrèle de los cabezones, y pidiendo favor à la Justicia, y dándole recios embiónes para llevarlo à la carcel, le hice tiras la valona, y le desabotoné la ropilla. El, al principio lo llevó en chança, por ver que no obraba yo, sino mi criado; mas despues, viendose vltrajar delante de mucha gente, que ocurrió à mis vozes, se enojó como un Satanás, y quitándome la vara; me hizo pedazos el Rey en los cascos. Tuve dicha en que fuesse delgada, que à no serlo, daba fin de su nuevo Ministro. Volvíme à pié, y apelando à Palermo à acomular la resistencia, y advirtiendo, quando se passaron

los

los terremotos de la cabeza, aver ſido yo el culpado, me quité yo de hiſtorias, y me volví á juntar con mis valientes. Hicieronme ſalir una noche en ſu compañia: coſa que jamás avia hecho, en la qual uno de ellos, haciendo el oficio de San Pedro, abrió una puerta: y por aligerar de ropa à ſu dueño, lo dexaron ſin baúles. Fueron ſentidos de las centinelas de unos gozques, y ſaliendo toda una familia en ſu ſeguimiento, les obligaron à dar con la carga en tierra, y à darles à los que los ſeguian un refreſco de cuchilladas. Yo, que eſtaba temblando de miedo antes del hurto, y en el hurto, y deſpues del hurto, y ſiempre apartado de ellos, y peſaroſo de no aver conocido ſu modo de vivir, antes de ſalir de mi poſada, para no averme pueſto en aquel rieſgo, viendo à mis compañeros huir, y à los heridos volverſe à ſus caſas à curar, metiendo los lamentos en el Cielo, por no hacerme hechor, no lo ſiendo, me eſtuve quedo, y tan cortado, que quando me quiſiera ir, es cierto que no pudiera. Acudió al ruido de las vozes la Juſticia, y hallando tres baóles en la calle, y quatro hombres bien heridos, y yo no muy lexos, me llegaron à reconocer; y confiriendo de mi turbacion, que era de los que avian hecho el daño, ſin valerme el alegar aver ſervido al Virrey, ni ſido Alguacil executor del Legado, me llevaron por

mis

mis pies) que aun no tuve ventura que fuesse en volandas (adonde hice experiencia de amistades, y prueba de amigos, saliendome todo como yo merecia. Tomaronme otro dia la confesion, y por variar en las preguntas que me hicieron, y contradecirme en los descargos, me sentenciaron à sursum corda, y encordacion de calabaza. Mas antes que cantasse aquello del potro rucio, por tener atencion que avia servido al Duque mi señor, me condenaron à salir desterrado, poniéndome en libertad. Y sacandome fuera de las puertas de Palermo, encaminéme à Nápoles, y escarmentado de la causa de mi destierro, me junté, assi que llegué, con otra tropa, aun peor que la referida. Fuimonos à bañar una noche al muelle, y à la vuelta, queriendo dar garrrote à una rexa, passaron dos Ciudadános: y por quererlos descobijar, y dexar sin nubes, dieron gritos, guardia, guardia: desmayó toda la gavilla, viendo venir al socorro una esquadra de soldados de la garita de Don Francisco, huyó la gente de la carda, y yo en manguardia de todos. Fuimonos à la posada, hallamosla abastecida de pavos de Indias, que avia trahido otra patrulla, que avia salido del mismo quartel. Comí con ellos con sobresalto, dormí sin ellos con desassiego, y à la mañana echéles la bendicion: y por verme libre de Justicia, que cada instante pen-

sa-

ſaba que me venian à prender, para que eſcotaſſe los pavos, ſenté plaza de ſoldado de acaballo en la compañia de Don Diego Manrique de Aguayo. Eſtábame ſiempre muy de aſsiento en Nápoles, buſcaba ſoldados para mi compañia, dabame mi Capitan à dobla por cada uno, los quales embaucaba, y daba à entender, para conducirlos, dos mil embelecos, y otros tantos al Capitan, para encarecerle la cura, y el trabajo, y gaſtos, aun no imaginados, del oficio de la correduria; con que de mas de quedarſe agradecido, añadia nuevos ſocorros à lo capitulado. Ibame los Viernes, y los Sabados à la marina, adonde por aprendiz de valiente, eſtafaba à la mayor parte de ſus peſcadores, trahia alborotado el quartél con trapazas, enredadas ſus Damas con tramoyas, canſadas ſus tabernas con créditos, y el chorrillo, y guanteria con fianças, de ſuerte, que de todos me hacia conocer, y con todos campaba, y à todos engañaba. Y temiendo que ſe deſcornaſſe la flor, y ſe acabaſſe el crédito, y dinero, dexando à muchos llorando por mi, y no por finezas de voluntad, hallando embarcacion para Eſpaña, me embarqué ſecretamente y di con mi cuerpo en Barcelona.

(?)

CAP.

CAPITULO QUARTO.

De como llegò à Eſpaña, y viage que hizo à Zaragoza, Madrid, y peregrinage à Santiago de Galicia, y otros ridiculos ſucceſſos, que le paſſaron en Portugal, y Sevilla, haſta que entrò à ſer mozo de repreſentantes.

DEſpues de aver llegado à Barcelona, eſtuve en ella algunos dias, por deſcanſar de la larga embarcacion, y al cabo de ellos fui acompañando haſta Zaragoza à una Dama, con quien avia hecho conociencia, por aver poſado los dos en una miſma poſada; la qual era en sì tan generoſa, y tan amiga de agradar à todos, y de no negar coſa que le pidieſſen, que en virtud de los regalos, y mercedes que me hizo por el camino, comi dos meſes de valde en el Hoſpital de Nueſtra Señora de Gracia, que es uno de los mas ricos de Eſpaña, y adonde con mas amor, y cuidado ſe aſsiſte à los enfermos, y adonde con mas abundancia ſe les regàla. Deſpues de ſalir de la convaleſcencia, me metì en un carro cargado de Frayles, y de mugeres de buen vivir: carga de que jamás han ido, ni van faltos. Fuime con él à Madrid, por la noticia que tenia de ſer eſta Villa madre de todos. Llegué à la que es Corte de Cortes, leo-

nera de el Real Leon de Eſpaña, academia de la grandeza, congregacion de la hermoſura, y quinta eſſencia de los ingenios. Al ſegundo dia que eſtuve en ella, me acomodé por page de un pretendiente, tan cargado de pretenſiones, como ligero de libranças. Dabame diez quartos de racion, y quitacion, los quales gaſtaba en almorçar cada mañana, y lo demás de el dia eſtaba à diente como aca de bohonero, ſiendo, à mas no poder, paño veintiquatreno. Comía mi amo tarde, por ſer coſtumbre antigua de pretendientes; y era tan amigo de quenta, y razon, peſo, y medida, que comia por onças, y bebia por adarmes: y tan amigo de limpieza, que pudo blaſonar no tener page que fueſſe lame platos, porque los dexaba él tan lamidos, y eſcombrados, que ahorraba de trabajo à las criadas de la poſada. Viéndome ſin eſperança de librea, y con poſſeſsion de ſarna, y las tripas como trancahilo, traté de ponerme en figura de romèro, aunque no me conocieſſe Galván, por ir à ver à Santiago de Galicia, Patron de Eſpaña, y por vér la Patria de mis Padres, y principalmente por comer à todas oras, y por no ayunar à todos tiempos. Dexé à mi amo, veſtime de Peregrino con habito larga, eſclavina cumplida, bordón reforçado, y calabaza de buen tamaño. Fui à la Imperial Toledo, centro de la diſcre-

cion

cion, y oficina de esplendores, adonde despues de aver sacado mis recados, y licencia para poder hacer el viage, me volví por Illescas à visitar à aquella Divina, y milagrosa Imagen; y dando la vuelta à Madrid, me partí en demanda del Escurial, adonde se suspendieron todos mis sentidos, viendo la grandeza incomparable de aquel sumptuoso Templo, obra del segundo Salomón, y emulacion de la fabrica del primero; olvido del Arte de Corintho, espanto de los pinceles de Apéles, y assombro de los cinceles de Lisipo. Dieronme sus Reverendos Frayles limosna de potage, y charidad de vino: piedad que en ellos hallan todos los passageros. Partí de alli à Segovia, y aviendo descansado tres dias en su Hospital, passé a la Ciudad de Valladolid: juntéme en ella con dos devotos peregrinos, que hacian el proprio viage, y eran, quando no de mi cantidad, por lo menos de mi calidad, y costumbres. Era el uno Francés, y el otro Ginoves, y yo Gallego Romano: y todos tan diestros en la vida poltróna, que podiamos dar papilla al mas entendido Gitano; y en efecto trinca, que se escaparon muy pocos de nuestras garatusas. A las primeras vistas nos conocimos los humores, como si nos huvieramos criado juntos: y al fin, por conformidad de estrellas, ó concordancia de inclinaciones, hicimos liga, y monipodio de

ir

ir à pérdida, y ganancia en todos lances, que nos podian ſuceder en eſta jornada, guardando las leyes de buena compañia: y para que mejor las obſervaſſemos, el Ginovès, como hombre mas experimentado, con tono fraternal, nos informò en las ceremonias, y puntos de la vida tunante. Doróla con tantos epithectos, y atributos, que por gozar de ſus excepciones, y libertades, dexàra los títulos, y grandezas del mayor Potentado de la Europa. Acabó, el Ciceròn à lo pícaro, ſu compendioſa oracion, que además del ſer guſtoſa, penetró de tal manera nueſtros corazones, que no huvo punto, por delicado que fueſſe, que no nos obligàſſemos à repetirlo, y à exercitarlo; y principalmente quando en lugar de quam mihi, & vobis, nos encargó aquella ſanta palabra, de quémeſe la caſa, y no ſalga humo: con que quedó tan pagado, como nolotros contentos. Proveídas las calabazas à diſcrecion, dimos principio à nueſtra romeria: con tal fervor, que el dia que mas caminabamos, no paſſaban de dos leguas, por no hacer trabajo lo que aviamos tomado por entretenimiento. En el camino vendimiábamos las viñas ſolitarias, y cogíamos las gallinas huerfanas; y con eſtas chanças, y otras, ſalimos cargados de dineros, y limoſnas, de las quales comíamos los canterònes, y revanadas de pan blanco, y lo negro quemado, y mal

cocido, vendiamos en los Hospitales, para sustento de gallinas, y aumentacion de alajú. Con esta mala ventura con coles, pasiabamos por Benavente, y llegamos à Orense, adonde mis compañeros, como cosarios de aquel camino, me dixeron, que alli los peregrinos de toda broça lavaban los cuerpos, y en Santiago las almas; y es la enigma, que hay en esta Ciudad unas fuentes, cuyas aguas salen por todo estremo calidas, que sirven de baño à los moradores de ella. Aqui los Peregrinos pobres lavan sus cuerpos, y hacen colada de su ropa; y en Santiago, como se confiessan, y comulgan, lavan sus almas. Nosotros, por gozar de todo, nos echamos en remojo como abadejos, y dando envidia nuestras ropas à las de Inesilla, sin gran daño del xabon, sacamos nuestras túnicas trasparentes. Llegamos à la Ciudad de Santiago, que porque no me tengan por parte apasionada, por lo que tengo de Gallego, me excuso de decir lo mucho que hay en ella que poder alabar. Ajustamos nuestras conciencias, que bien anchas las aviamos trahido: y cumpliendo con las obligaciones de ser Christianos, y de ir a visitar aquella Santa Casa, quedamos tan justificados, que por no usar de nuestras mercancias, andábamos lacios, y desmayados; por cuya causa, y por ser muchos los peregrinos, que acuden à la dicha Ciudad, y pocos los que dan

dan limoſna, me deſpedí de mis camaradas, y con deſeo de ver, y vivir con capa de ſantidad, caminé à la vuelta de el Reyno de Portugal. Llegué a Pontevedra, Villa muy regalada de peſcado: adonde ſiendo ballena racional, hice colacion con medio ceſto de ſardinas, dexando atónitos à los circunſtantes. Paſsé de allí à Salvatierra, ſolar eſclarecido de los Muñatónes, y Patria de mis Padres, que no oſſo decir que es mia, por lo que he referido de mi nacimiento, y porque todos mis amigos, llegando à adelgazar eſte punto, me dizen: Antes puto, que Gallego. Informéme de el nombre de un tio mio, y en creencia de una carta, que fingí de mi Padre, contrahaciendo ſu firma, fuí ocho dias regalado dél, y à la deſpedida me dió cinquenta reales, y reſpueſta de la carta, por averle aſſegurado, que me volvía à Roma. Proſeguí el camino de Portugal, y paſſando por Tuy, y llegando à Valencia, alcancé en ella la carta de miſericordia, que ſe dá à todos los paſſageros pobres, con cuya carta ſe puede marear muy bien por todo aquel Reyno, pues en qualquier Ciudad, ó Villa que la mueſtran, juntan, y dan con que puede comer qualquier hombre honrado; y como yo lo era, y con mas quilates que yerro de Vizcaya, comía à dos carrillos, y hacía dos papadas. Diome en Coimbra el Obiſpo de ella un toſtón, que es ſu

acostumbrada limosna, y llegando à Oporto; me desgradué de peregrino: y por no colgar los habitos, los di à guardar à la huéspeda de la posada en que estaba, y con los dineros de mi peregrinage, y con los que me avia dado mi tio, compré una cesta de cuchillos, rosarios, peynes, y alfileres, y otras bohonerías: formé-me de peregrino, en bohonero. Ibame tan bien en mi mercancía, que iba el caudal adelante con menudear en visitar las tabernas, y mamarme à cada comida un par de tajadas de raya, con que se me pudiera atribuir aquel bocablo placentero de mama raya. Encontróme una tarde el Alguacil de vagamundos, y preguntóme, como podia passar con tan poca mercancía? Yo le respondí: Señor mio, vendiendo mucho, y comiendo poco. Cuya razon le agradó, y no trató de molestarme. Llegó à esta sazon un baxél de aquella Ciudad, que es flor del Andalucía, gloria de España, y espanto del Africa, en efecto la pequeña Sevilla, y la sin segunda Málaga. Saltaron en tierra una docena de bravos de sus perchéles, que venian a cargar de arcos de pipas; y como siempre he sido inclinado à toda gente de léria, y pendon verde, al punto que vi esta quadrilla de bravos, me hice camarada con ellos, y como no son nada lerdos, convidábanme à beber, y llevándome à la taberna, hacian quitar el ramo. Co-

lás

lávamos hasta tentebonete, sin que yo echasse de ver hasta el fenecer de las azeytunas, que era el tal convite el de Cordovilla. Al fin, unas vezes gastando por mi gusto, y otras por los agenos, di al través con toda mi bohonería, y perdi la amistad de mis rajabroqueles, pues assi que me vieron descaudalado, huian de mi como si tuviera peste. Viendome pobre, y bohonero reformado, me volví à embanastar mi vestido de peregrino, y con mi carta de misericordia, me fui a la Ciudad de Lisboa, donde quedé fuera de mi, viendo la grandeza de su habitación, lo sumptuoso de sus Palacios, la generosidád, y valor de sus títulos, y Caballeros, la riqueza de sus Mercadantes, y lo caudaloso de su sagrado Tajo: sobre cuyas espaldas se veía una copiosa selva de baxéles, tan à punto de guerra, que atemorizando el tridente, hacian temblar el caduceo. Era la causa del apercibimiento, y junta desta Armada, estar con recelo, que el Inglés venia sobre esta Ciudad. Empeñé el segundo dia que me ocupé en su admiracion, mi vestido de peregrino, por un trasco lleno de aguardiente, por ver si daba mejor cuenta deste trato, que del de bohonero. Ganaba cada dia dos reales, y pareciendome poco, por ser mucho el gasto, me iba à los baxéles de la dicha Armada todas las mañanas, y en ellos trocaba brandavin por bizcocho,

y à veces por pólvora, y valas, que aunque era cosa defensiva, como la ganancia sufria ancas, dabales parte de ella à los Cabos de Esquadra, y derrengábanse, y ensordecian. Aqui me hacen cosquillas mil cosas, que pudiera decir, tocantes à lo que pueden las dadivas, y à lo que mueve el interés, y lo presto que se convencen los interessados, y los daños, que resultan por ellos, y las penas que merecen; pero como es fruta de otro banasto, y no perteneciente à Estevanillo, no doy vozes, porque sé, que seria darlas en desierto. Apliquéme de suerte à trabajar, cebado en la ganancia, que despues de aver hecho mil trueques al Alva, y revendidolos en tierra à las once de el dia, en dando las doce horas, en que nadie me daba provecho, y yo me hallaba ocioso, me iba al tranco de los Castellanos, que es la carcel de ellos, donde, porque les hacia algunos servicios, y mandados, me daban muy bien de comer, y algunos dineros, con lo qual ahorraba el gasto de la comida, y llevaba para pagar la cama, y cena en la posada, y me quedaba libre la ganancia de el aguardiente. Dividióse el Armada, y por ver que ganaba muy poco en la Ciudad, por aver tantos de este trato, dexandome el habito de peregrino, empeñado que estaba, vendí los frascos, y caudal, de que

avia

avia hecho provision, y con lo que saquè de la venta, y lo demás que yo tenia, compré una buena cantidad de tabaqueras, y con ellas me fui camino de Setúbar. Llegué a Montemóro, donde aficionados los vecinos dellas, por ser curiosas, bien labradas, y à moderado precio, en tres dias di fin de todas, y doble mi dinero. Juntéme en esta Villa con un mozuelo de Nacion Francés, que andaba brivando por todo el Reyno, y era uno de los mas taymados, y diestros en aquel oficio: que aunque es tan humilde, y tan desdichados los que lo vsan, tiene mas malicias, y hay en él mas astucias, y ardides, y engaños, que en un preñado paladino. Descubrióme, por averseles ido vn alates suyo, el modo de su gandaya, el provecho que sacaba della, y de la suerte que disponia su enredo: pidióme que le ayudasse. Prometióme el tercio de lo que se adquiriera, despues de pagados los gastos, y al fin me reduciò à su gusto. Llegamos cerca de Ebora, Ciudad, en tiempo que hacia muy grandes frios, y antes de entrar en ella, se desnudó mi Juan Francés un razonable vestido que llevaba, y quedandose en carnes, abrió una talega de motilon Mercenario, sacó de ella una camisa hecha pedazos, la qual se puso, y un juboncillo blanco, con dos mil aberturas, y banderolas, y un calçon con ventanage de alcazar, con variedad de re-

miendos, y diferencias de colores, y entalegando sus despojos, quedó como Juan Paulin en la playa, entrandose de aquella fuerte en la Ciudad, aviendome dexado antes la cumplida talega: y advirtiendome, que entrasse por otra puerta, y le esperasse en el Hospital. Obedecile, y hice lo que me mandaba, reconociendo superioridad, por ser el Autor de aquella máchina picaril. Iba por las calles mi moderno camarada, haciendo lamentaciones, que enternecian à las piedras, dando sombreradas à los passantes, haciendo reverencias à las puertas, y cortesías à las ventanas, y dando mas dentelladas, que perro con pulgas. Descubría los brazos, echaba al ayre las pechugas, y mostraba los desnudos pies. Unas veces lloraba, otras suspiraba, y jamás cessaba de referir su miseria, y desnudéz. Dabanle los charitativos Lusitanos limosna de dineros: las piadosas Portuguesas camisas viejas. y vestidos antiguos, y zapatos desechados: y él, haciendo unas veces la guaya, y otras la temblona; y tendiendose en tierra, haciendo rosca, y fingiendo el subito desmayo, iba recogiendo alhajas, juntando pitanças, y agregando china. Cargó con todo à boca de noche, y vínome à buscar al Hospital, adonde tuvimos una mesa de Principes, y nos dimos una calda de Archiduques. Madrugamos muy de mañana, y saliendo ambos bien

arro-

arropados del Hospital, y Ciudad, marchamos à buscar nuevos ignorantes. Hacia cada dia el tal tunante su compassiva representacion, y à la noche vendiamos la variedad de alhajas, sin reparar en precios: y esto no en las partes donde se avian juntado. Con esta guitoneria provechosa, anduvimos doce dias, haciendo lamentaciones, y enagenando muebles, hasta tanto que al último de ellos, estando mi gavacho en la Plaza de una Villa, dando mas vozes que un Morábito, al dar los buenos dias, llegó à él à darle limosna un ropavejero de otra Villa cercana, à quien la noche passada aviamos vendido, y trasparlado una carga de varatijas; y aviendo venido aquel dia à esta Villa à negocios de sus mercancias, nos avia visto à la entrada en diferente habito, del que de presente tenia: y aviendolo reconocido de espacio, dió parte à la Justicia: la qual, trocando en ira la piedad, que hasta entonces le avian tenido, lo llevaron à la prision, con mas vozes, y algazára, que alma de sastre en poder de espiritus. Hallóse en el prendimiento cierto gorrón, que à titulo de ir à proseguir sus estudios à Salamanca, ocupaba de dia las Porterias, y las noches los Hospitales, el qual me dió aviso de ello, ignorando ser yo cómplice de aquel delito. Yo, por la experiencia que tenia de barbero, viendo aquella barba pelar, eché la mia en remojo.

Pues

Pues sin reparar en que estaba lloviendo à cántaros, ò à botijas, cargando con toda la mochila, y ropa dél, que sin ser escarraman, habitaba calabozo obscuro: y saliendome de la Ciudad à la hora que peynaban el ayre morciégalos, y que mozuelos fatigaban las selvas: y aviendome informado del camino de Yelves, empecè à marchar à lo de soldado de Orán: y despues de aver caminado hasta dos leguas, sirviendome de norte una luz que estaba algo apartada, y pensando que fuera algun pastoral alvergue, apresuré el passo à ella, con dedeseo de enjugar mi mojada ropa, y tener un poco de descanso; y al cabo de un rato, hollando lodos, y enturbiando charcos, llegué en trage de alma en pena, adonde aligerando mi conciencia, pagué todos mis pecados. Hallé debaxo de la clemencia de un desollado alcornoque, que de mas de servir de pavellon el Verano, servia de resguardo, y chiminea el Invierno, à una quadrilla de Gitanos, mas astuta en entradas, y salidas, que la de Pedro Carbonero: los quales aquella misma noche avian hecho, extramuros de la dicha Ciudad, un hurto de dos mulas, y cinco borricos; y por no poder caminar por el rigor de la noche, y parto de las nuves, avian hecho alto en aquel despoblado sitio, y hecho lumbre para enjugar sus mal ganadas vestiduras. Saludélos de tal manera, que

excedí los límites de la cortesía, mas por temor de aver dado en ſus manos, que por amor, ni aficion, que jamás les tuve; porque quien es tu enemigo? El que es de tu oficio. Recibieronme con el mayor agrado, que ſe puede ſignificar; y compadecidas las taimadas Gitanas de verme de la ſuerte que eſtaba, aun antes de informarſe de la cauſa de mi llegada, ni de lo que me avia obligado à venir à tales horas à ſu morada campeſina, me empezaron à deſplumar como à corneja, à titulo de enjugar en ſu gran lumbre mi muy mojada ropa, por librarme de algun catarro, ó resfriado; y aunque me quiſe excuſar de darſela, por hacer ſu robo con rebozo de tenerme compaſsion, me dexaron en pelota, dandome para cubrir mis deſnudas carnes, una capa vieja de un Gitano mozo. Yo enternecia la ſoledad de aquel monte, y ſus robuſtos arboles, con los ſuſpiros que daba, de ver mi hacienda en monte tan ſin piedad, y en banco tan roto, no quitando los ojos de mi amado jubón, compañero en mis trabajos, y depoſitario de mi caudal. Temí, que por el peſo reconocieſſen ſus colchadas doblas, y ſus emboſcados reales. Pareciame, que aun ſiendo inſenſible, ſentia el apartarſe de mi, y que me decia con muda lengua: A Dios, Eſtevanillo, que ya no nos hemos de ver mas. Eſtaba ocupado todo el rancho en enjugar mis funeſtos deſpojos,

jos, teniendo para este caso cercado todo el fuego, y sitiada toda la hoguera.

Tenian entre ellos una algazára como Gitanos, una alegria como ganancioſos, y un temór como ſalteadores, pues cada inſtante volvian las cabezas por ſi llegaban en ſu ſeguimiento los dueños de ſu botin, y cabalgada. Eſtando todos de la ſuerte que he dicho, y yo del modo que he pintado, llegaron de repente à viſtas del rancho, haſta veinte hombres, que à lo que pareció, y deſpues ſupe, eran eſcribas, ò miniſtros de Juſticia, y à la voz de decir: Favor al Rey, como ſi fuera nombrar el nombre de Jesvs, entre legiones de demonios, ſe deſapareció toda eſta quadrilla de Satanás, con tanta velocidad, que imaginé que avia ſido por arte diabólica. Yo, hallandome ſolo, y penſando que venian en buſca mia, para que acompañaſſe al triſte Francés en la ſoledad de ſu priſion, por ſaber que tanta pena tiene el ladron, como el encubridor, y hallarme ligero de ropas, y deſembarazado de veſtido, atraveſſando, y ſaltando pantános, me libré de ſus uñas, no aviendo podido de las de los Gitanos; y como fui el poſtrero, y la culpa era corta, y por debaxo de ſus arápos, daba reflexos la jaſpeada camiſa: Seguian por eſtrella la que era palomar, iban todos tras mi implorando el favor de la Juſticia, y yo con el de mis talones, deſ-

pues

pues de aver corrido mas de media legua, los dexé muy atrás, quedando tan rendidos, como yo cansado. Caminé toda la noche por temer la voz del pregonero, y por no quedarme helado en aquella desabrigada campaña. Anduve dos dias fuera de camino, asombrando Pastores, y atemorizando Ermitaños, y al cabo de ellos llegué à Yelves, Frontera de Estremadura, y valiendome del poder del Corregidor, y de la charidad del Cura, y contándoles aver sido robado de Gitanos, el uno mandó echar un plato, y el otro un guante, con que de veras se hizo el juego de quien viste al soldado, quedando yo agradecido, y algo remediado. Contáronme ambos, como los dichos Gitanos avian hecho un hurto junto a Alvora, y que avia salido la Justicia en su seguimiento; y que aviendolos hallado a todos en la campaña al amparo de un gran fuego, se les avian huído, sin poder coger à ninguno: mas que al fin avian dexado el hurto que avian hecho. Llegóse à mi un Labrador, y preguntóme, que si queria detenerme alli à coger azeytuna, que me daria cada dia medio tostón, y de comer, con lo qual me podia remediar, y tener para hacer mi viage. Parecióme que era buena conveniencia, y assi tuve por bien de servirle, y estar con él mas de veinte dias, donde en cada uno de ellos hacia tres comidas à toda satis-

fac-

faccion: mas por hallarme afligido de la soledad del campo, de la frialdad del tiempo, y falta de tabernas, y parecerme cargo de conciencia llevar de jornal mas que valia la azeytuna que cogia, pues antes servia de estorbo, y embarazo à los que me ayudaban, cobré un dia de fiesta lo que me debia mi amo, con lo qual me fui à la vuelta de Sevilla, despues de averme fardado conforme à la posibilidad del dinero. Llegué à Mérida, puente, y passage del memorable Rio de Guadiana, adonde se acababa de fabricar un Convento de Monjas de Santa Clara: y por causa de aver falta de peones para su obra, y por ir yo algo despeado, me puse à peon de albañil. Dabanme cada dia tres reales de jornal: y por juzgarme no tener malicia, no consentia la Priora, que ninguno, si no yo, entrasse en el Convento à sacar la cal, que estaba dentro dél, para que se fuesse trabajando. Ocupaba en esto algunos ratos, y todas las veces que entraba en el dicho Convento, iba delante de mi la Madre Portera, tocando una campanilla, para que se escondiessen, y retirassen las Religiosas: pero yo imagino, que no estaban diestras en el son, pues antes parecia llamada, que retirada, pues sin bastar cencerrear, todas compadecidas de mi gran trabajo, y de mi poca edad, y de mi agudeza, en lugar de retirarse, se acercaban à mi, y me daban algunas limosnas, aconsejandome, que

me

me volvieſſe à mi tierra, y no anduvieſſe tan perdido como andaba.

Sucedióme en eſta Villa un gracioſo caſo; y fue, que un Domingo de mañana me llevó un labrador honrado à una bodega ſuya, à henchir en ella un pellejo de vino para llevar à ſu caſa. Entramos los dos à hacer prueba del que fueſſe mejor: y aviendo hecho à puras candelillas un cirio Paſcual, me hizo tener la empegada vaſixa, con un gran embudo, que avia metido en ella, agarrada con ambas manos; iba ſacando de la tinaxa cántaras de vino, y vaciandolas en el cóncabo de botanas, y engendrador de moſquitos: y mientras él volvia la cara a ir eſcudillando, me echaba yo de bruces en el remanſo que hacia el embudo: y an el inter que él henchia ſu pellejo, yo rehenchia el mio. Atólo muy bien, y echóme lo acueſtas, para que gozára la bodega de ver cuero ſobre cuero, y pellejo ſobre pellejo: y apenas lo tuve ſobre mi, quando me derrengué, y eché con la carga, cayendo en tierra à un miſmo tiempo dos lios de vino, ù dos cargas de moſto. Probó el labrador à levantarme, pero canſóſe en valde, porque ſola la cabeza me peſaba cien quintales, demás de ſer mi barriga ſegunda cuba de Sahagún. Salió à la calle, buſcó un hombre, que le ſacaſſe el pellejo, y quatro, que me ſacaſſen à mi. Puſie-

ron

ronme, à pura fuerça de brazos, de patas en la calle: y no pudiendo ſoſtenerme ſobre ellas, por averme ſacado de mi centro, como atún, à la puerta de la bodega, adonde no baſtando inquietudes de muchachos, burlas de barbados, y ſocorros de calderos, dormí como un lición todo aquel dia, y toda aquella noche: y tuve à gran milagro deſpertar el Lunes à las once. Hallándome lavado de fregados, y eſpulgado de faltriquéras, levantéme como pude; y ſeguido de Eſtudiantes mínimos, y de muchachos de eſcuela, me ſalí al campo, medio avergonçado, preguntando à los que me encontraban, y ſe reían de mi: Camaradas, por donde va la dança? Volví à proſeguir el camino de Sevilla, detuveme una ſemana en Cazalla, ayudando à cargar vino à unos harrieros de Conſtantina, adonde cada dia cogia una zorra por las orejas, y un lobo por la cola. Deſde allí fuí à Alcalá del Rio, que eſtá à dos leguas de Sevilla: y al paſſar una barca, que hay en ſu ribera, me preguntó un labrador, ſi queria eſtár con amo? Y por reſponderle que ſi, me llevó à media legua de allí, y me entregó à un cabrero ſuyo, para que le ayudaſſe à guardar un hato de cabras que tenia; y al deſpedirſe de mi, me dixo, que tuviera buen ánimo, y que ſirvieſſe bien, que con el tiempo podria ſer que llegaſſe a ſer cabrero. Y pienſo

que

que ya lo huviera ſido muchas veces, ſi Dios no me huviera guardado mi juizio, y quitadome de la cabeza el no averme caſado. Comimos al medio dia un gazpacho, que me resfrió las tripas, y à la noche un ajo blanco, que me encalabrinó las entrañas: y lo que mas ſenti, fue, que teniamos un pollino por repoſteria, el qual, debaxo de los repoſteros de dos pellejos lanudos, nos guardaba, y conſervaba dos mortijas, cuyo licor, no ſiendo ondas de Ribadavia, eran olas del Bétis. Y como yo eſtaba enſeñado à diferentes liquores, y à regalados manjares, me hallé arrepentido de aver vuelto media legua atrás de mi derecho camino: y aſsi, dexando dormido a mi compañero, y madrugando dos horas antes del Alva, peſqué el mejor cabrito de la manada, y echandomelo acueſtas, me hallé avergonçado de que me vieſſen ſolo aquel dia con pitones ſobre la cabeza, à cauſa de ſer el animalejo de buen tamaño. Dime tan buena diligencia, que llegué muy tremprano à Sevilla, aunque en mala ocaſion, por ſer en tiempo de la gran avenida de ſu Rio, aunque ya avia dos dias que era paſſada: vendi mi hijo de cabra en quatro reales, aplaqué el canſancio con oſtiones crudos, y camaroncitos con lima. Fuime à dormir à la calle de la galera, donde de ordinario hoſpedan la gente de mi por-

te. A la mañana visité las Cuevas; dieronme sus santos Monges potage de frangollo, y racion de vino, y dandome, demás desta limosna, dos reales cada dia, me entretuve algunos en sacar cieno hediondo de su cantina, de lo que avia trahido la creciente: y cansado de andar en bodegas vacias, y de sacar ruinas aguadas, di la vuelta à Sevilla, y encontrando un dia un aguador, que me pareció letrado, porque tenia la barba de cola de pato, me aconseje con él, para que me adestrasse como tendria modo de vivir, sin dar lugar que los Alguaciles me mirassen cada dia las plantas de las manos, sin decirme la buenaventura. El, sin revolver libros, me dixo, que aunque era verdad, que el vino que se vendia era sabroso, oloroso, y substancioso, que no por esso dexaba de marearse muy bien la venta del agua, por ser muy caluroſa aquella tierra, y aver tanta infinidad de gente en ella, y que era oficio, que con ser necessario en la República, no necesitaba de examen, ni avia menester caudal. Di por bueno su parecer, y comprando un cantaro, y dos cristalinos vidrios, me encastillé en el oficio de aguador, y entré a ser uno de los de su número. Empecé à vender agua fria de un pozo, que avia en casa de un Portugués, en cuyo sencio parecia, segun su frialdad, ò que usurpaba los ampos al ampo, ò que robaba los copos al Apenino. Costábame

bame cada vez que lo llevaba, no mas de dos maravedis, y ſacaba de él dos reales. Hacía caer à todos los que acudian al reclamo de el agua fria, que era agua del Alameda: y para apoyar mejor mi mentira, ponia en el tapador un ramo pequeño, que hacia proviſion para toda la ſemana, y con él daba mueſtras de venir donde no venia, ſiendo la mercancia falſa, y ſus armas contrahechas. Servia el tal ramo de acreditar el trato, adorno, garçota, y penacho de mi carambanado cántaro. Algunos curioſos me preguntaban la cauſa de tenerla yo mas fria que los que la trahian de la miſma parte: y ſatisfaciales con decirles, que por vender mas, la tenia toda la mañana en nieve, y que a la tarde, mientras vendia un cántaro, dexaba otro resfriando, y que la ganancia ſuplia el gaſto; con cuyo engaño vendia yo mas en un dia, que los demás de eſta profeſsion en una ſemana, teniendo menos trabajo, y mas opinion. Ibame todas las tardes al corral de las comedias, y todos los Caballeros, por verme que era agudo, y entremetido, me embiaban, en achaque de dar de beber à las Damas, à darles recados amoroſos. Bebian ellos por agradarme, y hacian lo miſmo ellas por complacerme: de manera, que uſaba à un miſmo tiempo dos oficios, tirando del uno racion, y del otro gages: pues demás de pagarme diez vezes doblada el agua, me grati-

ficaban el ser corredor de oreja. Hallábame tan bien en este comercio, que jamás lo huviera dexado, si el cántaro no pesára, y fuera Verano todo el año. Quexabanse cada dia mil parrochianos, de que padecian dolor de tripas, y mal de ceatica, y atribuyendolo à otras desordenes, echaba yo de ver que lo causaba la gran frialdad del pozo. Vendian algunos aguadores por las mañanas, por no ser tiempo de tratar su mercancia, naranjas secas, en cuyo trato ganaban razonablemente. Y yo, ò ya fuesse de envidia, ò porque ninguno de ellos me echasse el pie delante, trabajé de un golpe tres diferentes mercancias, provechosas para la bolsa, y ocasionadas à tener entrada en todas partes, con cuyo achaque daba recados à las doncellas mas recatadas, y muecas à los maridos mas zelosos. Eran xaboncillos para las manos, palillos, y polvos para limpiar los dientes. Hacía los xaboncillos de xabon rallado, de harina de chozos, y de azeyte de espliego, y daba à entender, que eran xaboncillos de Bolónia. Cogia raizes de malvas, cocialas en vino, y sangre de dragon, tostábalos en el horno, y despachábalos por palillos de Moscóvia. Formaba los polvos de piedras pomes, cogidas en la margen de aquella celebrada ribera; y avièndolos bien molido, los mezclaba con pequeña cantidad de polvos veminios, en cuya vir-

tud

tud ſe bolvían roxos, y paſſaban plaza de polvos de coral de Levante. Puſe mi meſa de montambanco, y ayudandome del oficio de charlatán, enſalçaba mis drogas, y encarecía la cura, y vendia caro: porque la perſona que quiſiere cargar en Eſpaña, para vaciar en otros Reynos, ha de vender ſus mercancías por bohonerías de Dinamarca, y invenciones de la Baſalicata, y curioſidades del Cuzco, y naturalizarſe el dueño por Griſon, ò Eſguizaro: porque deſeſtimando los Eſpañoles lo mucho bueno que encierra ſu Patria, ſolo dan eſtima à raterías eſtrangeras. Vendíalo todo tan caro, y tan por ſus cabales, que à los compradores obligaba à que lo eſtimaſſen, y à los que ſe hallaban preſentes à que lo compraſſen. Y como todas eſtas mercancías ſon coſas pertenecientes à la limpieza de la boca, y à la blancura de las manos, eran las damas las que mas las deſpachaban, por ſer las que menos las conocian; particularmente las repreſentantas, por ſalir cada dia à viſtas en la plaza del Mundo. Hallabaſe en eſta ocaſion entreteniendo en eſta Ciudad una de las mejores Compañías de toda Eſpaña: Era ſu Autor, quando no de los doce Pares de Francia, por lo menos uno de los doce de la fama. Tuve en virtud de eſtos dos badulaques conociencia con ſus Reynas fingidas, y Principes de à dos horas: y como en ellas no reyna la avaricia, ni aun han

conocido à la miseria, yo cargaba de reales, y ellas de piedras pomes, que puedo añadir por blasón al Escudo de los Gonçalez, por aver engañado a representantas, aviendo salido, los que mas presumen de entendidos, engañados. De ellas avia una, que por razon de prenderse bien, prendía las mas libres voluntades. Tenia un marido, à quien no tocó las tres virtudes theologales, sino las tres dichas de los de su arte, que son tener muger hermosa, ser pretendida de señores generosos, y estar con Autor de fama. Era esta diosa, con tener partes sobrenaturales, médio motilóna, ò picaseca de la compañia: porque no hacía en ella mas de una parte, que era cantar; pero con tanto extremo, que era sirena de estos siglos, y admiracion de los venideros. Tenia la edad de los versos de un soneto, y caminaba à tener conterilla. Era su posada patio de pretendientes, sala de chancilleria, y lonja de Mercadantes; porque siempre estaba llena de visitas, y sobrada de letras, y memoriales. Yo, que todo lo tracendia, apenas vi el ramo, quando me entré en la taberna. Iba siempre apercibido, y cargado de mis xaboncillos, polvos, y raizes; y sobre quien se los avia de feriar, se alborotaba todo el concláve; y al que despues de la competencia salia elegido, él no muy rico, gastó muy bien su bolsa, y quedando ufano, partia yo satisfecho.

Di-

Dixome la tal Dama una tarde, que ſe avia aficionado de mi, por verme muchacho, entremetido, agudo, y deſenfadado; que ſi queria ſervir, que me recibiria de mil amores: y que no era uſo dar ſalario à los mozos de comedia, porque no neceſsitaban de nada, por los provechos que tenían: que ſi eſtos faltáran en ſu caſa, que ella alcançaria con el Autor, que tocára la caxa en las Villas, ò que puſieſſe los carteles. Yo, pareciendome ſer aquella una vida deſcanſada, y que a coſta agena podia ver las ſiete partidas del Mundo, como el Infante de Portugal, no quiſe hacerme de pencas, ni que me rogaſſen lo que yo deſeaba: dile el dulce fiat, y pedile dos dias de término, para deshacerme de mi botica, y vender los cantaros, y vaſos: lo qual me concedió muy afablemente, y encomendandome el no faltar à mi palabra, me dió un real de à dos, para que refreſcaſſe. En eſte plazo hice baratillo de mis drogas, y almoneda de mis pocos traſtos: y no viendo la hora de ſer ſolicitador de tanto pretendiente, me fui à caſa de mi ama, la qual me ocupó en quatro oficios, por verme habil, y ſuficiente para todos ellos. Era el primero cansado; el ſegundo, faſtidioſo; el tercero, flemático; el quarto, peligroſo: ſervíale de camarero en caſa, doblando, y guardando todos ſus veſtidos; de faquin en la calle, llevandole, y trayendole la ropa à

la casa de la comedia, de escudero en la Iglesia, y en los ensayos: y de embaxador en todas artes. Tenia cada noche mi amo mil questiones con ella, sobre que yo la descalçaba, por presumirse, que no era yo eunuco, y por verme algo bonitillo de cara, y no tan muchacho, que no pudiera antes calçar, que descalçar; por lo qual andaba en busca de un criado para despedirme á mi. Eran tantos los que acudian al galantéo de mi ama, picados de su resistencia, y estimacion, ò zelosos de verse desdeñados, y juzgar à otros por favorecidos, que el aposento, que era cáthedra de representantes, se avia transformado en quarto de contratacion. Contabanme todos sus penas, referianme sus ansias, y dabanme parte de sus desvelos. Unos me presentaban dádivas, otros me ofrecian promesas, y otros me notificaban amenazas, y otros me daban villetes en verso, los quales amanecian flores del Parnaso, y anochecian biznagas del Pegaso: y yo, como privado de Rey, ò Secretario de Estado, y Guerra, recibia los dichos memoriales, y la untura que venia con ellos por el buen informe, y brevedad del despacho. Unas veces los consultaba, y otras veces, por ver la detencion de mi ama, los decretaba en esta forma: à los de los miserables, ó pobres, no ay lugar: à los de hijos de familia, en vísperas de herencia, acuerde adelante: y à los

ricos, y generosos, désele lo que pide. Ibalos à todos dilatando el pleyto, y a ninguno desconfiaba, antes los cargaba de esperanças. Fingia muchas veces estar mi ama acatarrada, de acha que del sereno de un particular, por hartarme de caramelos, y azucar cande: y otras les hacia creer, que tenia convidadas, con que me daba un verde de confituras, empanadas, y pellas de manjar blanco, el dia que jugaba, y perdia: porque de pícaro, es dificultoso el sentar baza. Al tiempo de abrir los baules para sacar los vestidos, ó para meterlos, me henchia la faltriquera de cintas, y listones, y dandolos à los amantes por favor, y en su nombre, me satisfacian de suerte, que avia con qué comprar la cantidad de lo que avia sacado, y con qué probar la mano toda la semana. Quiso Bercebú, que dicen que jamás duerme, que aviendose ido mis amos un dia, que no se representaba, à passear al arenal en un coche, que avia pedido prestado: y aviendo quedado yo solo en la posada à limpiar, y doblar todos los vestidos, porque estabamos en vispera de partirnos, entraron à llamarme dos mozos de la comedia, y el guarda ropa, para que nos fuessemos à holgar, por ser dia de vacacion. Salí con ellos, entramos en una taberna, bebimos seis quartillos de lo caro: jugamos à los naipes quien avia de pagar el escote: y por ser yo el con-

condenado en costas, quedé tan picado, que desafié al guardaropa à jugar à las pintas: el qual no siendo escrupuloso, y teniendo mas de negro, que de blanco, a quatro paradas me dexó sin blanca. Yo, abrasado de ver mi poca suerte, le dixe, que si me queria aguardar, iria por dineros? Y diciendome, que si, parti de carrera à mi posada, y sacando un manteo cubierto de passamanos de oro que tenia mi ama, lo llevé à casa de un Pastelero conocido mio, al qual pedi veinte ducados prestados, diciendo que eran para mi ama, que le faltaban para acabar de pagar una joya, que avia comprado, y que al instante, que mi amo viniera, se los volveria, demás de darle su ribete por el trabajo de contar el dinero. El Pastelero, viendo la prenda de tanta satisfaccion, me dió la cantidad que le pedi, con la qual volví à jugar, y à perder como de primero. Toméle dos reales de à ocho al ganancioso, por via de alicantina, y con rebozo de préstamo, con los quales me salí à la calle, y viendome desesperado, y lleno de congoxas, de aver perdido, por dar gusto à las manos, oficio tan provechoso para el cuerpo, me fui à mi posada antigua de la calle de la Galera, adonde cené, y dormí aquella noche, con harta inquietud, y desassosiego.

CAPITULO QUINTO.

En que hace relacion de la auſencia que hizo de Sevilla, à ſer Soldado de Leva: y los varios acaecimientos, que le ſucedieron en Francia, è Italia: y de como eſtuvo en Barcelona ſentenciado à muerte.

ASſi, que por unas pequeñas celosías de la miſma morada, deſcubrí los reflexos de luz del venidero dia, quando me veſtí, teniendo el corazon lleno de peſares, y los ojos llenos de ternezas, de ver la coz Galiciana, que le avia dado à mi ama, en ſatisfaccion del buen tratamiento que me avia hecho; y conſiderando el daño, que me podia venir en echando menos el mantéo, me ſali de aquella Ciudad, unica flor del Andalucia, prodigio de valor de el Orbe, auxilio de todas las Naciones, y erario de un nuevo mundo; y tomando el camino de Granada, à gozar de ſu apacible Verano, di alcance à dos Soldados, de eſtos que viven de tornillo, ſiendo ſiempre manſos, y guias de todas las levas que ſe hacen. Dixeronme, deſpues de aver platicado con ellos, que iban à la vuelta de la Villa de Arahal, por aver tenido noticia, que eſtaba allí un Capitan haciendo gente: y que era Villa, que no perecerian los que milirâran debaxo de ſu bandera. Yo, mudando de propoſito, y de viage, los fui acompañando,

pa-

pagando todos el gasto que se hacia à rata por cantidad. Llegamos segundo dia à la dicha Villa, y siendo bien admitidos del Capitan, y sentado la plaza, gozamos quince dias de vuelo, pidiendo à los patrones empanadas de pechugas de fenix, y cazuelas de huevos de hormigas. Vino orden de que marchássemos: y saliendo de la Villa una mañana, hacìa nuestro Capitan la marcha del caracol, dexando el transito à la mano izquierda, y volviendo sobre la mano derecha: prosiguió tres dias con esta dissimulada cautela; pero al quarto, enfadados todos los soldados que tenia, que eramos cerca de cincuenta, à la passada de un bosque lo dexamos con solo la bandera, caxas, Alferez, y Sargento, y con cìnco mozas que llevabamos en el bagage, que mal puede conservar una compañia, quien siendo padre de familia de ella, trata solo de adquirir para sì a costa de sudor ageno; sin advertir, que es cosa muy facil hallar un Capitan, y muy dificultosa juntar cincuenta soldados. Marché con esta Compañia sin Oficiales à la Ciudad de Alcalá la Real, à juntarnos con la gente de la Flota, que de presente estaba en ella alojada, estando por Cabo Don Pedro Orsúa, Caballero del Abito de Santiago, adonde, de mas de ser bien recibidos, gozamos de buenos aloxamientos, y socorros. Andaba cada dia con una docena de espadachi-

nes

nes à caza de corchetes en ſeguimiento de ſoplones, y en alcance de fregonas. Hacìamos de noche cacarear las gallinas, balar à los corderos, y gruñir à los lechones. Llegó el tiempo de la embarcacion, y ſiendo langoſtas de los campos, rapoſas de los cortijos, garduños de los caminos, y lobos de las cabañas, paſſamos à Montuque, puente de Don Gonçalo, Eſtepa, y Oſſuna: ibamos yo, y mis camaradas media legua delante de la manguardia; embargamos requas de mulos; cáfilas de cabañiles, y reatas de rocines, y fingiendo ſer apoſentador de Compañia, à falta de bagage, cogia los cohechos, alçaba los embargos, y partia la preſa, aconſejando à los deſpojados ſe apartaſſen del camino por el peligro de otros apoſentadores, à fin que no llegaſſe quexa à mi Capitan. Llegámos à Cadiz, y al tiempo del embarcarnos, me pareció ſer deſeſperacion caminar ſobre burra de palo, con temor de que ſe echaſſe con la carga, ò ſe bolvieſſe patas arriba, por cuya conſideración me eſcondi à lo gazapo, y me zambullí à lo de jabalí ſeguido. Partió la Flota al golfo, y yo al Puerto, pues en el inter que ella paſsó el de las Yeguas, yo ſenté plaza en el de Santa Maria; y como mi natural ha ſido de quebrantar el ſeptimo, y de conſervar el quinto, tuve à dicha ſer ſoldado de la galera Santo Domingo en la eſquadra

de

de Eſpaña, y debaxo del gobierno del Duque de Fernandina: por razon de ſer eſta galera de las mas antiguas, y de ſer Hoſpital: cuyo nombre ſiempre reverencié, por la comodidad, que continuamente hallé en ellos: y tan abuela de las demás, que eſtaba ſin dentadura de remos, y jubilada por ſer viejos: con que penſé ſer cuervo de la tierra, y no marrajo de la mar. Serví en ella de tercero al Capitan, de deſpenſero al Alferez, y de mozo de Alguacil. Enviabame el Alferez à comprar carne a la carniceria de eſta Villa, donde continuamente abundaba la gente, ſobraban las voces, y faltaba la carne. Acercabame al taxón, daba ſeñor al carnicero, y atronaba las orejas a los oyentes; recibía la carne, metía las manos en las faltriqueras, y los ojos en el roſtro del cortador: y en viendolo ocupado en llamamientos de Alguaciles, ò en particion de tajadas, baxaba todo el cuerpo, encubriame entre la bulla, fingia aver perdido algun dinero, y agachandome, como quien andaba à caza de luganos, ſalia à lo raſo, y ganaba los perdones del que hurta al ladron. Quedábame con el dinero, ſiſaba en el camino la tercia parte de la carne, y a medio dia me comia la mitad de lo que llevaba al Alferez. Entré un dia con un amigo, Soldado de la galera Santa Cathalina, a refreſcar en ſu rancho, y hallé amarrado à un banco, y amarrado á ſu ba-

balleſtera à mi buen amigo Juan Francés, el inventor de la temblona, y el Autor de los tunantes, que dexè en priſion en la Ciudad de Ebora, quando ſali a hurga, a dar en manos de Gitanos. Conocióme aſsi que me vió, y dandome tiernos abrazos al ſon de duras cadenas, me dixo, como deſpues de averſe hecho de pencas, y dadole ciertos tocinos à traicon, le avian echado toda la ley acueſtas; mas que eſtaba conſolado, que ya no le faltaban mas de ocho años, y que ſaldria de aquel trabajo en la flor de ſu edad, para poder proſeguir con ſu induſtria. Favorecile con lo que pude, y volviendome à mi galera, ſupe como avia enviado à pedir Don Antodio de Oquendo, al Duque de Fernandina dos Compañias preſtadas como libras, para ſalir à recibir la flota: y que ſin que me preſervara a mi aquella ſeguidilla, que dice, que quien no fue hombre en la tierra, menos lo ſeria en la mar, avia tocado à mi Compañia ir por una de las llamadas, y yo por uno de los eſcogidos. Embarcámonos en doce baxeles de Nueva-Eſpaña: y apartandonos de la vieja, ſeguimos el rumbo de Colón, y el camino de la codicia. En el poco tiempo que duró eſta embarcacion, no echè menos la mancha, pues por ſer aguados mis camaradas, y averſe todos marcado, fue ſiempre mi barriga caldero de torreznos, y candiota de vino. Hallabame gordo, y ſucio; en blan-

co

co la bolsa, y en obscuro la camisa, los cabellos emplastados con pez, y los calçones engomados con brea. Sobrevinonos una fiera tormenta, y apareciendosenos Santelmo, despues de passada, nos volvió al puerto derrotado, y sin flota. Y como de los escarmentados se hacen los artéros, pedí licencia à mi Capitan para ir à cumplir un voto, que le di a entender avia hecho en la tormenta referida; y atribuyendolo à chança, se sonrió, y calló como en Missa. Yo, como avia oído decir, que quien calla otorga, me juzgué por Licenciado, y me determiné como Bachiller; fuime entrando en el Andalucia, y apartandome de los transitos de la venida, por no pagar en alguna fiesta lo que hice en muchas semanas, llegué à Cordova à confirmarme por Angelico de la calle la feria, y à refinarme en el agua de su potro; porque despues de aver sido Estudiante, Page, y Soldado, solo este grado, y carabana me faltaba para doctorarme en las leyes que professo: y acordandome de lo bien que lo passaba con mis tajadas de raya, y colanas de vino, quando era bohonero, me determiné de volver al trato: mas por hallarme escaso de caudal, lo empleé en solas mil agujas, y me sali de la Ciudad à procurar aumentarlo; y despues de aver corrido à Hernan-Nuñez, y otras dos Villas, llegué à la de Montilla, à tiempo, que con un núme-

roſo Senado, y un copioſo auditorio eſtaba en ſu plaza ſobre una filla ſin coſtillas, y con ſolo tres pies, como banqueta, un ciego de nativitate, con un cartapacio de coplas, harto mejores que las famoſas del perro de Alva, por ſer exemplares, y de mucha doctrina, y ſer él Autor, el qual chirriando como carrucha, y rechinando como un carro, y cantando como un becerro, ſe raſcaba el peſcuezo, encogia los hombros, y cocaba todo el Pueblo. Empezaban las coplas de aqueſta ſuerte: *Chriſtianos, y redimidos por Jeſus, ſuma clemencia, los que en vicios ſois metidos, deſpertad bien los oìdos, y examinad la conciencia.* Eran tantas las que vendia, que à no llegar la noche, diera fin à todas las que trahia. Fueronſe todos los oyentes encoplados, y guſtoſos del dicho Autor, y él, apeandoſe del derrengado teatro, por verſe dos veces à eſcuras, y cerradas las ventanas, empezò à caminar à la buelta de ſu caſa. Tuve propueſto de ſer ſu Lazarillo de Tormes, mas por parecerme ſer ya grande para mozo de ciego, me aparté de la pretenſion: y llegandome à él, le dixe, que como me hiciera conveniencia en el precio de las coplas, que le compraria una gran cantidad, porque era un pobre mozo eſtrangero, que andaba de tierra en tierra, buſcando donde ganar un pedazo de pan. Enterneciòſe, y no de verme: y reſpondiòme, que

la Imprenta le llevaba un ochavo por cada una, de mas de la costa que le tenian de traherlas desde Cordoba, y que assi, para que todos pudiessemos vivir, que se las pagára a tres maravedis. Yo le respondí, que se avia puesto en la razon, y en lo que era justo, que fuessemos adonde su merced mandára, para que le contassen el dinero de cien pares de ellas, y para que me las entregassen con su cuenta, y razon. Dixome, que le siguiera a su casa, y alçando el palo, y haciendo puntas à una parte, y à otra, como exercito enemigo, aporreando puertas, y descalabrando paredes, llegamos con brevedad à ella. Tenia una muger de tan mal arte, y catadura, que le avia Dios hecho à èl infinitas mercedes de privarle de vista, porque no viera cosa tan abominable: y sobre todas estas gracias, tenia otras dos, que era, ser vieja, y muy sorda. La qual, assi que vió à su marido, lo entró de la mano, adestrandolo hasta la cocina, quitóle el ferreruelo, y el talego de las coplas, y sentólo en una silla. Dixole en alta voz, que sacasse del arca dos legajos, que avia de su obra nueva, que era cada uno de cincuenta pares, y me los diesse, y recibiesse el dinero, a razon de seis maravedis cada par: mas todo su quebradero de cabeza, era dar vozes al ayre, porque de mas de ser sorda, al punto que lo dexó sentado, avia salido al corral à traher le-

ña para hacerle tuego ; yo , reventandome la riſa en el cuerpo , le di parte de la auſencia , el qual me rogó , que le aviſára quando viniera, para que trataſſe de deſpacharme. Llegó en eſta ocaſion , echó la leña en tierra. Sintió él el ruido del golpe , y acercando la ſilla ázia la parte que le pareció eſtar , dió conmigo , y tentandome al ferreruelo , y penſando que eran faldas , volvió à dar el ſegundo pregon , dexandome atronados los oídos , y ella mirandonos à los dos , eſtaba como ſuſpenſa. Hicele ſeñas de que llegaſſe à oir ſu marido , y advertirle à él el engaño , y deſcolgando ella un embudo grande de hoja de lata , ſe metió la punta en el oido , y poniendo la boca dél en la del Relator de coplas , le preguntó , qué quien era yo, y que para qué me avia trahido à ſu caſa? El deſpues de averle ſatisfecho , en tono de Predicador de mandato , por el cañon de ſu embudada corneta , volvió à referir tercera vez lo que dos veces avia mandado. Sacó ella los legajos , y deſpues de aver recibido el pagamento , hizome el entrego de ellos ; y yo , cargado de agujas falſas , y de coplas de ciego , me fui à dormir al Hoſpital. Salí al amanecer de la Villa , y eſtando algunos en la de Aguilar , paſsé à las de Cabra, y Luzena : vendìa las agujas à las mozas , y cantaba las coplas à las viejas ; y como ſe dice , que al Andaluz hacerle la Cruz : à las

Andaluzas, para librarse de sus ingenios, les avian de hacer un calvario de ellas. Hurtabanme las redomadas de aquellas ninfas, mirandome muy à lo socarron, mis agujas, haciendo ayuntamiento de belleza, y tratos de Gitanos. Andaban mis papeles de mano en mano, haciendo con mis puntas aceradas dos mil modos de pruebas, que yo reniego de tantas probadas; quedaba pasmado de oir lo donayroso de su cecéo, y de ver el brio de su desgarro; y mientras tenia cuenta con las unas, las otras me empanadillaban la vista, y las agujas; pues jugando con ellas al escondite, unas me las quitaban, y otras me las diezmaban, emboscandolas en los tocados, y ocultandolas en las bocamangas, de manera, que despues de aver cobrado dacio feudo, y tributo de este pobre bohonero de poquito, despues de regatear dos largas horas, me compraban un quarto de ellas, y de cosario à cosario, me dexaban sin vales. Oian las coplas las viejas, y despues de averme roto los cascos, y secado los gaznates, con aquello de à las mas maduras, con sus boquitas papandujas, me las alavaban, y entre todas las vecinas de un barrio apenas me compraban un par de ellas; por lo qual, y por ser tierra de buenos vinos, llevé tan adelante mi caudal, que en pocos dias pudiera jugar las hormas. En efecto, di al traste con todo, y quedé hecho mercadante de banco ro-

to. Encaminéme à la vuelta de Gibraltar con intencion de ser pícaro de costa, y estando à vista de sus muros, me dieron nuevas de como prendian à todos los vagabundos, y los iban llevando à la Mamora, para que sirviessen en ella, ù de soldados, ù de gastadores. Yo, por ser uno de los comprehendidos en aquel vando, y por no ir à tierra de Alarbes à comer alcuzcuz, me fui a la Sabinilla à ser Gentil-hombre de javéga, y corchete de pescados. Concertéme con un armador por dos panecillos cada dia, y dos reales cada semana. Volví los calçones, eché las piernas al ayre, y púseme en lugar de banda, un estrobo, insignia, y arma de aquella religion, y al tiempo de tirar la red, hacia que echaba todo el resto de la fuerça, y la tiraba con tanto descanso, y comodidad, que antes era divertimiento, que trabajo. Y al tiempo que salìa el copo à ser celosía de bogas, jaula de sardinas, y zaranda de caballas, por ver el armador con baston de General de javegueros, mirando à las manos, y sacudiendo en las cabezas, haciendo yo oficio de Escribano, contrahecho la causa perteneciente à las manos, la remiti à los pies, porque donde no alcançan las fuerças, es menester valerse de la industria. Haciame Clicie de aquel sol de bodegon, de la cara de mi amo, y haciendo reverencias con los pies, sin aver en aquel distrito persona

que mereciesse hacerle cortesia, retiraba con los dedos de los quartos baxos angelotes, y con los talones rayas. Tenia un camarada detras de mi, el qual recogia los despojos, sirviendoles unos de estomaguetes, y otros de ventosas de mal de madre, los alojaba entre la camisa, y la barriga: y otras vezes les daba fondo por el resquicio de los zaragnelles, de modo, que llegué à tiempo, que exercitaban los pies el oficio de las manos: y en faltandome sacristan, que me ayudasse à dexar al armador de Requiem, y dar sepulcro à sus pescados, escarvaba con un pie sobre la arena, como toro en coso, y formando anchurosa fosa, daba con el otro sepultura à la presa, y con ambos cubria à los difuntos para sacarlos, en quedando en soledad. Venian los harrieros, compraban el lance: y en corriendo por su cuenta, descansaban los pies, y trabajaban las manos: que si es desdicha verse en poder de muchachos, harta desdicha serà hallarse cercado de picaros. Digolo, porque al instante que no corria el lance por el armador, y que volvia las espaldas, y desamparaba el monton de escamas plateadas à bien librar, les hurtabamos à los harrieros mas de la tercia parte, por mas bellacos que fuessen, y por mas cuydadosos que se mostrassen. Con el provecho de estos percances, racion, y salario que ganaba, comia con sossiego,

dor-

dormia con reposo: no me despertaban zelos, no me molestaban deudores, no me pedian pan los hijos, ni me enfadaban las criadas, y assi no se me daba tres pitos que baxasse el Turco, ni un clavo que subiesse el Persiano, ni que se cayesse la torre de Valladolid. Echaba mi barriga al Sol, daba paga general à mis soldados, y me reia de los puntos de honra, y de los embelecos del pundonor; porque à pagar de mi dinero, todas las demás son muertes, y sola es vida la del pícaro. Aviendome asegurado, que en la Ciudad de Málaga hacian levas de mozos de jabéga, unos pescadores antiguos, con patentes de armadores, y que daban cinquenta reales, à qualesquier visoño, que se alistasse debaxo de sus redes, dexè la sabanilla, y me fui al promontorio de la passa, y almendra, y al piélago de la patáta. Senté plaza de holgazan, cobré paga de mándria. Pero cansado de andar atrás, sin ser cabestréro, fingiendo averle dado à un chulo una mohada con la lengua de vn giféro, me retiré a sagrado, y pedí Iglesia; y quando el armador venia à pedirme el dinero, dábale largas, diciendole, que el herido avia ya passado del seteno, y que en aviendo declarado los Cirujanos, volveria à trabajar, y desquitar lo que avia recibido, y gastado. Pero viendo que hacia diligencia para buscar al doliente, y que por no hallar rastro

tro ninguno, me queria echar en la prision, y que me andaba acechando para cogerme fuera de sagrado, me fui una tarde al muelle, y hallando de partida un baxél Francés, que iba à Francia de Poniente, y haciendole creer al Capitan, que tenia unos parientes muy ricos en Burdéos, y que me avian enviado à llamar, llevandome cosa muy poca por el fléte, me embarqué en su navio; porque es de hombres como yo el hurdir una mentira, y es muy facil de engañar un hombre de bien. Passamos el Estrecho de Gibraltar, que en lo borrascoso, y apretado parece título moderno. Corrimos una tormenta, hasta el cabo de San Vicente: y desde alli, ayudados de un viento fresco, y favorable, llegamos à San Malo de Lilia, Puerto de Francia, y Provincia de Bretaña. Ay en esta Villa veinte y quatro perros de ayuda asalariados, los quales están à cargo de un Soldado que los asiste, y cuydan de ellos, que como hay Soldados particules, hay tambien Soldados perreros. Este tal tocaba cada dia, al querer anochecer, una media luna, ó llave de Medellin, ó madera de tinteros, à cuyo horrendo son acudian todos los perros à una puerta sola, que tiene la dicha Villa, y echandolos fuera, hacian tal guardia, y ronda toda la noche, que qualquiera persona forastera, que llegasse, ignorante de tales centinelas, lo hacian dos mil pe-

dazos, con que eſtaba aſſegurada de qualquier antepreſa, y de qualquier cautela enemiga: y ſin pretender eſta eſquadra perruna avançamientos, ventajas, ni ayudas de coſta, entraban cada noche de guardia, y eſtando ſiempre alerta, jamás eſtaban quexoſos. Tocaban caxa en eſta Villa, levantando gente para ir en corſo contra el Inglés, y daban à cada Soldado una dobla. Yo, viendome neceſsitado, y en tierra extraña, y por gozar de todo, y dexar en todas partes mi memoria eterna, cogi la dobla, ſenté la plaza, y levantando los talones, amanecí al tercero dia en Lan, Puerto, y Provincia de Normandía, adonde, por ſer tiempo de guerra, juzgandome por eſpia del Inglés, me hicieron una ſalva de horquillazos, y puntillones, que fue poco menos que la de Borbon ſobre Roma: y por hallar entre tantos malos algunos buenos, me dexaron paſſar libre, y me eſcapé de una larga priſion: y valiendome de mi acoſtumbrado oficio, y arrepentido de aver dexado en la Ciudad de Lisboa mi ſocorrido habito de peregrino, llegué à Ruán, cabeza de Normandía, à quien la caudaloſa Sena, deſpues de aver ſido cinta de plata de la gran Corte de París, es tahalí eſcarchado de eſta rica, y poderoſa Villa; y en una de ſus primeras poſadas, me previne de una poca de ceniza, en achaque de ſer para ſecar unas cartas,

y

y metiendola en un poco de papel, y apoſentandola en el lado del corazon, me fui à la bolſa, que es la parte del contratamiento, y junta de todos los aſſentiſtas, y hombres de negocios: y hallando un agregamiento de Mercaderes Portugueſes, metiendome en ſu corro, y no à eſcupir en rueda, ſino à hacerlos eſcupir en corrillo, les hablé con la corteſia, y ſumiſsion, que ſuele tener el que ha meneſter à otro, y en ſu miſma lengua, porque no excuſaſſen la ſúplica, porque como mis padres ſe avian criado en la raya de Portugal, la ſabian muy bien, y me la avian enſeñado: y deſpues de averles dado à entender ſer Luſitano, les pedí que me amparaſſen, para ayuda de poder llegar à la Ciudad de Viena, adonde iba en buſca de unos deudos mios, y por venir pobre, y derrotado, huyendo de familiares, à quien no baſtaban conjuros, ni compelimientos de redoma, y que por lo que ſus mercedes ſabian, avian quemado à mi padre, cuyas cenizas trahia pueſtas ſobre el alma, al lado del corazon. Ellos, con ſemblantes triſtes, algunos con preñezes de ojos, que ſin ſer Medos, eſperaban partos de agua, me llevaron à la caſa del que me pareció el mas rico, y reſpetado. Pidieronme la ceniza, y aviendoſela dado, ſin ſer primer dia de Quareſma, fue cada uno beſando el papelon por ſu antiguedad. Pidieronme licencia para

re-

repartir entre ellos aquellas reliquias de Martyr: y yo, moſtrando un poco de ſentimiento, les di amplia comiſsion, como ſe reſervaſſen algunas para mi, pues en virtud de unos polvos, que avia echado al mar, me avia librado de una gran tormenta, que avia corrido en el Eſtrecho de Gibraltar. Suſpiraban todos por el trágico ſuceſſo, que les avia hecho creer, y decian con tiernas lagrymas: El Dios de Iſrael te dé infinita gloria, pues mereciſte corona de Martyr. Repartieron las cenizas de la dicha poſada, ò bodegon, y moſtrandome todo amor, y benevolencia, me volvieron à la referida bolſa, y echando un guante en todos los de ſu nacion, me juntaron veinte y cinco ducados, los quales me dieron, y una carta de favor para un correſpondiente ſuyo, Mercadante en la Corte de Paris, para que me ſocorrieſſe para ayuda à proſeguir mi viage: y deſpues de averme encargado, que procedieſſe como quien era, y que jamás puſieſſe en olvido la muerte de mi Padre, y mi felicidad, en aver merecido ſer ſu hijo, me deſpedi de ellos, alegre de aver ſalido tan bien de gente que ſiempre engañan, y jamás ſe dexan engañar. Tomé el camino de Paris, comiendo à paſto, y à tabla de patron: y apenas llegué à verlo, y reconocerlo, quando empecé à dar voces, diciendo: Cata Francia Monteſinos, cata Paris la Ciudad.

dad. Halléme corrido, y avergonçado quando entré, y atravesé sus espaciosas calles de la vaya, que me daban algunos remendones, y desculadores de agujas, diciendo à voces: Señor Don Diego, daca la borrica. Compré al passar por una botica unas cantáridas, y otros riquisitos tocantes à mi oficio de Cirugia; y yendome à posar al Burgo de San Germán, à la posada de uno de los expelidos de España, que se llamaba Granados, aquella misma noche me eché en el pescuezo dos emplastos, ò bexigatorios; y à la mañana, por aver amanecido muy hinchado, me puse cantidad de paños sobre él, y me fui al Palacio del Embaxador de España, que era el Marqués de Miravél, y diciendo venir de Galicia à curarme del mal de los lamparones, me dió su Limosnero tres quartos de escudo por la llegada, y uno cada semana, hasta que fui sano, sin llegar à pies reales. Di la carta de favor, y tuve por ella otro socorro harto razonable. En esta Corte, ò confusa Babilonia, olvido del gran Cayro, y lauro de todo el Orbe, gastaba como mayorazgo, y comia como recien heredado, con que di fin à la limosna del Tribu de Abrahán, y à la charidad de los lamparones; y por no volver à ser seguido de gozques, y de andar dando aldabadas, me quité los emplastamientos, y trapos del pescuezo, y me acomodé por Page de

un Caballero natural de Roma, dandole à entender ſer ſu payſano, y hijo de un Caballero Romano, Caballero de honor de ſu Santidad, de los que llaman del Eſperón. Tratóme à los principios como à hijo de tal, pero en muy poco tiempo conoció del pie que coxeaba, y deſcubriendo toda la tramoya, me quitó las calças folladas, y la proceſsion de agujetas, y me deſpidió de ſu ſervicio.

Viendome deſamparado, y pobre, y tan apartado de mi Patria, por tener algun refrigerio para ayuda de llegar a ella, pues ya tenia de ayuda de coſta el aver aprendido la lengua Francéſa, compré ſeis mil agujas de lo que avia buſcado en el oficio pageril, ſin acordarme de lo bien que me fue con las Andaluzas, y ſaliendome de Paris, tomé el camino de Leon de Francia, y vendiendo mi mercancia, y gaſtando lo que ſacaba de ella en los mejores vinos que hallaba, por tener valor, y eſfuerço para poder hacer tan largas jornadas, halié cerrados los paſſos de aquella Villa, por cauſa de la contagion; y aſsi me fue forçoſo buſcar nuevas trochas, y ſeguir modernos rodéos. Paſsé por Montelimar, y por Oranje, y queriendo entrar por Aviñon, me tiraron dos moſquetazos las guardas de ſus puertas, y me hicieron volver atrás por no llevar boleta de ſanidad. Viendome impoſsibilitado de remedio, y que ſin ſer aveſ-

truz

truz, me avia comido toda la acerada mercancia: y aviendo hecho voto de no comer, ni comprar ni aun carne de agujas, por no acordarme de tan ruin bohoneria, me encomendé à Dios, y sin ser potro de Gaeta, me aparté, reculando de la Villa, y me volvi por el mismo camino que avia trahido. Hallé en un Village un Sargento, que estaba levantando gente, el qual me preguntó, que si queria ser Soldado, y servir al Christianissimo Rey de Francia. Yo, viendo que me apretaba la hambre, y que en aquella ocasion, por solo mitigarla, serviria al Mameluco, le respondí, que si. Llevóme à su quartél, que era en una Villa, llamada Sabaza, entregòme à su Capitan, cuyo nombre era Monsieur Iuni, del Regimiento del Baron de Montéme. Hizome con él, y poniendome un quarto de escudo en la mano, me hizo sentar plaza en su Compañia, dandome por nombre Monsieur de la Alegreza; porque como el Capitan era mas fino que un coral, y me vió en la comida alegre de cascos, y me conoció el humor, me confirmó sin ser Obispo, dandome nombre conforme a mi sugeto. Marchamos por el Delfinado, haciendo buena cherra, y en cada transito avia avenidas de brindis, al tenor de Abu Monsieur de la Fortuna, Abu Monsieur de la Esperança. Hallabame mas contento que una Pasqua de Flores: juzgaba aquella

lla vida por la mejor que avia tenido, y llamaba à aquella Provincia la tierra del Pipiripao. Fuimos à guarnicion a la Villa de Román, adonde à costa de los patrones comiamos a dos carrillos, y pediamos à discrecion, y avia libertad de conciencia, siendo Rey Chico Juan Soldado, adonde persuadidos de los Oficiales, por hacer ellos mejor su negocio, molestábamos los vecinos, gastábamos cada dia cien cubas de vino, y cada noche un bosque de leña en los fuegos disformes, que haciamos en nuestras posadas, y en el cuerpo de guardia. Vino el unto a los mayores, recibieron el soborno, y echando rigurosos bandos, nos hicieron ayunar hartos meses, lo que comimos pocos dias. Mucho paño tenia aqui adonde poder cortar, pero se embotarán mis tixeras, y pensando ganar amigos, cobraré enemigos. Dieronos un tapa boca Bartolo, con darnos cada dia medio quarto de escudo, que para henchir los Oficiales las bolsas, es necessario que los Soldados afloxen las barrigas. Embarcámonos al cabo de una temporada en una Villa del Duque de Guisa, llamada Mondragón, y conducidos de las soberbias corrientes del caudaloso Rio, llegamos à desembarcar en la Probença, adonde nos agregamos à una Armada, que tenia el dicho Duque, para socorrer el Casar de Monferrat, à cuya oposicion estaban en Villa-Franca de Niza las

gas

galeras de Nápoles, y por General de ellas Don Melchor de Borja. Enfadabame ya de oír tanto allon, allon, sin aver algunos de gallinas, ni de capones, y el gastarme todos el nombre con Monsieur de la Alegreza acá, Monsieur de la Alegreza allá; y sobre todo, estaba temeroso de ver, que algunas veces, que me avia puesto como el arco del Iris, cantaba en fino Español: por lo qual dieron en tenerme por sospechoso, y llamarme espion, que el hombre que llega à beber mas de aquello, que es menester, no solamente no guarda sus secretos, pero descubre los agenos. Dieron à toda el Armada una paga, que es la extremauncion de los Franceses, quando entran en Países estraños, la qual cogi con ambas manos, y apresurando ambos pies, fui à resollar à Villa-Franca: hablé à la guardia de la puerta en Italiano, por lo qual me dexaron entrar. Fui à ver à Don Melchor de Borja, y contandole todo mi sucesso, le celebró mucho: y por parecerle Soldado entretenido, me mandó dar dos doblas, y que acudiesse à comer à su casa. Vinole orden del Duque de Saboya, para que marchasse con los Españoles, y dexasse los Saboyardos, y otras Naciones, que estaban à su orden, y que dexasse à los Franceses à que siguiessen su camino. Embarcóse assi que la recibió, y fatigados de una procelosa borrasca, llegamos à

Mo-

Mónaco, y de allí zarpámos à la Ciudad de Génova, deſde adonde envió nueſtro General dos galeras de ſu eſquadra por baſtimentos à la Villa de Liorna. Embarquéme en una de ellas, y aviendo tenido un feliz viage, al deſembarcar en el muelle de la dicha Villa, ſupe como ſu Alteza, el gran Duque de la Toſcana, levantaba gente para enviar al Eſtado de Milán. Alifténe al inſtante, por no perder el tiempo, ni la ocaſion. Dieronme ocho ducados de contado, y tuve quatro meſes deſvedada la bellota en caſa de patrones, adonde daba de puntillazos al Sol, y me burlaba de la fortuna. Envió el Gobernador de Milán à dar aviſo à ſu Alteza, de que al preſente no neceſsitaba de aquella gente; por lo qual dieron licencia à muchos Soldados, ſiendo yo uno de los primeros, por ſer pequeño de cuerpo, y por conſtarle à mis ſuperiores no ſer grande de virtudes. Púſeme en camino à la vuelta de Sena, y paſſando por Viterbo del Papa, llegué quarta vez à la gran Ciudad de Roma. Fui a ver à mis hermanas, de quien fui mal recibido: y queriendo hacer del eſmarchazo, llamaron un vecino ſuyo barrachel de Juſticia, el qual cantando aquel verſo, de mira Zayde que te aviſo, me puſo en la calle, tomando à ſu cargo el amparo de mis hermanas. Fuime al Palacio del Conde de Monte-Rey, que eſtaba en-

tonces por Embaxador de España, adonde me junté con un Portugués, que era criado de Don Juan de Eraso, y volviendo à continuar la vida de los temerarios, estafábamos cortesanas, y agotábamos tabernas. Abrile trinchera à un Pintor en la cara, sobre ciertos arrumacos que hacía à una conocida mia, por cuyo delito fue fuerça retirarme al Palacio del dicho Embaxador; y viendo mi pleyto en mal estado, y que mis hermanas aun no me daban un Dios te ayude: cosa que se dá cada instante à uno que estornuda, me ayudé de mi hacienda, trocando secretamente una casa, que me avia dexado mi Padre en la calle Ferratina, por una gran suma de pinturas, las quales envié por la conduta à Nápoles; y yendo yo despues à tratar de su enagenacion, di tan buena cuenta de ellas, que en menos de un mes, la mayor parte me la chuparon damas, y me la comieron rufianes, y algunas cincuenta que me avian quedado, las perdi una noche al juego de las pintas, parando à pintura, y pintura, y diez en la quinta. Viendo que se me avia caído la casa, por aver perdido, no por falta de ciencia, sino por averme encontrado con otro mas diestro que yo, senté plaza en una leva que se hacía para España, en la Compañía, sin caballos, y con esperança de rocines, del Prior de la Rochela, y volvi de nuevo à es-

candalizar con embuſtes el quartél, à alborotar los Cuerpos de Guardia, y à inquietar los bodegones, cargado mas de miedo, que de hierro, y con una letania de valentia amontonada.

Metiòme en priſion mi Capitan por cabeza de eſtos banderizos, porque temía que me huyeſſe con ellos: y diòme, en lugar de Caſtillo, el Alcazar del Tarazanal, porque à gran rio, gran puente. Embarcámonos en una fuerte Armada, para ir a Eſpaña, yendo por Generales de ella el Marqués de Campolátaro, y el de Santo Luchito: y por General de la Caballeria, mi Capitan: y por Comiſſario General Don Joſeph de Palma. Arriméme, todo el tiempo que duró la embarcacion, por tener razonable pluma, y por ſaber algo de cuenta, à la deſpenſa del baxél, adonde iba embarcado, para ayudar à dar racion à la gente de mar, y guerra, y por andar al uſo, y no querer aſſentar en oficio que todos yerran, daba el deſpenſero el bizcocho mas menudo à los Soldados, preſervando ſiempre las coſtras mayores, y enteras. Ibales dando raciones de atun de lo que ſe iba pudriendo, y guardaba lo que eſtaba bueno. Metia un punçon en el tocino, y el que eſtaba oloroſo, lo iba ocultando, y diſtribuyendo lo que no lo eſtaba, haciendo lo miſmo con el vino, y con lo demàs, que eſta à ſu cargo; porque ya es

plaga antigua, ser lo peor para el Soldado. Tenia cuydado de regalar al Cabo de la guardia, y al Capitan, que venia por Cabo del baxél, con que todos callaban, y amorraban: y al compás que lo passaban mal los Soldados, triumphabamos nosotros. Llegamos à dar fondo en Rosas, adonde se embarcó toda la Infanteria; salimos del Puerto, la Caballeria desmontada, y tomamos tierra à seis leguas de Barcelona. Quedamos aquella noche en la playa escribiendo sobre el socorrido papel de su arena, la pena de quedarnos sin patron, y hechos lobos marinos de la playa: à la mañana nos alojaron donde tuvimos de ello con ello, pues detrás de un regalo, oìamos un Cap de Deu, y veiamos media docena de pistoletes. Estaba muy mal mi Capitan conmigo, por averme retenido una paga, y aver yo dado quexa sobre la restitucion. Era yo siempre su ceja, pues que me tenia sobre su ojo: que el Soldado que no se dexare passar por cima, en materia de interés, y tratare de dar quexas, ò capitular à sus oficiales, su verdad será mentira; y demás de no abançar, será malquisto, y aborrecible: y en achaque del servicio del Rey, le darán con que no quede de servicio. Passabalo yo mejor, que todos los de mi Compañia, por estár alojado en una taberna, y ser intérprete con los Catalanes, y Napolitanos, pagandome el corre-

taje en ponerme à veces, que por hablar Catalán, hablaba Caldéo, y por hablar Napolitano, hablaba Tudesco. Tuve un dia una pendencia con un Soldado, sobre un mentís por la gola, y dandole por debaxo de ella una estocada, di con él patas arriba, por averse él mismo (no haciendo caso de mi) entrado por los filos de mi espada: de manera, que le hirió su gran soberbia, y no mi mucha modestia. Y por no dar vengança mi Capitan, ni dar lugar à que satisfaciesse su rencor, con hacerme prender, y castigar, ò querer él mismo abrirme de grados, y corona, me fui à la Ciudad de Barcelona, adonde de presente estaba el que nacio Infante, y gobernó Cardenal, y murió Santo. Tomé tierra del Papa, y por no estar à merced de la Justicia, me amparé de la piedad del Convento de la Merced. Mi Capitan, como si yo le huviera muerto à su Padre, robadole su hacienda, ò quitadole su Dama, embió tras mi à hacerme prender en Barcelona, y auduvo tan diligente un quitapelillos suyo, abanillo de la compañia, y hijo de huevo de la Armada, que sin valerme Antana, ni defensa de motilones, ni aquello de Iglesia, me llamo, me hizo, con una quadrilla de Alguaciles, y corchetes, sacar de Sagrado, y me terme en la Carcel del Tarazanal, que hay Soldado, que por agradar à su Capitan, prende-

ra al mismo que le dió el ser, con razon, ò sin ella.

Echaronme grillos, y cadena, y una argolla al pescuezo, con un virote, que siempre señalaba al Norte, y apuntaba las vigas. Fulminaron un processo de Soldado huído, y alborotador del Armada: y sin reparar en el dolor, que le costé à mi Madre quando me parió, el trabajo que tuvo en envolverme, ni el molimiento, que passó en columpiarme, me dieron un susto, con él debo condenar, y condeno, por ser cosa que tenía con que pagarla, que à echarme la ley de la numerata pecunia, fuera irremediable el dar satisfaccion. En efecto, como quien no dice nada, ò como quien no quiere la cosa, me sentenciaron a oír sermoncito de escalera, à santiguar el pueblo con los talones, y à banvolearme con todos vientos, como si yo tuviera otra vida al cabo de un arca, ò como si la que yo tenia, me la huviera dado el Pilatos, que dió la sentencia. Notificóme un Notario, tan buen Christiano, que no pidió albricias por la buena nueva, ni derechos de lo processado. Hice algunos pucheros quando la oí: atragantéme algunos suspiros, echando por los ojos ciertos borbotónes de lexía de panilla. Díxome el Carcelero, que me pusiera bien con Dios, sin averme dado para aquel vltimo trance, con que po-

ponerme bien con Baco: y acordandome de el tránsito que avia de passar, para probar si era como los que avia hecho, siendo Monsieur de la Alegreza, me apretaba con la mano el gaznate, y con ser sobrepeyne, no me agradaban aquella burlas, diciendo entre mi: Si esto hace la mano, siendo de carne blanda, qué hará la soga, siendo de esparto duro? Hincandome de rodillas pedia misericordia al Cielo, prometiale, si me viera en libertad, hacer penitencia de mis pecados, y mudar de vida: mas al cabo vino à ser el juramento de Pelaya. Passó la voz por toda la Ciudad, y acudieron muchos amigos à verme, y vecinos de ella à censurarme. Los amigos me consolaban, diciendome, que me animára, que aquel era camino que lo aviamos de hacer todos, que solo les llevaba la delantera: y en lo último se engañaron, porque yo me he quedado de retaguardia, y ellos han llevado la delantera, perdonando verdugos, pidiendo Missas, y haciendo alçar dedos: Decian algunos Catalanes, que era compassion, por cosa tan poca, privarme de la vida en lo mejor de mi edad: otros, que tenia cara de grandissimo bellaco: otros, que no por bueno estaba en tal aprieto. Entró a este tiempo un Frayle Francisco muy trasudado, y fervoroso, preguntando: Donde està el sentenciado? Yo le respondí: Padre mio, yo lo

soy, aunque no tengo cara de ello. Dixome; hijo, ahora es tiempo de tratar de su salvacion, pues ha llegado la intemerata, y assi esto poco de vida que le queda, es menester emplearla en confessar sus culpas, y en pedir à Dios perdon de sus pecados. Respondile: Padre mio, si un buen amigo es espejo del hombre, uno que tuve en Sicilia, tan intrinseco, que me hizo medio carnal, à costa de un ojo, me decia, que antes martyr, que confessor; demás, que por cumplir los Mandamientos de la Santa Madre Iglesia, no me confiesso sino una vez en el año, y essa por la Quaresma: Pero si es ley humana, que pague con la vida el delito que he cometido, vuestra Reverencia advierta, pues es tan docto, que no hay mandamiento, ni precepto divino, que diga: No comerás, ni beberás; y assi, pues no voy contra lo que Dios ha ordenado, vuestra Paternidad trate de que se me dé de comer, y beber, y despues tratarémos de lo que nos está bien à los dos, que en tierra de Christianos estoy, y Iglesia me llamo. El Padre algo enojado de oirme decir chilindrinas, en tiempo de tantas veras, sacó de su manga un Crucifixo pequeño, y empezóme à predicar aquello de la ovejuela perdida, y lo del arrepentimiento del buen Ladron, y esto dando tantas vozes, que atronaba todo el Tarazanal, y derramando tantas lá-

gry-

grymas; que inundaba aquel pequeño retrete. Yo, que mas gana tenia de comer, que de oír ſermones, por aver veinte y quatro horas que no me avia deſayunado, decia entre mi, viendo las crecientes de llantos que deſtilaba por ſus ojos. Aunque mas lagrymas deis, en vano las derramais; mas viendo que alguna razon tenia, pues daba tantas vozes, y que ſin ſer viſpera de San Eſtevan, me querian colgar como razimo de vbas, alargarme el gaznate como ſi fuera ganſo, deſpejé el rancho, y hincando una rodilla, y poniendome en poſtura de balleſtero, deſembuché la talega de culpas, y dexé eſcueto el almacen de los pecados; y aviendo recibido la bendicion, y el ego te abſolvo, quedè tan otro, que ſolo ſentia el morir, porque juzgaba, ſegun eſtaba de contrito, que ſe avian de tocar de ſu miſmo motivo todas las campanas, y alborotarſe toda Barcelona, y dexar de ganar ſu jornal la pobre gente, por venirme a ver. Mas por conſervar, y alargar la vida, como es prenda tan amable, hice dar un memorial en mi nombre al Marqués de Eſte, que exercía el pueſto de General de la Caballeria, por aver muerto el Prior de la Rochela, alegando en él ſer Hijo dalgo, y que conforme los fueros de los que lo eran, me tocaba morir en cadahalſo, degollado como carnero, y no en horca ahogado como pollo. Penſaba

que

que me pediria informacion de ello, y que me daria término para enviar à hacer las pruebas a Roma, y à Salvatierra, y que en el interno me faltaria una lima sorda para limar la cadena, y grillos, ò una ganzúa para abrir las puertas de la prision; pero salióme todo en vano, porque el Marqués respondió, que él no pretendia otra cosa, sino que yo muriesse ajusticiado, que en lo demás, escogiera yo la muerte que quisiera. Agradecíle la cortesía, y tomando una piedra, y pareciendo un penitente Gerónimo, me daba con ella infinidad de golpes en los pechos; pero con tanto tiento, y con tanta blandura, que no se rompieran, aunque fueran de mantequillas. Perdí el color, faltóme el aliento, y trabóseme la lengua, quando oí, que en mis tristes oídos clamoreaban los ecos de los esquilones, y campañillas de la santa Charidad. Estando con este susto, que se le doy de barato al que lo quisiere, entraron acaso en el dicho Tarazanal Don Francisco de Peralta, Secretario de Cámara de su Alteza, y Joseph Gomez su barbero; y aviendose informado de todo, mostrando algun sentimiento, llegaron à darme el pésame de mi desgracia: pero viendome, que como si me huvieran de sacar à bodas, hablaba bernardinas, y echaba chicullos; y que avia convertido la piedra, sin ser Domingo de tentacion,

en

en dos libras de pan, que me avia enviado el carcelero, y que haciendo monipodios, por aver venido acompañadas con un jarro de vino, me eſtaba ſaboreando con ellas; volvieron el ſentimiento en alegria, y me dixerón, qué como no ſentia el aver de morir? Reſpondiles, que harto lo avia ſentido, mientras no me avian dado de beber, pero que tenia para conmigo el vino tal virtud, que al inſtante que lo bebia, me quitaba, y deſarraygaba toda la melancolia; y que advirtiendo, que aquel dia ſalia de poder de ſoplones, Alguaciles, y Eſcribanos, daba por bien empleada la muerte; pero que ſi ſus mercedes pudieran alcançar con mi General, que debaxo de mi palabra, me diera licencia por tres meſes para ir à Roma à confeſſar ciertos pecados, reſervados à ſu Santidad, para deſcargo de mi conciencia, y ſalvacion de mi alma, me haria muy grandiſsima merced, y favor, y que yo les haria pleyto omenage, como Infançon Gallego, de volver en cumpliendoſe el término, à ofrecerme al funeſto ſuplicio, y à entregar al trinchante de gargueros la mejor cabeza, que jamás ciñó garçota. Cayóles tan en gracia mi demanda, que aviendo conocido mi buen humor, y el buen tiempo que gaſtaba, me prometieron ayudar, y le fueron à informar de todo à ſu Alteza Sereniſsima, al miſmo inſtante, por el peligro que corria en la tar-

dan-

dança: el qual, como Principe tan piadosísimo; y por constarle que tenia lgesia, mandó, que se suspendiesse la execucion, y que se revocasse la sentencia de muerte, y que me echassen por diez años en galeras. Estaba tan de mi parte el Marqués de Este, como si yo le huviera hecho alguna sangria, estando con resfriado, que replicò à la gracia, que se me avia concedido, y dixo, que era muy tierno, y delicado para traspalar sardinas: y que assi era mucho mejor, para que fuesse un exemplar à toda la Armada, quitarme de este mal mundo: y que quando se huviera hecho tres, ò quatro años antes, no se huviera perdido nada. Mas de tal manera abogaron por mi mis dos defensores, y Abogados, y de tal suerte encarecieron a su Alteza mi despejo, y taravilla de donaire, que le dió deseo de verme, y mandó sacarme de la prision, libre, y sin costas, y que yo le fuesse à besar los pies, por la merced que me avia hecho. Llevaronme la buena nueva, y mandamiento de soltura, y dexando burlado al Pueblo, cantados los campanilleros, y sin provecho el verdugo, me fui contoneando à Palacio, recibiendo parabienes, y haciendo pagamento de ellos con una plavia de gorradas. Echéme à los pies de su Alteza Serenissima, dile las gracias por la recibida, y despues de averme oido algunas agudezas, y contadole algunos chistes graciosos, qui-

so

ſo premiar mis ſervicios, haciendome Grande de Eſpaña, pues mandó, que me cubrieſſe, prometiendome, que con el tiempo me haria de la llave dorada, de las deſpabiladeras. En efecto me trató como à bufon, y me mandó dar de beber como à borracho. Pero aunque eſtuve à pique de cubrirme, y de tomar poſſeſsion de tal oficio, lo dexé de hacer por ciertos ſopapos, y peſcozadas que me dieron ſus pages, con manos pròdigas, y por la grande aficion que tenia al habito de Soldado; por lo qual me ſali de Palacio, y me fui à dar dos ſangrias para atajar el daño que me pudiera venir del ſuſto que avia paſſado.

CAPITULO SEXTO.

En que dà cuenta del preſidio que tuvo en Roſas: el viage que hizo à Milàn, y como paſsò à la Alſacia, y ſe hallò en la batalla de Norlinguen.

DEſpues de aver deſiſtido el temor, y olvidado el peligro en que me vi, y recuperado en una taberna la ſangre que me avia hecho ſacar, yendome un dia paſſeando ázia la vuelta del muelle, ſupe como el Duque de Cardona levantaba un tercio para embiarlo à Lombardía, y que era Maeſtre de Campo Don Phelipe de Cardona ſu hijo: y por coger ciertos reales

les que daban, con que se engañaban muchos bobos, senté plaza de Soldado; pero apenas mi Capitan me vió tan mozo, y nada pesado, quando me metió en galera con los demás de sus Soldados, temiendo que me perdería, y que necesitasse que me pregonassen. Zarpamos de aili à estar de presidio en Rosas, hasta tanto que el tercio se acabasse de hacer, adonde teniamos cada tarde un pequeño socorro, mas porque era menos que moderado, y nada bastante para aplacar mis buenos apetitos al cortar la colera, procurè de valerme de uno de tantos oficios como sabia, y avia exercitado; y despues de aver estado entre mi toda una siesta, procurando, sin estar en concláve, hacer una buena eleccion, elegí el de cocinero por cogerles con suavidad los socorros à los Soldados, y por socorrer con ellos mis necesidades: para cuyo efecto armé un rancho, que ni bien era bodegón, ni bien casa de posadas, pero un bodegoncillo, tan humilde, que pudiera la guerra dexarlo por escondido, ó perdonarlo por pobre. Estaba hecho à dos aguas, y no tenia defensa para ninguna: era todo el ventanage, y necesitaba de ventanas: y con tener mil entradas, y salidas, usus, y costumbres, veredas, y servidumbres, y libre de censo, y tributo, no tenia puerta, ni cerradura ninguna: eran sus mesas retazos viejos de tajones de cortar carne, sus asientos de gran-

des,

des, y torneadas loſas, que avian ſervido de rapaderos de caños: ſus ollas, y cazuelas de cocido, y no vidriado barro, y ſu baxilla de paſta del primer hombre. Puſieronle por nombre la plaza de armas, por ſu poco abrigo, y menos limpieza, pues no avia en toda ella mas rodilla para lavar los platos, que mi falda de camiſa. Hacia cada dia un potage, que aun yo miſmo ignoraba como lo podia llamar, pues ni era gigote Francés, ni almodrote Caſtellano: mas preſumo, que ſino era hijo legitimo, era pariente muy cercano del mal cocinado de Valladolid, porque tenia la olla en que ſe guiſaba tantas zarandajas de todas hierbas, y tanta variedad de carnes, ſin preſervar animal, por inmundo, y aſqueroſo que fueſſe, que ſolo le faltó xabon, y lana para ſer olla de Romance, aunque lo fue de Latin, pues ninguno llegó à entenderla, ni yo à explicarla, con aver ſido eſtudiante. Con eſto engraſſaba à los Soldados, y deſpachando eſcudillas de contante, y platos de fiado, ellos cargaban con todo el bodrio, y yo con todos los ſocorros. Deſpues de aver durado algunos dias eſta induſtria, ù diſſimulado robo, prueba de mi buen ingenio, y remedio de mi neceſsidad, nos embarcamos en un baxél, y fuimos à dar fondo junto à la Bahìa de Génova, adonde aun no huve pueſto los pies en tierra, quando traté de eſcu-

currirme, sin ser anguila : mas por andar mis oficiales alerta, por saber la retirada que avia hecho à Barcelona, no pude salir con mi intento. En efecto marchamos la buelta de Lombardia, teniendo siempre tapa al son del tapalapatan, y descubriendo tapaderos de cubas, a la sombra de la sábana pintada, llegamos à Alexandria de la Palla, adonde por ir derrotados, y no de batallas, ni encuentros, nos dieron vestidos de municion, que en lengua Latina se llaman vestidos mortuorios, y en Castellana, mortajas. Yo, temiendo vestirme definado, y de hacer mis obsequias en vida, y por no parecer visoño, siendo soldado viejo, y aviendo hecho servicios particulares, que si es necessario, me darán certificaciones, y fees, por ser mercancia, que jamás se ha negado à ninguno, me fingi enfermo, y me fui à un Hospital, valiendome del ardid del diente de ajo, guitando mas de estar en carnes vivas, que en vestidos difuntos. Repartieron toda la gente en castillos, y guarniciones, y al punto que supe me avian dexado solo, que era lo que yo deseaba, saqué la cabeza como galápago de mi santo retiro, y saliendo como caracól en Verano, con toda la casa acuestas, cuyo peso era bien ligero, me fui à la Ciudad de Milán, y viendome, que por causa de ser Soldado, estaba con mas soldaduras que una caldera vieja, arrimé à una parte, como à Gigante, la milicia, y

si-

ſiguiendo la malicia de la Corte, reconocí ſu ventaja, y aſſenté el pié, volviendo de muerte à vida, y de pobre à rico. Salí el dia que llegué à ver de eſpacio aquella famoſa Ciudad, y me pareció una de las buenas de todas quantas avia andado, y que à gozar de mar, como muchas de ellas, no ſufriendo igualdad, les llevára conocidas ventajas. Vi, que ſus Templos competian con los de Roma, que ſus Palacios aventajaban a los de Sevilla, que ſus calles excedian a las de Lisboa, ſus ſedas à las de Génova, ſus brocados, y criſtales à los de Venecia, y ſus bordaduras, y curioſidades à las de París. Viſité el Palacio, y Corte, habitacion de ſu Alteza Sereniſsima el ſeñor Infante Cardenal, que avia acabado de llegar de Barcelona a gobernar tan hermoſiſsima Ciudad, y à defender tan inexpugnable Eſtado. Hablé con todos los conocidos, y dime à conocer à los que no lo eran, y enfadado de los oficios paſſados, por aver medrado tan poco en ellos, ſabiendo quan agradable es el tropo variar, me hice padre de Damas, defenſor de criadas, y amparador de pobretas. Vendime por natural de Alcaudete, picaba à todas horas como Alguacil, y cantaba à todos ratos como alcaudón: tenia apoſentos de congregacion de ninfas de cantón, ſalas de buſconas, palacios de corteſanas, y alcàzares de tuſonas. Vendia ſus mercancias à todos precios, vi-

via siempre con el adelantado, por tener esculpido en la memoria aquellos versos conceptuosos, que dicen, que quien no paga tentado, mal pagará arrepentido. Señalaba horas sin ser mano de relox, hacia amistades sin ser valiente, y llevaba cada instante à visitas sin ser casamentero. Era, quando me hallaba a solas con ellas, el Piramo de su Aldea; en aviendo visitas, era su criado; en aviendo pendencias, su mozo de golpe, y en hacerles los mandados, su mandil. Incitabalas à ser devotas de San Roque, y aconsejabales, que siempre que lo visitassen, se acercassen al Angel, y huyessen del perro. Campaba como Mercader, vivia como Gran Turco, y comia à dos carrillos como mona. Llegàbame siempre à los buenos, por ser uno de ellos: acercábame à los ricos, y huia de los pobres, tratando muy ordinariamente con gente de naciones, sin necesitar de aprender lenguas. Confirmé este oficio por uno de los mejores, que han inventado los hombres, sino huviera decendimientos de manos, rasguños de navajas, y sopetones de machetes. Pero viendo, que por ciertos estelionatos de el signo de Virgo, me querian dar colacion de la referida, me amparé de el Palacio de Don Marco Antonio de Capua, hermano del Principe de Roca Romana, Caballero Napolitano: y por averse le ido el cocinero, entré en el Reynado de la cocina, y empu-

puñé el cetro de la cuchara: y despues de aver estado algunos dias en quietud, y regalo, complaciendo à mi amo, y haciendo alarde de mis estofados, y reseña de mis aconchadillos, marchó su Exc. el Duque de Feria, con un lucido, aunque pequeño Exercito, para dar socorro à la Alsacia, yendo mi amo por Capitan de una Compañia, y yo por su soldado, y cocinero. Passamos los dos tan dilatado camino con muchisimo descanso, y regalo, abundando siempre de truchas salmonadas, y diferencias de muy suaves, y odoriferos vinos, porque como llevaba pella de doblones, hallabamos aun mucho mas de aquello que queriamos. Passamos el Tiról, y juntaronse nuestras fuerças Españolas con las Imperiales, que estaban à cargo del Mariscal Aldringer: y hecho de todas un cuerpo, socorrimos à Constança, y à Brisaque, y volviendo à separarse, nos fuimos à invernar à la Borgoña, adonde me fue fuerça reformarme del oficio, y cargo que me avian dado de la cocina, por hallarla en todas las visitas que le hacia, hecha un juego de esgrimidor, sus ollas vagamundas, sus cazuelas holgazanas, y sus calderos, y assadores rompe poyos: siendo causa de este daño la destruicion de la tierra, y la falta de el dinero. Viendome, pues, cocinero reformado, busqué otro modo, y otra novedad de trato: y haciendome mercante de hierros, y clavos de herrar caballos, y marchando à la

vuelta de la Baviera, en pocas jornadas quedé desenclavado, y conocí el yerro que avia hecho en emplear mi caudal en cosa que no podia acertar, de modo, que lo que fiaba, no me pagaban: lo que me estafaban, aun no lo agradecian: y lo que me hurtaban, jamás me lo restituian: con que al cabo de la jornada hallé el carro de mi Capitan, adonde yo llevaba la indigestible mercancía muy vacío, y mi bolsa muy anublada. Fuesse en esta ocasion mi amo à Italia, à cosas que le importaban, dexandome à mi desherrado, y desollado, pues quedaba sin el amparo de sus ollas, y perdido el trato de los hierros. Hallóse al presente sin cocinero Don Pedro de Ulloa, Capitan de Caballos: y por averle informado que yo era el mejor de todo el Exercito, me recibió para que le sirviesse en el dicho oficio: porque en la tierra de los Ciegos, el que es tuerto, es Rey. Contóme mi amo el pretendiente, à quien servi de page en Madrid, que hallandose en una Aldea cercana, à él, una vispera del Corpus, llegó una tropa de Infanteria representanta, que ni era Compañia, ni farándula, ni mogiganga, ni bolula, sino un pequeño, y despeado ñaque, tan falto de galas, como de comedias, el qual, à titulo de Compañia de à legua, pretendió hacer la fiesta del dia venidero, ofreciendo satisfaccion de muestra; y que aviendose juntado todo el Concejo, gus-

ta-

taron de oírlos, para ver ſi eran tales como ellos preſumian. Llamaronlos en caſa del Alcalde, y delante de mi amo, y de los Jurados, repreſentaron el Auto de la Locura por el Alma, adonde el que hacía à Luzbel, por dar mas vozes que los demás, pareció mejor que todos, ſiendo todos harto malos. Acabóſe la mueſtra, ſalió mi amo à la plaza con todo el Ayuntamiento, adonde hallaron al Cura, que por aver eſtado diciendo Viſperas, no ſe avia hallado en la repreſentacion: él preguntó al Alcalde, que qué tales eran los repreſentantes? Satisfizole con decirle, que no avian parecido mal, pero que uno que repreſentaba el diablo, era el mejor de todos. A lo qual le reſpondió el Cura: Si el diablo es el mejor, qué tales ſerán los demás? Por lo qual aplico, y digo, que ſi yo paſſaba plaza del mejor cocinero del Exercito, no ſabiendo lo que me hacía, qué tales ſerán los demás? En efecto, à falta de buenos, me hizo mi amo Alcalde de ſu cocina, y Soldado de ſu Compañía. Proſiguiendo la dicha marcha, llegamos à alojar à las ſierras de Baviera, adonde nos dieron por patron uno de los mas ricos de ellas, aunque por tener retirado todo ſu ganado, y lo mejor de ſus muebles, ſe nos vendió por pobre: mas no le valió nada ſu fingimiento, porque ſus miſmos criados me dieron aviſo de ello, porque de mas de ſer enemigos no excuſados, ſon

los pregoneros de los defectos de sus amos. Hablaba nuestro patron tan cerrado Alemán, y ignoraba tanto el lenguage Español, que ni él nos entendia lo que nosotros deciamos, ni nosotros entendiamos lo que él hablaba. Pediamosle por señas lo que aviamos menester, y él, aunque las entendia, como no eran en su provecho, se daba por desentendido, y encogiase de hombros. Dixome el criado que me avia advertido de lo demás, y entendia un poco la lengua Italiana, que su amo era buen Latino, que si avia alguno entre nosotros que huviera sido Estudiante, le daria à entender lo que le pediamos. Alegraronseme las paxarillas, por ver que yo solo quedaba señor absoluto de la campaña, y que podia hacer de las mias, sin que nadie me entendiera. Acerquéme al patron, y dixele muy à lo grave, que yo era Furriel, Mayordomo, y cocinero de mi amo, y que assi, le advertia, que tenia un Capitan de Caballos del Rey de España en su casa, y persona de mucha calidad, que tratasse de regalarle muy bien à él, y a sus criados, y que porque venia cansado, y era ya hora de comer, que hiciesse traher todo lo que era necessario. Respondióme: Que le dixera la provision que avia de hacer en la cocina, y que haria à sus criados que lo traxessen al punto. Dixele que era menester para la primer mesa de los Gentiles-hombres de la boca,

y

y para la ſegunda de los pages, y meninos; y para la tercera de los lacayos, eſtaferos, y mozos de cocina, una vaca, dos terneras, y quatro carneros, doce gallinas, ſeis capones, veinte y quatro palominos, ſeis libras de tocino de lardear, quatro de azucar, dos de toda eſpecia, cien huevos, cinquenta libras de peſcado para eſcaveche, medio pote de vino para cada plato, y ſeis botas de reſpecto. El, haciendoſe mas Cruzes, que hay en el Monte Santo de Granada, me dixo: Si para las meſas de los criados es meneſter lo que vueſſa merced pide, no avrà tanta hacienda en eſte Village para la del Señor. Reſpondile: Mi amo es tan gran Caballero, que mas quiere tener contentos a ſus criados, que no a ſu perſona: y aſsi él, y ſus camaradas no hacen de gaſto al dia à ningun patron ſino un relleno imperial ahovado. Preguntóme, que de qué ſe hacia el tal relleno? Reſpondile, que me mandaſſe traher un huevo, y un pichon recien nacido, y dos carros de carbon, y mandaſſe llamar à un zapatero de viejo, con aleſna, y cabos, y un ſepolturero con ſu azada, y que ſabria todo lo que ſe avia de buſcar para empezar à trabajar en hacerlo. El patron, médio atónito, y atemorizado, ſalió en buſca de lo neceſſario al tal relleno: y al cabo de poco eſpacio me trajo todo lo que le avia pedido, excepto los dos carros de carbon. Toméle el huevo, y el peque-

ño pichon, y abriendolo con un cuchillo de mi sazonada herramienta, y metiendole el huevo, despues de averle sacado las tripas, le dixe de esta forma: Repare vuessa merced en este relleno, porque es lo mismo que el juego del gato al rato; este huevo está dentro de este pichon, el pichon ha de estár dentro de una perdiz, la perdiz dentro de una polla, la polla dentro de un capon, el capon dentro de un faisan, el faisan dentro de un pavo, el pavo dentro de un cabrito, el cabrito dentro de un carnero, el carnero dentro de una ternera, y la ternera, dentro de una vaca: todo esto ha de ir lavado, pelado, desollado, y lardeado, fuera de la vaca, que ha de quedar con su pellejo: y quando se vayan metiendo unos en otros, como caxas de Inglaterra, porque ninguno se salga de su asiento, los ha de ir el zapatero cosiendo à dos cabos, y en estando zurcidos en el pellejo, y pança de la vaca, ha de hacer el sepolturero una profunda fosa, y echar en el suelo de ella un carro de carbon, y luego la dicha vaca, y ponerle encima el otro carro, y darle fuego quatro horas, poco mas, ó menos: y despues sacandola, queda todo hecho una sustancia, y un manjar tan sabroso, y regalado, que antiguamente comian los Emperadores el dia de su coronacion. Por cuya causa, y por el ser huevo la piedra fundamental de aquel guisado, le daban por nombre relleno Im-

pe-

perial ahovado. El patron, que me estaba oyendo la boca abierta, y hecho una estatua de piedra, lo tuvo tan creído, y se persuadió tanto à ello, viendo mi entereza, y la priesa que le daba à la brevedad de traher todos los requisitos que le avia ordenado, que tomandome la mano, harto sin pulsos la suya, me la apretó, y me dixo: Domine pauper sum; à lo qual, entendiendo la seña, le respondi: Nihil timeas, y llevandolo à la cocina, nos concertamos de tal modo, que restaurando la pérdida de los hierros, me sobrò con que poder comprar dos pares de botas, haciendole à mi amo creer, que era el patron muy pobre, y que le avian robado todo el ganado gente de nuestras Tropas, por lo qual lo avian dexado destruído; por cuya causa, teniendole compassion, me mandó, por saber que yo solo lo entendia, que me acomodasse con él lo mejor que pudiera, de suerte, que no le hiciesse mucha costa en el gasto de la comida. Pero viendo los criados, que me abundaba el vino en la cocina, y que me sobraban los regalos que el patron me enviaba, dieron cuenta à mi amo, rezelosos de la cautela: el qual hizo diligencia de saber si era verdad lo que yo le avia assegurado: y hallando ser todo al contrario, y que estaba alojado en la casa mas rica de aquel Village, llamò al patron, y con un interprete Borgoñon, que entendia las dos len-

lenguas, supo del la contribucion, que me avia dado, y que le avia dicho, que era su Furriel, Mayordomo, y Cocinero, y lo demás, que he referido: baxó mi amo a la cocina, y tomando un palo de los mas delgados que avia en ella, me limpió tan bien el polvo, que mas de quatro dias comió assado, y fiambre, por falta de cocinero. Yo le dixe, viendome mas que aporreado, que si queria servirse de hombre de mi oficio, que fuesse fiel, que lo embiasse à hacer à Alcorcon: y que se persuadiesse à que no avia cocinero, que no fuesse ladron: saludador, que no fuesse borracho: ni musico, que no fuesse gallina. Salimos de alli, y fuimos à hacer plaza de armas general en la campaña, llevando yo, por la obligacion de ser Soldado, una carabina con braguero, por aversele rompido caxa, y cañon, y un frasco lleno de pimienta, y sal, para despolvorear los habares, y por armas tocantes à la cocina, un cuchillo grande, cuchillo mediano, y cuchillo pequeño: que à tomar transformacion, y convertirse en perros, se pudiera decir por mi, que llevaba perri chiqui, perri grande, perri de tuti maneri. Passamos de la Plaza de Armas à juntarnos con el Exercito, que trahia su Alteza Serenissima el Infante Cardenal, para passar à los Estados de Flandes; y aviendonos agregado à él, siguiendo la dicha derrota, ganamos algunas Villas, cuyos nombres no han

lle-

llegado à mi noticia, porque yo no las vi, ni quiſe arriesgar mi ſalud, ni poner en contingencia mi vida, pues la tenia yo tan buena, que mientras los Soldados abrian trinchera, abria yo las ganas de comer; y en el inter que hacian hoſterias, ſe las hacia yo à la olla; y los aſſaltos que ellos daban à las murallas, los daba yo à los aſſadores: y deſpues de ponerſe mi amo à la inclemencia de las balas, y de venir molido, me hallaba à mi muy deſcanſado, y mejor bebido, y tenia a ſuerte comer quizá mis deshechos, y beber (ſin quizá) mis ſobras. Fuimos proſiguiendo nueſtra jornada ázia la vuelta de la Villa de Norlinguén, juntandoſe en el camino nueſtro Exercito con el Rey de Ungria, con lo qual ſe doblaron las fuerças, y nos determinamos à ir à ganar la dicha Villa. Y al tiempo que la teniamos bloqueando, y eſperando Cura, Cruz, y Sacriſtan, el Exercito Sueco, opueſto al nueſtro, penſando darnos un pan como unas nueces, vino por lana, y volvió traſquilado. Yo, ſi va à decir verdad, aunque no es de mi profeſsion, quando lo vi venir, me acoquiné, y acobardé de tal manera, que diera quanto tenia por volverme Icaro alado, ò por poder ver la batalla deſde una ventana. Cerró el enemigo con un boſque, ſin neceſsitar de leña, ni carbon, y ganandolo à peſar de nueſtra gente, ſe hizo ſeñor abſoluto dél. Llegó la

nue-

nueva à nueſtro exercito, y exagerando algu-nos de los nueſtros la pérdida, pronoſticaban la ruina; que hay Soldados de tanto valor que antes de llegar à la ocaſion, publican contentarſe con cien palos. Yo, deſmayado del ſuceſſo, y atemorizado de oír los truenos del riguroſo bronce, y de ver los relámpagos de la polvora, y de ſentir los rayos de las balas, penſando que toda Suecia venia contra mi, y que la menor tajada ſeria la oreja, por ignorar los caminos, y averſe puеſto capuz la ſeñora Doña Luna, me retiré a un derrotado foſo, cercano à nueſtro exercito, pequeño albergue de un eſqueleto rocin, que patie abierto, y boca arriba ſe debia de entretener en contar Eſtrellas: y viendo que avivaban las cargas de la moſqueteria, que ribombaban las caxas, y reſonaban las trompetas, me uní de tal forma con él, aviendome tendido en tierra, aunque vuéltole la cara por el mal olor, que pareciamos los dos Aguilas Imperiales ſin pluma: y pareciendome no tener la ſeguridad que yo deſeaba, y que ya el contrario era ſeñor de la campaña, me eché por colcha el deſcarnado babieca: y aun no atreviendome à ſoltar el aliento, lo tuve mas de dos horas acueſtas, contento, de que paſſando plaza de cavallo, ſe ſalvaria el Rey de los marmitones. Llegò a eſta ocaſion al referido ſitio un Soldado de mi Compañia, poco menos valien-

te

te que yo, pero con mas opinion de ſaber guardar ſu pellejo (que preſumo que venia a lo miſmo que yo vine) y viendo que el rocin ſe bamboleaba por el movimiento que yo hacia, y que atroné todo el foſo con un ſuſpiro que ſe me ſoltó del molimiento de la carga, ſe llegó temblando al Centauro al rebés, preguntando à bulto: Quien và allá? Yo, conociendolo en la voz, le llamé por ſu nombre, y le ſupliqué me quitára aquel hypogrifo de encima, que por ſer desbocado, avia dado conmigo en aquel foſo, y cogidome debaxo, hizo lo que le rogué: mas reconociendo que el rocin era una antigua armadura de hueſſos, no pudiendo detener la riſa, me dixo: Señor Eſtevanillo, venturoſa ha ſido la caida, pues el caballo ſe ha hecho pedazos, y vueſſa merced ha quedado libre. Reſpondile: Señor mio, coſas ſon que acontecen, y aun ſe ſuelen premiar. Calle, y callémos, que ſendas nos tenémos, y velémos lo que queda de la noche a eſta difunto, porque Dios le depare quien haga otro tanto por ſu cuerpo, quando de eſte Mundo vaya. Concedió con mi ruego, y tomó mi conſejo; y al tiempo que el Aurora, atropellando luceros, daba mueſtras de ſu llegada, deſpidiendome de mis dos camaradas de cama, me fui à una montañuela, apartada del campo enemigo, por parecer curioſo, y no tener que pregun-

tar, y por confiarme en mi ligereza de pies, y tener las espaldas seguras: empezaronse los dos campos à saludar, y dar los buenos dias con muy calientes escaramuzas, y fervorosas embestidas, en lugar de chocolate, y naranjada: y al tiempo de cerrar unos regimientos del Sueco con uno de Alemanes, empecé à dar voces, diciendo: Viva la Casa de Austria; Imperio, Imperio, abança, abança: pero viendo que no aprovechaban mis exhortaciones, y que en lugar de abançar, iban volviendo las espaldas, volvi yo las mias, y con menos animo, que aliento, y con mas ligereza, que valor, llegué à nuestro Exercito. Encontré en su vanguardia con mi Capitan, el qual me dixo, que por qué no me iba à la Infanteria Española a tomar una pica para morir defendiendo la Fé, ò para darle al Rey una victoria? Yo respondí: Si su Magestad aguarda que yo se la dé, negociada tiene su partida, demás, que yo soy corazo, ò coraza, y no infante, y por estar desmontado, no cumplo con mi obligacion. Dixome, que fuesse adonde estaba el bagage, y tomara un caballo de los suyos, y que boviesse presto, porque queria ver si sabia tan bien pelear, como engañar villanos con rellenos Imperiales. Fuime al rancho, metime debaxo del carro de mi amo, cubrime todo el cuerpo de forrage, sin dexar afuera otra cosa mas que la cabeza, à causa de

tomar aliento; porque al tiempo de la derrota, que ya la tenia por cierta, me ſirviera de cubierta, por ſer deſierto todo aquel diſtrito de la campaña. Llegò à mi un Capitan, que eſtaba de guardia al bagage, y me dixo, que pues tiraba plaza de Soldado, que por qué me hacia mandria, y me cubria de hierba, y no acudia à mi tropa? Reſpondile, que por aver hecho mas de lo que me tocaba, me avia el enemigo muerto mi caballo, y metidome dos valas en un muslo, y que porque no ſe me reſfriaſſe la herida, me avia metido en aquel montón de forrage. Con eſta ſatisfaccion ſe fue adonde eſtaba ſu compañia, prometiendome de enviarme un gran Cirujano amigo ſuyo, para que me curaſſe, y yo me quedé cubierto el cuerpo de eſperança, y de temor el corazon. Al cabo de un rato, temiendo que vinieſſe el Cirujano à curarme, eſtando ſin leſion, ó que mi Capitan enviaſſe à buſcarme, viendo mi tardança, y me hicieſſe ſer inquieto, ſiendo la miſma quietud, me volví à mi montañuela à ſer atalaya ganada, y à gozar del juego de cañas; y eſtando en ella, haciendo la conſideracion de Xerxes, aunque con menos lágrymas, y mas miedo, vi, que un trozo del contrario Exercito, cerrò tres veces conſecutivamente con el tercio de Don Martin de Idiaquez, y que todas tres veces los invencibles Eſpañoles

lo rechazaron, lo rompieron, y pusieron en huída. Animòme esta accion de tal manera, que arrancando de la espada, y sacando la mohosa à que la diesse el ayre con estár à media legua de ambos campos, me puse el sombrero en la mano izquierda, para que me sirviesse de broquel, y dando un millon de voces a pié quedo, empecé à decir: Santiago, Santiago, cierra España: à ellos a ellos, cierra, cierra; y presumo, que acobardado el enemigo de oirme, ó atemorizado de verme, començó a desmayar, y à poner pies en polvorosa. Empezó todo nuestro Campo à apellidar: victoria, victoria: yo, que no me avia hallado en otra como la presente, imaginando que llamaban à mi Madre, que se llamaba Victoria Lopez, pensando que estaba conmigo, y que la avia trahido en aquella jornada, respondi al tenor de las mismas vozes que ellos daban, que dexassen descansar los difuntos: y que si alguno la avia menester, que la fuesse à buscar al otro mundo: y contemplando desde talanquera, como sin ninguna orden, ni concierto huian los Esquadrones Suecos, y con el valor, y vizarria que les iban dando alcance los batallones nuestros, rompiendo cabezas, cortando brazos, desmembrando cuerpos, y no usando de piedad con ninguno, me esforcé a baxar à lo llano, por cobrar opinion de valiente, y por raspar à rio vuelto, y despues de encomendar-

me

me à Dios, y hacerme mil centenares de Cruzes, temblandome los brazos, y azogandoseme las piernas, aviendo baxado à una apacible llanada, à quien el boſque ſervia de vergél, hallé una almadraba de atunes Suecos, un matadero de novillos Arrianos, y una carniceria de tajadas Calvinas; y diciendo, que buen dia tendrian los diablos, empecé con mi hojaraſca à punçar morcones, ataladrar panças, y à revanar tragaderos: que no ſoy yo el primero que ſe aparece deſpues de la tormenta, ni que ha dado à Moro muerto gran lançada. Fue tan grande el eſtrago que hice, que me paré à imaginar, que no hay hombre mas cruel que un gallina, quando ſe vé con ventaja, ni mas valiente que un hombre de bien, quando riñe con razon. Sucedióme (para que ſe conozca mi valor) que llegando à uno de los enemigos à darle media docena de morcilleras, juzgando ſu cuerpo por cadaver, como los demás, à la primera que le tiré, deſpidió un ay tan eſpantoſo, que ſolo de oirlo, y parecerme que hacia movimiento para quererſe levantar, para tomar cumplida vengança, no teniendo ánimo para ſacarle la eſpada de la parte adonde ſe la avia embaſado, tomando por buen partido el dexarſela, le volví las eſpaldas, y à carrera abierta no paré haſta que llegué à la parte adonde eſtaba nueſtro bagage, aviendo vuelto mil veces la cabe-

za atras, por temer que me viniesse siguiendo. Compré, de los que siguieron la victoria, un estoque de Solingues, y algunos considerables despojos, para volverlos à revender, blasonando por todo el Exercito averlos yo ganado en la batalla, y aver sido rayo de la campaña. Encontré à mi amo, que lo trahian muy bien desahuciado, y muy mal herido; el qual me dixo: ¡Vergante, como no aveis acudido à lo que yo os mandé? Respondíle: Señor, por no verme como vuessa merced se vé; porque aunque es verdad, que soy Soldado, y cocinero, el oficio de Soldado exercito en la cocina, y el de cocinero en la ocasion. El Soldado no ha de tener para ser bueno, otro oficio, mas que ser Soldado, y servir a su Rey, porque si se emplea en otros, sirviendo à Oficiales Mayores, ò à sus Capitanes, ni puede acudir à dos partes, ni contentar à dos dueños. Llevaronlo à la Villa, adonde, por no ser tan cuerdo como yo, dió el alma à su Criador. Dexòme, mas por ser él quien era, que por los buenos servicios que yo le avia hecho, un caballo, y cincuenta ducados: que cincuenta mil años tenga de gloria, por el bien que me hizo, y cien mil el que me diere ahora otro tanto, por el bien que me hará.

***

CAPI-

CAPITULO SEPTIMO.

Que trata del viage que hizo à los Eſtados de Flandes. Una pendencia ridicula, que tuvo con un Soldado. La junta que hizo con un vivandero: y otros muchos acaecimientos.

DEſpues de aver celebrado una de las mayores victorias, que ſe han viſto en los ſiglos preſentes, y en la mejor ocaſion que han viſto los humanos, ſe deſpidió ſu Alteza Sereniſsima de ſu primo, y hermano el Rey de Ungria, y volvió à continuar ſu jornada, ſin aver quedado contrario que ſe le opuſieſſe. Hallème en eſta marcha huerfano de amo, viudo de cocina, y temeroſo de gaſtar la herencia; todo lo qual me obligò à ſuſtentarme de mi trabajo, y à poner nuevo trato. Di en hacer empanadas Alemanas, por eſtár en Alemania (que à eſtar en Inglaterra, fueran Inglefas) buſcaba la harina en los Villages donde ſus moradores ſe avian huìdo, y la carne en la campaña, adonde ſus dueños de ella ſe avian deſmontado: hacia cada noche media docena, las dos de vaca, y quatro de carne de caballo, echabalas à la mañana à las ancas de la yegua, ſin ſer ninguna de ellas la bella Tarragona; y en llegando la hora del rendi buy gene-

ral, apeabame del dromedario, tendia el rancho sobre mi ferreruelo, sacaba dos ternas de dados, y hacía rifar mis empanadas à escudo, quedando muchos quejosos, de que no hiciesse mayor provision de ellas, como si la campaña fuesse tumba comun de caballos muertos. Decianme algunos de los rifadores, que era la carne muy dura, pero que estaban muy bien salpimentadas: yo les respondia, que era causa el ser la carne fresca, por no tener lugar para manirla, por ocasion de marchar cada dia; pero que cómo tuviessen despacho, y pimienta, no importaba nada la dureza. Passamos el Rin, y marchamos la vuelta Crucenáque, y desde alli llegamos à Juliers, adonde su Alteza Serenissima, acompañado de la Caballeria de Flandes, que le avia salido à recibir, y comboyar, se apartó del Exercito, y se fue à dar alegrias à la grandiosa Corte de Bruselas, que por instantes le estaban esperando. Mandó volver atrás muchas de sus Tropas, para si se necessitasse de ellas en Alemania, juntamente con la gente de Liga, del Elector de Colonia, y Maguncia, y la de su Magestad Cesarea, yendo Mansfelte por Cabo de todas. Fueme fuerça volver la proa, por no ser mi oficio para encerrarme à ser Cortesano. Añadí al trato de las empanadas, aguardiente, y tabaco, queso, y naypes, y para tener en seguridad mi persona,

y en guardia mis mercancias, me arrimé à la Caballeria Española, yendo por Cabo de ella, y por su Comissario General, Don Pedro de Villamor. Pretendia el Capitan de Campaña, que yo le pagasse contribucion de mi trato, conforme lo hacian los demás, que proveian la Caballeria, y yo me eximí de ello, de tal suerte, que siempre quedé libre como el cuquillo, porque alegué ser un compuesto de dos, ni vivandero llevando viveres, ni gorgotero llevando menudencias; porque ni tenia carreta como el uno, ni cesta como el otro, pues de rincones de agenos carros, llevaba todo mi caudal. Tuve, por ser entretenido, entraba en casa del Comissario General, y entraba una vez cada dia à visitarle en su mesa, porque sabia, que gustaba de ver à Monsiur de la Alegreza, y tres à sus carros, y cantinas, por conservar la alegria del nombre: entremetiame con todos los señores, y como es de los tales perder, y de mercadantes ganar, jugaba à los naypes, y dados con todos, y haciendose perdidizos, por cumplir con la ley de generosos, yo cargaba con la ganancia, por mercader de empanadas caballunas. Estando en Andernaque, encontré un dia en una taberna al Soldado, que me ayudó à velar el difunto caballo junto à Norlingue, y dandome vaya de que me avia hallado debaxo dél, yo le dixe, que es-

taba satisfecho de su persona, que à no aver hallado ocupado aquel sitio, que huviera él hecho lo mismo; empezóse à correr, y à dezir que era mas valiente que yo, y pienso que no mentia, aunque fuera mas gallina, que Caco. Yo, desestimando su persona, y encareciendo mi corage, le desafié à campaña, y descalçandome un çapato, le di un escarpin, guante de mi pié izquierdo, por no tenerlo de las manos, en lugar de gage, y desafio; y por cumplir con las leyes de retador, estaba él hecho un zaque, y yo una uba; y assi no acertabamos à salir de la taberna. Los Soldados, que estaban presentes, por ver qual era mas valiente, ó porque tal pendencia se ahogasse en vino, nos adestraron à las puertas, y nos salieron acompañando hasta fuera de la Villa: y despues de avernos medido las armas, nos dexaron solos, y se apartaron de nosotros, para vernos combatir. Sacamos à un mismo tiempo las espadas, dando algunos traspies, y amagos de dar de ojos: empezóme el à tirar cuchilladas à pié quédo, aviendo de distancia del uno al otro una muy larga pica. Yo me reparaba, y trataba de ofenderlo à pié sosegado. Deciame de quando en quando: recibe esta, señor gorgotéro fiambre, y yo, metido en colera, aunque lo veia tan lexos, de que no me pesaba, le respondia: Déxela boacé venir, seor mal trapillo

llo aſernado, y reciba eſta à buena cuenta; y eſto tirando tajos tan amenudo, que tenia hecho una criva al prado donde eſtábamos: En concluſion, acuchillando nueſtras ſombras, y dando heridas al ayre, eſtuvimos un rato provocando à riſa à los circunſtantes, haſta tanto que la deſcompoſtura de los golpes, y el peſo de las cabezas nos hicieron venir à tierra, y nos obligaron à no podernos levantar. Acudieron los padrinos, y los demás amigos, y diciendo baſta, no aya mas, que muy valeroſos han andado, y ya los damos por buenos, me aſieron dos de ellos por las manos, y no hicieron poco en ponerme en pie. Llegó un camarada mio à querer levantar à mi contrario, y al tiempo que ſe baxó para ayudarlo, imaginando que era yo, y que lo iba à hacer confeſſarſe por mi rendido, alçò la eſpada, y diciendo: Antes muerto, que rendido, le cortó toda la mitad de un labio. Acudió al ruído el Governador de la Villa, y viendo à mi camarada deſangrarſe, y à los dos con las eſpadas deſnudas, aviendoſe informado de que eramos los autores de la pendencia, mandó llevarnos preſos, y hacer curar al herido. Llevaronme à mi entre quatro esbirros à la priſion, mas en volandas, que ſobre mis pies, por no eſtar para ſufrir la carga; y à mi competidor, porque ſolo baſtára un carro para poderlo menear,

lo dexaron tendido en campaña, adonde como animoso combatiente estuvo de Sol à Sol. Yo iba tan herido de las estocadas de vino, que ni conoci los que me llevaron preso, ni supe si la carcel era carcel, meson, ó taberna. Estuve en ella quarenta horas, y en todas ellas no supe qué cosa era despertar: Informaron al Comissario General de todo el sucesso, y compadecido de mi, y por hazerme la merced que siempre me hacia, envió un recado al Gobernador, pidiendole, que me soltasse, supuesto que la pendencia que aviamos los dos tenido, se apaciguaba con dos jarros de agua fria. El Gobernador por complacerle, mandó, que al punto me sacassen de la prision. Llegó con la orden un criado suyo, y aviendo hecho no poca diligencia en despertarme, volví en mi; y pareciendome estar en otro nuevo Mundo, extrañaba el lugar adonde me hallaba: contóme quien avia sido la causa de mi libertad; y yo, haciendo Cruzes, y pareciendome salir de un castillo encantado, fui à toda priesa a darle las gracias de el buen tercio al Comissario General: el qual, despues de averme hecho relatar todo el origen de la pendencia, y sucessos de ella, se rió infinito, y mandó satisfaciessen mi trasposso; y despues de aver sacado el vientre de mal año, fui à visitar mi rancho, el qual estaba como casa sin

dueño. Hallé el caballo boca abaxo, y pensativo, y mas flaco que caballete de espadador. Miré los frascos del aguardiente, y hallélos de vacío, como mulas de retorno, y las demás mercancias, algunas cercenadas, y otras que se avian huido en pies agenos. No me dió cuydado esta no pequeña pérdida, porque eché de ver, que con una docena de empanadas de rocines se satisfacia toda. Llegamos à Chavamburque, Villa del Elector de Maguncia, la qual hallamos desierta de todos bastimentos, casas yermas, y las caballerizas sin ningun sustento para los caballos. Aqui despaché muy bien una nueva provision, que avia hecho de aguardiente, pero no me atrevia à pregonarla por las mañanas, por saber quan baxo es el oficio de pregonero, y assi la vendia cantando, por no ignorar quan honroso es el del cantor. Llamabanme todos por ser tan conocido, y porque gustaban de oir mis chanças, brindaban à mi salud, y yo haciendo la razon, volviales à brindar à la de aliquantum, y à la de sus dineros. Emborrachéme brevemente, y el daño que yo mismo solicitaba, lo pagaban los frascos, por lo qual cada dia avia menester comprarlos nuevos. Tuve verguença à los primeros dias de ir a comer continuamente a la posada del Comissario General, y à la de Don Christoval Salgado; pero viendo tantos peynados gorreros acudir

con

con tanta puntualidad, y cuydado, penſando; que eran tablas de obra pia, y que ſe comunicaban con todo particular viviente, acudi de alli adelante à gozar de la limoſna, ò à comer de bonete, porque ſi las gorras que ſe metian, fueran lanças en Orán, ya ha muchos dias que eſtuviera el Africa por nueſtra. Gaſtaba las horas del dia en eſta forma: Deſde el alba, haſta las nueve, exercitaba el oficio de deſtilador de aguas, que eſte titulo le avia dado, porque no llamaſſen aguardentero à quien tenia entrada, y amiſtad con todos los Oficiales Mayores del Exercito. De las nueve à las once, hacía mis empanadas, y las vendia: y de las once à la una, era Viſitador general de las cocinas agenas, ſobreeſtante de las ollas, reconocedor de las cazuelas, ſuperintendente de los aſſadores, y peſquiſidor de los vinos. De la una à las tres, era veedor de las dos meſas referidas, gracejo de ſus dueños, y executor de ſus deſpojos: Y de las tres, haſta ponerſe el Sol, mercante de queſos, y eſtanquero de naypes. Tuve un dia una pendencia con un marmitón, ſobre quien ſabia fregar mejor una olla. Entramos en la cocina a hacer la prueba, y por aver él dado mejor razon de ſu oficio, ſiendo él aprendiz, y yo maeſtro, y hacer burla de mi, le di con los caſcos de la olla en los de ſu cabeza, quedando tan rotos los unos como los otros. Fuime à ampa-

rar

rar de Don Carlos de Padilla, y de otro Capitan de Corazas: y eſtando un dia con ellos, penſando tener aſſegurada mi perſona, llegó el Comiſſario General, y por averſele quexado el que tocó caſco, ſin ſer jugador de eſpada negra, me dió media docena de paios tan bien dados, que me obligaron à tenerlos haſta oy en la memoria. Viendo que no me valia immunidad de mi ſagrado, les dixe à los que tenia por mis valedores, que conforme el libro del duelo, aquel agravio no corria por mi cuenta. Ellos, riendoſe al compás que yo lloraba, me llevaron à la caſa del dicho Comiſſario General, y haciendome brindis à ſu ſalud, hicieron las amiſtades. Marchamos otro dia de mañana à la buelta del Rin, en virtud de una orden que avia enviado ſu Alteza Sereniſsima, para que volvieſſemos muy aprieſſa à ſocorrer à Brabante. Iba yo muy triſte, porque me avian informado, entre otras coſas, no ſer bueno aquel Pais para mis mercancias, por la ſutileza de ingenio, y gran trato de ſu burgeſia; pero alegre por la generoſidad de ſus Principes, y Señores, y por ſer tierra rica, y abundante, adonde ſe tenia mala venta, mi aguardiente, y tabaco, tendria buen deſpacho el arte de la bufoneria. Paſſamos à Iuliers, à Eſtevans, Vverta, y Diſte, y llegamos à Tirlemón, adonde eſtaba ſu Alteza Sereniſsima, opueſto à los Exer-

ci

citos de Francia, y Olanda, juntéme en la dicha Villa, con una añadidura de vivandero, y una tilde de mercadante. Puso él de su parte la carreta, tienda, potes, y embudos, y yo un caballo, y todo aderezo de cocina. Agregué un poco de dinero, que tenia de pequeño caudal con el que él se hallaba, y aviendo hecho una razonable provision, y una escritura de estár à pérdida, y ganancia: él se ocupaba en vender el vino, y cerbeza, y yo en hacer pulpetas de oveja, y ollas de carne mortecina, por costarnos à precio muy moderado. Sentía por extremo el verlo entrar cada momento en la cocina, à dexarme desproveido de guisados; porque sin duda en las muestras que daba, presumo, que se avia hallado en la rota del Principe Thomás, y que los enemigos lo avian tenido alguna semana atado à un arbol de pies, y manos, sin darle sustento humano. Desbautizábase él en ver, que yo visitaba por instantes la pipa de el vino, que à la de la cerbeza siempre guardé respecto, porque me pareció orines de rocin con tercianas. Iba cada dia à menos nuestro caudal, porque él comia por ocho, y yo bebia por ochenta, sobre lo qual venimos à reñir, y cada uno por su parte nos fuimos à quexar al Auditor general, el qual, informado de la Justicia de cada uno, teniendo à novedad tan gracioso pleyto, nos diborciò sin ser Obispo,

mandandonos ſeparar de nueſtra aliança. Partimos los bienes muebles, que cada uno avia trahido, mas no los gananciales, por hallarnos de pérdida, y con algunas deudas. No me pareció proſeguir mas con el dicho oficio, y aſsi me determiné de ir à ver la Corte de Bruſelas, por ver ſi conformaba ſu viſta con ſu grandioſa fama. Llegué à Bobayna, inſigne Univerſidad de Brabante, y refreſcandoſeme la memoria de mis eſtudios paſſados, por proſeguir en ellos, me entrè en un Eſcolaſtico tabernaculo, adonde tomando un Calepino de tragos, en poco eſpacio, penſando hablar Romance, hablaba un latin tan corrompido, que ni yo lo entendia, ni nadie lo llegaba à entender. Salime fuera de la muralla, à deſollar en campaña el animal, que avia cogido en poblado de taza, de las primeras letras de la Villa: detuveme en quitarle el pellejo, no mas de treinta horas, por cauſa de deſpertarme las caxas, y trompetas de guerra, que daban mueſtras de la llegada de ſu Alteza à aquella Villa, porque à no ſervirme de deſpertador, juntamente con la Artilleria, con que ſe le hizo ſalva, yo entiendo que durmiera haſta el dia de oy. Levantéme con molimiento de cuerpo, dolor de cabeza, y boca de probar vinagre: llegué aquel miſmo dia à Bruſelas, adonde halle ſer excuſada toda alabança, para tan

gran

grandiosa poblacion. Contemplóla por Plaza de Armas de la Europa, por Escuela de la Milicia, por freno de rebeldes, por espanto de enemigos, por esmalte de lealtad, y por pasmo de hermosura. Vi sus altivos muros, puertas, y torreones, que siendo competidores de los pyramides Egypcios, son columnas sobre quien el Atlante Español fia el peso de su celeste máchina, y Monarchia. Veneré sus campos por Elíseos, sus salidas por jardines de Venus, y sus bosques, por recreacion de Diana. Hallé toda su nobleza en campaña, por lo qual, y por hallarme sin dineros, y ser tierra, que quien no labora, no manduca, me volví à seguir el Exercito: y despues de aver entrado los Exercitos enemigos, con pies de plomo, y retiradose con pies de paja, me fui à ver à la celebrada antepresa de el fuerte de el Esquenque, adonde hallé à Don Carlos de Padilla, Capitan de Corazas Españolas, que por aver conocido mi alegre modo, y averme defendido de los palos referidos, se me mostraba aficionado, y como me avia visto solícito con el comercio de la bocolica, me hizo vivandero de su Compañia, dandome carro, caballos, y dineros, debaxo de palabra de préstamo, y con clausula de darle los viveres, necessarios à su casa, al mismo precio que yo los comprasse en las Villas: costumbre tan antigua en la milicia,

en

en que ſe ha eſtablecido por ley inviolable. Fui à la Villa de Calcár, adonde cargué de todo lo competente à mi tráfico; y en particular buſquè una criada de las que ſe uſan en campaña, mercadante en la tienda, criada en la meſa, fregona en la cocina, y dama en el lecho, de tierna edad, para que no ocupaſſe el carro, ni canſaſſe los caballos, con el bolumen de ſu perſona, y de buena cara, para atraher los huéſpedes. Volvi à mi quartél, plantè el bodegón, y empecé à hacer lo que ſiempre avia hecho, y lo miſmo que hiciera ahora, ſi volviera à tal oficio. Daba al Capitan la mercancia peor, y la que menos me coſtaba, y la que ſe maltrataba por razon de los golpes de el carro, contandoſela à mucho mas de aquello que me coſtaba. Acudian à mi tienda infinidad de Adonis, à la ñagaza de la criada, y cayendo en la red ſin ſer Martes, deſpachaba ella ſu mercancia, y yo la mia; pero entre tanta abeja que acudia à los panales, pegados los pañales en la traſera: ſolian venir unos zánganos, y moſcones, que me llevaban mas de una traſpueſta, que yo ganaba en veinte aſſomadas. Pero viendome corrido, y enfadado, de que al Maeſtro le dieſſen cuchillada, me aparté por unos dias de mi Compañia, por gozar del refran, de quien ſe muda, Dios le ayuda: aunque me ayudó conforme à mi buena intencion: y para llevar mas

gren,

tren, y ostentacion, le pedi a un Capitan, conocido mio, una carrera prestada, diciendole, no ser mas que para un comboy: y ofreciendome al buen tratamiento de el caballo, con la qual, y el carro que llevaba, me hice vivandero de verdad, aviendolo sido hasta alli de mentira. Arriméme al mayor grueso de la Caballeria Española, adonde cada dia iba creciendo el caudal, y aumentandose el crédito, y la opinion: mas la codicia, que siempre rompe el saco, y el vicio de hallarme con tanto descanso, me incitaban à jugar cada instante, con la gente mas lucida de las tropas, entendiendo ganar por todas partes: Mas un dia, que fue noche para mi, aunque despues lo fue de Pascua, aviendo perdido con Don Pedro de Villamor, lo que quizá en la Villa, haciendo el amor, avia ganado la criada, le supliqué que me jugára la carreta, y caballo, que aunque no era mio, corria plaza de serlo. Hizo lo que le pedi, y y echando quínolas mas que un quebrado, y fluxes, que para mi eran de sangre, me ganó el corto caudal que yo avia adquirido, y la carreta, y caballo que estaban en confiança. Volvíme à mi tendejon cabizbaxo, y pensativo, adonde pensando hallar consuelo, se me doblaron los pesares, añadiendo pena à pena, y pérdida à pérdida: porque la criada, avien-

aviendo tenido noticia de que avia jugado lo mio, y lo ageno, avia hecho pella como el eſ caravajo de lo mejor que yo tenia, y acogidoſe ſin cañamar, dexandome la tienda ſola: por cuya cauſa, aprovechandoſe algunos caballos ligeros de la ocaſion, por ſalir peſados, la entraron à ſaco, como ſi fuera pavellon de enemigos. Halleme fuera de cuydado de no tener que guardar, y con ſolo el carro, y caballos de mi Capitan, que por razon de conocer ſer ſuyos, no paſſaron por la miſma riſa. Buſqué un pan fiado, para que ſe deſayunaſſen, ſiendo ya las nueve de la noche, y hartandolos de agua, los volvi a la eſtála tan triſtes, que me perſuadí, que avian ſabido mi pérdida, y no la huvieron de ignorar, pues ayunaron de ſentimiento de ella a pan, y agua. Venida la mañana, me envió à llamar Don Pedro de Villamor, y dando mueſtras de ſu valor, y liberalidad, me volvió todo lo que me avia ganado, dandome de mas à mas lo que me alegró el alma, me conſortó el corazon, y me deſterró la triſteza. Sali de ſu caſa hecho un carretero de la Mancha, y dandole tras cada alabança un millon de bendiciones, volvime à mi Compañia, di la carreta à ſu dueño, y mi Capitan, que ya ſabia todo lo que me avia paſſado, viendo ſus caballos que hilaban tan delgado, que podian ſaltar por arco, como per-

ros de rezadores, preguntandome si les avia dado la racion en dineros, me los quitó tan colérico, que pensando que me queria pagar el porte de averselos trahido, me fuí de su compañia, antes que él me echára de ella. Halléme dos dias antes con carro, carreta, y criada, y mucha mercancía, y en el que de presente me hallaba, compré un saco de pan, y un rocin viejo, y cargado de muermo, el un ojo ciego, y el otro vizco a puras nubes, y que se acordaba del assalto de Mastrique por el Principe de Parma. Carguélo con el costal, y haciendome dos mil reverencias, ò por ver que avia en el Mundo quien se acordasse dél, ò por suplicarme que le quitasse lo que no podia llevar. Fuime con él al Regimiento de Caballos del Marqués Vizconte, llevandolo del cabestro para servirle de guia, y refrescandolo à cada tiron de arcabuz, y dexandolo descansar todas las veces que él queria: Vendi mi pan, compré dos frascos de aguardiente, hice mi barraca; y para comprar ollas, sartenes, calderos, potes, y tazas, y tener que dar de comer, y beber, embauquè à todo el Regimiento, sin quedar Soldado à quien no pidiesse prestado, y como muchos pocos hacen un mucho, junté una buena cantidad, con la qual me volvi a armar de nuevo; pero toda la ganancia, y los préstamos no fueron bastantes à poder tener aquel

ofi-

oficio en pié, porque era tanto lo que yo bebia, que quando penſaba ir muy adelante, me hallaba muy atras. Apretabanme los deudores, à quien pagaba con buenas palabras, pero jamás con buenas obras; pero advirtiendo ellos, que à coſta ſuya por la mañana, haſta à medio dia, eſtaba atolondrado de aguardiente, y de medio dia haſta la noche, de puramente capiamus, dieron al Auditor muchas quexas, por debitoribus noſtris, y una mañana, al ſon de una trompeta hicieron almoneda de todos mis aſſadores, parrillas, cucharas, morteros, rallos, trévedes, y tenazas, y de todos los demas traſtos, pareciendo, mas almoneda de baratillo, ò mercado viejo, que bienes de vivandero. Cada deudor cargó con lo que pudo, y ninguno ſe atrevió à cargar con el caballito de bamba. Yo, viendo que ſin valerme las leyes de la eſpera, me avian dado ſentencia de remate, me deſpedi harto tiernamente de mi querido rocin, y éi a diſculparſe conmigo de no hallarſe con fuerças para poder acompañarme: ampareme de los Capitanes, y ayudandome entre todos para ayuda de los gaſtos del camino, me fui al Regimiento de el Conde de Fuenclara, el qual avia ido à Alemania con orden de ſu Alteza Sereniſsima, a pedir ſocorro a la Ceſarea Mageſtad del Emperador, para poder echar de eſtos Eſtados los Exercitos agre-

gados de Francia, y Olanda. Fui à hablar à Pedro de Caravajal, su Teniente Coronel, el qual anduvo tan bizarro (conociendo mi sugeto) que me prestó con que poder levantar cabeza, y encastillarme en la vivandería. Compré una carreta, y dos caballos, cerrados de edad, y abiertos de espinazo, con mas faltas que un juego de pelota; pero animales quietos, y sossegados, y que siempre buscaban su comodidad. Marchamos al contorno de Mastrique, à cobrar algunas contribuciones, yendo por Cabo de toda nuestra gente el Marqués de Leyden, y volviendonos à retirar, los buenos de mis caballos dieron en decir nones, y aunque los mataba à palos, jamás tuvieron atrevimiento de tirar cozes, y esto viniendo la carreta vacía, y yo caminando à pié, que à venir cargado, huviera mas de seis horas antes, que necesitara de cargar con ellos, y traherlos acuestas. El uno, que era cabezudo, como Aragonés, dió en que no avia de passar adelante, y salióse con ello hasta ciento y un año, por cuya razon me fue fuerça quedarme muy atrassado de las tropas, y venirme en buena conversacion con el otro, suplicandole, que me hiziesse merced por otra tal, de no dexarme, hasta llegar al quartél. Tropecé en el camino con seis Soldados de una partida de Olandeses, que avian salido de Mastrique, y al tiempo

que

que llegaron à deſpojarme, vi mas adelante una emboſcada de haſta otros veinte: y penſando que eran de nueſtra gente, les empecé à dar vozes, para que me vinieſſen à ayudar. En el inter procuré de eſcurrirme de los que me tenian cercado. Acudió toda la emboſcada, con lo qual yo cobrè animo, y empecé à dar vozes, diciendo: Viva Eſpaña, y muera Olanda. Ea Soldados, paguen eſtos Luteranos la amiſtad que me querian hacer. Llegó toda la tropa, y como me oyeron, que engañado los trataba tan mal de palabra, me dieron media docena de mochazos, y me dexaron tan de valentia en el donayre, y donayre en el mirar que me daba el Sol por la parte que le dió à Don Bueſſo. Llevaronme à mi, y al ſeñor mi caballo preſos à Maſtrique, teniendo à dicha el ſer priſionero, por vengarme de el tal rocin, viendolo en poder de enemigos. Dieronme por carcel una taberna, que era lo que la mona queria. Paſsó la fama, que era un vivandero rico, por lo qual eſperaban de mi una gran rançon, y por Dios que ſe engañaban, no en la mitad del juſto precio, ſino en todo, y por todo. Al cabo de algunos dias, viendo que ſe alargaba la priſion, y crecia la coſta, pedi licencia para hablar al Duque de Bullon, que era Governador en aquella Villa, la qual ſe me concedió, y cercado de chuzos, y alabardas, co-

mo passo del prendimiento, me llevaron à casa del dicho Duque, al qual hallé que estaba comiendo, cercado de camaradas, y con grande ostentacion. Hice mil cortesias, dime un centenar de tapabocas, poniendome la planta de las manos en los labios, como verlos de amantes secretos: echéme à sus pies, y que quiso, que no quiso, le di un par de pazes de Judas, dexandole los zapatos limpios de polvo, y lodo. Hízome levantar, y preguntóme, qué quanto daria por mi rançon? Referile muy triste, que su Excelencia me mandára dar de beber, para echar aquel susto abaxo, y que despues tratariamos de cosas de gusto, y no de pesadumbre. Mandó que se me diera al instante, y un page, por lisongearme, no conociendo mi calidad, y buen despacho, me traxo la bebida en una taza tan cristalina, como penada. Yo le dixe: Señor mio, esso es añadir penas à penas: salir yo de las penas de la prision, y darme à beber en taza penada, es querer dar conmigo en la sepoltura: vuessa merced me trayga una taza de descanso, y serémos buenos amigos. Dixome, que no avia taza tan grande, como à él le parecia que yo avia menester; à lo qual respondí: Traygaseme un caldero de hacer colada, que quando no venga lleno, suelo tiene. El Duque, dissimulando la risa, le mandó me traxesse una fuente que te-

tenia de vidrio, y un frasco grande de vino, y me lo fuessen echando, hasta tanto que aplacasse la sed. Hizolo assi el page, y yo hocicando en un arteson que tenia, adonde se despeñaban media docena de caños del artificio, à pocas tiradas dexé la fuente agotada, y agotado el frasco. Dixome el Duque: Con esta pictima aliento tendrá ahora para tratar de su rançon. Respondile: Excelentissimo Señor, dignare in fora quanto volite: yo no tengo plaza de Soldado, ni calle de Vivandero, porque soy Caballero aventurero, teniendo mas de Galaor, que de Espladian. Mi nombre es Estevanillo Gonçalez, entre los Españoles: Monsieur de la Alegreza, entre la Nacion Francesa: Mi oficio es el del buscon, y mi arte el de la bufa, por cuyas preheminencias, y prerogativas soy libre, como novillo de Concejo. Si cada Soldado de los que se hallaron à hacerme prisionero, quiere una gracia por lo que le puede tocar, y vuessa Excelencia quatro gestos por lo que le pertenece, juntense todos, que luego de contante serán satisfechos, y pagados, y donde no, su daño hacen, y mi provecho; porque aviendo descubierto quien soy, no me puede faltar de derecho esta casa, por ser la mas principal, y en pocos dias que entre en ella, se encarecerá el vino, y en pocos meses se morirán todos de sed. Holgòse

el Duque de oirme : rieronse sus camaradas, y mandóme dar un plato de la mesa. Me brindaron tan amenudo, que à no ser tan buen piloto les pudiera decir : A espacio penas, à espacio. Alçaron la tabla, y llamandome el Duque, me dixo, que por postre de mesa, me daba libertad, y por principio de conociencia dos doblas para hacer venta en el camino. Agradecile la merced, y recibiendo las dos doblas, me despedi del, y sus camaradas, suplicandole encarecidamente, que por ninguna rançon diera libertad à mi rocin, por los mochazos que recibi por su causa. Y saliendome de la Villa, tomé el camino de Namur, adonde llegué con harto temor, por irme recelando en todo el viage dar en las leyes de partida, ya que en la passada renuncié las de la entrega, prueba, y paga. Fui à visitar à Bernabé Vizconte, Capitan de Caballos, y contandole mi prision, y la causa de mi libertad, y dandome en poco rato à conocer, le agradaron tanto mis burlerías, que despues de averme reparado la esterilidad del camino, y añadir otra dobla à las dos que yo trahia, me metió en su coche, adonde encochinados los dos, me llevò à ver el Conde Otavio Picolómini, General de la Armada Imperial, que en aquella sazon estaba en aquella Villa : el qual, aviendose informado del Capitan, las partes, y meritos

que

que en mi concurrian, se holgò de tener vn rato con quien poderse entretener, que no siempre estuvo Cesar venciendo batallas, ni Pompeyo conquistando Reynos, ni Belisario sujetando Provincias, que hay tiempos de pelear, y tiempos de divertirse. Y por ser hora de cortar capas, y de echar bendiciones, le pusieron la mesa perteneciente à tal señor, y necessaria à tan gran Soldado. Mandóme dar silla, de la suerte que anda el Mundo, y honróme con que fuera su convidado. Púsome un criado la silla al trebés, cosa que hasta entonces ignoré; y al tiempo que la quise volver, me dixo, que no tratasse de ello, porque él me daba aquello que me pertenecia. Y como no iba yo à tratar de vanidades de asientos, sino de henchir la talega, corri mas de treinta postas, camino de brindis, con estar mal ensillado. Dió fin lo que empezó en comida, y acabó en banquete, y usando los camaradas diez de comida hecha, compañia deshecha, quedamos solos yo, y su Excelencia, y el Capitan que me avia conducido à que sacasse la tripa de mal año. Desafiaronme à jugar à la primera, y sacando en lugar de tantos cada uno un puñado de doblas, las hicieron de resto; y yo, valiendome de la libertad de el nuevo oficio, lo hice de sopapos. Contaronme tantos, y empezamos à jugar un sopapo de vale, treinta de resto, y

de

de precio cada dobla de treinta tantos. Hallé, que en ley de Christiano, no podia jugar aquel juego, por ser como escritura prohibida el ir yo à la ganancia, y ellos à la pérdida; pues si me decia bien, ganaba doblas; y si perdia, perdia sopapos, que en tiempo de necesidad, recibiria veinte al maravedi; y si los dos me ganaban, quedaban dolientes de dedos, y lastimados de bolsas: pero sin reparar en escrupulos de cargos de conciencia, por ser cosa que no se usa, jugué sin miedo, como quien tenia resto abierto, y bastantes carrillos para pagar qualquier cantidad. Gané à su Excelencia seis doblas, que por usar siempre de su conocida generosidad, presumo, que se dexò perder. Ganóme el Capitan treinta tantos, y dióselos de barato à los pages, los quales me hicieron hinchar como hombre humilde, que se vé en altura, y ponerme cariampollado, y de figura de Bóreas, y dexandome hechos los carrillos salseretas de color granadino, ellos quedaron alegres, y yo satisfecho. Preguntéle al criado, que me puso la silla, qué si avia passado hora por ella, ò por què razon me la ponia à mi diferente que à los demàs que avian comido con su Excelencia? Respondióme: A los que convida mi amo, y son Gentiles-hombres, se les da la silla à la haz; pero à los que ellos se convidan, ò son Gentiles-hombres de la bufa, se les da al rebés.

Yo

Yo le reſpondí: Si ſiempre me ha de regalar ſu Excelencia, como ha hecho oy, mas que me ponga vueſſa merced alparda; y conſiderando que ya paſſaba plaza de Caballero alegre, y maeſtra de Gentil-hombre entretenido, dixe entre mi: Mi guſto es mi honra, y ande yo caliente, y riaſe la gente, pues poco importa que mi Padre ſe llame hogaza, ſi yo me muero de hambre. Fueſſe aquella tarde ſu Excelencia corriendo la poſta à la Corte de Bruſelas, mar donde acuden todos los rios del poder, y valor, y Patria comun de todos los Eſtrangeros. Quedéme helado quando ſupe ſu partida, por averme dexado, aviendo ſido ſu camarada de meſa, y de puro ſentimiento eſtuve à pique de renunciar el tal oficio, y de bolverme a mis platos, y eſcudillas. Fuime à dar cuenta de ello al Marqués Matey, que eſtaba en aquella Villa por Coronél de Infanteria Alemana, el qual me animó à que proſiguieſſe adelante con mis caravanas, y que no temieſſe el año del noviciado; y porque echó de ver que ſentia el averſe auſentado ſu Excelencia, me dió dineros para que le ſiguieſſe por la poſta. Puſeme en camino, dando à entender à los poſtillones (porque veia que ſe reian de mi, viendome tan pobre de veſtido) que era un Caballero Mayorazgo, que me avia eſcapado de la priſion de Maſtrique. Entré en Bruſelas deſempedrando

do calles, pareciendo yo postillon desvalijado; y el postillon correo sin asistencia: y despues de averme apeado, y curadome como penitente de sangre, mis desolladas asentaderas, me fui en busca del Palacio de su Excelencia, pues sin duda pronosticaba el bien, y merced que me avia de hacer, y el que de presente me hace: pues con tanto extremo me avia inclinado à su servicio, y con tal agonia le venia buscando. Preguntéle à un Cortesano, que si conocia al Conde Octavio Picolómini de Aragon? Y si sabia à qué parte estaba su Palacio? El qual respondiò: Muy poco debe vuessa merced de saber quien es esse señor, pues me pregunta à mi si lo conozco, no aviendo oy en todo el Orbe persona mas conocida por su valor, por su fama, y por su ilustre nacimiento: pues despues de aver sido honor, y gloria de Italia, y Alcides del sacro Imperio: ha sido el Mesias de estos Estados, pues siempre que nos hemos visto oprimidos, y molestados de Exercitos enemigos, y avemos implorado su santo advenimiento, nos ha sacado de el caos de afliccion, en que nos hallabamos: pues en virtud de los socorros que nos ha conducido el govierno que ha tenido, y la lealtad que ha mostrado, oy se hallan los victoriosos, y enemigos campos vencidos, y nuestros derrotados Exercitos vencedores: pues despues de aver sido con el suyo causa principal,

pal, de que dexaſſen Lobayna libre, y los Eſtados pacificos, y triumphantes, ha ſido el primer motivo, y cauſa de aver ganado la Capela, rendido à Xateleto, y conquiſtado à Corbi; aviendo convertido los criſtales del caudaloſo Soma, en mar de ſangre enemiga, y ſus plateadas margenes, en promontorios de togoſas pyras, y en lilibeos de funeſtos deſpojos; pero quien podia dar a la Caſa de Auſtria tantas victorias, a Flandes tantos laureles, y añadir tantos timbres a ſus armas, ſino un ſeñor de tan grandioſa calidad, y tan antigua Caſa, originada de los Excelentiſsimos Duques de Amalfi; de cuyo eſclarecido tronco han florecido Sumos Pontifices, Titulos, y Señores que han dado aſſumpto con ſu valor, y grandeza a las Hiſtorias, y han inmortalizado ſus famas, adornando el un quartel de ſu Eſcudo las barras de Aragon, por decendiente de ſu Caſa Real, tan venerada en el Orbe, por ſus poderoſos Reyes, por ſus invencibles conquiſtas, y por ſus aplaudidas victorias. Tenia talle mi entendido Corteſano de no ceſſar en un año, y pienſo que tenia baſtante materia para ello, à no llamarlo unos amigos ſuyos, por lo qual le fue fuerça quebrar el hilo de tan verdadera relacion, y diſcurſo tan notorio. Deſpidióſe de mi, y dandome noticia de la calle donde vivia ſu Excelencia, ſe fue por una parte, y yo me eſcurri por otra.

Que-

Quedé alegre por la buena informacion; y triste, advirtiendo, que un señor de tantas partes, y de tan conocida nobleza, no se dignaria de recibir en su servicio un pobre hongo, producido del polvo de la tierra: y mas viendome en trage tan destrahido, y en habito tan roto; porque el dia de oy no tratan à cada uno mas de conforme se trata. Pero considerando, que el Rey Don Fernando de Aragon fue el Principe mas amigo de bufones, que han conocido nuestras edades, y que su Excelencia, por descendiente de aquella Real Casa, y por gozar de las bendiciones de aquel adagio, que dize: Bien aya quien à los suyos se parece, me admitiria, por consiarle, que semejantes Casas, jamas estan escasas de Leones atados, y de bufones sueltos, y que fue una borracha la gentilidad, en tener por deydades, y dar adoracion a la Poesia, Musica, y olor, y no darsela a la bufoneria, siendo arte liberal, de que tanto han gustado, Emperadores, Reyes, y Monarchas; y que solamente es aborrecida de pelones, y miserables, y que tratando los Romanos de desterrar todos los bufones, por ser gente bagabunda, è inútiles a la Repulica, no pudieron conseguir su intento, por alegar todo el Senado, y los varones sabios, y doctos, ser provechosos, para decir à sus Emperadores libremente los defectos que tenian

nian, y las quexas, y ſentimientos de ſus vaſſallos, y para divertirlos en ſus melancolías, y triſtezas. Animandome eſtas conſideraciones, alargué el paſſo, y reſucité la eſperança. Llegué al Palacio de eſte nuevo Marte, y valiendome de las excepciones, y privilegios de mi profeſsion, ſin licencia de porteros, ni recados de pages, me entré haſta ſu miſma ſala, adonde me recibió con roſtro alegre, y con ſu acoſtumbrada afabilidad, mandó que me refreſcaſſen, para que apagaſſe el calor de el camino, y que de alli adelante me aſsiſtieſſen con todo lo neceſſario, y me trataſſen como à criado ſuyo. Agradecile el favor, y honra que me hacia, y pompoſo de aver ſalido con mi pretenſion, ſenté el real, y tomé pacífica poſſeſsion del provechoſo oficio. Mandòme hacer un veſtido de ſu librea, para que me ſirvieſſe de eſtimacion con los ſeñores, y de ſalvaguardia con los pages, y lacayos: y aunque lo ſenti por ſaber, que aunque ſu nombre empieza en libertad, es veſtido de eſclavitud, y municion de galeótes, pues al menor tris hay un ropafuera, me fue fuerça el encaxarmelo, por no contradecirle en ſu guſto, y por remediar mi deſnudez. En eſte tiempo hizo mi amo un viage à Alemania, à reforçar el Exercito Imperial, que eſtaba à ſu cargo en defenſa, y cuſtodia de eſtos Eſtados. Partió de eſta Corte en caballos ordinarios,

rios, siendo yo uno de los primeros que le iban sirviendo de Norre, y no de los postreros, en llegarme à comer en su mesa, en silla baxa, à uso de Corte. Tomaba, por solo tomar, quanto me daban sus camaradas, y los Titulos, y Señores de las Villas, y Ciudades, por donde ibamos passando: yo, por no dar, aun no daba à ningun criado los buenos dias. Llegamos a Viena, adonde sin limpiarme las botas de las salpicaduras del camino, fui à besar la mano à la Cesarea Magestad de la Emperatriz Maria, la qual, con ser yo pequeño, y no usarse en Alemania chapines, me hizo Grande del Sacro Imperio: mandóme cubrir como à Potentado. Yo, viendome favorecido, y en visperas de Privado, me endiosé con tanta gravedad, y vanagloria, que en lo hinchado, y puesto en assas, parecia botija de serenar. Llegó un page por detrás de mi, y viendome tan ciperado, y relleno, metió por debaxo del embés de la barriga un puntiagudo aguijón, que podia servir de lengua à una torneada garrocha, y dar muerte con ella al mas valiente novillo de Xarama. Disimulé el dolor, aunque era insufrible, por no perder un punto de mi engollamiento; y al cabo de un rato me sali de la sala, por no poderlo sufrir; y encontrando al Mayordomo Mayor, le dixe: Señor, como se permite que se atrevan los pages à los Principes estrangeros, y de tanta calidad, que

se

se cubren delante de sus Magestades Cesareas: el qual, dexandome con la palabra en la boca, y volviendome las espaldas, me respondió: Esos son los postres de los bufones; cuyas palabras me dexaron tan mortificado, y sin espiritu, que en muchos dias no me atrevi à volver al Palacio. Mi amo (que assi me he atrevido à llamarlo, pues comia su pan, y vestia su librea, y siempre lo ha sido, lo es, y lo será) con la mayor brevedad que pudo hizo su Exercito, y dandole orden de marchar la vuelta de Flandes, fue prosiguiendo su viage: Y yo, por no volverme de vacio, me fui a despedir de la Magestad Cesarea de la Emperatriz, la qual me mandó dar una taza grande de plata, y cien escudos de oro. Al punto que los recibi, tomé la posta, y corri en ella hasta Praga, cabeza del Reyno de Bohemia; fui à visitar à Don Baltasar de Marradas, que era Virrey de aquel Reyno: hallélo en la mesa, y celebrando mi buena venida, me dió de comer, y beber, aun mucho mas de lo que me bastaba. Sali à una sala de su antecámara, adonde estaba la tabla de la repostería, en la qual hallé una gran porcelana llena de crema con mucha azucar, y a su lado un plato cubierto de bizcochos. Hizome cosquillas lo dulce, y atreviendome à embestirle, fiado en mis preheminencias, mojé un bizcocho en aquel piélago de ampos, y trasladandolo con sutileza de

manos à boca, me sirvió de impedimento un criado del repostero, que juzgandolo à atrevimiento, ò ignorando mi dignidad, me sacó aquel dulce maná de entre los labios, lastimandome todo el trontispicio de marfil. Yo, sintiendo el dolor, y no reparando en galas, le encaxé la porcelana en la cabeza, dexandosela tan ajustada, que parecia montera redonda de sayal blanco, ò coña de aldeana curiosa. Empezaronle à baxar tantas, y tan espesas corrientes, que sirviendole al rostro de albayalde, le aprovechó de enxalvegar el vestido. Tomó un cuchillo que hallo à mano, y se vino como rayo para mi: Yo, que sabia quan irremediable es una giferada picaresca, volvile las espaldas, y medio rodando unas escaleras abaxo, llegué à la cocina, y por ver que me venia siguiendo, puesta la mano en su zelada (por temor de no quebrarla) tomé un assador con la mano derecha, y una tapa de hierro de una grande olla en la izquierda, y me planté de firme à firme con mi mosca en leche: dió chillidos una fregona, à los quales acudió el Mayordomo, y hallandonos à los dos en postura tan ridicula, se puso enmedio, y sin dar lugar al criado à que se quitasse el nevado tocador, nos llevó à la mesa de su amo, con todas nuestras armas, y pertrechos. Rióse mucho el Virrey del suceso, y de ver la blancura de mi competidor: y desde

pues

pues de mandar hacernos amigos, me dió una veintena de eſcudos, la qual recibi con mucha voluntad, y con muchiſsima me fali de ſu Palacio receloſo del encremado Alemán. Marchamos à Vvormes, Ciudad de las principales del Palatinado, y vecina del ameno, y caudaloſo Rhin, adonde eſtaba hecho alto el Exercito Imperial, aguardando ſegunda orden para paſſar à Flandes. Venia mi amo tan à la ligera, que no trahia conſigo ningun bagage: por lo qual fue fuerça, que los pocos criados que le veniamos acompañando, le ſirvieſſemos en lo tocante à ſu comida, y regalo, y en otros oficios de la eſcalera arriba, ſupliendo la falta de los que venian atrás en guarda de ſu recámara. Encargaronme, por ver mi brio, y deſpejo, la deſpenſa de la comida, la cantina del vino, y el pozo de la nieve, que fue lo miſmo, que meter una zorra en una viña cercada, en tiempo de vendimia, ò hacer à un lobo paſtor de ovejas. Dieronme criados pertenecientes a tal amo, para que entretenidos cerca de mi perſona, obſervaſſen mis ordenes. Eſtimabanme todos los Coroneles, y Capitanes del Exercito, como à nevero en Verano, y peſcador en Quareſma. Regalabanme como quien podia, y mandaba, como quien tenia à quien: hacia mis ſacas de vino, y mis bendejas de nieve; y con la calidad del uno, y la frialdad del otro, gozaba mi bolſa de un templado tem-

peramento. Avianme dado por quartél, para que me aprovechaſſe de alguna coſa, la caſa de un Judio Rabi, de Nacion Italiano, el qual, por decir que era mi payſano, y que me conoció à mi, y à mi Padre en la Ciudad de Roma, alargaba la contribucion, y me hacia eſperar, ſin ſer de ſu ley; pero viendo que no me aprovechaba el llevarlo por bien, ni por mal, me di por deſentendido, y confirmando de nuevo la amiſtad de la conociencia antigua, lo traxe una tarde à mi deſpenſa à que merendaſſe en ella; y aviendo puesto la meſa con variedad de regalos, y eſcaſeza de tocino, hicele entrar en el pozo de la nieve, en achaque de ſacar dos fraſcos, que eſtaban pueſtos à enfriar, el uno de vino, y el otro de agua de limones; y al tiempo que lo vi en lo hondo, buſcando la parte adonde eſtaban, tiré de la eſcalera, y la ſubi arriba, dexandolo empozado como a otro Joſeph; y volviendome à aſſomar à la puerta del pozo, le dixe: Perro Judio, primero te has de volver carámbano, que ſalgas à ver la luz del Cielo, haſta que me pagues todo el tiempo de mi alojamiento, conforme à los demás Oficiales de el Exercito, y con el tres doble à mi, por uſar de preſente tres oficios en ſervicio de el General, y todos ellos de à dos bocas. Empezó à gritar, y à llorarme pobrezas: y diciendole, que poco importaban ſus vozes, porque no podian

ſer

ser oídas, le cerré la puerta, y lo dexé empozado en parte donde no se abochornaria. Otro dia, por ser forçoso el sacar nieve para el servicio de mi amo, volví abrir, y lo hallé tiritando de frio, y casi helado. Volvíle à protestar ser la culpa suya, desahuciandolo de la salida, hasta que yo estuviesse satisfecho. Redujóse con esto a darme unas señas, para que su muger me diesse todo aquello en que quedamos de concierto. En efecto cobré mi boleta, y despues saqué al pobre Rabí, tan hambriento, y helado, que en mas de quatro horas que lo tuve al rincon del fuego, dandole caidas, y regalandolo, no le pude volver à su primer ser. Otro dia de mañana marchamos la vuelta de el País de Henao, y al cabo de algunos dias llegamos à hacer plaza de armas cerca de las murallas de Mons, donde el Conde de Boquoy, Gobernador de aquel País, y Señor de los Calificados de Flandes, salió à recibir a mi amo, y llevandolo à su Palacio, acudiendo al ser quien es, y à su conocida liberalidad, y largueza, le hospedó, y banqueteó, excediendo sus costosos regalos à los de la boda del Rey Baltasar, y los néctares de sus odoríferos liquores, a la bebida que diò la célebre Cleopatra al invencible Marco Antonio. Fueron estos banquetes para mi unos juicios finales, porque privandome de lo poco que yo tenia, daban cada instante

con mi edificio en tierra. Di en visitar los vivanderos del Exercito muy amenudo, y en querlos meter en contribucion, estando en País libre, por lo qual, y por excesivos gastos que les hacìa, y no pagaba, tenia cada instante con ellos mil peleonas, y les echaba cada dia mil roncas; pero al cabo me venian à derribar, y vencer con dos docenas de estocadas vinosas, respetandome por criado de quien era. Sucediòme un dia un cuento harto donoso, y fue, que saliendo de comer de la Villa, tan por extremo cargada la cabeza, que los niños me parecian hombres, y los hombres gigantes, lo blanco azul, y lo verde leonado; llegué dando traspies à una grafería, que estaba toda cubierta, y adornada de manojos, y hileras de velas de sebo, y pareciendome los manojos, que lo eran de rábanos, le pregunté al dueño, que por qué causa les avia quitado las hojas. El qual, por no entenderme, y conocer de la suerte que iba, dexò de responderme, y se puso muy de espacio à reir. Yo, que imagino, que la preñez de mi borrachera, le avia dado antojo de comer rábanos; alargué la mano à una de las hileras, que estaba pendiente de un palo largo, y agarrando dos velas, y tirando con fuerça, para darme un verde de lo que apetecia, di con todo el argadijo en tierra. Viendo el amo toda su mercancía hecha pedazos,

an-

ântes de dexarmela probar, tomó el palo, y descargólo sobre mi, con tal furia, que si el vino me avia hecho ver Estrellas à medio dia, él me hizo ver Luceros à las dos de la tarde. Sentia, aunque borracho, de tal suerte el dolor, y agravio, que metiendo mano a la espada, cerré con él, como con tropa de enemigos. Viendome tan fuera de mi, y que sin miedo ninguno me iba acercando à él, sin bastarle la defensa del palo, se metió en un aposento cercano à la tienda, y cerró tras si la puerta. Yo, viendo, que por mas estocadas que daba à la puerta, no se me quitaba el escozor de la chimenea, y de las costillas, cerré con la procesion de la candelaria, y tirando tajos, y rebeses, desgajando, y desmenuzando esquadrones de sebo, y pábilos, rendi à mis pies el número de mil velas, ò rábanos, dexando la tienda hecha una ruina de grossura. A este tiempo acertó à passar por cerca de mi palestra, una tropa de Soldados de los nuestros; y viendome jugar de montante, y tan encendido en còlera, à persuasion de unos vecinos, me sacaron à la calle, diciendo à grandes voces: Palos à mi por un par de rábanos, valiendo aliarte el manojo? Llevaronme medio en peso, adonde dormi la pendencia, dexando al pobre Burgés sin dormir de puro desvelado. Fue la queja à mi amo, con otras muchas que dieron los vivanderos, de que yo les estafaba, y destruía:

por lo qual, indignado contra mi, y porque viessen la igualdad de su justicia, me mandó prender, y echar una grande, y pesada cadena, y que me pusiessen à buen recado. Los executores infernales, no siendo lerdos, ni perezosos à su mandato (por dar muestras de ministros puntuales) me amarraron à un duro banco, y no de galera Turquesca. Alli purgué la batalla de los rábanos, alli pené los pecados cometidos contra los proximos vivanderos: ayuné sin ser Temporas, ni Vigilias, y hice dieta sin averme metido en cura. Enternecida de este rigor la señora Condesa de Buquoy, sorda à las quejas de tantos demandantes, le pidió à mi amo, que trocasse el peso de su justicia en la balança de su misericordia: el qual, viendo la Deidad que me amparaba, y el Angel que me defendia, mandó, que me desenlabonassen, y que me diessen cumplida libertad. Salí de aquel penitente yermo, con propósito de no disgustar mas à mi amo, ni obligarle à que me volviesse à poner en semejante apretura, dexando de alli adelante de visitar los conocidos vivanderos, que fue el mayor castigo que se me pudiera dar. Passé aquella campaña tan quieto, y sossegado, que mas parecia pretendiente de Ermitaño, que hombre de buréo. Llegó el tiempo de retirarnos, y por gozar de mis anchuras, y no andar compungido, y recatado, me fui à desenfadar

al

al bosque de Bodu, tres leguas de Mons, à acompañar al Principe Thomás, que andaba en seguimiento de un ciervo. Estuve alli muchos dias, hecho devanaderas de su distrito, y sabuesso de su espesura. Cansado de buscar en campaña, lo que abunda en poblado, le persuadi à su Alteza, que dexasse aquel enfadoso exercicio, y que le bastasse por escarmiento, aver andado tantos ratos tras de un animal cornucopia, sin poderle dar un alcance: porque si aquel molimiento, y cansancio era divertimiento de Principes, como su Alteza, no era vida de Caballeros, alegres como yo; porque mas queria irme à ser raposa de una pequeña despensa, que quedarme à ser lobo de un dilatado bosque. Respondióme, que me guardaria bien de dexarlo, porque lo pagaria con las setenas. Este mandato me acrecentò el deseo de apartarme de ser seguidor de perros, y saltador de matas: y poniendome en el camino de Mons, sin reparar en la nueva orden, me fui à visitar mis antiguas parrochias, y à verme libre de todo dominio. Estuveme holgando en ellas, hasta que supe que su Alteza avia conseguido el fin de su caza, por aver muerto un disforme, y temerario ciervo: por cuya razon le volvi à buscar, para irle acompañando hasta la Corte de Bruselas, adonde estaba mi amo. Preguntóme, qué como me avia ido sin su licencia, y no

obe-

obedecido lo que me avia mandado? Reſpondíle, que me avia perdido en el boſque, como el Marqués de Mantua, y por no encontrar con algun Infante Valdovinos, me avia retirado à deſcanſar del trabajo paſſado. Parecióle muy frívola diſculpa, y deſcubriendo mi flor, y oyendo que todos los Caballeros, y Señores que le acompañaban, le pedian à voces mi merecido caſtigo, ſe apartó à una parte con ellos, à conſultar la gravedad del delito, y à pronunciar la ſentencia, que ſe me avia de dar. Yo eſtaba con roſtro de reo, y con temblores de atercianado, dando al diablo oficio con tantas zozobras, y vida con tantos ſobreſaltos. Salió de la Junta, y Sala del Crimen, que en pena de mi deſobediencia, ſe me puſieſſe un peto fuerte, y un eſpaldar reforçado, y que me clavaſſen en la delantera del peto, como lanças en riſtre los cuernos del difunto ciervo, arbolados en forma piramidal, para que me ſirvieſſe de toldo, ó pavellon, y en cada gancho de la dilatada cornamenta, un caſcabél de marca mayor; y que del pellejo ſe me hiciera una capellina de armas, que cubriendo la cabeza, ſirvieſſe de loriga à lo reſtante de las partes deſarmadas. Notificaronme el fallo, y como ſi fuera paſſado por viſta, y reviſta, no ſe me concedió apelacion: y haciendo venir de la Villa un armador de raſtrillos de dedos, y un ſaſtre de coſer

pie-

pieles, me armaron de punta en blanco, y me viſtieron de animal ſelvático. Subieronme à caballo, y me mandaron que corrieſſe la poſta, haſta entrar en Bruſelas, y dar una vuelta por todas ſus calles, y paſſeos, y deſpues entrar en ſu Palacio Real. Sali del boſque con inſignias de marido conſintiente, ſin que me faltaſſe para el vergonçoſo geroglifico, ſino ſolo un pregonero, y una riſtra de ajos: y como por calles acoſtumbradas ſeguí el camino Real, aſſombrando paſſageros, y alborotando perros (porque penſando que fueſſe ſegundo Anteon, me ſeguian, y perſeguian) entré en Bruſelas, donde al ſon de mis caſcabeles, y al eſtruendo de las herraduras de mi tocinante, ſe deſpoblaban las caſas, y ſe colmaban las calles. Abſortabanſe de ver la diabolica armadura, y ridiculo traje; y dandome mas ſilvos que à un encierro de toros, me regalaban de quando en quando con algunos mançanazos. Llegué al Real Palacio, y al punto que puſe pie en tierra, tuve orden de ſu Alteza Sereniſsima el Infante Cardenal, que ſubieſſe à verlo. Entré en la ſala con muchiſsimo trabajo, por el altura de mis ganchoſos alcornoques, y por el anchura eſpacioſa de mis aſpas de cornicabra: adonde mirando ſu Alteza mi eſpectáculo horrible, y eſpantoſo, eſtuvo tentado de dar un buen rato à ſus lebreles; pero venciendo ſu piedad à ſu deſeo, mandó

dó, que me regalaſſen, y que no ſe me hicieſſe ofenſa ninguna. Yo eſtaba tan avergonçando de verme Gentil-hombre de Zervera, y de traher haſtas arboladas, ſin ſer Corneta, que eſtuve mil veces tentado en el dicho camino, Villas, y Villages, y en la entrada de Bruſelas, de apearme, y vengarme à puras cornadas, por el eſcarnio, y burla que de mi hicieron. Dexélo de hacer, porque no me desjarretaſſen, ò me echaſſen alanos à la oreja. Deſpues de aver refreſcado, y tomado algun aliento, volví à ſubir à caballo, y me fui derecho à caſa de mi amo, llevando de retaguardia un grande exercito de muchachos, y una grande algazara de gritos, y vozes. Entré en ſu quarto, y admirandoſe de que ſiendo yo ſoltero, uſurpaſſe armas agenas, anticipandome para lo venidero, ſe holgó infinito de lo ſucedido, por aver dexàdo de ſer Corteſano, por andar al reclamo de ciervos, y venados: y por parecerle mi trage tan extravagante, y ridiculo, que no ſiendo de Sátiro, ni Fauno, era traſumpto de el miſmo Barrabás. Mandó llamar à un pintor, al qual le hizo que me retrataſſe al vivo: con cuyo favor, por hallarme merecedor de pinceles, prometiendome de que à otra caza, ſe me levantarian eſtatuas; olvidé las afrentas paſſadas, y traté (quitandome aquel endemoniado trage) de gozar de las

las presentes. En esta ocasion convidaron à mi amo à un Bautismo, dos leguas de Rupelmunda, en un Castillo llamado Basel, y dexando de acompañarle, me quedé en Bruselas en cierto divertimiento, y al segundo dia tomé la posta, codicioso de gozar de la colacion, y percances extraordinarios. Hallé à mi amo tan airado contra mi, que en castigo de mi tardança, mandó que me diessen de beber otro tanto vino, como se avia gastado en la colacion, y banquete de la noche passada, y que me apremiassen à que diesse fin de ello. No apelè de esta nueva, y nunca oida sentencia, antes supliqué por la brevedad de la execucion, atento a la sequedad del camino, aunque hallaba imposible el cumplimiento, sin echar ensanchas à mi pellejo, quitandole todas las botanas: mas el gran Bailliu, que estaba acompañando à mi amo, por librarme de este tormento, que para mi venia à ser regalo, le dixo: Excelentissimo Señor, yo estoy informado, que Estevanillo es inquieto, y que anda desassossegado: y para que pierda los brios, ande pacifico, y acuda sin hacer faltas al servicio, me parece que será provechoso remedio el capalo, para lo qual hay en esta Villa un valiente maestro, que con mucha brevedad, y poco dolor, lo dexará como caballo del País, manso, y nada cocsador. Respondiòle mi amo, que le parecia

muy

muy bueno el consejo, y que era muy importante para mi persona, porque podria ser guarda Damas en casa de un Principe, Musico en una Capilla Real, ò privado de un Soltán. Yo me reia de todo este discurso, y llevaba en chança los puestos, y oficios que me adjudicaban; pero advirtiendo, que llegaron à mi media docena de motqueteros, y me llevaron preso, y entregaron à la guardia, quedé tan mortal, que à no cerrar los dientes, se me saliera el alma por la boca: y viendo que mi amo se volvio à Brusselas, y me dexó triste, y desamparado en poder de la gura, me acabé de desmayar, juzgandome vecino de Capadocia. Vino à visitarme el gran Bailliu, dixome, que no tenia otro remedio mi prision, sino armarme de animo, y de paciencia, y apercibirme para ir al castillo de Rupelmunda; yo le supliqué, hincado de rodillas, y hechos mis ojos dos fuentes de lágrymas, que tuviesse lastima de mi juventud, y que no me privasse de las prendas mas necessarias à ella, que en llegando la vejéz, entonces podria executar en mi tan riguroso tallo; demás de que desde ahora en adelante, yo le hacia donacion, y renunciacion de mi libre, y espontanea voluntad, sin premio, ni fuerça, ni inducimiento alguno: porque no era justo ir contra lo que Dios mandó à nuestros primeros Padres, en materia de la multiplicacion; y que era ir contra las le-

leyes de naturaleza, haciendo de una gallina un capon. Volvió las eſpaldas (quizá porque no le viera reir) y ſubió à caballo, y con una Compañia que avia trahido de aquel caſtillo, à eſtar de guardia à mi amo, me llevó à Rupelmunda, como a priſionero de importancia, y me dexó muy bien cerrado, y en parte ſegura de toda fuga, diciendome por deſpedida, que otro dia vendria el ſaſtre de cortar bolſas, y me aligeraria de peſo, y cumpliria lo que mi amo dexaba ordenado. No sé como encarecer de la ſuerte que quedé, pues fue tal, que cubriendoſe el roſtro de un ſudor frio, y el cuerpo de un mortal deſmayo, pienſo que lucharon la vida, y la muerte por eſpacio de dos horas, teniendome privado de ſentidos, y enagenado de potencias; mas volviendo en mi al cabo de la lucha; y viendo la deſdicha que avia venido à la caſa de los Muñatones, pues quedaba con Mayorazgo, que no le podia dar ſuceſſor, y acordandome de lo poco que avia ganado en el moderno oficio, y lo mucho que perdia en averlo uſado, volvi à renovar el llanto, y con el miſmo ſentimiento con que ſe deſpide el cuerpo del alma, me empecé à deſpedir de la carne de mis carnes, y no hueſſos de mis hueſſos, diciendo: Ay dulces prendas, por mi mal perdidas, nacidas, y procreadas con eſte deſdichado cuerpo, compañeras en todas

mis

mis aflicciones causa, y origen de mi mal logrado bozo: sabe el Cielo lo que siento el dexaros, y la falta tan grande que me hareis en esta larga ausencia. Con este triste sentimiento passé toda la noche, sollozando tan violenta despedida, y esperando por horas al maestro del chiste, ò sastre de coser alforjas. Venida la mañana, me assomé a una rexa del castillo, à divertirme un poco, mirando la Villa, y su apacible, y deleytosa campaña: al cabo de un grande espacio, vi passar pegado a los muros de mi prision un gran concurso de Señores, Capitanes, y gente particular, y en retaguardia de todos, su Alteza Serenissima el Principe Cardenal, y el Principe Thomás su primo, Gobernador de las armas; con cuya presencia se me volvió el alma al cuerpo, la sangre à las venas, y el aliento al corazon, y dando voces como loco desde la ventana de el omenage, le dixe a su Alteza Real, que tuviesse piedad, y compaision de mi, y que pudiesse mas su misericordia, que no la justicia de mi amo: respondióme con aquel semblante afable, y vista halagueña, que siempre tuvo que se veria mi justicia, y se daria traslado à la parte, y que no se me haria agravio ninguno. Pero el Principe Thomás, poniendose el dedo sobre los labios, me amenazó à lo Ginovés: con lo qual se aguó mi alegria, por cuyo efecto tuve una caliente, y una fria, como banquete

Real

Real. Passé todo aquel dia con esperanças, y desesperaciones, con placeres, y pesares, con gustos, y disgustos. Llegó la noche tan obscura, y tenebrosa, que parecia que anunciaba el angustia en que me avia de ver. Entró el carcelero à mi aposento, y por mas seguridad de mi prision, me passò a un lobrego, y fuerte calabozo, adonde hallé otro prisionero, que esperaba aun peor susto del que yo avia de passar. Preguntéle la causa de su prision, y respondióme, que por unas niñerias, que no importaban un puñado de alberjones, lo tenian de aquella suerte: porque no se hallaba contra él otra cosa, mas de que campaba de rapio rapis, y de desporqueronar algunas almas Christianas, y que gustaria de saber, por qué me avian trahido à hacerle compañia. Dixele, que por jugar al capadillo, me tenian en caponera. Respondióme, que me declarasse mas, porque no me entendia. A lo qual le replique: Si à esso vá, ni yo tampoco he podido penetrar lo que vuessa merced me ha dicho. No pudimos proseguir con la conversacion, porque despues de aver oido un gran ruido de llaves, vimos entrar el carcelero con una cara de fuilero perdidoso: el qual, asiendome de los cabezones con una gran furia, como si huviera de heredar mis lamentados despojos, me sacó à una gran sala, funebre theatro de mi desventura, adonde halle un Ci-

rujano con cauterios calientes, estopas frias, y huevos setenados, y un Alguacil colérico, que con mucha priesa le mandaba hiciesse su oficio, executando lo que su Excelencia avia mandado. Asieronme quatro galafates de pan de municion, lagartos desde la cuna, y baxandome las bragas, me montaron sobre un potro, que no era de Còrdoba: ataronme de pies, y manos, y pusieronme una ligadura de un liston en la parte de la division, apartamiento que intentaban hacer tan à mi costa. Tomò el Cirujano la navaja, y empezòla à enarbolar, y acercarse con ella ázia la parte de mi suplicio. Yo, despues de aver dado voces, que pudieran romper las vidrieras celestes, comencé a pedir confesion: à cuyos ecos tristes acudió un Page de su Alteza Serenissima, diciendo en voz alegre: Gracia, gracia; pero yo estaba tan turbado, y muerto, que apenas entendi la venturosa nueva. Quitaronme del pequeño cadahalso, y volviendo algun tanto en mi, al tiempo de cubrir las desnudas colunas, quise ver si en aquel trinquéte avia avido alguna falta; pero hallandome sano, y salvo, y libre de toda malrota, y gavéla, empecé poco à poco à tomar respiracion. Llevaronme delante de su Alteza, el qual me dixo: Què desdicha es esta, Estevanillo? ò qué pecados has cometido para averte puesto en tal aprieto? Yo le respondi:

Se-

Señor, estos son caprichos de señores, y pension de los de mi arte. Dixome un Ayuda de Cámara: Hermano Estevan, el oficio del gracioso tiene del pan, y del palo, de la miel, y de la hiel, y del gusto, y susto, y es menester passar cochura por hermosura. Pedí de beber para echar abaxo toda la melancolia: à pocos lances, y buenos me rebentaban los ojos de alegria, y la barriga de vino, y echaba de la oficta. Volvíme con su Alteza a Bruselas, adonde sin ser Doctor le visitaba por la mañana en la cama, y a medio dia en la mesa. Al cabo de algunos dias volvió mi amo segunda vez al Imperio, yendole yo sirviendo en figura de correo, hasta llegar à la Corte de Viena; la qual hallé llena de máscaras, fiestas, y regocijos, por ser Carnestolendas, y tierra donde se celebra mas que en ninguna parte de la Europa; y yo, por oir decir, donde quiera que fueres, haz como vieres, hice media docena de mascaradas los primeros dias, con ayuda de amigos, y conocidos, tan alegres, y vistosas, que demás de ser celebradas, no perdí nada en la mercancia: y viendome cargado de alabanças, y premios, proteguí en dar gusto à los señores, y regocijo a la Corte. Aviendome hecho una cadena de dientes, y muelas de caballos, que estaban como el camarada que tuve en Norlingue, me vesti de montambaneo, y me tercié el cabestrillo de raygones: puse en la

mano derecha un gatillo de sacar muelas, y en la izquierda una cestilla llena de botecillos de anguentos, y emplastos encerados. Llevé conmigo quatro Judios Italianos, con vestidos provocativos a risa, y con medias mascaras, que cubrian de la nariz arriba, por causa de que no fuessen conocidos de el vulgo, y subiendo en un caballo, me fui por todas las plazas, y cantones de la Corte, haciendo paradas, y dando voces para juntar la gente: y para encarecer mis medicamentos, llegaban los tres Judios, que estaban apartados de mi cada uno por su parte, rompiendo el corrillo, y concurso de la gente, y compraban de los botes, y emplastos, y pagandome por cada uno dos reales, à vista de todo el auditorio, probocaban a muchos ignorantes à que llegassen a lo mismo: llevando en los pequeños botes una poca de harina, desleida con agua, y en los emplastos un poco de cañamazo bañado con sebo, y cera. Llegaba despues el quarto Hebréo, fingiendo tener gran dolor de muelas: trahia las manos puestas en los carrillos, y quexandose muy amenudo, juntabase a las crines de mi rocin, abria una boca de un palmo: mirabale yo de espacio la dentadura, como si él fuera caballo, y yo albeytar, que pretendiesse saber la edad que tenia, y abatiendo el gatillo, y fingiendo sacarle una muela, ponia en él otra que yo llevaba, pedida para

sí

el efecto à un amigo barbero, y dando à entender averſela ſacado ſin dolor, ni ſangre, le hacía que eſcupiera muchas veces, y alçando el brazo con el gatillo enmolado, alababa mi deſtreza, y convidaba à quitarſelos à los pobres de gracia, obligandome à dexar todos los vecinos de aquella Corte, por muy poco precio, ſin ningunos dientes, ni muelas. Dábame el Judío un real, y volviaſe à ſalir del corrincho, encareciendo mi agilidad, y jurando no averle dolido, ni ſacadole ſangre; por lo qual llegaban algunos inocentes a querer hacer la prueba, y remediar ſus dolores, y yo engañandoles con viſitarles las andanas, y hacerles creer no eſtár la muela en eſtado de ſacarla, les aplicaba uno de los emplaſtos, y les quitaba el dinero, y los enviaba muy conſolados. Solemnizabanlo los que ſabian que era burla, y divertianſe los que lo ignoraban, y apenas ſe deshacía un corrillo, quando à poco trecho juntaba otro, y hacía la miſma manifatura, encaxando la propria preſa. Vine à llegar cerca del Palacio imperial, à tiempo, que ſus Mageſtades Ceſareas eſtaban à unas ventanas, juntamente con el Principe Mathias, hermano del Gran Duque de Toſcana, viendo paſſar mucha variedad de maſcarados: y por ver que porian los ojos en los de mi quadrilla, empecé à voccar, y à juntar un numeroſo auditorio; y deſpues de aver

hecho mi papel, como en las demás partes, y hecho su parte los tres Canfinos, llegó el doliente del mal de Santa Polonia, y haciendo muy al vivo su figura, abrió la puerta, que le sirvieron sus dientes de rastrillo, para que no entrasse el tocino, y sus labios de puente levadiza para impedir el passo al vino. Y como estaba assegurado de que jamás le hacia daño ninguno, echò al ayre toda la erramienta de mascar; agarrele con el gatillo una muela, que me pareció la mas abultada de todas las demas, y por hacer reir a sus Magestades à costa de llanto àgeno, tiré con tanta fuerça, que no solo se la saqué, pero muy grande parte de la quixada con ella. Empezó el Judio à dar voces, y sus camaradas à emperrarse contra mi: sus Magestades à reirse, y el Pueblo à regocijarse. Mas por ver que avia algunos en el corro, que se amotinaban contra mi, enternecidos del arroyo de sangre, que salia de la boca del esquixarado dixe en alta voz: Adviertan vuessas mercedes, que el doliente es Judio, y sus camaradas Hebréos, y que he hecho à posta lo que se ha visto, y no por ignorar mi oficio. Con estas razones volvió à renovar el alegria, y à celebrar la accion, y à darles tal felpa à los quatro Zabulones, que à no valerles los pies, llevaran mas que curar, aunque pienso, que no llevaron muy poco.

CAPI.

CAPITULO OCTAVO.

En que declara la vuelta que diò à los Eſtados de Flandes ſirviendo de correo, y lo que le ſucediò en el ſocorro, y batalla que diò ſu amo en Tionvila, y de como fue recibido en el ſervicio de ſu Alteza Sereniſsima el Infante Cardenal, y otra mucha variedad de ſuceſſos.

MI amo, que ſiempre andaba ſolícito, y cuydadoſo en el ſervicio de ſu Mageſtad Catholica, partió de Viena el primer dia de Quareſma, à los Eſtados de Flandes, con un nuevo ſocorro de lucido Exercito: y yo me quedé en Viena, à cobrar los gages de aver alegrado à los Alemanes, y entriſtecido à los Hebreos, y mas los donativos competentes à mi oficio. Diome ſu Mageſtad Ceſarea una cadena de oro, y otra el Archiduque Leopoldo ſu hermano, y otra el Principe Mathias, ſin otras dádivas de Titulos, y Señores. Al tercer dia de mi ocupacion, y recogimiento de preſéas, me envió el Marqués de Caſtañeda (que eſtaba en aquella Corte por Embaxador de Eſpaña) por correo à los Paiſes baxos, con un deſpacho de ſu Mageſtad Catholica, para ſu hermano el Sereniſsimo Infante Cardenal. Quando me vi entronizado en tanta altura, olvidandome de todos mis oficios, y beneficios, como no pudè

decir, de page, vine à Marqués, como Don Alvaro de Luna. Dixe, de bufon, vine à correo, que fue el primer escalon. Hice tan buena diligencia, que ensanché mi fama, y quedé opinado por persona de confiança. Holgóse mucho su Alteza, quando me vió tan abançado, y supo con la brevedad, y cuidado, que avia trahido el despacho, por lo qual toda aquella campaña exercité el nuevo oficio de andar al trote. Volviendo otras dos veces à Alemania, à Lorena, à Lucemburque, à las Fronteras de Francia, y al Exercito que trahia mi amo para socorrer à Tionvila, llevando despachos, zangoloteando postillones, y desorejando postas. Quiso mi ventura, que me hallé con mi amo al tiempo, que hecho otro segundo Dios de las batallas, la venia à dar al Exercito de Francia, que nos tenia sitiada, y oprimida la dicha Villa. Supliquéle, en albricias de la victoria, pues yo la tenia por cierta, por ir el Hercules de Florencia à socorrer la combatida Troya, que en acabando de despachar à la otra vida al Exercito contrario, me enviasse à llevar las nuevas à su Alteza. Respondióme: Señor Estevanillo, vuessa merced es hombre muy diligente para correo, y muy cobarde para estas ocasiones: y assi, supuesto que sé yo que no ha de pelear, y que ha de hacer lo mismo que hizo en Norlingue, segun me ha contado, yo le concedo lo que me pi-

pide: y aſsi pongaſe en otra montañuela; y ſi viere que Dios fuere ſervido de darme victoria, vaya à darle avilo à ſu Alteza, que yo ſé que ganará mas en ello, que en buſcar rendidos deſpojos. Yo, eſtimando la merced, y tomando ſu conſejo, por no ponerme en contingencia de que paſſaſſe detrimento el viage que eſperaba hacer, me ſubi en una montaña, à dos leguas de ambos campos, à tiempo, que cerrando mi amo con el del enemigo, obrando prodigios de valor, y portentos de bizarria, lo deshizo, venció, y arruinó, quedando la Villa libre, y la campaña por ſuya, hecha toda ella un cimenterio de finados. Viendo, pues, que nueſtro valeroſo Exercito (en virtud de llevar tan heroico, y invencible General) apellidaba la victoria, y abançaba al desbalijo, baxé de mi relevado Olimpo, à llevar la dichoſa nueva à ſu Alteza: mas encontrando en el camino à un vivandero de los nueſtros, ſocolor de apagar el polvo que avia cobrado en la batalla, fingiendo averme hallado en la primera embeſtida, bebi de tal modo, celebrando el valor de mi amo, y brindando à ſu ſalud, que dentro de un quarto de hora me hallé con mas gana de dormir, que no de correr poſtas. Pero animandome lo mas que pude, por codicia de ganar las albricias, con eſtar aturdido, y medio fuera de mi, con ayuda de un vivandero, y de un amigo

mio,

mio que le estaba acompañando, volví à subir à caballo; pero en ocasion tan desgraciada, que tirando la Villa un cañonazo (quizá por salva de la victoria, pues vino acompañado de otros muchos) con passar la bala mas de una legua de mi, fue tanto el pavor, y sobresalto que recibi, que pensando que me avia hecho pedazos à mi, y à mi caballo, me dexé caer dél, tan desatentadamente, que dando con todo el cuerpo una gran caida en tierra, me lastimé con la punta de un desgajado baston una pierna, y me salieron de ella algunas gotas de sangre, las quales, al instante que las llegué à ver, y à sentir el dolor, tuve por cosa cierta, que el cañonazo me la avia hecho menudas hastillas, y empecé à dar voces, que atronaba toda la campaña, diciendo: Jesvs, que me han muerto: Confesion, confesion: à cuyas lamentables quejas acudió el vivandero, y el conocido amigo, è informandose de la causa de ellas, les certifiqué averme hecho pedazos la pierna una bala de artilleria de las que avia tirado la Villa. Ellos, que avian oido el estallido de los riguroſos bronces, y veian los extremos dolorosos que yo hacía, y una poca de sangre que campeaba en el nevado campo de la calceta, lo creyeron de tal suerte, que llevandome en peso entre los dos, me metieron en el carro, y me llevaron à la victoriosa Villa. Buscaronme una buena posada: y porque vie-

vieron que iba necesitado de sueño, por lo mucho que avia bebido, me recostaron sobre una limpia cama; y dexandome sossegar, se salieron en busca de un Cirujano, para que me curasse. Tardaron mas de quatro horas en volver à la posada, por aver hallado todos los Cirujanos ocupados en curar algunos heridos de los nuestros, y de los muchos prisioneros, que se avian hecho. En cuyo término desistí los vapores de la cabeza, y quedé libre del dolor, y borrachera, y estando durmiendo de espacio lo que avia bebido de priessa, entraron en mi aposento mis enfermeros, y un benerable, y barbado Cirujano, con media docena de platicantes, que al olor de averle dicho que tenia muy linda china, y que era criado de el Victorioso General, me venia à curar de ostentacion. Al instante que llegaron, aligerando todos à un tiempo de capas, y sombreros, empezaron à destripar estuches, à limpiar sierras, y à afilar navajas, hacer hilas, y à romper paños, haciendo capirotadas de huevos, y cocimientos de vinos. Al tiempo que estuvo todo à punto, mandó el tal Maestro que me despertassen, para ver la cura que requeria el destrozo de la bala; y aviendolo yo hecho (aunque no con mucha facilidad, porque estaba en lo mejor de mi sueño) me sentè sobre la cama, y quedé medio escandalizado de ver tantos cuervos con herramientas de hacer anatomia. Dixome el

Maes-

Maestro, que descubriesse la pierna, para reconocer el golpe, y aplicarle el remedio conveniente. Yo, sonriendome, como quien ya tenia su juicio cabal, la eché con brevedad al ayre, y haciendo el Cirujano acercar una vela encendida, y poniendose apresuradamente unos cristalinos antojos, le dió una atenta miradura de alto à baxo, y un sobado de dedos, que parecia que maduraba brebas; pero hallandola toda sana, y buena, sin tener otra lesion, mas que un pequeño rasguño, me dixo muy atufado, y medio corrido: Vuessa merced acaso hace burla de mi, pues me embia à llamar para curarle sus heridas fingidas, y fabulosas? Respondile: Vuessa merced me ponga en el estado que estaba quando lo envié à llamar, y echará de ver, que quando la herida no fuesse verdadera, por lo menos me lo parecia; pero porque no se queje de mi, ni diga que ha trabajado en valde, tóme esta pieza de à ocho, para que no salga de aqui lo que ha sucedido, y haga cuenta que me ha echado media docena de estopadas. Recibió el dinero, y riendose él, y la chusma de oficiales, nos desocuparon el aposento. Fui à visitar à mi amo, a quien di el parabien de la victoria, y le conté la causa de no aver llevado la nueva de ella à su Alteza Serenissima, y lo corrido que avia quedado el Cirujano, quando me avia hallado, aun sin señal

de

de herida : lo qual fue añadir a una alegria otra alegria, y a un gusto, otro gusto. Sali à recorrer la campaña, para ver donde avia mi amo emprendido tan gran resolucion, obrando tan grande hazaña, y ganado tan gran renombre: hallela toda cubierta de cadáveres sangrientos, que movian à piedad aun à los mismos homicidas. Vi una multitud de prisioneros, adonde, demás de estar en ellos la mayor parte de la Nobleza de Francia, estaban sus mas valientes, y animosos Soldados. Enseñaronme la gran copia de vencidas banderas, mostraronme la gran suma de sus rendidos estandartes, la grandeza de su artilleria, y la riqueza de sus despojos. A este tiempo mandó mi amo retirar las piezas, y municiones à la Villa (la qual, como à su libertador, le aclamaba, y aplaudia, dandole, tras infinitos parabienes, infinidades de agradecimientos) y llevar todos los prisioneros à Bruselas: y despues de aver hecho hacimiento de gracias al Señor, cuya mano poderosa es la guia de todas las victorias, y prosperidades de este mundo, le dió aviso por entero à su Alteza Serenissima, con cuya victoriosa nueva se alegraron todos los Paises, y tocando la trompa su invencible fama, se acobardaron los extraños, y se animaron las plumas, por tener tan valeroso assumpto los no apasionados Coronistas; y aviendo hecho enterrar todos los difuntos, y cu-

curar los heridos, y refrescar su Exercito, se entró à tomar algunas Villas de la Francia, molestando sus fronteras, y poniendo horror à toda aquella Provincia: en cuyo tiempo, en premio de tantos, y tan reales servicios, y en recompensa de tantos socorros, y hazañas victoriosas, le embió su Real Magestad la merced, y titulo de el Ducado de Amalfi, Estado que fue de sus ilustres progenitores, y restauracion de tan valeroso Soldado. Hizo aquel dia mercedes à todos sus criados, y demás de ser yo uno de los favorecidos, me prometió dar en el dicho Estado, con que pudiesse descansar, y vivir en marchitandose la flor de la juventud, y llegando à los umbrales de la vejèz. Yo acetè la promesa, como aquel que no sabía el fin que vendria à tener, ni el estado en que me hallaria en aquella edad: y pues no hay plazo que no llegue, ni deuda que no se pague, y es refran Italiano el assegurar, que ogni promessa, es débito, tengo por cosa cierta, y por caso assegurado, como quien tambien conoce su generosidad, que si Dios me da vida, veré este plazo cumplido, y esta deuda pagada, y por aumentar el regocijo de tan alegre dia, y darle à mi amo muestras de agradecimiento, compuse un soneto en su alabança, no conforme à su gran merecimiento pero por lo menos harto trabajado, por declarar sus primeras letras su gloriosa estirpe de Aragon

gon: por cuya atencion, y hazañas notorias ſe le avia hecho la merced, y en las letras de en medio el nombre de ſu Ducado, en las últimas lineas los atributos tan debidos à ſu perſona, y tan conocidos en la Europa; el qual, ſino me he olvidado, decía de eſta manera.

Guerrèro Inſigne,	Iluſtre, y	Poderoſo,
Laureado de	Daphne, por	Prudente:
Onor del Orbe,	Cliſes	Eminente,
Romano Ceſar,	Que triunfò	Animoſo:
Iris de Flandes,	Vencedor	Famoſo:
Alexandro ſin par,	Hector	Valiente,
De cuya fama,	Dulce, y	Refulgente
Aſta el Imperio	Eterno, y	Victoriuſo.
Atlante en fuerça,	Aquiles	Aplaudido,
Mayo en la guerra,	Marte en ſer	Soldado,
Anival de Cartago,	Amon	Temido,
Gloria de Siena,	Lauro	Venerado,
Onor de	Flandes, dôde ſois	Querido,
Norte de	Italia, dôde ſois	Amado.

Contentóle à mi amo la novedad de la curioſidad de la compoſtura; y aunque no creyó que los verſos fueſſen hijos de mi ingenio, ſe ſatisfizo de mi grande voluntad. Deſpachóme por la poſta en buſca de ſu Alteza Sereniſsima, à llevar ciertos pliegos de importancia: y dando tres higas à Atalanta, y quatro à los irracionales partos del Betis, le hallé en Eſteque: el qual

avien-

aviendo recibido los despachos, tuve, demás del premio, el tenerme siempre en su gracia. Allí fui bravamente favorecido de los Señores del País, porque como yo les contaba todo el sucesso de la batalla, y como me veian en servicio de tan esforçado, y valeroso General, y amparado de un Principe, hermano de un Rey de España, se inclinaban todos à hacerme mercedes, y yo a recibirlas. Marchó despues de lo referido su Alteza la vuelta de Dunquerque, por estar aguardando la Armada, que venia à cargo de Don Antonio de Oquendo, y de Don Andrés de Castro: Determinéme a irle acompañando por lo que se me pegaba, y porque sabia que gustaba mi amo de ello. Llegamos à aquella pequeña Villa, que por ser grande en valor, es terror de Olanda, y opresion de las demás Armadas enemigas; cuyos invencibles baxeles, siendo ruina, y destruicion de las Flotas Olandesas, son los que abastan, y enriquecen estos Países. Llegó la referida Armada, con mas grandeza, que gobierno, y con mas velocidad, que ventura: salióla a recibir la Olandesa con menos fuerças, y mejor disposicion; y al tiempo que se empezaron à pelotear, no agradandome aquel juego de raqueta, por no llevar algun pelotaço de barato, estando en tierra, y las Armadas dos leguas a la mar, dexando à su Alteza Serenissima en campaña, me fui a la Villa, y me en-

tré

tré en una cantina, adonde se vendia cerbeza, por si acaso diesse algun cañonazo en su edificio, no me pudieran empecer sus obras muertas, y pidiendo cerbeza, cosa que jamás avia probado (porque me dexassen estár en ella) estuve bebiendo toda una tarde potes de purga, por no recibir récipes de pildoras Olandesas: y con hallarme las tripas encharcadas como rana, no tuve animo para salir, hasta tanto que cessó el ruido de la refriega, y me asseguraron aver dado fin la disputa de las dos Armadas. Entró el proceloso Invierno, coronaronse los montes de escarchados turbantes: vistieronse las sierras de tersas alcándoras, y el tyrano de las flores, y vandolero de las hojas, assaltó el bosque, y combatió la selva. Volviò el Leon Español à su leonera, y yo, como osso colmenero, le fui acompañando, para lamerme los dedos en la cueva de la Corte. Al cabo de mucho tiempo marchó mi amo el Duque de Amalfi, con su Exercito la vuelta del Imperio, por orden de la Magestad Cesarea, aviendo enviado para conducirlo al Conde de Lesen. A esta ocasion me sobrevino una tan rigurosa enfermedad, que me obligó à no poder seguirlo, y à quedarme en Bruselas. Publicóse mi dolencia por toda la Villa, por lo qual me venian à ver muchos amigos, y conocidos. Visitabanme los mejores Doctores, servíame con mucha puntuali-

dad la huéspeda de la posada, asistianme las criadas, y regalabanme los vecinos. Faltóme el dinero, añadiendose à una enfermedad otra: presumo que es mucho mayor la de la bolsa, que la del cuerpo. Faltaronme à un mismo tiempo amigos, y conocidos, Doctores, huespeda, criadas, y vecinos; con que me desengañé, que aquellas visitas no se hacian por ganar una de las obras de misericordia, ni por ver à Estevanillo, sino à la fama de mi dinero, y para ser esponjas de él. Este exemplar me ha hecho conservarlo el tiempo que lo he tenido, aunque en ello he ido contra los preceptos, y reglas de mi profesion. Y porque con razon se diga, que cosa mala no se muere, tuve entera, y cumplida salud en muy pocos dias: y hallandome convaleciente, fui à visitar à su Alteza Serenissima, y à pedirle licencia, y ayuda de costa para ir à buscar a mi amo: el qual, no consintiendo que me fuesse à Alemania, me mandó quedar en su servicio. No repliqué à esta proposicion, por verme muy débil para ponerme en camino. Y por lo bien que me estaba, entré à servirle con muchisimo gusto, y aunque mi oficio no era jurado, tiraba racion cada dia, y provechos cada hora. Aqui fue donde se me infundió un abismo de gravedad, viendo que de bufon de una Excelencia, avia llegado à serlo de una Alteza Real: y como otros dan en querer perros, mo-

nos,

nos, y otros diferentes animales, dió su Alteza en quererme bien (que hay ojos que de lagañas se enamoran: y como hay hombres de bien con poca dicha, hay pícaros con mucha suerte) y mostrarlo en mandarme hacer muy ricos, y costosos vestidos. Gustaba de llevarme à la caza à caballo, y en sus coches, quando salia à tomar descanso del peso de su gobierno, y à dar alegria à sus subditos, y regocijo à la Corte; en cuyo apacible estruendo, y sonoroso ruido me hallaba como el pez en el agua, ò como el azeite sobre ella. Tocóme la desvanecida por linea de presumpcion, por verme favorecido, y premiado, y como tal, solo trataba de la comodidad de mi persona, aseo y regalo de ella. Y para que se entienda el mal tiempo que gozamos, huvo mas de quatro pares de presumidos, que llegaron à tenerme envidia, y procurar que cayesse de la privança, sin advertir, que no era yo segundo Ruy Lopez de Avalos, sino vn pobre Caballero alegre, con quien gustaba de entretenerse un Principe, y que ellos, si querian usar mi oficio (pues tanto lo envidiaban) lo podian hacer, y se hallarian tan favorecidos, como me juzgaban. Viendome cargado de tantos émulos, traté (por si acaso de la próspera llegasse a la adversa) de hacer recluta de doblones, que son los amigos del alma, y regaladores del cuerpo; para lo qual hice una lista de to-

dos los Principes, Duques, Condes, Marqueses, y Varones del Pais, llenando un pliego de la letania de sus nombres, con anotacion al margen (en lugar de Ora pro nobis) de las calles, y Palacios en que vivian, y conforme la lista los iba visitando, al tiempo que estaban sobre la tabla, por ser proprio (demás de gozar yo de muchos regalos) de hacer los Señores mercedes, porque à las mañanas se levantan mustios, y desabridos, y à las tardes se hallan enfadados de negocios, ò fatigados de acrehedores. Hallaba en los Señores referidos tanta liberalidad, y magnificencia, y ostentacion, que echaba de ver, que ni avia otro Flandes en el Mundo, ni otra generosidad en la Europa. Iba por mis turnos cogiendo la ofrenda, y agradeciendo el beneficio. El dia que me hallaba melancólico no visitaba à nadie, porque fuera contra razon ir a buscar quien me alegrasse, siendo mi oficio alegrar à todos; ni entrar pensativo, y murrio, quien iba à pedir dineros, sin llevar prendas de oro, sino una poca de parolina. Llegóse el tiempo de las Carnestolendas, y yo, por agradar à su Alteza, y alegrar à todos los Señores de la Corte (por el bien que me hacian) saqué un carro triunfal muy compuesto, y adornado, y dentro de él una docena de bebedores escogidos à moco de candil: que con ser tan buenos despaviladores, quedaron à la no-

noche de moco de pavo. Llevaba una redonda mesa, donde los doce comian pan, muy explendida de fiambres, y cecina salada, y dos botas de cerbeza, para apagar los apetitos de la carne. Representaba yo el zambo mayor de aquellos doce monos, teniendolos instruidos à mis ordenes, y mandatos. Iba en cabecera de mesa uno, que por ser tan amigo de Baco, lo representó aquella tarde muy al vivo. Iba desnudo en carnes, y con una guirnalda de hojas de parra contrahechas, que le ceñia toda la cabeza, y otra enramada de las mismas hojas, que le tapaba las pertenencias, y bosques de la baxa Alemania. Iba sentado sobre una bota de vino, y por ser tiempo de Invierno, y tierra no muy acomodada para triunfar en carnes, con tener asiento cálido de vapores, y con ir menudeando jarros de su tridente, iba tan de Baco invernizo, que mas parecia alma penando en Sierra nevada, que pellejo encima de tonel. Llevaba cada uno de los de mi quadrilla, en lugar de cifras, y cañas, un gran vaso en la mano derecha lleno de cerbeza, y en emparejando con qualquier coche de Damas, ò Señores, les brindaba yo à su salud, y mis compañeros à un mismo tiempo, y compás (sin saber puntos de solfa) empinaban los codos, y hacian la razon. Llevaba de mas à mas otros tres criados: el uno, para que fuesse sacando la cerbeza de los

toneles, y los dos para que fuessen hinchendo las tazas que se iban vaciando; con tal cuydado, y puntualidad, que jamás parecimos virgenes locas, porque siempre estuvieron llenas las lámparas, y las orejas encendidas. Dimos tres, ò quatro vueltas al rur, bebiendo à tantas saludes, que padecieron detrimento las nuestras; y quando ya iba el aduar cuesta abaxo, y nos hacia el vino, y la señora doña cerbeza, à unos estar de Asperges me Domine, y otros de Humiliate capita vestra, acertó à passar su Alteza, y haciendole todos una salva Real de tragos puros, y refinados, nos fue forçoso salir rendidos, aviendo entrado triunfantes. Cayó nuestro desnudo Baco de la esphera de su tonel encima de la mesa de la comida, y echando abaxo tablas, jarros, platos, y vianda, se puso en postura de paciente en espera de ayuda: acudimos todos à ayudar à levantar à nuestro Gefe, y demás de no poder conseguir nuestro deseo, nos quedamos de passo de Judios de la resurreccion, sin poder ninguno levantarse del puesto. Viendo los carroceros que llevábamos, que aviamos dado fin à los toneles, y à la representacion, y que todos aviamos caído sin ser Faetónes, y que por ser à vista de todo un Pueblo, nos empezaban à tirar lágrymas de Moysen (quizá porque passára yo el martirio de mi Santo, aunque lo sintiera mucho menos) dandoles rienda

da à los caballos, nos ſacaron del paſſeo bien acompañados de ſilvos, y voces. Nos llevaron à una poſada que tenia yo fuera de Palacio, y como quien deſcarga pellejos de vino de carro Manchego, nos fueron poniendo en tierra tan domeſticos, y pacificos, que ninguno meneó pié, ni mano. Baxaron à mi helado Baco, y à puros azotes de los carroceros, y de un concurſo de muchachos que ſe avian juntado, le volvieron toda la frialdad en calor. Era tanto el tumulto de la gente, que iba acudiendo, que tuvo por bien la patrona, por ver deſembarazada la puerta, y por ſaber que avia de quedar ſatisfecha (por ſer yo el Autor de aquella dança) de entrarnos adentro, y tendernos en un patio, à que nos dieſſe el ſereno. Alli paſſamos la noche, ſin picarnos pulgas, ni inquietarnos moſquitos, ni deſpertarnos gallos. Venida la mañana, volví en mi, y me hallé harto molido el cuerpo de la cama de loſas, en que avia dormido. Contemplé la parva lobuna, que cogia todo el diſtrito del patio, y à mi amigo, y compañero Baco en medio de ella en cueros (metido entre cueros) y roncando mas, y mejor. deſpertélos à todos, y pagandoles ſu jornada de racion, y repreſentacion: y aviendo contentado à la hueſpeda, me fui à Palacio à eſperar que ſu Alteza ſe levantára, para que por mayor me pagára los gaſtos de la fieſta, y la ſalva real que

se le avia hecho, porque se reiria el mundo de mi, si despues de aver bebido dos botas de cerveza, y una de vino, y dormido una noche al sereno, por el mes de Febrero, y en Flandes, fuera condenado en costas. En efecto alcancé aun mas de lo que pretendia: porque yo siempre pedia como criado de los mas pequeños, y su Alteza me daba como Principe de los mas grandes. Determinéme, por razon de estado, ò por satisfacer al vulgo de la sospecha, que de mi tenia de lo de la prision de Ripelmunda, ò por mejor decir, por andar al uso como los demás, de tener un poco de quebradero de cabeza, con entretenimiento de galantéo. Aficionéme de una doncella de su señora, y Dama de dame, labradora en el asseo, y cortesana en guardar fé. Tenia pocos años, y muchas astucias. Trahia todo su dote, y ajuar acuestas, y el testamento en la uña. Servia (por ser huerfana, y por estar en parte recogida) à una tia suya, tabernera, adonde yo tenia conocimiento, y entrada los ratos de mi ociosidad. Puse los ojos en la tal polla, y pareciendome que estaba ya en edad de poner huevos, la di un dia un pellizco tan apretado, como el amor que la tenia. y ella me pagó la lisonja con una coz tan desigual à su adamadura, que malos años para la mas briosa yegua. Y como es muy proprio de pollinos el hacer el amor à coz, y bocado,

no extrañé el son de la castañeta. Entróse ella en su aposento muy enojada de mi atrevimiento, y yo me quedé en el portal muy alegre, por el favor de su coz. Huía de alli adelante de mi, como del demonio, y no tenia poca razon: porque es muy fuera de las leyes del interés, entrar enamorado con las pertenecientes à Cupido: porque ni Lucrecia tomára el acero, ni Porcia pildoras de brasas, si sus pretendientes huvieran entrado en pluvias de oro, y no en torbellinos de conceptos, dando, en lugar de galas, pesadumbres; y pidiendo, en lugar de favores, zelos, hinchendoles la cabeza de ayre, y los cofres de sonetos, como si fuesse mercancia, que se hallasse sobre ella para los forçosos gastos. En efecto, viendo que no llevaba bien los dedos para organista, y que galanteaba al tiempo antiguo, y que en el presente no hay Elisas, Eros ni Tisbes, y que es mas estimado el relox que dá, que no el que señala, le envié un buen regalo à mi señora Dulcinéa, con un criado mio, retrato de Sancho Pança, y un amoroso billete, dandole à entender mi pretension. La tal bobilla, como avia sido niña de muchos Gomez Arias, y de aquellas nunca en tal me vi, agarró la dadiva, recibió el recado, y remitió el decreto para la consulta de su tia: dandome licencia, para que en achaque de entrar à apagar la sed del cuerpo, entrasse à mitigar el calor de el alma. Desde

aquel

aquel dia empecé à menudear, en las visitas, y desde aquella hora començó la corderilla à pelarme, y la tia à desplumarme. Dióme por primer favor una rosa de liston, diciendome, que me la pusiera en su nombre, porque era el primer galan que avia dado. Yo le dixe: Reyna mia, el galan yo lo soy, y me vengo à entregar à la prision de los ojos, que me han cautivado: Damas son las que busco, y no galanes: nòmbrese V.md. por mia, è irán las cosas derechas, pues tendré yo Dama, y vuessa merced galan. Agradòle à la tia el discurso, y agarrandome la cinta, dixo: El señor Estevan tiene razon, que à las Damas se han de dar galanes, y à los galanes Damas: y por derechos de esta sentencia, me quedaré yo con este favor, que no faltará ocasion en que emplearlo. Llegó nuestro amor tan adelante, con el curso del tiempo, que nos miraban con cuydado los Cofrades, que acudian à la Ermita, y que nos murmuraba el barrio, y la vecindad, porque no perdiesse por mi su buena reputacion, que era reputada por doncella: sin ser piadoso Enéas, la saqué una noche de aquella encendida Troya, y di con ella en mi casa. No tuve à poca suerte (sino à gran milagro) el averme librado del emplasto de atutia, por ver que jamas le dió para libros. Era tan melindrosa esta Dama, que no comia caracoles, porque tenian cuernos; pescado, porque tenia espi-

pinas ; ni conejos, porque tenian colas. Desmayabase de ver salir un raton de su nido; y alegrabase de ver entrar una Compañia de Mosqueteros en el cuerpo de guardia. Comia en mi presencia por adarmes, y en mi ausencia por arrobas. Era enemiga de reclusion, y amiga de libertad ; y con rebozo de melancolía, era celosía de la ventana, y umbral de la puerta. Recibia al principio muchas visitas, con achaque de primos : y por informarme yo, que todos los que la venian à visitar lo eran carnales, no queriendo sufrir segunda vez las armas que me hizo poner el Principe Thomás, la metí en clausúra, y tomé aposento sin ventana à la calle, y en calleja sin salida : no me faltó sino ponerle un torno, para parecer el zeloso Estremeño. Dexabale, quando salia fuera, a mi criado, para que estuviesse de centinela de vista, y que fuesse espia de aquel campo: pero entiendo que esta Diosa lo adormecia como à Argos, ò que me servia de espia doble. Cantabame ella cada noche que venia à casa, aquella copla de madre la mi madre, guardas me poneis, &c. Iba todas las fiestas à Missa (y oia la de San Gregorio) y volvia à casa à hora de Completas, por lo qual di yo en acompañarla, y ella en sentirse de llevar tan cuidadoso escudero. Perdiaseme de quando en quando, y al tercer dia, como ahogado, remanecia en ca-

sa

sa de su tia: por cuya causa estuve muchas veces determinado à hacerla pregonar, ò à ponerle un rotulo en las espaldas: y aunque me hacia creer con lágrymas, y juramentos, que por mi mala condicion se avia retirado à casa de su tia, y no avia salido un punto de ella, ni dexadose ver de persona, con todo esso no dexaba de castigarla, con tal rigor, que la pobretilla no se atrevió à hacerme mas falta; sino fue vna sobra de voluntad, por un antojo que le dió de ser Capitana, pudiendo ser Real por lo velera, y bien despalmada. Aficionose tanto al son del parche, que despues de aver servido de page de gineta, huve menester orden de su Alteza para hacerle borrar la plaza, y que la volvieran à casa de su tia, fingiendo, que un oficial conocido suyo se queria casar con ella. Cumplió la orden, y al cabo de los meses mil, volvieron las aguas por dó solian ir: con lo qual quedó ella pesarosa, y la tia alegre, y yo zeloso. Despiquéme en visitar tabernas, adonde entraba gastando largo, pagando adelantado, y haciendo muestra de centenares de doblas, para opinionarme de rico, y cobrar credito para adelante: en aviendo hecho cargadilla, con dilaciones de trueques, y de oy à mañana, mudaba de quartél, y buscaba nuevo alojamiento, adonde hacia la misma embestida, y la propria retirada; de tal manera, que en término de un

año

ño no tenia crédito, ni retiro. Todas las huéspedas me buscaban; pero yo no queria que me hallassen: salianme à recibir à sus puertas, quando passaba por sus calles, y viendome perseguido de tanta demanda, y seco de hacerles tantas promessas, determiné de andar de alli adelante en haca de buen passo, y sordo de ambas orejas. Fue muy provechoso a mi oficio el dexar el divertimiento de la Dama, y la ocupacion de las tabernas, para poder acudir con mas puntualidad al servicio de su Alteza, y al amparo de muchos Títulos, y Señores, que cada dia me favorecian, y remediaban: Y assi, despues de aver venido de campaña (que por no ser Coronista de guerras, ni tratar cosas de tantas veras, voy prosiguiendo con mis burlas) llegaron otras Carnestolendas, no tan heladas como las que resfriaron à Baco, ni tan calientes como salimos sus compañeros. La codicia de la dadiva de su Alteza, y el deseo de alegrarle, me obligaron à trazar otra mascarada en otro carro como el passado, pero con diferente assumpto. Alquilé una cama con todos sus aderentes, y un jumento de buen tamaño, que no fue poca suerte el hallarlo en esta Corte donde hay tanta falta, y sobra de ellos. Hice aderezar la cama en la tellera del carro, y meter en ella al pollino, amarrado de pies, y manos à dos fuertes palos fixados para el propósito: cubrilo con una

sábana muy delgada, y con una muy labrada colcha, y dexandole sola la cabeza de fuera, le puse debaxo de ella un cabezal, y dos almohadas de muy blanda pluma. Vestí á un compañero de muger, para que representando serlo del pollino, fuera lamentando el verlo enfermo, y en vísperas de morir, la qual encubria debaxo de el abantal un grande orinal con su vasera. Llevaba otro en habito de barbero, con una cesta llena de ventosas, y estopas, y un fingido oficial con una geringa, que podia servir de aguatocha para apagar fuegos. Iba yo vestido de Doctor, con una ropa de levantar, y un bonete de caer, unos guantes arrollados, y un gran tortijon de piedra de xaqueca, y chinelas terciopeladas. Llevé de mas a mas quatro violones sentados en la cabecera de la cama de nuestro afligido enfermo, y un pequeño tonel de cerbeza para que sirviesse de orina. Con toda esta preparacion entré con mi carro en el tur, ò passéo al tiempo, que todo lo brillante, y lucido de esta Corte estaba en él, y en parandose alguna tropa de carrozas de señores, ò Damas de calidad, empezaba la fingida muger á llorar en altas voces, enjugando las doloras lágrymas con las sábanas del cuitado. Tomabale yo el pulso con mucho reposo, pedia la orina, la qual me daba la afligida dueña con tristes suspiros: tomabala yo en la mano derecha, y con la izquierda

me

me ponia unos antojos, y mirandola, haciendo con ella muchos eſpantos, y arqueando las cejas, alçaba el orinal, y de bote, y voleo me bebia toda la orina, haciendo muchos aſcos: con los labios hacia ſeñal al barbero, para que le echaſſe las ventoſas, el qual llegando a la cama, y ſacando de la ceſta media docena de grandes ventoſas, le metia à cada una media libra de eſtopas, y encendiendola à la luz de una vela, ſe las iba pegando en el peſcuezo, y del fuego de la eſtopa, y pelo del jumento, ſe levantaba una grande humareda, y olor de chamuſquina. Con el dolor de la quemadura ſe alborotaba el enfermo, y dando embiones por ſoltarſe, hacia eſtremecer la cama. Volvia la muger à gritar, y yo acallandola, y limpiandola con una rodilla de cocina, hacia ſeñas al barbero, que le quitaſſe las ventoſas, y mandaba à lo mudo al oficial, que le echára la ayuda. Obedeciame con puntualidad, aunque no le echaba brodio, por guardarla para mejor ocaſion. Volvia à reſpingar el ſeñor burro, à ſoltar tantos eſpumajos por la puerta de la dentadura, como preſos por el poſtigo deſdentado. Fingia un deſmayo la bella malmaridada, y por volverla en ſi, hacia al oficial que ſacaſſe el ſacabuche, y haciendo ſeñal à los muſicos, tocaban ſus violones, con que dabamos fin a nueſtra callada, y lamentable repreſentacion. Paſſabamos

mos adelante, y en encontrando otras carrozas de Titulos, y perſonas, à quien yo tenia obligacion, haciamos lo miſmo. Sucediónos un cuento, harto ſolemne, en el diſcurſo de nueſtro viage, y fue, que ſaliendo azia una parte de paſſeo, que eſtá ſin poblacion, en un pedazo de praderia, cerca de los muros de eſta Corte, eſtaban dos pollinas en cinta, mendigando un ſeco paſto, y quando nueſtro doliente las viò, olvidando ſus ardientes ventoſas, y ayuda de cámara, ú de coſta, empezó à alçar el cuello ſobre las almohadas, y à dar unos rebuznos tan recios, que obligaron à la triſte de ſu eſpoſa, à trocar el llanto en riſa, y à caerſe todos los oyentes ſobre los eſtrivos, y teſteras de ſus coches, del miſmo achaque. Fue tanto lo que ſe celebró la tal muſica, que en un inſtante paſsó la palabra por todo el paſſeo, y todos me pedian, en acabando de ver la fieſta, que hicieſſe rebuznar al enfermo. Reſpondiales, que yo no entendia ſu lengua, y aſsi no me atrevia à ſuplicarſelo; pero que fueſſen por las dos burras, que podria ſer que ſe alentára à ſervirles, y darles guſto. Solemnizaban la reſpueſta, proſiguiendo ſu viage, y yo el mio. Vine al cabo de hora y media à encontrar la carroza de ſu Alteza, y mandando hacer alto á mi carro, volvia à hacer las miſmas ceremonias, con mas gracejo que en las demás partes: por-

que

que demás de la puntualidad, y preſteza, nos ayudó el ſeñor pollino, haciendo ſu papel en tal modo, que à mi, y al oficial nos hizo llorar, y à ſu Alteza, y à ſus criados reir: y fue de aqueſte modo, que deſpues de aver hecho las ceremonias acoſtumbradas, llegó el diligente oficial con ſu flauta llena de agua fria (reſervada para aquel paſſo) y alçando la ropa, y apartandole el dilatado moſqueador, haciendo puntería, le dió un flautazo, y le apretó los conductos de tal ſuerte, que dexó muy bien aguado el paciente, ſin averle deſayunado: el qual, ſintiendo la frialdad del regadio, y la borraſca de las tripas, como otros ſe echan con la carga, él ſe quiſo levantar con ella, echando todo el reſto de ſu fuerça; y al tiempo que el pobre barberote le ſacó la alatonada culebrina, le dió un cañonazo de ſebo maſcado, con tal violencia, y abundancia de tacos en medio del roſtro, que le turbó la viſta, y lo engraſó toda la delantera del veſtido, y quebrando las ligaduras de los pies, enſeñaba las virillas Vizcainas, tirando zapatetas à pares, y truenos à docenas. Yo, porque no peligrára mi eſtercolado geringador, penſando que me tuviera reſpecto por ſer Doctor, me llegué à ſu merced, por volverlo à ligar, y à arroparlo, porque no ſe reſtriara; mas no atendiendo à las inſignias de mi ropa, y ſortijon, ò creyendo que le avia errado la cura

(como suelen hacer muchos parientes suyos) me dió dos pares de cozes, tan bien pegadas en la boca del estòmago, que haciendome pedazos el orinal, dió conmigo sobre las tablas del carro. Acudió el barbero à limpiar à su oficial, la muger del llanto fingido, à llorarme de veras, el asno à tirar respingos, y cabriólas, y los musicos à huir de él. Su Alteza se moria de risa, y sus criados de placer. Siguió la carroza su començado passeo; y mis dos guiadores, viendo que nuestra fiesta avia acabado en tragedia, desligando las manos al pollino, lo levantaron del lecho à que convaleciera, y lo ataron à una parte del carro, y mandando à los violones que tocassen, salieron muy despacio del passeo. Llegaron à la posada à tiempo que avia vuelto en mi, y apeandome, me llevaron à mi aposento, y me echaron sobre mi cama. Roguéle à la patrona, que me cerrasse la puerta, y que no dexasse aquella tarde à ninguno entrar à hablarme, porque me sentia muy malo. Hizolo assi, y aquella noche, aunque me sentia quebrantado de las cozes, me brindó de tal suerte al sueño la referida orina, que de un tiron alcancé la luz de el venidero dia.

*** *** ***
*** ***
***

CAPI-

CAPITULO NONO.

Donde prosigue el fin que tuvo la referida mascara: La salida que hizo a campaña, quando se sitiò Arras. El chiste que le sucediò con un vivandero: lo que le passò à la retirada con su Dama, y la nueva campaña de Ayre: enfermedad, y muerte de su Alteza, y su partida à Alemania en busca de su amo el Duque de Amalfi.

APenas el hijo de Latóna, por el tur de su quarta esphera (embanastado en su carricoche) nos vendia alegria, en lugar de naranjada, quando los llantos, y suspiros de una muger, y el estruendo, y alboroto de una tropa de gente, que subian por las escaleras de mi aposento, me inquietó, no con poco sobresalto, el oìr sus confusas voces, y ver, que abriendo mi puerta, entraron à un mismo tiempo à darme los malos dias (pues no los pueden dar buenos, los que madrugan à pedir) la huéspeda de casa, el ama del pollino, el dueño de la cama, los musicos, y el barbero. Lloraba con tiernas lágrymas la dueña del jumento, el aver salido su fingida enfermedad verdadera, y con duras razones me pedia le pagasse el valor de él, por causa de tener todo el pescuezo quemado, y andar desordenado de tripas, y estár inutil para servirle. Po-

niame por cargo de conciencia la tyrania, que avia usado con animal tan donoso, y humilde; jurabame, que à saber para el efecto que lo queria, que antes me huviera dado un hijo suyo, que à su querido pollino; porque demás de averlo criado, era sus pies, y manos, y quien le ayudaba à sustentar su pobre casa. Pediame el oficial el valor de su vestido, ò que le comprasse otro nuevo, alegando, que por mi causa avia quedado el suyo de manera, que no solo se lo podia poner; pero ni llegar con media legua à la parte donde se lo avia quitado, por los aromaticos olores, que de sí expelia. El camero decia, que era cosa de gentiles, lo que avia usado con él, pues su cama hecha para descanso de Christianos, la avia hecho lecho de animales, y que estaba resuelto à no recibirla, por estár medio chamuscada, y llena de operaciones sasdescas. Los musicos pedian su jornada, y la huespeda su quebrado orinal. Considerè, que todos tenian razon, y concertéme con ellos lo mejor que pude: por no tener ruidos por cosa tan justa. En efecto, todos partieron contentos, y yo quedé harto triste, de apartar de mi lado las doblas, à quien avia dado eterno sepulcro: y en hallarme algo lastimado de las coces del enfermo, y tener que pagar el alquiler de la ropa de Doctor, por saber, que la buena diligencia es madre de la buena ventura, me levanté à dar mo-

do

do de rècuperar el gaſto de lo paſſado. Y por que ſu Alteza no me dixera, que lo iba à executar de contante, y que lo regocijaba à fuerça de interés, tomé la pluma, invocando el auxilio de las nueve (eſtando la vena prompta, por eſtàr en ayunas) le compuſe un ſoneto, dandole el atributo del Señor Infante Principe Invicto, para que ſirvieſſe de acuerdo de la fieſta, y de anticipacion à la paga. Advierta el Lector, que la ene de una linea, ſirve de eñe, que no le avia de dar à ſu Alteza renombre de Nau, y que de mas de ſer licencia poética, es libertad bufónica. Decia de eſta manera:

El que darà à ſu
Patria eterna hazaña,
Mauros ganando, y
Mayos expeliendo: (do
viendo al mundo
Inmortal, pues q̃ vencien
Excede à Grecia, dando
Nombre à Eſpaña:
Numa en la paz, y
Oiro en la campaña,
Orror de Europa,
Fenix renaciendo.
Mayo de luz,
Lunes àtomos vertiendo,
Iris argenta, quando
Eſtrellas baña:
Nunca vencido,
Centro de venturas.
Felice ſiempre, y con
Nacer muy hombre.
Angel divino,
Sol de las criaturas,
Nadie ignora ſu fama,
ſu renombre.
Hu, Lector, ſi por
Horpe conjeturas,
Eſſas dos
Orlas te diràn ſu nombre:

Agradóle à su Alteza, por parecerle compos. tura dificultòsa, y demás de quedar en opinion de entendido, conseguí mi pretension, agradeciendo à las musas la brevedad de mi despacho.

Volví à hacer paces con mi ingrata Dulcinea, y dandome de nuevo mas sustos que los passados, y algunos madrugones. Quando me veía cargado de cholla, y en oficio de siete Durmientes, se le daba de mi amistad tres caracoles, y yo de su amor, quando despertaba, y la hallaba ausente, tres rábanos. Con estos pleytos ordinarios, y con este extraordinario sobre hueso, anduvimos alborotando posadas, è inquietando barrios todo aquel Invierno. Llegó la Primavera, y à la mitad de su florido curso, salí con su Alteza à campaña con un lucido Exercito. Llegamos à la vista de Arrás, con intento de socorrerla, por tenerla sitiada el Campo Francés. Avia oído decir à su Alteza, que aquel dia no se avia de preservar su persona, ni la de ninguno de sus criados de entrar en la batalla, si la presentaba el contrario, ú de embestir con él, en sus mismas fortificaciones. Estas palabras infundieron en mi casi cadaver cuerpo, un miedo tan intrinseco, y helado que ya me parecia que el tronitóso bronce fulminaba sobre mi sus carniceros estragos. Fuime deslizando de las Marciales Tropas, trayendo los achaques por los cabellos,

llos. Culpaba el caballo de floxo, y las cinchas de apretadas, à la brida de corta, y à los eſtrivos de largos: y por mas que me procuré quedar atrás, ſiempre topé compañeros. Anduve montaráz, haſta que otro ſegundo yo (que ſe avia retirado, herida de la flecha de Caco) me dixo, que ſe avian mudado los votos, por cebarſe los primeros ímpetus, con que ſacudí mis últimos temores. Ofrecioſe de ſer mi lucero, inquiriendo adonde pudieſſemos refrigerar los macilentos miembros; tan trémulos con el miedo, como frágiles con la gaza: diſcurrimos los conocidos tabernaculos del trago, penetrando los límites del quarto de la ſalud, y los hallamos tan deſiertos de rifrigerio, como poblados de quien lo buſcaba. Aqui fue adonde di al diablo la guerra, y adonde tuve por inſenſato al que tiene con que paſſar en la paz, y viene à buſcar picos pardos, y entre abiſmos de deſcomodidades anda ſolicitando ſu muerte. Fue tan general la hambre que ſe paſsó, que para poderla exagerar, baſta decir que llegó à mi, que quando le falta à uno de mi oficio, que es perro de todas bodas, y regiſtro de todas meſas, muy derrotava el negocio. Llegamos una tarde à hacer frente de banderas cerca de un pequeño Village, deſamparado de ſus moradores; y teniendo noticia, que un vivandero trahia medio ſaco de pan, y dos jamones cocidos, y que

por tenerlos reservados por él, y su familia, no queria, por ninguna cantidad, socorrer à los mas amigos, y conocidos suyos: traté de que alcançasse la industria, lo que no podia la fuerça del dinero: y compelido de la hambre, le aceché, y rondé mas de una hora por el contorno de su tienda, desde adonde columbré, que como hombre experto, y cuidadoso de aquello que tanto le importaba, tomó una pala, y haciendo un profundo hoyo à una parte de la tienda, metió en él el referido bastimento en dos sacos medianos, y cubriendolo con unas tablas, hizo encima su cama, y se acostó (à mas no poder) con su muger, y criaturas. Yo, que atentamente estaba mirando por la vislumbre de la tela, y resplandor de la luz, el mal lance que avia echado, me quedé mas avergonçado, que triste, por aver blasonado delante de muchos señores, que le avia de dar assalto à su guarda provision. Al tiempo de quererme retirar de la parte adonde avia estado sirviendo de atalaya, vi que la tienda estaba arrimada à una zanja, que servia de division, y atajo à una acostumbrada vereda, y de impedimento de poder passar gente de à pié, ni de à caballo por ella: y por causa de tener mas bien guardada su ropa, y que le sirviesse de foso, y trinchera, avia puesto el redomado vivandero su tienda en aquel sitio: Pero como no ay cosa que mas avi-

ve, y sutilice el ingenio, que es la necessidad, se me ofreció à la idéa un ardid, con que me juzgué señor del pan, y los jamones. Y por no perder tiempo, fui à dar parte de ello à tres mozos de cocina, que servian à ciertos señores Italianos, que prevenidos de cuchillones, y de la mejor herramienta, que pudimos hallar para este efecto, nos encajamos en la zanja; y à la hila, como banda de grullas, fuimos marchando hasta la tienda, al tiempo que palpitaba un cabo de vela, que avia quedado. Tomamos à la luz de sus boqueadas el derecho de la cama de su dueño, que no estaba muy distante, y poniendonos de rodillas, y no à hacer oracion, començamos los dos à abrir mina al fuerte de los sacos, y los dos à ir retirando los desperdicios de ella. Tuve tan buena suerte, que hallando el terreno arenisco, y blando, en termino de hora y media (estando ya rendidos, y cansados) desembocamos la mina en el pozo de los viveres, y cargando con los sacos, nos retiramos, sin ser sentidos, à hacer la reparticion, y à remediar la gazuza. Tomando doblada parte de la presa por ingeniero minador, y guia, me retiré à dormir lo que quedaba de la noche. A la mañana, saliendome à passear, y à ver si el Sol avia descubierto lo que encubriò la soledad de la noche, hallé al vivandero muy triste, à su muger muy llorosa, y sus hijos, y criados cariacontecidos, y

lle-

llena la puerta de la mina de Oficiales, y Soldados, los unos celebrando el disculpado hurto, y otros santiguandose de la sutileza de la empresa. Dexélos a todos echando juicios, y volvime à requerir lo que avia ganado en buena guerra, temiendo no le hiciessen otra mina. Con esta porcion me remedié, hasta tanto que salímos à tierra de promissions, adonde estuvo todo sobrado: y dexando aparte los sucessos de aquella campaña, para el Coronista, a quien le competen, digo, que al fin de ella nos volvimos à Brusélas, adonde yo cobré nueva vida, y nuevo ser, por verme libre de los trances de la guerra, y del rigor de los enemigos. En la bonança de este mar me deleytaba, en el golfo de esta grandeza me divertia, la dulçura de sus sirenas me conhortaba, y la suavidad de sus Anfiones me entretenia: y ultimamente, yo era el peje Nicolao de aquesse mediterraneo: porque en sacandome de este centro, passaba desmayos de recelos, y parasismos de temores. Aqui solo trataba, por ver que andaba melancólico su Alteza de alegrarlo, y divertirlo, unas veces contandole los discursos de mi vida, y otras haciendole relacion de las agenas. Inquietaba mi sossiego, y perturbaba mi quietud un Italiano de mi arte, y profession, llamado Leonóra, el qual, algunos dias que acudia à la mesa de su Alteza, lo que le faltaba de prosa, le sobraba

de

de manos, y à coſta mia, hacía alarde de ſu graciosidad, alargandome unas veces el peſcuezo, ſin ſer ahorcado, y otras arañandome la cara, como ſi fueramos verduleras, con que provocaba al concláve à riſa, y a mi à colera: porque en oponiendome à la defenſa, con ſolo un papirote, daba con mi débil cuerpo en tierra. Aprovechéme de aquel refran, de a fuerça de villanos, hierro en medio, y ſaliame muy mal la induſtria, porque ſiendo él, de mas de fuerte, animoſo, me huviera deſpancijado muchas veces, à no ſer ſu Alteza el Iris de paz, y amparo de mi defenſa. Deciale, porque no blaſonaſſe de ſus fuerças, quando veía que eſtaban inquietos los nublados de ſu cólera, que tres coſas de valor no ſe eſtimaban en el ſiglo paeſentu, que eran, conſejo de pobre, galas de corteſana; y fuerças de ganapan. El, por motejarme de miſerable (porque no gaſtaba con él los doblones, que no ſe perderian por mal guardados) me reſpondia, que tres coſas le eran neceſſarias à un bufon, para poder campar alegremente, y para grangear amigos, que eran, boca de Confeſſor, eſpada de Mercader, y bolſa de ſeñor generoſo. Con eſtas diſputas graciosas, y batallas burleſcas, daba guſto, y placer à quien tantas mercedes me hacía, no reparando en hacer eſcaramuza de gatos, pues ſiempre ſalia arañado; ni en rodar media hora por

la

la sala, como vellon de lana. Llegabase el tiempo en que su Alteza cumplia años, y para celebrarlos, alabando el dichoso mes de Mayo, en que avia nacido, hice un Romance, y por dar à entender à algunos acaballerados fisgones de aquello que no entienden, que muy presumidos de discretos, no estimaban mis versos, porque no eran de Poeta con dón, ó descendiente de Godos: que tambien los pobres, y humildes saben hacer cosas de ingenio, pues tienen un alma, y tres potencias, como los mas poderosos, y cinco sentidos como los mas calificados; y que no hay clausula en el testamento de Adán, que dexasse, como señor que era entonces de todo el mundo, à los Caballeros mejorados en tercio, y quinto en las aguas de Hypocrene, y à los pobres herederos del caño de Bacinguerra: la una fuente del Parnaso, con liquores de Poéticos: y el otro caño Cordobés, con inmundicias salváticas. El romance decia de la forma siguiente:

O Què galàn venis, Mayo,
Mas teneis razon que os sobra;
Teneis justicia que os vale,
Teneis verdad que os abona.
Despues que sois Rey jurado
Por las flores olorosas,
Excelso Arturo os alienta,
Supremo Favonio os sopla.

Amal-

Amalthea en vaſſallage
Os ha feudado ſu copia,
En tormentas de claveles,
En avenidas de roſas.
De jazmines, y arrayanes
Formais matizadas flotas,
Siendo la campaña mar,
Siendo las flores ſus ondas.
Direis, que oy hace Fernando
Años juſtos, y que os toca,
Por nacer en vueſtro mes,
El baſton, el peto, y gola.
Es aſsi, yo lo confieſſo,
Que por ſer verdad que conſta,
Oy Madrid ſe regocija,
Oy Bruſelas ſe alboroza.
Oy Mayo ha de aver dos Mayos,
Dos Primaveras hermoſas,
Dos Alvas en ſolo un dia,
Y en un dia dos Auroras.
Dos Soles verà Brabante,
Uno farol, otro antorcha;
Uno Planeta, otro Infante,
Uno en carro, otro en carroza.
Lleguèmos à cuentas, Mayo,
Y confeſſad ſin liſonja,
Qual merece mas aplauſos,
A quien mas triunfos le tocan.
Dircis, que por mas antiguo

Sois

Sois de la mesa redonda,
Principe, Par, y Caudillo,
Siglos, lustros, años, y horas.
Que por vos es Marte Adonis,
Lasciva Venus, Belona,
Incasta Dueña Lucrecia,
Inconstante Dama Porcia.
Que mientras teneis el Cetro,
La senectud se remoza,
La esteril vega se anima,
El inutil tronco brota.
Que ufana produce Ceres,
Que alegre aibuxa Flora,
Y sin ser Reyna Amalthea,
Pènsiles jaraines forma.
Que al Alva las avecillas,
Sobre el sauce cantan Solfa,
Sobre el alamo gorgean,
Sobre el mirto verae entonan.
Myrra la floresta vierte,
Cinamomo el monte aborta,
Diamantes dà en risa el Alva,
Perlas dà en llanto el Aurora.
Que hacen gratos maridages,
Las fieras mas portentosas,
Celebra el mar Hymeneos,
Ostenta el Zèfiro bodas.
Que sale halagueño el Sol,
Con su mostacho à la moda,

Sin

Sin nube que ſe le atreva,
Sin vapor que ſe le oponga.
Que por dar tapete al Prado,
Dan las plantas mas frondoſas,
Una tempeſtad de flores,
Un torbellino de hojas.
Que vos, Mayo ſois del campo,
Quien lo enriquece, ò lo agoſta,
Quien lo alienta, ò lo deſtruye,
Quien lo levanta, ò lo poſtra.
Eſtas ſon vueſtras hazañas,
Declaradas ya por proprias,
Que ni el olvido las niega,
Ni el tiempo anciano las borra.
Aleguèmos por Ferrando,
Mayo alegre, deſta Zona,
Feliz Primavera en Flandes,
Sol hermoſo deſta Europa.
Que es mas moderno, no hay duda;
Pero mas argenta, y dora
Quien al Oriente dà luces,
Que quien al ocaſo ſombras.
Eſte Mayo, en pocos mayos,
Muchos privilegios goza,
Previſta Deydad le alienta,
Heſperio candor le adorna.
Eſte, el Sol es ſu menino,
El Alva es ſu precurſora,
Y es el dia mas ſereno,

De

De aqueſta perla la concha.
La paleſtra ſe extremece,
Que à quien no admira, y abſorta,
Ver un pielago de dichas,
Ver un golfo de victorias.
Sin numero ſon ſus hechos,
Sus acciones belicoſas,
Dignos de laurel ſus triunfos,
Dignas de palma ſus glorias.
Su natural es divino,
Su condicion milagroſa,
Su compoſtura ſuprema,
Su converſacion heroyca.
Quien viò lebrel arrojado,
Cuya piel, por prodigioſa,
Aſpira à vellon de tygre,
Y eſpira en vellon de onça?
Que por falta de diſcurſo,
O ſe enfurece, ò ſe enoja,
De ver en el tur del Cielo
Correr à la Luna poſtas.
Y ella à ſu arrogancia muda,
Quanto à ſus ladridos ſorda,
De luces la tierra inunda,
De plata las minas colma.
O nube denſa atrevida,
Que llena de vanagloria
Se opone al Sol cara à cara,
Y le embiſte proa à proa!

Mas el celeſte diamante,
Que por ſer tan luminoſa,
Su claridad quiſo el Cielo
Vincularlo por ſu joya.
La deshace en plumas rizas,
La deſminuye en garçotas,
En lluvias la deſvanece,
En vapores la transforma.
O mariposa, que al prado
Sus varios matices roba,
Siendo pintada alcatifa,
La que fue blanca alcàndora.
Que pueſta à la ardiente llama,
Fluctùa el cerco animoſa,
Para ſer deſpojo dèbil,
Lo que fue altanera pompa.
Y el fuego que refulgente
Sus atrevimientos nota,
Ni precipitado ofende,
Ni enternecido perdona.
Pues de aqueſta miſma ſuerte
A aqueſta Luna Eſpañola,
A eſte claro Sol del Auſtria,
A eſta llama vencedora.
El que ſe le opone altivo,
El que de Alcides blaſona,
Es, à rayos de eſte Apolo,
Lebrel, nube, y mariposa.

Si es su estrella favorable,
Si es su suerte poderosa,
Si vá en vonança su dicha,
Si va su fortuna en popa.
Fuerça es, Mayo, que os exceda,
Pues su ventaja es notoria,
Su valor mas conocido,
Su calidad mas grandiosa.
Rendidle à Fernando el Cetro,
Entregadle la Corona:
Sea Mayo, y como Rey,
Fueros quite, y leyes ponga.
El solo en el año impère,
Qual la Deidad portentosa,
Que es por gusano, y por ave,
Hija, y madre de sì propria.
Dadle el victor de sus años.
Lleve el grado con la borla,
Los arboles lo respeten,
Las flores lo reconozcan.
A sus años tan felices,
Tocad la sonora trompa,
La caxa la tierra altere,
El clarin los rayos rompa.
Flores el parque derrame,
El Palacio vierta aromas,
Porque goce en holocaustos
Lo que su fama pregona.

Diſelo à ſu Alteza, y como Principe tan perfecto, ſin reparar en la humildad del verſo, premió lo realçado de mi voluntad: porque ſon excuſas de avaros, y malos pagadores, el calumniar al Poeta, y cenſurar ſus verſos, para quedarſe de gratis con ſus obras: pero tienen poco de Xerxes, pues no eſtiman el corcho de agua, y mucho de Midas en guardar ſu dinero. En eſte tiempo gaſtaba yo el que tenia en regalar a mi Miñona, ſin reparar que eran obras hechas en pecado mortal, y que ſembraba en mala tierra. Queriala por lo que me coſtaba, y eſtimábala por ſer muger, y porque al fin avemos nacido de ellas. Mas la tal ſeñora no me eſtimaba, ſino porque la ſirvieſſe de Marqués del Gaſto, y Conde de Cabra. Tenia yo la fama de ſer ſu galán, y otros cardaban la lana. Deciame que me tendria por Idolo de ſu altar, ſi llegára à verme ciego, mudo, y ſordo, y alabando mis dádivas, vituperaba mi perſona: y mientras mas peſos falſos me hacia, queria que yo la eſtimaſſe mas, y la maltrataſſe menos. Pediame unas veces Matrimonio, otras divorcio, y eternamente dinare, y piu dinare: y por darme mas mueſtra de ſu fineza, y obligarme à quererla mas, amaneció un dia en mi caſa, y amaneció veinte en las agenas; por lo qual, mas por vengança, que amor, ò mas zeloſo, que deſapaſsionado, la hice prender à pedimento de ſu tia, y meterla en una tor-

re como à Doña Blanca de Borbon, adonde se sustentaba à mi costa, pareciendome en todo, y por todo al perro del hortelano. Quiso mi dicha, que para apartarme de esta fiera Esfinge, y cruel Lámia, llegasse la alegre Primavera, acompañada del Zefiro, y Fabonio, y lisonjeada de Flora, y Amalthea, la qual, dando esmeraldas à los prados, librea à las selvas, y esperança à los montes, animó las flores, resucitó las plantas, y enamoró à las fieras: por cuya venida, y por averse puesto el Exercito Francés sobre la Villa de Ayre, salió su Alteza à campaña para socorrerla, no quedandome yo en zaga: porque mas queria arriesgarme à ser prisionero de un Turco, que esclavo de mi perversa Dálila, porque mucho mejor me estaba ser burro de una tahona, que consentir que ella me acabasse de sacar los ojos. Despues de varios sucessos que tuvo su Alteza en campaña, unos prósperos, y otros advertos, aviendo vuelto à sitiar la Villa, por averla ganado el enemigo, y hechas fortificaciones tan inexpugnables, que daban terror à los sitiados, fue Dios servido de darle una enfermedad tan de repente, y tan violenta, que le fue necessario retirarse à la Villa de Cortray, quedando el Exercito à cargo de el Varon de Bechk, tan celebrado por sus hechos, como conocido por sus hazañas, y en quien tanto género de alabança, es muy corto à su gran mere-

ci-

cimiento. Hallóſe ſu Alteza tan indiſpueſto, que paſsó fama de que era muerto; y aun huvo perſonas tan incrédulas de lo contrario, que quiſieron ver, y creer, ſin ſer Apòſtoles. Al cabo de algunos dias, fue volviendo en sí, y cobrando mejoría: por lo qual, pidiendome yo miſmo albricias, por depender de ſu ſalud toda mi alegria, y la de eſtos Eſtados, le hice los ſiguientes verſos, tomando el aſſumpto de la gran calentura que avia tenido.

Dìò Fernando entre arreboles, *Soles,*
Brotando ſus pocos Mayos, *Rayos.*
Y ſus lucientes albores, *Explendores.*
Veendo el mal tantos fulgores,
Fue Faeton precipitado,
Que el vuelo le han abraſado
Soles, Rayos, y Explendores.
Tuvo el mal por enemigo, *Caſtigo.*
Dandole ſu atrevimiento, *Eſcarmiento.*
Gozando, pues ſe condena, *Pena.*
Si à la Primavera amena
De ſu Alteza ſe atreviò,
Tenga, pues lo mereciò,
Caſtigo, Eſcarmiento, y Pena.
Si nunca reſerva el mal, *Cardenal.*
Mirarà que es el triunfante *Infante.*
Y que es en todo, y en parte *Marte.*
Mas ya abatiò ſu eſtandarte,

Quando admirò su virtud,
Porque tuviesse salud,
Cardenal, Infante, y Marte.
Goce en edades lozanas, *Semanas.*
Y à despecho de Olandeses, *Meses.*
Y para azote de extraños, *Años.*
Pues à España evita daños,
Porque el mundo se alboroce.
Viva siglos, y en paz goce
Semanas, Meses, y Años.

Estos le aliviaron alguna parte de su tristeza: y hallandose algo convaleciente, le pusieron en camino de Bruselas, para dar con él en la gloria. Llegó à esta Corte, que se le mostró ufana, y regocijada de verlo con algunas premisas de salud, aunque despues volvió su regocijo en sentimiento, por verlo recaer con menos esperanças que tuvieron en la caída. Al fin, quiso el Cielo llevarse lo que era suyo, dexando à estos Estados sin Principe que los gobernasse; à España sin Infante que la socorriesse, y à los Soldados sin Padre que los amparasse. Contar el sentimiento que hizo esta Corte, y todos los Países, Principes, y Señores de ellos, y todas las demás Naciones, fuera proceder en infinito. Solo diré, que como yo, puesta cada cosa su tanto, perdia mas que todos, estuve tres dias sin comer, ni beber, hechos mis ojos dos fuentes,

tes, y mi corazon un centro de ardientes ſuſpiros: y por ſatisfacer en algo tanta merced, y beneficio, como me avia hecho, compuſe una gloſa fúnebre, para poner en ſu real túmulo, que es la ſiguiente:

SI la libertad llorais,
Ojos, que perdido aveis,
Aunque mas lágrymas deis,
En vano las derramais.

OJos, una muerte eſquiva
Le diò fin al ſufrimiento,
Porque un fuerte ſentimiento,
Vueſtra libertad cautiva:
Y ſi el gran dolor os priva,
Del curſo que exercitais,
El raudal no ſuſpendais,
Pues viendo tales deſpojos,
No ceſſeis de llorar, ojos,
Si la libertad llorais.
Si en ſu bella juventud
Adquiriò renombre eterno,
Si aplaudiſteis ſu gobierno,
Si admiraſteis ſu virtud,
Si viſteis ſu rectitud,
Si ſu fama conoceis,
Si ſabeis lo que perdeis,
Llorad, que ſerà tibieza;

No llorar la gran riqueza,
Ojos, que perdido aveis.
Cortò un golpe de guadaña
Cetro, y Corona de gloria,
Llevò el Cielo la victoria,
Y perdiò su Infante España:
Y aunque el Cielo su luz baña,
Pues yaze el cuerpo qual veis,
Llorad, ojos, no cesseis,
Pues à deuda tan debida,
Solo pagais con la vida,
Aunque mas lágrymas deis.
El alma en celeste vuelo
Partiò triunfante, y ufana,
Porque flor tan soberana
No era flor para este suelo:
Llorad, ojos, con desvelo,
Pues ya al Orbe lo inundais:
Y aunque mas lagrymas dais,
Son pocas, y no me espanto,
Que si no es eterno el llanto,
En vano las derramais.

Al quarto dia me apretò la hambre, aunque fue mas fineza en mi el averme passado sin beber, que sin comer, imaginando, que mis lágrymas no lo avian de resucitar, y que no era cosa decente llorar por quien estaba pisando rayos de luz, manojos de estrellas, y racimos de luce-

ros.

pos. Dixe: El muerto à la hueſſa, y el vivo à la hogaza: y entrando en un penitente bodego, al compás de Dios te tenga en ſu gloria, henchi todos los vacios, y refreſqué todos los ſecanos, y deſpues de averme animado, ſali à deſiſtir peſares, y à buſcar mi vida. Como me veían ſin ſeñor, ni amparo, todos huían de mi, à todos enfadaba, y mis gracias eran deſgracias: nadie conocia à Eſtevanillo, ni nadie ſe dignaba de llegarme à hablar, como ſi yo huviera ſido Doctor, y errado la cura de ſu Alteza. Viendo, pues, que aun mi moza ſe me hacía de pencas, deſpues de averla ſacado de la priſion, y que queria que mandaſſemos à ſemanas, y que calçaſſemos los calçones à meſes, me determiné de irle à hablar al Conde Traun, que eſtaba en eſta Corte por Embaxador Extraordinario de la Mageſtad Ceſarea, al qual le ſupliqué, que le eſcrivieſſe à mi amo el Duque de Amalfi, de como avia quedado huerfano de tan Gran Principe, ſin herencia, y reformado: que ſi guſtaba ſu Excelencia, que ſe cantaſſe por mi aquella copla, que dice: Vuelve à caſa pan perdido. El qual no ſe deſcuydó en hacerme merced, pues en el primer correo tuvo reſpueſta de mi amo, el qual le ſuplicaba me enviaſſe à Alemania, que era donde ſe hallaba ſu Excelencia, con la mayor brevedad que pudiera. Enviòme el Conde à llamar con un criado ſuyo: dio-

diòme la orden que tenia, y mandó, que me pu-
ſieſſe en camino, y me dió para el gaſto dél. Paſ-
ſó la nueva por eſta Corte, y empezó ſu burge-
ſia à llover embargos ſobre mi, y à querer ha-
cer arreſtos, ſin aver en todo mi apoſento ſobre
qué tropezar, ni Alguacil que me prendieſſe, ni
Carcelero, que me quiſieſſe recibir en ſu priſion.
Salió contra mi una querella de una vidriera, à
quien, deſpues de averle quebrado muchos vi-
drios, le avia dado una cuchillada. Eſtando de
tres dormidas, como guſano de ſeda, pediame
una patrona el menoſcabo de una cama, por-
que eſtando una noche acoſtado en ella, y qual
digan dueñas, ſoñando que vertia aguas en la
proa de una galera de Malta, le inundé todos
los colchones. En efecto, no quedó vinatera, ni
cocinera de tripa, y callo, que no cargaſſen à
moleſtarme. Yo, ni negando la deuda, ni ofre-
ciendo la paga, les prometia ſatisfaccion, antes
de hacer mi viage: y al cabo, y à la poſtre que-
daron ſatisfechos de quien yo era, porque que-
dára yo muy deſairado, y no ſe eſtimára mi ca-
balleria, ſin pagar à mis acreedores, porque ni
tuviera quien me cortejára à todas horas, ni
quien ſe acordaſſe de mi en todos tiempos. Fui-
me à deſpedir de D. Franciſco de Melo, que eſta-
ba por Governador de eſtos Eſtados, y de todos
los Señores, aſsi del Pais, como eſtrangeros, y
aviendo juntado muy buena agarrama, por reſ-
pec-

pecto del dueño à quien iba à ſervir, me fui à decirle à Dios à mi querida Belerma, y à derretirme con ella, como ſi fuera Portugués: y deſpues de averle dado con que poder paſſar muchos dias, y de aver hecho muchas finezas, y ſentimientos de la forçoſa partida, le prometí de que daria muy preſto la vuelta por ſolo verla, y regalarla; y que ſi avia de ſentir mi auſencia, y guſtaba de que me quedaſſe, obedeceria ſu guſto, y deſpediria las poſtas. Ella muy ſonriendoſe, y reventandole por los ojos rayos de alegria, por quedar en ſu libertad, ſin tutor, ni curador de ſu vida, y milagros, me reſpondió: Señor Eſtevanillo, que vueſſa merced ſe vaya, ò ſe buelva, que ſe quede, ò no pour moy es tou un. Y aunque tal deſpejo, y deſvio, declara el corazon mas firme, y conſtante, à mi ſe me encendió de tal ſuerte, teniendo ſus ofenſas à favor, que Salamandra de ſu fuego, ſentia cada inſtante encenderme en la lumbre de ſus ojos, y guſtaba de eſtar hecho Tántalo de ſu belleza; porque es muy de mugeres, como la tal, deſeſtimar à quien las regala, y idolatrar à quien les quita lo que tienen, y les dá muchas bofetadas; y de hombres como yo, perder el juicio, y gaſtar la hacienda, por quien no lo agradece, ni ſabe guardar fé, ni lealtad; pero al fin, era yo tal como ella, y ella tal como yo. Pudo mas en mi el ir à buſcar à mi amo, que no la priſion de mi li-

bertad, ni el estar en la gloria de Niquea: y dexandola en un Monasterio, mas por fuerça, que de grado, tomé las prevenidas postas, y repitiendo al son de su trote, à Dios Bruselas, passé à Namur, Marcha, y Lisel, adonde despues de romper los cristales de la Musela, y fatigar el bosque de Crucenáque, y desempedrar las calles de Huvormes, Franquendal, Espira, y à Donaverta, Plaza del Duque de Baviera, adonde me embarqué en el caudaloso, y nombrado Danuvio, cuyas rápidas corrientes bañan el Reyno de Ungria, y con soberbia de golfo desembocan el Mar de Constantinopla: desembarqué me en Viena, harto cansado de aver ido sobre elemento tan prodigioso para todos, y de tan poco provecho para mi: y antes de descansar, ni tomar posada, fui à visitar las Cesáreas Magestades, teniendo orden del mismo Emperador, assi que entré en su Real sala, que no hallasse cosa que tocasse à su Alteza Serenissima el Infante Cardenal, por el gran sentimiento que hacia, quando lo oia nombrar la Cesárea Magestad de la Emperatríz su hermana. Holgaronse de verme, y de oirme, y haciendome aliviar el mareamiento de mi embarcacion, fui à besar la mano al Marqués de Castél-Rodrigo, que estaba por Embaxador Ordinario de la Catholica, y Real Magestad, y por su primer Plenipotenciario para el tratado de las paces: el

qual procediendo, como tan gran ſeñor, me amparó, y honró, no por quien yo era, ſino por el valor de ſu Excelencia. Eſtuve algunos dias hecho Caballero feſtejador, y revidor general de quanto me daban, mareandole de tal ſuerte la cochinilla del gracejo, que no trocára mi oficio por el mejor gobierno. En eſte tiempo partió mi amo por la poſta del Exercito Imperiel, para venir à Viena, y teniendo yo noticia de ello, le ſali à recibir al camino: y echandome à ſus pies, le pedi perdon de aver dexado tres años ſu ſervicio, dandole por diſculpa aver quedado enfermo à ſu partida, y el aver entrado à ſervir un biznieto de Carlos Quinto, hijo de un Rey de Eſpaña, y hermano de el mayor Monarcha del Orbe. Hizome levantar, y cubrir, y dixome, que ſe hallaba indigno de recibir en ſu ſervicio à quien avia tenido por dueño un tan gran Principe. Entró ſu Excelencia en la Corte, y aſsi que ſe apeó en ſu Palacio, me mandó que tuvieſſe cuydado de viſitar todos los oficios tocantes à la bocólica, y que yo los ajuſtaſſe de ſuerte, que fuera bien ſervido. Yo, no ſolo tomando el mando, ſino el palo, que aſsi lo hacen los que no han ſido nada, y llegan à verſe en bragas de cerro, hice viſita general en cocina cantina, y potajeria, y los meti de tal manera en pretina, que decian, que me avia dado mi amo el pié, y me avia tomado la ma-

no;

no: y al fin quise ser tan racto veedor, que me enemisté con todos los de casa, desde el mayor al menor: los unos, porque les quitaba el mando; y los otros, porque les quitaba los provechos. Cantabame un criado, à quien no le avia tocado la residencia, todas las veces que me encontraba, mal lograda fuentecilla, detén el passo, y auvierte, &c. En efecto tuve un poco de buen tiempo en aquella Corte, teniendo muchos provechos de dádivas fuera de casa, y muchos regalos dentro de ella: pero en lo mejor de él, se fue mi amo à gobernar las Armas Imperiales, por muerte del General Fran Alberto, quedandome yo enfermo del mal de los ricos: porque como me vió la fortuna puesto en razonable estado, quiso, mostrandose liberal conmigo, que demás de un millon de arrobas que avia bebido, le pagasse una sola gota de pension, porque tambien ella reparte en la jurisdiccion de los cuerpos sus millones, y alcavalas; y algo se me avia de pegar à mi de andar entre Principes, y Señores. Apenas avia mi amo salido de casa, quando se conjuraron contra mi todos los criados de ella, por aver sido mequetrefe, metiendome en aquello que no me tocaba, ni era perteneciente á mi oficio. Llegó à tanto su atrevimiento, quizá por verme medio tullido, que aviendome un dia sentado en la cocina, por gozar un poco del calor del fuego, llegó,

gò el cocinero, y echandome, como à Luzbel, de la silla abaxo, enarboló, en lugar de espada, un assador, y pienso que se quedó en solo el amago, por ver, que al tiempo de quererme levantar, me dió un pícaro de cocina tal sartenazo en la mitad de la cabeza, que à no ser de llano, me dexaba para siempre libre de la enfermedad de la gota; y no parò solo en esto, pues una criada barrendera, con quien no auia usado de mi comisión, descargó sobre mis hombros media docena de escobazos, con que me obligó à besar dos, ò tres veces la tierra, sin ser parte sagrada. Acudiò el Mayordomo al son del paloteado, y despues de averse holgado infinito de verme aporreado, y tendido en el duro suelo, dandoles à todos razon, y à mi baldones, me puso de pies en la calle, dandome con las puertas en la cara adonde se me vino à la memoria aquel sentencioso adagio, de que en sucia del Conde, no mates al hombre. Yo, temiendo que pluvia, que avia empezado en palos, y sartenazos, no acabasse en torbellino de sangre, animandome lo mas que pude, tomé la posta, y me fui à buscar à mi amo, al qual hallè al cabo de algunas jornadas en la Morávia, en una Villa llamada Helbruna, adonde le di mis quejas, y criminé lo que avian hecho en mi contra los criados. Mas aunque me hizo mucha merced, y me prometió dexar vengado,

do; al cabo de la jornada, se quedaron todos ellos en casa, y yo con mi sartenazo. Llegó à aquella Villa con su Armada el Archiduque Leopoldo, y juntandola con la de mi amo, hizo Plaza de Armas general. Diò su Excelencia un grandioso banquete al Archiduque, y à todos los Cabos de la Armada, por agasajarlos; y porque corriessen parejas su valor con su grandeza, bebióse en él a lo Alemán; pero yo, sin ser la Torre de Babél, bebí en todas lenguas, caí de todas maneras, y dormí de todas suertes. Otro dia muy de mañana marchamos en seguimiento del Sueco, el qual nos tenia sitiada una Plaza en la Silesia, llamada Brique; pero siendo advertido el enemigo de la gran resolucion que llevaban el Archiduque, y mi amo, de socorrerla, aunque se arriesgasse el perder la Armada, no ossando atender à tan valiente determinacion, se resolvió, con hallarse muy fortificado, no solamente en levantar el sitio, pero en dexarnos libre una Villa, llamada Nais, que està à quatro leguas de Brique, despues de averlo puesto fuego por quatro partes, sin aver emprendido por ninguna. Y aviendo sido informado el Archiduque de mi amo lo diligente que yo era, y la confiança que en diferentes ocasiones se avia hecho de mi, y la merced que me hacia su Alteza (que esté en gloria) quando estuve en su servicio, me mandó, que haciendo

do oficio de correo llevaſſe eſtas buenas nuevas à ſus Ceſáreas Mageſtades. Llegué à Viena à toda diligencia, y apeandome en el patio del Palacio Imperial: di el deſpacho al Conde Buchaim, que hacía oficio de Camarero Mayor, queriendo mas uſar de las obligaciones de correo, que de las preheminencias de Gentil-hombre entretenido. Regaláronme todos los ſeñores de Palacio, y criados de importancia, porque demas de mi buen humor, ſervia de correo de buenas nuevas. Mandóme dar ſu Mageſtad Ceſárea una cadena de oro de harto precio, y que ſe me deſpachaſſe con nuevos pliegos à la Armada, adonde volví con mucha brevedad, y ſervi en ella toda la campaña el oficio de correo: advirtiendo al poſtillon, que corriere eſtos renglones, por ſi eſcrupuléa ſobre el nombre de Armada, ò Exercito, que en Alemania ſe apellida de eſte modo: y que quando no fuera aſsi, nadie me puede quitar que yo la llame como quiſiere, porque lo que ſe eſcribe de veras, no goza la libertad, y privilegios de lo que ſe compone en chança. Sitiamos una Villa, llamada Gros, Glogau, que eſtà en el fin de la Sileſia, y en los confines de Polonia, y de Pometánia, adonde mi amo viſitaba muy amenudo las trincheras: y por probar mi valor, aunque ya tenia harta noticia dél, me llevó una mañana conſigo, mas forçado, que de voluntad,

diciendome, que me queria hacer un valiente Soldado, siendo cosa irremediable, sino es quitandome el pellejo como a culebra, y volviendome à hacer de nuevo. Esguazamos una ribera llamáda Odra, que passa por medio de la assediada plaza, y llegamos cerca de las murallas, desde adonde el enemigo nos enviaba colacion de valas sin confitar, y de peladillas amargas. Yo, empezando por el Credo, y acabando en los Articulos, le dixe a mi amo, que no me agradaba mucho aquel almuerço: que me dexasse à mi ir à nuestro quartel, y que traxesse otro criado, que yo le renunciaba mi parte del honor que avia de ganar en aquella accion. El me respondió, que de aquella suerte ganaria opinion, y me haria memorable, que tuviesse buen animo. A lo qual le repliqué: Certifico à V. Excelencia, que no me falta otra cosa, y que yo no busco en este mundo pundonores, sino dineros en serena calma, sin sirtes, ni baxios. Apenas acababa de pronunciar estas ultimas razones, quando nos tiró la Villa un cañonazo tan derecho, que à baxar la punteria, nos llevaba à los dos de bola, ò a uno de calles: y aunque no mostré flaqueza, por estár mi amo delante, quando vi, que poco distante de nosotros hizo à un Soldado volatin de carnaval, dandole remate de vida, no aviendolo tenido de paga, cumpliendo con mi profession, y gustando

mas

mas, que dixeſſen: Aqui huyó, que no: Aqui cayó, me afufé con tal donayre, que parecia el ſuelto caballo, à quien movian tantos vientos como eſpuelas. Llegué al quartél con una tilde de vida, y menos de aliento: ſubíme al pajar, y ſepultéme en la paja: al cabo de una hora vino mi amo, y preguntando por mi, le dixo un page, que me avia pueſto en la pajada à madurar como niſpero. Mandóme baxar, y llegando à ſu viſta, no limpio de polvo, y paja, me dixo: Picaro, como ſois tan cobarde, que me aveis dexado, y à viſta de una Armada aveis vuelto las eſpaldas, y pueſtoos en huida? Yo le reſpondí: Señor, quien le ha dicho à V. Excelencia, que yo ſoy valiente, ò en qué ocaſion no lo he hecho mucho peor que oy? Si V. Excelencia me envió à llamar à Flandes, para que le ſirvieſſe de Soldado, eſtá mal informado de mis partes, porque como otros ſon Archipreſtes de Presbyteros, yo ſoy Archigallina de gallinas.

Obligóle la reſpueſta à convertir ſu enojo en placer, y a diſculparme de lo ſucedido.

*** *** *** ***
*** *** ***
*** ***
***

CAPITULO DECIMO.

En que prosigue el fin que tuvo aquel sitio, y del viage que hizo al Reyno de Polonia, y de lo que le sucediò à la vuelta en la batalla de Lipcig, que dieron los Imperiales à los Suecos, y un reencuentro que tuvo con un trozo de vivanderos, y de la vuelta que diò à Flandes, y despues al Imperio.

AL cabo de ocho dias, aviendonos retirado de la plaza, por venir el enemigo con gran poder, su Alteza el Archiduque me despachó à Polonia con dos pliegos de cartas, el uno para el Rey, y el otro para la Reyda su hermana. Tomé la posta, llevando de compañia un ayuda de Cámara del Gran Duque de la Toscana, el qual llevaba la nueva del feliz nacimiento del primogenito de aquel Estado: el qual anduvo tan liberal conmigo, que me hizo la costa todo lo que duró el viage. Llegamos à la Corte de Polonia, adonde se apartó de mi à dar su embaxada; y yo, anticipandome con la mia, me fui al Palacio Real, y di el pliego en mano propria à su Magestad: el qual, como no me conocia, ni tenia aviso de quien yo era, me hizo mil honras, y mandó que me fuesse a descansar, que él tenia particular cuydado de despacharme. Fui al quarto de la Reyna, di el plie-

go

go del Archiduque su hermano; y ya por mis extraordinarias cortesías, ò por advertirle en el pliego la calidad del portador, me mandó cubrir, y en lugar de enviarme à descansar, me mandó regalar, y que cuydassen del señor Embaxador. Dió aviso de ello à su Magestad, el qual se holgó mucho, celebrando con la gravedad, y tesura que le avia dado el pliego. Al cabo de tres dias me despacharon, dandome trecientos ducados para guantes; y enviandole la Reyna à su hermano, entre las demás cartas, una, en que le encargaba, que si acaso me despachasse à los Países baxos, me diesse comissión de traherle unas puntas, y una muñeca vestida al trage Francés, para que sus sastres tomassen el modelo, y le hiciessen de vestir à uso de aquel Reyno, por ser el de Polonia embarazado, y no à su gusto. Recibidos los despachos, y dineros, partí en busca de la Armada, y por no poder entrar por la parte de los confines de Alemania, por estar tomados los passos del enemigo, passé por la Ungria; y aviendo llegado à la Corte Imperial, el señor Marqués de Castél-Rodrigo, Embaxador Ordinario del Rey Catholico, me dió otro pliego de cartas para el Armada: y partiendo con toda brevedad en su alcance, entré en el Reyno de Boemia, y passando por Praga, llegué à Dresdén, Corte del Duque de Saxonia. Allí tomé lengua de la Armada, y me dixeron,

que marchaba la vuelta de Lipcig, en seguimiento de la Sueca. Yo me di tan buena diligencia en seguir aquella derrota, que à las veinte y quatro horas, una legua de Lipcig, descubrí à las dos Armadas, puestas en batalla campal, y dandose muchos bodocazos, y cuchilladas. Aqui fue adonde el señor Correo perdió todo el brio, y quedó mas cortado que una cernada. El caballo que llevaba, animado de las trompetas, y caxas, queria embestir con los batallones; y yo aturdido de oir una fragua de Vulcano, y de ver desatadas todas las furias del Averno, queria ponerme en huída. En efecto, estâbamos de contrarias opiniones, yo, y mi camarada el rocin. Temia por una parte el perder los pliegos, por venir sin postillon; y por otras dos mil, el perder las ganas del comer, y arriesgar el caballo, que me avia costado muy buen dinero. Era tan grande, y tan espeso el humo que causaba la artilleria, y mosqueteria, y tan copiosa la polvareda que levantaban los alados Ungaros, y Frisones, que no me daban lugar à ver quien llevaba lo mejor. Estuve un gran rato sin determinarme si passaria adelante, ò volveria atrás, porque la gran turbacion que tenia, no me daba lugar à determinarme; pero al tiempo que me quise acercar un poco (sabe Dios con quanto sobresalto) llegó à mi un batallon de los nuestros, diciendo, que perdiamos la ba-

ta-

talla por falta de la Caballeria del cuerno izquierdo; y preguntandome, pues era correo, si sabia algun buen camino donde poder salvarse, le respondí, que dexassen aquel cuydado à mi cargo, y que me siguiessen: y con mas miedo que todos ellos, los alexé de la tremenda palestra, de tal manera, que à la noche los aquartelé en un Village, à veinte leguas de ella, porque si yo fuera tan diestro en los alcances, como en las huidas, ya estuviera escavechado à puros laureles. No fueron tan pocos los que me siguieron, que no passaron de dos mil, con que pudiera blasonar aver sido restaurador de tanta Caballeria. Llegamos à puerto salvo, despues de passar la borrasca, por hallar en el Village una infinidad de vivanderos, que iban à nuestra Armada cargados de bastimentos, ignorando el siniestro sucesso; y aviendonos juntado todos à Consejo de Guerra, para darles un Santiago, y no de azavache, me enviaron à que sirviesse de espia de los pobres demonios, para reconocer la cantidad que avia, y si estaban alerta. Volví al cabo de un quarto de hora, y disminuyéndo el campo contrario, y animando el mio à la empressa, cerrò con tal valor, que si aquella mañana perdió una batalla en campaña, aquella noche ganó otra en poblado, con harto menos peligro, y con mucho mas provecho. En efecto, entraron los amigos à saco: era

un confuso laberynto oir en el peso de la obscuridad de la noche, los gritos de los derrotados vivanderos, los llantos de sus angustiadas mugeres, los clamores, y llantos de sus tiernas criaturas, los golpes de los descerrajados baúles, las embestidas à los sacos del pan, los assaltos à las botas de vino, y el cierra, cierra las arcas de ropa, sin usar de ninguna piedad, ni misericordia, porque como tienen à los vivanderos en opinion que los roban, y que se llevan todo el dinero de la Armada, se avian revestido de Nerones. Yo quise tambien probar la mano, y ganar algunos despojos, pues avia sido guia de los vencedores, y espia contra los vencidos, y dexando à guardar mi caballo à un Soldado, que se me avia dado por amigo, con intento de pescar otro mejor, entre los muchos que llevaban los vivanderos, cargué con mi maleta de pliegos, y llevandola debaxo del brazo izquierdo, metí mano à la espada, y cerré con el esquadron de carros, à tiempo que estaban todos ellos en Cruz, y en quadro, sin que hallasse otra mercancia mas que lágrymas, y ternezas de sus dueños: por lo qual fue fuerça retirarme sin caballo. Y volviendo en busca del mio, hallé, que el Soldado à quien se lo avia entregado, se avia acogido con él, de manera, que me quedé sin el uno, y sin el otro, por ser disparate dexar lo cierto por lo dudoso; de forma, que entre tanto des-

po-

pojador, vine yo solo à ser el despojado, quizá por lo que avia tenido de vivandero. Venida la mañana, marché à pié, cargado con la maleta, siguiendo nuestras derrotadas Tropas, y encontrando con un Coronel, me preguntò, qué como caminaba à pie? Yo le respondí, que en la batalla me avia llevado la bala de un cañonazo el caballo de entre los pies. Dixome, por cierto, Estevanillo, que fuiste dichoso en no llevarte à ti, y que lo puedes atribuir à milagro, y ser buen Christiano de aqui adelante. Marché poco à poco, hecho correo de à pié, hasta llegar à la Corte de Praga, adonde hallé à su Alteza el Archiduque Leopoldo, y à mi amo, que estaban recogiendo la gente que se avia escapado de la passada refriega. Preguntóme su Alteza, como me avia ido en Polonia? Y yo le encarecí las mercedes que en ella avia recibido: y deseando saber la causa de mi venida à pié, le satisfice con decir, que avia llegado à la Armada al tiempo de la batalla, y que animandome de ver à su Alteza opuesto à los peligros, empecé à escaramuzar con las Tropas enemigas, adonde me di à conocer bien à costa de su sangre: pero que aviendome sido forçoso el retirarme, por ver al enemigo victorioso, rendido el caballo, de averme puesto en salvo, me fue fuerça el dexarlo, y venir à pié. Dió credito à todo ello, por ignorar la batalla de los vi-

van-

vanderos. Leyó las cartas, y en recompensa de aver salvado los pliegos, y trahidolos acuestas, me mandó dar para montarme. Fui a ver à mi amo, y contéle lo mismo, aunque como me conocia, no pude (como con los demás) acreditarme de valiente. Envióme otro dia su Alteza con un despacho à Viena, para su Magestad Cesárea, y con otro para los Estados de Flandes, dandome trecientos escudos para el camino. Fuime à despedir de mi amo, el qual me dió otro pliego para Don Francisco de Melo. Llegué por la posta à Viena, di los pliegos, y otros que asimismo trahia à la Magestad Cesárea de la Emperatriz, y al Marqués de Castel Rodrigo. Alli conté maravillas de la batalla, y mentiras, ni vistas, ni imaginadas, ganando mucho mas con ellas, que no gané en Yelves à coger azeituna; y aviendome despachado, me volví à empostillar, y dandome unas pocas de alas el rapáz birotero, resucitando en mi las cenizas del amor passado, llegué en ocho dias à Bruselas, adonde despues de aver dado mis despachos, y hacer mis embaxadas, me salí à passear, y à ver la tia de mi cuydado, la qual me lo acrecentó con unos pucheritos que hizo, lamentandose de la desconsolada vida que avia passado aquel enjaulado Seraphin. Limpiéle las lágrymas con unas doblas que le di (Iris de tales tempestades) para que la sacasse de empeño, y la traxes-

se

se à casa. Partió como una saeta, y yo quedé lastimado de su relacion, guardando el retrato de una penitente Egypciaca; mas presto me consolé por verla entrar por la puerta, pálida como un madroño, flaca como una trucha, y con mas papada que un Canonigo. Por estas señas conoci lo que avia sentido mi ausencia. Abrazóme tierna, y estrechamente, y yo la di los brazos sospechoso, y desengañado, y mas quando vi unos assomos de lágrymas en sus neutrales ojos, que debian de ser por la reclusion passada, ò por la que esperaba entrando en mi poder. Passamos aquel dia con gusto, mas no tanto, que dexamos de tener tres pesadumbres, y en la semana trecientas, por ocasion de que por regalarla, gastaba lo que tenia, y lo que buscaba, y ella por verme tan liberal, lo era tambien conmigo, en darme lo que le pedia, que eran zelos, y mas zelos. Volvi à hacer una visita general à todos los señores de esta Corte, guiandome por la carta de marear de mi antigua lista, aunque por aver sido tan cosario en seguir aquellos rumbos, no necesitaba de ella. Satisfice algunos deudores, por pedirme la deuda con humildad, y ofrecerme de nuevo sus casas con amor; que à quien esto no obliga, ò se precia de muy Caballero, ò de gran tyrano. Visitabanme los amigos que me avian menester: saludabanme los Soldados que me querian pedir, y pegaban-

se-

seme los bravos que me intentaban estafar. Mi Dama, por desquitar algo del encerramiento passado, volvió à hacer de las suyas, y dandoles à todos piques de esperanças, me daba à mi repiques de zelos, y capotes de desesperaciones. Determiné de vengarme por los mismos filos, y de sacar un fuego con otro fuego: para lo qual, aviendome acariciado otra Dama tan buena como ella, y de no menos servicios, y virtudes, y que basta, para decir que tal era, que ella me huviesse acariciado. En efecto, acepté el favor, y en agradecimiento de la mala eleccion que avia hecho, la convidé à merendar fuera de los muros: y por parecer hombre de mi palabra, otro dia la envié à advertir por la puerta que avia de salir, y en el puesto que avia de esperar, y à la hora que avia de ser. Llegado el plazo, me presenté al desafio campal, llevando por armas un gran jarro de vino, y ciertos sazonados manjares: llevé por padrinos un par de amigos, y por portadores de la merienda à mi querida prenda, y à una conocida suya. Al tiempo que llegámos adonde la otra Dama me estaba aguardando, me adelanté un poco, despues de averla abrazado à letra vista, la di à entender, que las dos que venian en mi seguimiento, eran criadas mias: y señalandole la hosteria donde avia de entrar, volví à retaguardia, y le hice creer à la señora mi moza, ser aque-

aquella una persona de merecimiento, y à quien yo tenia muchas obligaciones, y que la avia convidado por averla hallado en aquel puesto. Entramos en la hosteria; y llamando al patron, le pregunté, qué si sabia hacer una ensalada con los tres articulos pertenecientes para salir perfecta? El me respondió, que sino fuera muy buena la que él me daria, que no le pagasse nada de todo el gasto que hiciesse en su casa. Cubrieron la tabla, y poniendome yo, y mi nueva pretensora en cabecera de ella, le empecé à brindar à lo Flamenco, y à dar paz à lo Francés, y à hacerle plato à lo Español, comiendo los dos los mejores bocados. Sintió de tal suerte mi antigua compañera este desprecio, que atragantaba podre por la boca, y vertia ponçoña por los ojos, no porque ella me tuviesse amor, ni sintiesse verme divertido en nuevo empleo, sino por la poca estimacion que de ella hacia en presencia de tanta gente: y lo mas que le llegaba al corazon, era ver, que su competidora le mandaba pedir lo que faltaba en la mesa, y le hacia que escanciasse la bebida. Al fin, pagando agravios de zelos, con venganças de lo mismo, dimos fin à la obra, y principio à la cuenta de el gasto que avia hecho el patron; el qual, ajustando su conciencia, me pidió un patacon, de pan, cerbeza, y ensalada, y de la buena pro. Yo, tomando de la mano à quien me avia servido de

no-

novia en la mesa, me iba, diciendo no era obligado à pagar lo que me pedia, por no aver sido la ensalada à mi gusto. El patron me impidió el passo, pidiendome el escote; y por ver que se juntaba bulla de gente, porque no presumiessen, que por miserable no le pagaba, ò por no tener con qué, me encaré con él, y le pregunté, qué si acaso se acordaba de que me avia dicho, que sino fuera buena la ensalada, que él me daba por libre del gasto que hiciesse. Confessó ser assi; y que no solamente podia estar mas bien hecha, pero que nadie le llevaba ventaja en saberlas acomodar. Yo le respondí: Pues tan gran maestro sois en essa profession, qué tres propriedades ha de tener el que quisiere acertar à hacer la apetitosa, y sin ninguna falta? Replicóme, que él no sabia mas propriedades que de cobrar su dinero, ni mas faltas de que nadie la hiciesse con él en irsele con su sudor. Dixele muy puesto en cólera, pues para que veais que sois un lego, y un idiota en este oficio, el hombre que huviere de hacer una buena ensalada, ha de ser justo, liberal, y miserable: justo en el vinagre, liberal en el azeyte, y miserable en la sal; y pues vivis de presumido, teniendo tanto de ignorante, porque no presuman los que nos están mirando, que lo hago por no pagaros, ni vos os alabeis, que no aveis cumplido lo que me prometisteis; veis aqui el real de à ocho que pe-

dis:

dis: y diciendo esto, lo saqué con un puño de ellos de la faltriquera, y arrojandole con mucha fuerça à unos convecinos jardines, le dixe: De esta suerte se parte la diferencia, y quedamos ambos pagados; y otro dia, sed mas avisado conmigo, y seré yo mas generoso con vos. Celebrando el cuento, y accion los mirones, y el hostelero avergonçado, baxó la cabeza, y volviò las espaldas; pero yo, por andar mas galante à vista de mi moderno galanteo, saqué otro real de a ocho, y llamando al que partia desconsolado, le dixe: Ahora que os hallais convencido, y no me pedis nada, veis hay lo que pretendiais, y arrojandoselo en tierra, me entré con mucha gravedad en la Villa: Acompañé à la Dama visoña hasta su casa, y con mi vieja camarada me retiré a la mia, à la qual, sirviendole de escarmiento el referido desprecio, por no llegar à verle en otro acto semejante, dió en mostrarseme mas apacible, y en darme menos enojos, porque para el veneno, y letargo de zelos, esta es la perfecta contrayerba.

En este tiempo la Condesa de Ulst, à pedimento de mi amo, y por agradar à la Reyna de Polonia, me dió una gran muñeca, vestida à lo Francés que avia hecho traher de Paris. Compré cantidad de puntas de las mejores, y mas finas que pude hallar, en cumplimiento de lo que me avia mandado el Archiduque Leopoldo, y lle-

llegandose el tiempo de poner el Exercito en campaña, salió Don Francisco de Melo, como su General, à visitar las Fronteras, y me mandó que le siguiesse, ó presumiendo que yo era algun gran ingeniero, ó teniendo noticia que era unico minador de jamones, y panecillos. Fuimos recorriendo todas las plazas, y llegando à la de Lila, me despachó como à correo, para Alemania, con pliegos para el señor Marqués de Castel-Rodrigo. Di la vuelta a Bruselas, y por tener ya mas satisfaccion de mi Dama, la dexé en casa de un Mercader, que à saber la buena mercancia que le dexaba, estoy cierto que no la huviera recibido. Dexéle pagados algunos meses adelantados, y todos los vestidos, y galas, que yo mas estimaba, por ser dádivas de su Alteza; y despues de aver dispuesto mis negocios lo mejor que pude, y despedidome de mi Infanta Palancóna, y de los amigos del trago, tomé la posta, y empecé à desmoler lo que avia comido, a sudar lo que avia colado, y à trocar en el trabajo del camino la vida palaciega de la Corte. Parti de Bruselas en el mes que los enamoradores sirven a sus amores: y divirtiendome la variedad de las flores, la hermosura de los campos, el susurro blando de los despeñados arroyuelos, y el gorgear de las sonoras aves, llegué à Viena, y entregando los despachos que llevaba, por hallarme desocupado, y por to-

comar algun descanso de tan dilatado camino, trocando el oficio de correo en mi antigua dignidad, en achaque de entrome acá que llueve, y hace un Sol que rabia, me entraba en el Imperial Palacio, y en las casas, y poladas de todos los señores, unas veces echando lances en vacio, y otras hinchendo la red, tomaba del pecador, como venia, y solo sentia a par de muerte unos pegatostes, que como emplastos de resfriado se pegan a los poderosos, y pensando que lo que me daban à mi, les avia de hacer falta a ellos, me hacian mal tercio, y muchas veces eran ocasion de salirme en alvis, y otras de disminuirme las dádivas. Yo les decia: Caballeros lançarotes, ya que no gozais de la gloria del dar, no impidais el infierno del pedir; y si sois tutores de las haciendas de los señores, sed curadores de sus honras, y famas, pues no la gana un poderoso con henchiros a vosotros las balixas, ni à sus criados los jergones, ni con transformarse en Primaveras de galas; pues diferente renombre ganó Alexandro, con dar, que no Heliogábalo con banquetearse, y desperdiciar brocados, y diamantes: y diferente fin tuvo el uno por ser dadivoso, que el otro por ser gloton: y el que dá, imita a Dios; que siempre nos está dando à manos llenas infinidades de gracias, y mercedes; y el que no dá, imita al mismo demonio, que solo nos regala con pesadumbres, y sobresaltos. Despues de aver hecho

mi ronda, di en querer probar la ventura, y enjugar con todos los Titulos, y Coroneles, como si yo lo fuera, ò gozára de sus rentas: y unas veces por venir la mia debaxo, y otras por entrarle à treinta y nueve el ás, me dexaron à escuras de lo que avia ganado en todas mis corredurias, y de las mercedes que me avian hecho en aquella Corte, y de las mercancias que yo avia vendido en ella, porque à tanto extremo ha llegado mi codicia, que no he hecho ningun viage, que no aya cargado de ellas, llevando siempre cosas de poco volumen, y de mucho valor, y de aquello que se carecia en el Reyno adonde llevaba los despachos, pero no hay estreñido que no vaya de cámaras. Al fin, sin poderme aprovechar de las liciones de mis primeros amos, por jugar con gente de Libera nos Domine, me vine à hallar como Juan Paulin en la playa, y tan aborrecido de todos, por la gran pérdida que avia hecho, que andaba como el alma de Garibay, que ni la quiso Dios, ni el diablo; pero por no dar un buen dia à las corrientes de Flegetonte, ni vengança à mis competidores, valiendome de unas resultas que me avian quedado, tomé la posta para ir à la Villa de Passau, junto del Danuvio, Corte del Archiduque Leopoldo; pero apenas avia corrido media legua, quando passando por un ameno jardin, que está cercano al camino Real, me conocieron unos Se-

ñor
dos
bria
yo
lia,
los
vict
uno
par
till
ma
ent
llos
Co
apo
bin
mo
lig
pa
tie
ro
jar
ga
ca
cu
ag
no
de
fe

ñores, y uas Damas, que estaban en él holgandose, y hicieronme, apear à tiempo que se cubrian las mesas de un opulento banquete, y yo por ser rogado, y por aliviar mi melancolía, cerré los ojos, y embestí con platos diversos, y con vinos diferentes, pero entrando de victoria, sali de rendimiento, porque tantos à uno, era fuerça que diessen conmigo al través, y para acomodarme mejor de ropa blanca, el postillon que llevaba por guia, quedó de tal forma, que no lo pudiera guiar à él un Exercito entero: y creo, que à ser convidados los caballos, passaran tambien el mismo detrimento. Corrimos los dos parejas tan iguales, que nos apeamos à un mismo tiempo: comimos, y bebimos à un mismo tiempo, y caímos à un mismo punto. Acabado el banquete, hicieron diligencias aquellos señores, segun supe despues, para ver si nos podia volver en sí, pero advirtiendo que era cosa irremediable, nos mandaron llevar à una praderia, dentro del mismo jardin, adonde estaban nuestros caballos; cargaron con nosotros dos docenas de criados, cantandonos cien responsos, y haciendo cincuenta paradas, y echandonos mil jarros de agua; mas fuera muy poca toda la del convecino Danubio, para apagar tanto fuego. A la tarde, despues de averse holgado muy bien con diferentes instrumentos, se volvieron todos aque-

los Señores, y Damas à la Corte, dexandome encomendado al Jardinero, para que tuviesse cuidado de mi, y de los caballos, y maletas. Quiso mi ventura, que otro dia de mañana acertasse à passar uno de los caballos nuestros, tan cerca de su dueño, que le puso pie con pata, y zapato con herradura. Obligóle el dolor, y la carga, a volver à este mundo, aviendo estado en el paraiso de Baco. Sentóse lo mejor que pudo, por no atreverse a levantar desde adonde no costandole poco trabajo, me despertó. Sentéme tambien a su lado, tan atolondrado como él, y tan fuera de mi, que no reconocia en la parte que estaba, porque imaginaba aver passado de la gran Constantinopla. Preguntéle al postillon, qué quantas postas aviamos corrido? Y respondióme, que à su parecer mas de docientas, segun se sentia demolido, y cansado. Puseme en pie, sirviendome de bordon la cola de uno de los dos caballos: el qual, por no ser cafado, tuvo animo de al son de un medio relincho, darme dos pares de zapatadas, con que dio conmigo en un acopado dicho de una frondosa murta, con que me dexó hecho estatua de Baco en jardin de Flora: y columbrando por sus verdes celosias, que el Jardinero venia ázia la parte adonde estabamos: olvidado del dolor, è imaginando que estabamos en el camino Real, y que él era passa-

gero,

gero, que venia por él, le pregunté, qué quantas jornadas avia desde allí a la Corte de Viena? El, riendose de la pregunta, y ayudandome a salir de mi capilla, me volvió la cara à la parte del Medio Dia, y me dixo: Vé allí V. merced la Torre de la Iglesia Mayor de la Corte, por quien pregunta: por el distrito que hay de aqui allá, puede conjeturar las jornadas que ha hecho despues que salió de ella. Quedéme mas átonito de lo que estaba, por ver el poco viage que avia hecho, pensando, segun me avia dicho el camarada, que estaba a vista de la Villa adonde iba. Dile priesa al postillon à embridar los caballos, el qual, ayudado del jardinero, se levantó, y por ponerles las bridas en las cabezas, se las ponia en las colas, lo de adentro afuera, y lo de arriba abaxo; y por ser conocido de los trotònes, no llevó de la colacion que yo participé. El piadoso Velardo de aquella guerra, viendo que los tragos obligan à lo que el hombre no piensa, lo puso à punto de leva, y nos ayudó à montar en ellos, que entiendo, que no le costó poca fatiga, segun estabamos de pesados. Abriónos la puerta del jardin, adonde se empezó a santiguar mi Catholico postillon, y picando trasero, y amorrando à la parte delantera, tomó el camino de Viena, yendo yo en su seguimiento. El Jardinero, como sabía que no era aquel el viage que yo hacia, nos empezó à dar voces, diciendonos,

que nos volviamos à la Corte. Yo, con darle al postillon mas olas que hay en el estrecho de Magallanes, para hacerlo parar, era darlas al ayre. por lo qual, apretando las espuelas à mi descansado rocin, passé delante dél, y aviendolo detenido, y enseñadole las torres, y murallas de Viena, aun no lo podia persuadir à que iba errado. En efecto, reduciendo el caballo antes que à él, empezamos à hacer nuestra jornada. Llegué al cabo de las diez y ocho à los pies de su Alteza, el qual se holgó de verme, y mucho mas quando supo que llevaba la muñeca, y puntas, que avia mandado traher de Flandes, y pagandome diez doblado de la costa que me avian tenido, dentro de ocho dias me despachó à toda diligencia, con aquel presente, y despachos à la Reyna su hermana á Vvarsovia, Corte de Polonia.

CAPITULO ONZE.

En que cuenta el segundo viage, que hizo al Reyno de Polonia; el desafio que tuvo con un Estudiante Polaco; la llegada à Viena, y partida à Italia, y lo que le sucediò en el camino con un Capitan Alemàn, y los viages que hizo à Roma, y Napoles, hasta llegar à España.

DEspues de aver corrido muchas postas, y passado malos dias, y peores noches, por ir

ir ſiempre zangoloteandoſeme cuaxar, y tripas, por ir el uno lleno de comida, y las otras de los mejores vinos que hallaba, ſin guardar la diſciplina de los correos. Llegué a Polonia, y di mis pliegos, y regalos à ſu Mageſtad Real, ſiendo Embaxador ſin titulo, y Grande ſin ſeñorio. Tratóme, al fin, como Reyna, porque ſiempre he hallado mas afabilidad, y llaneza en Emperadores, y Reyes, que no en ciertos engolletados, que ſe bautizaron en ſu Aldea, y ſe confirmaron, y añadieron un dón en el anchuroſo dominio de Neptuno, y ſe endioſaron en el primer oficio que llegaron à exercer. Todos los ſeñores Polacos, por reſpecto de la merced que ſu Mageſtad me hacia, me cargaban de dádivas, y me henchian de vino, y me trataban de Señoría, con lo qual me hallaba mas hueco que un Regidor de Aldea. Ayudóme bravamente el ſaber la lengua Latina, porque de otro modo huviera ſido impoſsible entender una palabra, por la gran obſcuridad de ſu lenguage; y porque ellos no ſaben de la nueſtra, ſino el dar Señoría, à uſo de Italia, por aver en aquellos Paiſes muchos mercadantes Italianos. Partieron ſus Mageſtades à ſu gran Ducado de Lituania, adonde por antiguos fueros tienen obligacion de aſsiſtir en él un año, y dos en Polonia. Es eſte Eſtado un Pais muy frijſsimo, y de muchos, y muy grandes, y eſpeſos boſques:

particularmente uno llamado Viala-Vexe, en el qual su Mageſtad mató en ſolo un dia ſeis toros ſalvages, tan feroces, que daba horror el mirarlos, y tan barbados que cada uno de ellos podia preſtar barbas à media docena de capones. En qualquiera parte que ſus Mageſtades hacian noche, el Señor de aquel diſtrito les aloxaba, y banqueteaba al uſo Polaco, con tal grandeza, que à mi me cauſaba admiracion, y me parecia coſa impoſsible, que huvieſſe tierra que producieſſe tantos regalos, ni ſeñores, que tan generoſamente dieſſen muestras de ſu poder, y voluntad. Diòle à ſu Mageſtad deſeo de ir à caza de las grandes beſtias que tienen virtud en la uña del pié izquierdo, y llegando à un gran boſque, en muy poco tiempo dió muerte a ocho: y entiendo, que à querer darſe diligencia, pudiera matar ochocientas, por ſer ſitio abundante de beſtias. Yo conſideraba quantas racionales hay mayores que eſtas, y con mayores uñas, y mas virtudes para ſus provechos en las manos derechas, y no hay quien ande à caza de ellas. Yo pienſo que me preſervé en eſta ocaſion, por ſer beſtia pequeña, y andar el Rey à caza de grandes. Marchamos deſde aquel boſque a la vuelta de Groden, Ciudad de Lituania, adonde por venir yo algo indiſpueſto, de aver querido bizarrear en tanta variedad de banquetes, eſtaba malo: por cuya razon ha-

hallandome al cabo de algunos dias algo convaleciente, pedi licencia a ſus Mageſtades, para volverme à Alemania: la qual me dieron con mucha voluntad, y un paſſaporte Real para todo ſu Reyno, y una carta de favor, y recomendacion para mi perſona, para la Mageſtad Ceſarea de la Emperatriz ſu prima, y pliegos para el Archiduque ſu hermano, honrandome para ayuda al viage con ſeiſcientos eſcudos, y con dos riquiſsimos veſtidos a lo Polaco, y con una carroza con dos bizarros caballos (porque caminára con mas deſcanſo, y porque no me dañaſſe el Sol, ni el viento, temiendo no volvieſſe à recaer el ſeñor Embaxador) y una guia interprete, para que me comboyaſſe haſta llegar à los confines de Alemania. Preſentaronme tres ſeñores de los que iban acompañando la Corte, tres caballos, como ſi Eſtevanillo fueſſe alguna perſona de gran puesto, y calidad: pero el ſeñor que es generoſo, no mira el ſugeto del que recibe, porque ſolo ſe atiende al valor del que dá: que el que pone excepciones, ſon achaques al Viernes por no ayunar. Contemplandome tan poderoſo, y en tan alto eſtado, me deſpedi de ſus Mageſtades, y de todos los Señores, y Titulos de ſu Corte, y poniendome en camino, ſalí de Lituania, y atraveſſando todo el Reyno de Ruſia, y paſſando el de Moſcovia, llegué à una Ciudad de el Reyno de Polonia, lla-

llamada Cracóvia, que es adonde se coronan los Reyes de aquel Reyno, y adonde hay gran comercio de mercancias, y muchos Mercadantes Italianos, siendo todo su tráfico, y trato el de la seda. Alli tuve un desafio de los que yo no suelo rehusar, con vn estudiante Polaco, sobre quien beberia mas aguardiente. Yo lo acepté al mismo punto que me desafió, pero por ser de parte de noche, y estar ya bien cenado, y mejor bebido, lo dexé para por la mañana venidera: el qual no excusé por materia, y razon de estado, pues pareciera género de cobardia huir yo de nadie la cara, viniendo con carroza, y criados, y caballos de respeto, y con guia, à faraute. Aquella noche hice provision de esponjas, y estopas, y à la mañana, quitandole à mi faraute unos grandes calcetones de paño que trahia debaxo de unas botas, que le pudieran servir de calçones, le meti en la una de ellas todas las esponjas, y estopas en lugar de escarpin, y calceton, y como quien calafetéa Navios, se las calafeteé muy apretadamente. Dile la instruccion de lo que avia de hacer, y avisando al huésped, y depositando seis doblones, que era el señalado premio del vencedor, le dixe, que recibiera otros tantos de mi competidor, el qual, con bachanal catadura se nos venia acercando. Dió el deposito al patron, el qual nos metió en una sala, que nos vino à

fer-

ſervir de palenque, y eſtacada: diónos à cada uno un jarro de azumbre y media, de la mejor aguardiente que tenia, porque peleáſſemos con armas iguales. Sirvióme à mi de padrino mi ſarante Garci-Ramirez, y al retador otro Eſtudiante, camarada ſuyo. Puſieronos una meſa, y encima de ella dos vaſos pequeños, para que empezaſſemos nueſtra batalla, y dos pipas, y un papelon de tabaco picado, y un candelero con una vela encendida, para que ſe entretuvieran los padrinos, mientras duraſſe la refriega. Declaróſe quedar por vencedor, el que dieſſe mas preſto fin à ſu jarro: hicieronles los Jueces ſalva, para ver ſi avia algun fraude en ellos: y aviendolos dado por juſtos, y rectos, nos partieron el Sol, poniendonos à los dos de frente, en frente, y la tabla en medio, que nos ſervia de valla: y en lugar de trompetas, y de ſon de embeſtir, deſpues de avernos henchido los vaſos, empezaron à enflautar ſus pipas, y à reſollar humaredas. Yo, y mi Eſtudiante nos dábamos de las haſtas bien amenudo, y con lindo denuedo, y como era por la mañana, y el País muy frio, y en el rigor del Invierno, apenas dábamos lugar à que los padrinos tuvieſſen tiempo de eſcanciarnos, porque aun no eſtaban llenas las ampolletas, quando ya eſtaban vacías. Jugaba tan bien de la chica mi Eſcolaſtico, que ya reconocia yo ſuperioridad: y à no averme vali-

valido de ardides, quedára el campo por suyo; por llevarme mas de seis vasos de ventaja, aunque se veia ya tan fatigado del peso de la cabeza, que la reclinaba à menudo sobre la tabla, y desconociendo à su compañero, se le antojaba la vela cirio Pascual. Quando yo vi que se avia llegado la ocasion de conseguir mi intento, haciendole señas à mi compañero, se acercó ázia la vela, en achaque de encender la pipa, y en lugar de despavilarla, la dexó à buenas noches: empezóse á lamentar, por la gran falta que les hacía à los dos, y el padrino contrario, haciendo del cortés, tomò la vela, y fue à encenderla. En el interin, viendo à mi competidor, que estaba amorrado sobre la mesa, como jugador trasnochado, y perdidoso, dandole un baño de aguardiente à su bota, dexó el jarro, con menos de medio quartillo, quedandole agradecidas botas, estopas, y esponjas, del buen desayuno que les avia dado. Vino al punto el camarada, y tomando cada uno su pipa de tabaco, mi faraute, aun antes de dar fin a la suya, dixo, que le parecia que iba muy despacio la procesion, y que los combatientes estaban bien bebidos, y calientes, y los padrinos muertos de frio, y en ayunas, y que assi queria ir à hacer que les traxessen de almorçar à costa del que perdiesse. Respondiò el otro, que hablaba muy bien, y que pedia razon, y justicia, y que quanto an-

antes fuera seria mejor, porque se las pelaba de hambre. Salióse mi faraute de la sala medio chillando la bota: fue a pedirle al patron que aderezasse, con mucha brevedad, de almorçar para dos, y en el inter se fue à nuestro aposento, y se quitò la vizma pródiga, y limpiando la bota lo mejor que pudo, se metió en ambas sus calcetones, y volvió con lindos apetitos, y con un muy buen almuerço. Cubrió el patron la mesa, haciendo detamorrar à mi contrario; y yo, diciendo que tambien queria almorçar, me levanté, y brindandole al patron à la salud de quien lo avia de pagar, levanté el jarro, y chupando gotas por hacer detencion, y quitar sospechas, me estuve gran rato tragando mas ayre, que Brandevin; y dando fin à lo que avia quedado, empecé à publicar la victoria, y à pedir el premio de ella. Dieronme todos por vencedor, y entregandome el patron los doce doblones, me senté muy despacio à almorçar con los padrinos, sin que el rendido estuviesse de provecho para podernos ayudar. Reconocieron lo que avia dexado en el jarro, y aun apenas era un quartillo, el qual se bebieron entre los dos, y los tres dimos fin al almuerço. Despedime del faraute, y despues de averle dado para guantes, prosegui mi viage, atravesando el Ungria, y regalandome con sus fuertes, y sabrosos vinos. Llegué à la Corte Ce-

sà-

sárea, adonde por verme entrar con obstentacion de carroza, y autoridad de criados, y caballos, tuve ciertos bostezos de ponerme un dòn, aunque no fuera yo el primer bufon que lo ha tenido, ni me sentára mal, siendo correo Imperial, y Real, que me llamassen Don Estevanillo; pero porque no hicieran burla de mi, como de muchos que los tienen sin tener caudal con que sustentarlos, me empecé à santiguar, diciendo: Libreme Dios de tan mal pensamiento. Informaronme en Viena de como mi amo avia passado à Italia, y que desde allí se avia embarcado para España: cuya nueva sentí en extremo, por carecer de la merced que me hacia, y que por su respecto me hallaba en tanta prosperidad. Fuime à Palacio à dar à su Magestad Cesárea la carta de recomendacion, que trahia de la Reyna de Polonia, la qual despues de averla leído, me prometió favorecerme en quanto se me ofreciera, y por ser à quatro dias de mi llegada, dia de año nuevo, cobré mi aguinaldo de todos los señores de aquella Corte: los quales me doblaban la parada, por verme Gentil-hombre de carroza; pero por no hallarme con gusto cumplido por estár ausente de mi amo, me terminé de passar à Italia, para ir en su seguimiento; y para ponerlo en execucion, me fui a despedir de las Cesáreas Magestades: y despues de averme man-

mandado dar vna ayuda de coſta, y un Imperial paſſaporte, me honrò la Emperatriz con una carta de favor para el Catholico, y poderoſo Rey de Eſpaña ſu hermano, y mi ſeñor. Deſpedime de toda la Nobleza: y haciendo almoneda de mi carroza, tomé el camino de Italia. Rogòme à la ſalida un Capitan Genizaro, que lo llevaſſe à caballo haſta Milán, pues que llevaba quatro de vacìo, que él cuydaria del que yo le entregára. Imaginé que no me eſtaria mal el ir acompañado tan largo, y peligroſo camino, y mas de un Capitan, por lo qual correſpondì con obras à ſus palabras. Montò encima de el que le pareciò mejor, porque era hombre mal contentadizo, y no poco preſumido, aunque no lo cargò mucho de maleta, porque preſumo, que avia hecho de algun etcarpin de cuero la pequeña que llevaba. Era el tal ſeñor Veintiquatreno en ſus comidas, y no en el paño de ſu capote: y porque yo no entendiera que era modo ahorrativo, me decia, que le hacia mal el cenar de noche, y que era coſa muy ſaludable à la vida humana el dormir deſembarazado el eſtòmago; pero la noche que yo le convidaba, no reparaba en humanidades, ni en embarazos. Paſſamos toda la Styria, y el Tyról, y entramos en País de Griſones, adonde el ſeñor Capitan Aleman me dixo, que él era conocido por aquellos Paiſes,

y

y que podria ser que huviesse allí Señores, ò Soldados que lo huviessen visto en Alemania con su Compañia, y a mi con la esquadra de mis chanças; y que assi importaba a su reputacion, que yo passasse plaza de criado suyo, y esto con un género de gravedad, y un modo de aspereza, que me dexo atemorizado; aunque sabe muy bien el Cielo, que estuve por dexarlo a pie, para que fuesse hasta Milán abordonando con su gineta, si acaso la llevaba doblada en la estrechura de su maleta: pero temiendo no se me alçara a mayores con el caballo, y à mi me diera media docena de muertos por el alquiler dél (porque como se avia salido con no querer sustentarlo, tambien se saliera con lo que se le antojára) callé, y sufrí, consolandome, con que mi nuevo amo comia cada dia una comida muy ténua, y el señor su criado comia tres, y bebia trecientas. Iba, siempre que caminabamos, muy adelante de nosotros, teniendo acaso de menos valer el dexarle comunicar, y yo, y mis criados Polacos nos gloriábamos en irle siempre cortando de vestir, porque obligará un figuron de estos, a que murmure de él el mas Capuchino: porque no hay ley, ni razon que obligue a ser grave a quien ha menester servir, y agradar para no morirse de hambre. Pero oy todo el mundo está lleno de Bartolómicos; pues hay criados de señores, que apenas se har-

tan

tan de lamer los platos, y por verſe con eſperanças de rio, ò con una gala perdurable, tienen mas toldo, que no ſus amos, y mas humos que Alcorcon.

Llegamos à Chavena, adonde me embarqué yo, y mis caballos, y mis criados, y en vanguardia el Capitan mi ſeñor: el qual como me viò que iba algo roſtituerto, y él ſe hallò en tierra de el Rey de Eſpaña, me empezò à echar rodamontadas, como ſi fuera extraña para mi, ſiendo medio Gallego: y patria para él, ſiendo medio Aleman. Convidélo à cenar en Como, diſsimulando el enojo, con intencion de pegarſela en Milán: y porque no ſe deſpartieſſe de mi haſta llegar a él, y ſin reparar en digeſtiones de eſtómago, comiò como leproſo, y bebiò como hydrópico. Otro dia, cumpliendoſe lo que yo tanto deſeaba, entramos en aquella rica, y nombrada Ciudad de Milán, adonde elegimos por poſada la del Falcon. Dixele al Capitan la noche que llegamos à ella, que pagaſſe la comida de ſu caballo, pues demás de aver venido en él de valde, le avia yo hecho la coſta todo el camino, aviendome ofrecido à la ſalida de Viena muy diferente de lo que me avia cumplido. Reſpondiòme, que no ſolamente no queria, pero que ni aun le paſſaba por la imaginacion: que la pagaſſe yo, pues ganaba el dinero à decir gracias, que el ſuyo era ganado à

mosquetazos, y que harta merced, y honra me avia hecho en traherme en su compañia, y de admitirme en nombre de criado suyo. Yo, quitandome de ruidos, como enemigo que soy de ellos, me retiré à reposar muy de espacio, y venida la mañana, me fui à ver a su Excelencia el Marqués de Velada, que era Gobernador de aquel Estado, al qual me quexé muy en forma de lo que avia usado conmigo el esperado Capitan, y Genizaro grave, con que se alegró mucho, por oir el modo con que se lo pinté: y como señor tan discreto, y entendido, despues de satisfacerme con premio la relacion, no quiso que nadie se quejasse de su justicia, y assi me remitió al Auditor General, à quien aviendole yo informado de la mucha que tenia, y que mi Capitan Holofernes eran sus bienes castrenses, movibles, y no raices, y su persona portátil, le embió media docena de Ministros Audienceros, à que lo hiciessen parecer à juicio, ò le arrestassen en la misma posada, estando todos à su costa, y pension en guardia de su persona. Llegué haciendo el oficio de Judas, con los tres pares de alfileres con alma a la posada, y lo hallé lavandose las manos, siendo Pilatos, los que venian por él, y él el que avia de ser sentenciado. Notificaronle el auto, que fue para su gusto peor que de Inquisicion, y mirandome muy de

de eſpacio con ſus Genizaros ojos, y dandome el vos que dán los ſeñores, me dixo, que no dixeſſe mal del dia haſta que fueſſe paſſado, porque aun no avia Sol en peral. En efecto no pude decir mal del preſente, porque fui ſatisfecho antes de ponerſe. Dióme por via de acuerdo veinte eſcudos, y echóme por via de ronca mil amenazas. Vendí los cinco caballos en cien doblas, con que acrecenté el caudal, y aligeré de coſta: deſpedi los criados, porque ſolo los ha de tener quien tiene renta ſegura para ſuſtentarlos; que para matarlos de hambre, y traherlos deſnudos, qualquiera ſe los tendrá. Viendome libre de el Capitan Faraón, y de ſiete bocas Polacas, que eran para mi las de el Nilo en lo rápidas, y borraſcoſas, me ſalí a eſpaciar, y à dar una viſta à la Ciudad, y à dexarme ver: y como iba hecho à lo de Bruſelas, y Viena, que todos me hablaban, y todos me conocian, y en todas partes entraba, y en las mas de ellas tenía provechos: extrañé el nuevo paſſeo, porque todos me miraban, y nadie me hablaba, y en el poco tiempo que me detuve en aquella Ciudad, ſi daba, lo recibian con buen amor; y ſi pedia, me daban eſperanças con buenas palabras: y aſsi por las víſperas ſaqué los diſantos, echando de ver, que no era mercancia la mia al uſo de aquel Eſtado, pues ſolos dos ſeñores compraron, y

gustaron de ella, que fue Don Fadrique Henriquez, Gobernador de el Castillo de aquella Ciudad, y Don Vicente de Gonçaga, General de la Caballeria. Estos fueron los dos peregrinos en esta Jerusalén; pero mas vale pocos, y buenos, pues cada uno de ellos me dió muchas doblas. Supe que mi amo no volvia a Italia, y que me asseguraban, que se avia de embarcar para Flandes; y viendome sin amigos, ni conocidos, ni tener parte donde divertirme, ni entretenerme, di en hacer visitas a costa de mi dinero, y à darme à conocer a peso de mi caudal, y à cebarme en el juego en destruicion de mi bolsa: y sobre todo, en tener amigos que solicitaban mi perdicion. Y para concluir con mi succesfo, digo, que en solo dos meses que jugué como poderoso, que desperdicié como pródigo, y que gasté como heredero de padre miserable, me quedé como en Viena, quando me obligó otro tal disparate como el presente, à ir por la posta à la Corte del Archiduque Leopoldo. Y porque en todo imitára este trance al otro, me despedí del Marqués de Velada, de quien tuve, demás del passaporte, con que poder passar el camino. Salí à boca de noche de la Ciudad, como gran señor, ò como mercadante de banco roto: metime en la carroza que iba à Florencia, adonde nos hallamos una mezcla de todas hierbas, assi de oficios, co-

mo de Naciones; porque iba en ella un Judio de Venecia, un eſmarchazo Milanés, que ſalia à cumplir diez años de deſtierro, una Dama Siciliana, que por ſer antigua en aquella milicia, iba à ſer biſoña en la de Liorna, un Frayle Catalán, que iba à Roma à abſolver de ciertas culpas, y un peregrino Saboyardo, que iba à confeſſar algunos pecados reſervados à ſu Santidad. Llegamos à Bolónia la Graſſa, adonde nos detuvimos dos dias, por ver el gran concurſo de gente que ſe avia juntado, a ver efectuar las paces, y publicarlas entre los Principes de Italia. Al tercer dia caminamos por las montañas de aquella Ciudad, y en ſus confines tuve en una poſada una pendencia muy reñida de voces, y muy quieta de manos, por cauſa de ſer el huéſped tan alentado como yo. Fue la cauſa el pedirme la cantidad de ſeis bocales de vino de ſolo una comida, coſa tan fuera de la medida de mi barriga, y de la quietud de mi cabeza, que me hacia patear ver tan manifieſto robo: porque aunque es verdad, que ſe han viſto mis tripas con muchas mayores ſumas, no ha ſido quedando ellas ſecas, como de preſente eſtaban, ni en la tranquila bonança en que ſe hallaban, ni mi cabeza tan libre de vapores, ni el juicio de lucidos intervalos, ni la lengua tan eſcaſa de pelos, y borrones: mas en efec-

to vino à valer mas su mentira, por estar en su tierra, que mi verdad, por estar en el agena, quedandome al cabo de todo, yo con mis voces, y él con mis dineros; porque todos Países que son de confines, como este lo es de diversidad de Potentados, son los patrones de sus hosterías últimos fines de la sangre, y sudor de los pobres passageros. Llegamos à Florencia, que con justo título empieza su nombre en flor, por ser breve jazmin de las Ciudades de Italia, y nueva maravilla de la Europa, y antigua admiracion del mundo. Quando vi tan espaciosas calles, empedradas de losas Cathedrales, los desperdicios de sobras de bastimentos en la llanura de sus insignes plazas, lo abastecido de carne, y caza, la sobra de fruta, y flores, y lo colmada de agua de olores, y de vinos odoríferos, me quedé suspenso, imaginando, que es poco curioso el que puede, y tiene con que ver esta Ciudad, y lo dexa por negligencia, y que no puede decir, que ha tenido regalo cumplido, quien no ha estado algun tiempo en ella. Y como cada uno se inclina à lo que mas apetece, yo me aficioné de tal suerte à sus vinos, que aun oy lloro el no poder gozar de su admirable, y substancial verdéa. Parecióme, que quien avia visto esta Ciudad, ni le faltaba mas que ver, ni que avia mas que desear. Hice alto en ella, eligiendola por mi Corte, hasta tanto que supies-

ſupieſſe nuevas ciertas de mi amo, y por curarme en ſalud, antes que me apretaſſe la hambre, coſa jamàs conocida en los que ſon practicos en mi oficio. Fui à viſitar al Principe Mathias, hermano de ſu Alteza de Toſcana, ante cuya grandeza fui bien venido, quedando ſu Alteza alegre, y yo contento, por averme conocido en Alemania, quando hice el oficio de ſacamuelas, ſin reparar en mi humilde ſugeto, no pareciendo à los Caballeros gorrones, atrás referidos, ſino à los principes de ſu valor, y calidad, me introdució con ſu Alteza el gran Duque ſu hermano; y deſpues de averle dado parte de las buenas que yo tenia, y de las virtudes, y propriedades, que en mi concurrian, me alcançó licencia para poderlo entrar à ver, y hablar todas las veces que eſtuvieſſe en la tabla. Pero deſpues, aviendo gozado de mi buréo, y conocido mi buen humor, y aviendo ſido informado de un ſobrino de mi amo, llamado Don Franciſco Picolómini, Gentil-hombre de la Càmara de ſu Mageſtad Ceſárea, y Caballero del Habito de Santiago, y Capitan de ſu Guardia Alemana, de como avia ſervido à ſu Alteza Sereniſsima el Infante Cardenal, y y la gran entrada que avia tenido con ſus Mageſtades Ceſáreas, y con el Rey de Polonia, me dió libre facultad, para que lo entraſſe à ver à todas horas, y mandó, que ſe me dieſſen quatrocientos eſcudos, y

todo aquellos que necesitasse para el sustento y adorno de mi persona, todo el tiempo que yo gustasse de servirle. Aviendo gozado algunos dias de tan lucido tratamiento, me embió su hermano, el Principe Cardenal Carlos de Médicis, Generalissimo de la Mar, con un despacho de Cartas à Liorna, adonde de presente se hallaba la Marquesa de los Velez, aguardando orden, y buenos temporales, para embarcarse sobre quatro galeras de su Alteza de Toscana, para passar con ellas à Sicilia, adonde estaba el Marqués de los Velez su marido por Virrey de aquel Reyno. Llegué à Liorna, y en virtud de los despachos que llevaba, salieron aquel mismo dia las quatro galeras con muy próspero viento, en las quales me embarqué por orden que trahia de su Alteza, de ir entreteniendo à la Marquesa hasta la Ciudad de Nápoles. Llegamos à Puzól, quatro millas de la dicha Ciudad, adonde su Excelencia el Almirante de Castilla, que era Virrey de aquel Reyno, la saliò à recibir, y à ofrecerle su Palacio, y hacienda, suplicandoles saltasse en tierra, para poderla servir, y regalar. Y excusandose la Marquesa, por tener la mar en calma, y el viento favorable, se despidieron los dos: y yo, por parecer persona de importancia, hice lo mismo, regalandome su Excelencia, por averla acompañado desde Liorna, con cien escudos de oro.

Aco-

Acogime à mi nuevo retiro de Nápoles, al qual hallé tan fértil, y poderoſo, como lo avia dexado; pero todos los amigos, y conocidos, y paraderos tan trocados, que me causó admiracion, y aſſombro. Fui a viſitar la taberna principal del chorrillo, y halléla tan diferente, y tan en baxo eſtado, que llegué à dudar ſi era aquella la miſma que ſer ſolia. Fuime al quartél de los Eſpañoles, el qual hallé tan deſierto, que parecia ſombra de aquello que avia ſido. Supe en él, como todos mis camaradas, que ſe ſuſtentaban de ſer desfacedores de tuertos, y agravios de Damas de alta guiſa, de hacedores de paces, y alborotadores de pendencias, eſtaban unos muertos en deſafios, otros huídos, y otros en galeras, y otros ahorcados. Fuime à entretener con las Damas, adonde acabé de ver la mayor mudança, que pueden contar las hiſtorias paſſadas, porque las que dexé biſoñas, eſtaban ya jubiladas; las que eran mozas, y ollas, las hallé viejas, y coberteras; las que avia dexado en el amago de la ſenectud, las hallé paſſando plaza de hechiceras, y brujas, y primera, ſegunda, y tercera vez, ſubidas en azotéa, y reſidentes en Corazain. Conſideré, quan breve flor es la hermoſura, y con quanta velocidad ſe paſſa la juventud, y quan à la ſorda ſe acerca la muerte, y qué de mudanças hay de un dia para otro; por lo qual no me eſpanté de ha-

llar

llar en el tiempo de doce años, que avia que faltaba de aquella Ciudad, tanta variedad de mudanças, y tanta diversidad de acaecimientos, y mas en gente que vive muy de priesa, y ellos mismos, como la mariposa, solicitan su fin. Hallandome tan solo, adonde pensé andar muy acompañado de tantos amigos, y camaradas viejas, que avia dexado, empecéme à passear, y gastar conmigo lo que avia de gastar con ellos. Buscaba la mejor fruta, solicitaba la mejor caza, gastaba los mejores vinos, y ordenaba en mi posada, que estuviesse la nieve siempre sobrada. Y teniendo noticia que se embarcaba para España el Duque de Medina de las Torres, Virrey que avia sido de aquel Reyno, me fui al muelle, y me embarqué en su misma galera: el qual, por la nueva conocencia, me hizo una burla, aunque ligera al parecer muy pesada para mis costillas, pues no siendo yo nada libiano, hizo passarme por toda la galera en el ayre, de mano en mano, como si fuera mi cuerpo un saco de paja, dandome despues, para que se me apaciguara el susto del paloteado, una docena de doblas. Tuvimos antes de llegar à Gaéta, una razonable borrasca, y despues de averla passado, llegamos à dar fondo en el ancho, y espacioso muelle de Liorna. Despedime del Duque, y saltando en tierra, tomé la posta para Florencia, adonde di parte à su

ſu Alteza de toda la jornada, y ſucceſſos de ella. Eſtuve alli muchos dias, teniendolos todos buenos, y no paſſando ninguno malo; pero como tenia voluntad de ir à Eſpaña à buſcar à mi amo, por parecer criado de ley, eſtaba con algun género de diſguſto; y aſsi me determiné de pedir licencia à ſu Alteza, el qual me la dió, y un razonable donativo con ella: y deſpues de aver hecho lo miſmo con los Principes ſus hermanos, y recibido ofrendas como de tales manos, tomé el camino de Roma, para ſaber antes de partir à Eſpaña, en el eſtado que eſtaban mis hermanas, por aver infinidad de tiempo que no avia tenido nuevas de ellas; que aunque es verdad, que por mis grandes traveſuras no me avian hecho ninguna amiſtad, al fin eran mi ſangre, y à quien deſeaba todo bien. Al paſſar por Siena, fui à viſitar al Arçobiſpo de ella, hermano del Duque de Amalfi mi ſeñor, el qual, aviendoſe enterado de toda la peregrinacion de mi viage, y de los buenos ſervicios que avia hecho, y quan importante era mi perſona para la República de los Palacios, mandó que me dieſſen, deſpues de averme regalado, cincuenta eſcudos, y cartas de favor para la Ciudad de Nàpoles: Agradecile la merced, y proſegui mi camino.

Llegué à aquella cabeza de la Chriſtiandad, à quien ſiempre hę tenido en lugar de Patria,

por

por averme criado en ella : me fui derecho à mi casa, la qual hallé en poder de segundo possedor. Pregunté en ella à qué parte se avian mudado mis hermanas, y me respondieron, que de esta vida à la otra. Senti sus muertes como hermano, porque solo iba à verlas, para hacerlas obras de tal, arrepentido de los disgustos que las avia dado. Hice pesquisa, para ver si me avian dexado por heredero, y supe, que se avian casado, y dexado hijos, con que me encomendé à la paciencia, y ahorré de lutos. Fuime una mañana passeando à ver el Cardenal Marey, por averlo conocido en la Corte Imperial, estando por Nuncio Apostólico, en quien tuve un buen amparo, y buena estrena. Hizo lo mismo conmigo el Marqués Matey, General de las Armas de su Santidad, à quien yo avia comunicado, y recibido merced en los Estados de Flandes, estando por Coronél de la Armada Imperial, como atrás he referido. Fuile aquella misma mañana acompañando à un jardin, que tiene extramuros de Roma, llamado la Navicella, que demás de ser en hermosura, un prodigio de naturaleza, es de los mas nombrados de la Europa, adonde excediendo la grandeza del dueño con la belleza de aquel Palacio de Flora, y Alcazar de Amalthéa, diò un banquete, que sino excedió à los que hicieron los Emperadores de aquella Corte, por lo me-

menos pudo merecer nombre de competidor; y por lo mas eternizar la fama de tan generoso señor. Y como el Marqués tenia criados de todas Naciones, conducidos de Flandes, y de Alemania, y de su natural, no son ranas, sino mosquitos, y aquel dia todo anduvo sobrado, cargaron de tal manera con los demás criados de los convidados, que transformados en leones, se daban batallas campales unos con otros, sin atreverse nadie à meterlos en paz, por conocer de la suerte que estaban; y aviendo yo salido harto mas cargado que todos ellos, y mas valiente que un gato, viendose apretado, sin recelar peligro, meti mano à la espada, y me puse en medio de ellos, sin saber à qué, ni para qué, tirando à diestro, y à siniestro golpes, que los dexaba aturdidos; pero haciendose todos una gavilla contra mi, sin respetarme por lobo mayor, me dió uno tal rebés en blanco, por ser de llano, que me hizo echar por la boca todo un tajo de tinto. Púsose toda la gente lacayuna en huida, pensando que me dexaban muerto: y yo creo que estaba en vísperas de ello. Empecé à grandes voces à pedir confesion: acertó à hallarse alli un Doctor de Medicina, y llegandose à tomarme el pulso, viendo su grande alteracion, y las bascas, y trasudores, y agonias que passaba, sin informarse de la causa de mi accidente, mandó al Jardinero

que

que hicieſſe diligencia de buſcar quien me confeſſara, porque tenia muy pocas horas de vida. El buen hombre, porque no muriera como un alarbe, eſtando en tierra Chriſtiana, me traxo a grande prieſſa al Capellan de el Marqués, el qual, aſsi que vió el penitente, ſe empezó a reir, por averle dicho que un Doctor me avia deſahuciado, y queriendo ver la herida, de que decian que procedia mi mal, me quitó el ſombrero, y halló limpia la cabeza de ſangre, y ſin mas mácula que un pequeño burujon, cauſado del cintarazo que me avian dado. Preguntó à los que ſe avian hallado preſentes a la pendencia, qué ſi tenia mas heridas que aquella; y aviendole dicho que no, le dixo al Jardinero: Si todas las veces que à eſte hombre le dá eſte mal, le huvieſſen de confeſſar, fuera neceſſario que ſiempre llevaſſe conſigo un Capellan: ſu enfermedad neceſsita de ſueño, y aſsi hagalo retirar a un apoſento, que yo ſalgo por hador de ſu vida, y digale al Medico, que lo deſahució, que eſta dolencia, como es de herida, y mordedura, compete à la Cirujia, y que aſsi, no me eſpanto que aya errado, porque de acertar, anduviera contra el eſtilo de ſu profeſsion. Fueſſe a dar cuenta de el ſuceſſo à todos aquellos Señores, y el Jardinero me metió en una ſala baxa, adonde me hallé à la mañana fuera de peligro, y libre de to-

todo mal. Deſpedime del Jardinero, agradeciendole la amiſtad, que me avia hecho en aver ſido mi enfermero: y volviendome à Roma, me aviſaron unos conocidos antiguos, de como un barrachel avia tenido noticia de mi llegada à aquella Corte, y que andaba en mi ſeguimiento, para prenderme por traveſuras paſſadas: y por no verme en poder de Juſticia, ni pagar pecados viejos, me fuy à Ripa-Grande, y me embarqué en una faluca Napolitana, que hallé de partida, ſin tener lugar de meter ninguna coſa de regalo para la embarcacion. Salimos del Tiber con algun poco de trabajo al deſembocar en la playa; pero hechos al mar, ayudados de un viento freſco, tuvimos un próſpero viage. Avia embarcado un Gentilhombre Romano, que iba en la dicha faluca, un medio tonel de vino, que por ſer amable, ò angelical, lo llevaba de preſente à un amigo ſuyo Napolitano, y tanto lo alabó, y encareció un dia, que me deſpertó la voluntad, y me dió gana de beberlo à la noche, y aprovechandome de mis ardides, y trazas, llegando por la obſcuridad de la preſente à una cala, me arrimé al dicho tonel, y fingiendo quedarme alli à dormir, me ſenté ſobre un banco: y quando eché de ver que todos eſtaban repoſando, quitando el tapadero que llevaba à la parte de arriba con un reforçado cuchillo, y haciendo caballera à una pipa,

que

que llevaba para tomar tabaco en humo, pues sin ser verdugo, le quité la cabeza de los hombros, me puse sobre la mia el ferreruelo, porque si alguno despertàra, no me cogiera con el hurto en las manos, teniendo con ella cubierto el rostro, y tonel, y metiendo la pipa entre los cristales de aquel nectar suavisimo, empecé à chiflar de tal suerte, que no sentí la frialdad del mar, ni el rocio de la mañana. Con este alivio de tripas llegué à Nàpoles, aviendo tenido siempre cuidado de volverlo à tapar bien, y de averle hecho tales salvas, que à aver hallado ingenio con que poder alargar, ò añadir la pipa del tabaco, huviera llegado vacio, aunque, si va à decir verdad, no llegó muy lleno. Desembarquème en el Molopicolo, adonde hallé que estaban veinte y cinco baxeles para hacer viage à España, à llevar gente de guerra, levantada en aquel Reyno, de lo qual me holgué en extremo, por llevar en ellos asegurada mi persona, y muebles. Embosquéme en aquel jardin de Italia, y en aquel abreviado globo, gastando el tiempo que me detuve en él, hasta partir la Armada, en oir comedias Españolas, è Italianas, que son pasto del cuerpo, y recreacion del alma. Entreteniame en ver en el largo del Castillo, la variedad de montanbancos, y charlatanes, la poca venta de sus baduiaques, y la grande multitud de sus arengadas

das prosas, y oyentes noveleros. A este tiempo se hicieron las honras por la muerte de la Reyna nuestra señora; y en feudo de vassallage puse este fúnebre Epitafio en su Real túmulo.

Este de lutos pielago eminente,
Este de gradas Etna relevante,
Este de luces Febo refulgente,
Este de rayos Jupiter tonante,
Este de llamas un Faetòn ardiente,
Este de fuegos Icaro arrogante,
Este de olores celestial consuelo,
Este de voces Cherubin del Cielo;
Es tùmulo Real de una Belona,
Es pyra Imperial de una hermosura;
Es sepulcro feliz de una Leona,
Es urna angelical de una luz pura,
Es triumpho de Isabèl de una Amazona;
Tan santa Reyna, y celestial criatura,
Que dexando en Madrid Reliquias bellas,
Al Cielo se partiò à pisar estrellas.

Iba de quando en quando à ver à su Excelencia el Almirante de Castilla, el qual me mandaba dar cien reales cada vez, como visita de Doctor de Cámara Real. Favoreciame tambien el Conde de Celano, y el Principe de Visnaro, por respecto del Arçobispo de Siena, y de Don Tiberio Carrafa. Di en tener mis

devociones quotidianas, y de visitar todas las estaciones de lo caro, por probar de todo, y dar con lo que tenia en el lodo. Gastaba tan largo, que algunos que me conocian, y otros, que sin conocerme se me avian pegado, pensaban que avian muerto mis hermanas sin herederos, y que venia de heredarlas, que tambien tienen sus pegatostes, los Gentiles-hombres de la buta, como los Generales, y sus Tenientes. Passò de tal suerte la fama de mi ostentacion, y gasto, que se enamoró de mi de solamente oídas, una cortesana recien venida, de razonable cara, pocos años, y menos galas, que con esto se echará de ver de la suerte que anda el mundo; la qual me dixo, llegandola à ver, que se avia inclinado à mi persona, y no à mi dinero. Y aunque me pareció milagro en muger de tal porte, me persuadí tanto quanto à que podia ser verdad; porque tiene tanta fuerça, y virtud la fama del generoso, que demás de ser imán de sus potencias, y sentidos, se lleva tras sí las gentes, piedras, animales, y plantas, como el Musico de Tracia. Y de justa ley, y razon se las avia de llevar tras sí el que es miserable; a las gentes, para escarnecerle, las piedras para apedrearlo; las fieras para que lo despedazassen, y las plantas para hacerlo chicharron. Yo, escarmentado del trato de tales Damas, y no en cabeza agena, sino en la mia propria, me quise excu-

sar;

ſar, por eſtimar mas morir guſtando vinos de taberna, que vivir probando acíbares de zelos; pero al fin no me pude reſiſtir, porque me convirtiò, ſiendo pecadora, con decirme, que no queria de mi otra coſa, mas de que comieſſe, y callaſſe, y que ſirvieſſe de mozo de ciego, en adeſtrar boquimuelles, y en encaminarle contribuyentes. Yo, por probar ſi aquella muger era de otra maſa que las demás de ſu profeſſion, pues no trataba de pelarme, ſabiendo que tenia copia de plumas, aceté la conveniencia con todos los pactos, y capitulaciones que me pedia; y deſde aquel miſmo dia me iba à las caſas de converſacion, y en tratando en materia de Damas, aſſeguraba, que no avia otra como la referida, ni de mejores partes, ni de mayor aſſéo, ni de mas buena converſacion: y de tal manera la alababa, que provocaba à muchos de los oyentes à pedirme que los llevaſſe à ſu caſa, ò à irſe ellos ſolos, por no dar à entender ſu paſsion; y con lo que mas los incitaba, era con decir, que no era coſa mia, ſino que la avia oído alabar à todos los ſeñores adonde yo tenia entrada, y que avia ido con algunos de ellos à viſitarla, y me conſtaba le avian dado muchas dádivas, y regalos, y que avia mas de dos muy picados. Con eſta flor, en tiempo de dos meſes llegò à eſtar tan bien pueſta, y ſe halló tan pretendida, y feſtejada, que no

mirando que la hallé en paños humildes, y que la avia alquilado galas (porque aun para ser una muger mala, ha menester caudal, para que pareciesse lo que yo publicaba) y que me debia el verse en tanta altura, por los testimonios que le avia levantado: me dixo una tarde, que me recatasse de entrar en su casa; y que si me pudiera excusar de no entrar en ella, lo tendria à favor, porque una enemiga suya, aviendo aquel dia tenido una pendencia con ella, le avia llamado de bufona, y que si sus galanes lo llegassen à entender, corriamos los dos muy gran peligro, y ella perderia mucha reputacion. Yo, no pudiendo llevar en paciencia tantos puteriones, y desagradecimientos, alcé la mano, y dile un par de tamboriladas, que no se las dió mejores el Obispo que la confirmó, y haciendo del rufian, le dixe: Dile à tus bravos, que me las vengan à pedir, que Estevanillo Gonçalez me llamo, por mar, y por tierra, medio Gallego, y medio Romano: y echando estas, y otras roncas, me sali à la calle, empuñando la espada, y calando el sombrero; y ella, dissimulando, por no publicar su agravio, me dixo, que aunque se echára con un negro con una geta de un geme me avia de hacer cortar la cara; y aunque le dì à entender, no hacer caso de toda una Armada, fue tanto el miedo que concebì, que cada instante me atentaba el rostro, por ver si lo tenia revana-

do

do, y à cada passo lo volvia atrás, para mirar si venia algun galan suyo en mi seguimiento, ò si salia la criada à tomar la demanda, que pienso, que segun yo iba, y segun mis brios, bastàra ella à dexarla vengada. Y desde entonces, en viendo un negro, me aparto media legua de él, porque temo no venga de su parte a cumplir el favor que me prometiò. Fui hecho una basura de temor, à buscar un par de valientes de los de la fama, de quien poderme amparar: y hallé dos que me dexaron sin ella; porque quien no tiene dineros, qué fama puede tener? Estos tales, por dos desventuradas bofetadas que avia dado, le dieron mas de docientos venturosos bofetones à mi bolsa. Declaréles todo el sucesso, y ellos, encareciendo el atrevimiento, y exagerando el riesgo, me llevaron à hacer consulta de el remedio à la audiencia de una taberna: y despues de aver hojeado los Bártulos de media docena de platos, y los Baldos de una docena de garrafas, me pidieron quatro de à ocho para gastar en espias, y informarse con todo secreto de la agraviada, y de su sirvienta, si se avia querellado à algun galan suyo: y assimismo para andar en seguimiento de los que la entraban à visitar, para ver si en saliendo de su casa venian en busca de la mia. En conclusion, cada dia me daban avisos falsos con personas echadizas, de que avia dado cincuenta escudos à

unos esmarchazos del País, para que me dividiessen la facha, ò me vaciassen: y cada dia se me agregaban mas valientes, para andar en busca de ellos, haciendome contribuyente de todos, por persuadirme, que por sus respectos, y por saber que era camarada de tantos hombres honrados, no se atrevian à ofenderme, y que me convenia andar de dia con escolta, y à boca de sorna con patrulla, siendo todo una mentira, y embeleco, y una publica estafa. Tuve suerte de encontrar una tarde à la criada de la parte ofendida; à la qual, por ir cercado de tanta valentia, me atrevi à llegar à hablarla, no diciendoles quien era, y dandole quejas del rigor de su ama, en pagar à quien me matasse, aviendole hecho tantos servicios, me asseguró con dos mil juramentos, que aun no le avia passado tal por la imaginacion, y que antes estaba muy arrepentida de lo que me avia dicho, y muy pesarosa, porque no avia vuelto à su casa; porque despues que la avia dexado, tenia muy pocas visitas, ò ningunas: y que para que mas me satisfaciesse de la voluntad que me tenia, que leyesse aquel villete que trahia, con el qual avia mas de una semana que me andaba buscando para darmelo, y que la respuesta fuesse el ir yo mismo à desenojarla, porque seria bien recibido, y que ella, aunque pobre criada, salia por fiadora de qualquier riesgo, ò daño, que so-

bre

bre aquel particular me vinieſſe. Recibí el papel, y dandole entero credito à la pucheril Embaxadora, le di un real de à ocho para alfileres, por la buena nueva que me avia dado, y prometiendole, que haria lo que ſu ſeñora me mandaba, me deſpedí de ella, y ocultando el villete, me volví al corrillo, adonde me eſperaban. Fui con ellos à Palacio, dandome por deſentendido de la picardia, que conmigo avian uſado, pues me avian hecho ſentir mas el miedo que avia tenido, que no el dinero que avia gaſtado. Llegamos al Cuerpo de Guardia, y diciendoles que me aguardaſſen, que ſubia à hablar à ſu Excelencia, me aparté para ſiempre jamás de aquella quadrilla de pretendientes de galeras, y ſolicitadores de horcas. Paréme en las eſcaleras à leer el papel de mi bien coſtoſa Dama, el qual decia de eſta forma:

SEñor Gallego Romano,
Hombre de chanças, y burlas,
Que ha probado todos bodrios,
Y campado de garulla.
Mas raìdo que bayeta,
Mas deſcollado que grulla,
Con mas flores que Verano,
Y mas conchas que tortùga.
Poſtillon de Alcalà à Huete;
Gentil-hombre de la bufa,

Reſidente de bodegos,
Y aſsiſtente de bayucas.
Como ingratonazo amante,
Deſpues de darme una zurra,
Y jugar de carambola,
Con quatro mil garatuſas.
Has dexado à tu carraſca,
Quizà por buſcar corruſcas,
Y por chamuſcarme en zelos,
O te guiñas, ò te afufas?
Tortolilla me contempla,
Que en lugar de llanto arrulla,
Por ſaber que aqueſſa flor
Es del berro, ò la de Oſſuna.
Vuelve à caſa pan perdido,
Pues me tienes vagamunda,
Que tu perſona apetezco,
Y renuncio tu pecunia.

No me peſó nada de ver los verſos, aunque por ellos me trataba como quien yo ſoy, y como quien ſu merced era, porque al fin me ſatisfice mas de lo que la criada me avia aſſegurado; y entrandome à viſitar à ſu Excelencia, y coger los ciento del pico, no ſali de Palacio haſta el quarto del Alva, haciendo à mis valientes eſtar toda la noche à eſcuras, y ſin cenar, y aguardandome al ſereno. De alli adelante di en no entrar en quartél, y de no ſalir de los

los Palacios de los ſeñores, hallando por mi cuenta, que ſi durára un mes mas el andar en la compañia que andaba, ſuſtentando el Exercito de vagamundos, que cargó ſobre mis hombros, que me fuera forçoſo volver à exercitar mis antiguos oficios, ò ſentar plaza de Soldado: porque ha llegado à tal eſtado la malicia, que ya no ay deſcuidada madre, que en reconociendo las faltas de ſu hija, y ſobras de nietos, de diferentes padres, como queſos de muchas leches, no ſe conſuele con decir, que no le faltarà à ſu cordera un Soldado con quien caſarla: y el negro del llanto, es, que ſe vienen à cumplir ſus no ſantas profecias. No ay hombre, por baxo, y humilde que ſea, que en viendoſe, que por ſus defectos no cabe en el mundo, ó que no halla quien le dé un bocado de pan, que luego no ſe acoja à la inmunidad de eſte ſagrado. Y aun apenas los tales han ſentado la plaza, quando todos quieren ſer parejos con los demás, que nacieron con obligaciones, à los quales les ſuelo yo decir con la preheminencia de mi chança, que membrillos cocidos, y caracoles crudos, no ſon todos unos. Dexóme la tropa de caimanes tan remotado de cuentas, que llegandoſe el tiempo de la embarcacion huve meneſter vender parte de mi recámara: y por no parecer ingrato à mi abofeteada corteſana, ni faltar à la correſpondencia que debe tener una

per-

persona de mi autoridad, le respondí à su villete el romance siguiente:

Madama, Doña Embeleco,
Mas lamida que alcuzcuz,
Mas probada que piñata,
Mas chupada que orozuz;
Mas batida que una estrada,
Mas navegada que el Sur,
Mas combatida que Rodas,
Mas ganancioſa que un flux.
Tan Circe de los novatos,
Que con saber que eres pu-
Silanime pecadora,
Te hacen todos rendibuy.
Garitera perdurable
Del juego del dinganduz,
Tarasca de las meriendas,
Y del dinero abestruz,
Ya no hay Bras, ni hay pan perdido,
Que à tu gran ingratitud,
Le he cantado yà el per omnia,
Despues de hacerle la Cruz.
Solo estoy arrepentido,
De que te hice la buz,
Y de averme zambullido
Por lastre de tu laud.
A Dios te queda, que parto
A ver à Calatayud,

Por

Por no ſer de tu galera
El forçado de dragud.

Cerré el papel, y dandoſelo à un vinatero conocido mio, ſe lo puſo en ſus manos, ſaliendoſe ſin aguardar reſpueſta, como lo avia ordenado. Fuime à embarcar, por aver tirado la Capitana pieza de leva. Hice llevar mi baúl, obſervando el adagio, que dice: Al embarcar el primero, y al deſembarcar el poſtrero: metilo à lo Principe en la popa de la Capitana, llevando para el matalotage de el largo camino veinte fraſcos de vino, y veinte ſardinas ſaladas, y diez panecillos bizcochados, y otras menudencias de regalos de dulces, para quitar el amargor de la boca, deſpues de las grandes polvaredas. Iba el Armada Naval llena de Infanteria, y Caballeria, levantada en aquel Reyno, para rehacer con ella los Exercitos de Eſpaña, y por Cabo de toda ella Don Pedro de Arellano, Caballero de la Orden de Santiago, llevando en la Capitana, demâs de mi perſona, à muchos Caballeros, y Señores particulares; y particularmente à Don Melchor de Borja, General de las galeras del dicho Reyno, y un Obiſpo de la Orden del Seráfico Franciſco, y al Reverendiſsimo Padre Fr. Juan de Nápoles, General de la dicha Religion, en la Provincia de Eſpaña, y otros muchos Frayles que iban a

ella

ella à Capitulo General, que de presente se hacía. Partimos de Nápoles con viento en popa, y mar en bonança, dexando llena la amenidad de aquella playa de madres, que lamentaban por sus hijos, y de casadas, que lloraban por sus maridos, y de solteras, que suspiraban por sus amantes. Entremetime con todos los señores, y por averme encomendado el Virrey al General, tenia particular cuydado con mi persona; que si como he tenido ventura con señores, la huviera tenido en armas, y en amores, quedára inmortalizado entre los varones heroycos, y entre los amantes de renombre: pero las armas me han desmayado el corazon, y las Damas me han afligido las bolsas. Llevábamos ocho cocineros, que trataban de nuestro regalo, y sirviendo yo de sobrestante de todos, abastecía la mesa, y comia de lo mas sazonado: bebia tan sin compás, que siempre servia de lío en la popa, ù de estrovo en la proa: por cuya razon, los Soldados, unas veces me despojaban sin ser enemigo, y otras me daban humazo sin ser atalaya: y otras me punçaban con alfileres, sin ser morcilla, llegando à tal extremo sus desenvolturas, y mis bien quejados agravios, que mandó el General, que pena de estar seis horas de cabeza en el cepo, quien me llegasse à hacer mal, ni inquietasse mi perdurable reposo: y para mayor defensa, mandó que me pusiessen un Soldado de

pos-

poſta, quando à no poder mas, me reclinàran los vapores, y me atarquinára el ſueño. Llegamos à dar fondo à la Isla de Mallorca, Reyno muy fuerte, y abaſtecido; y ſobre todo, muy barato, y iluſtrado de mucha Nobleza. Salté una mañana en tierra, y por deshechar los frios humores marinos tomé tal lobo terreſtre de aguardiente, que excedí à mi retador Polaco en tercio, y quinto, y al ſalirme à tomar el ayre, por deſiſtir el gran bochorno, ſaliò el aguardentera tras mi, pidiendome la paga de lo que avia bebido. Yo, ſin reſpetar ſus tocas, pareciendome que era algun animal que me ſervia de eſtorvo à mi camino, le di tal envion, que le hice à ſu deſpecho ſentarſe en tierra. Levantóſe como vibora piſada, y cerrando conmigo, me dió tal puñetazo en la barriga, que me provocó à reſtituirle por la boca toda ſu aguardiente, dandole con ello un baño, que la cubrí de arriba abaxo. Ella, hallandoſe afligida, començó à dar voces, y llorar ſu veſtido, mientras yo con baſcas mortales, tomé poſſeſsion de ſiete pies de nueſtra comun madre. A eſte tiempo acertó à paſſar el General, y compadecido de verme rendido, y laſtimado de oir, aunque de lexos, à la remojada aguardentera, mandó que ſe le dieſſe à ella un patacon, y que à mi me llevaſſen los marineros à ſu Capitana, donde fue menester para entrar en ella, birarme con el cabreſ-

breſtante, porque mas puede, y peſa un lobo racional, que no dos irracionales. Salimos aquella tarde de aquel Puerto, y al cabo de doce dias que aviamos partido de Nápoles, llegamos a dar viſta à la deſeada Eſpaña, ſin aver encontrado en todo el camino, ni enemigos que nos perturbaſſen, ni tormenta que nos inquietaſſe, atribuyendolo todos, deſpues de la voluntad del Cielo, à la ventura del General: pues aviendo hecho otros tres viages, ſiempre avia llegado à ſalvamento; que no conſiſte en ſolo tener valor el que govierna, ſino en tener dicha para conſeguir ſus reſoluciones.

CAPITULO DOCE.

En que proſigue ſu llegada à Eſpaña, y de dos ridiculos caſos, que le ſucedieron con una moza de poſadas, y un moderno Ingeniero: de la merced que le hizo ſu Real Mageſtad, y de un nuevo galanteo que le ſucediò en ella, y de los demàs acaecimientos que tuvo, haſta llegar à San Sebaſtian.

DEſembarquéme en Vinaróz, con todos los ſeñores que iban en aquella Armada, y la gente de guerra fue à deſembarcar à los Alfaques de Tortóſa. Púſoſe en camino de Zaragoza Don Melchor de Borja, y yo, por ahorrar de gaſto, y triunfar à coſta agena, lo fui acompañan-

ñando, y por ſer el viage que yo avia de hacer. Llegamos en el fin de una jornada à vna Villa, llamada Hijar, que eſtá en el Reyno de Aragon, y entrando en una de ſus mejores poſadas, por hacer frio, me fui derecho à la cocina, y hallando en ella una adamadilla fregona, olvidado del uſo de la tierra, le tomé una mano, y ſe la besé, y ella corrida de que la trataſſe como à Padre de Confeſsion, ò como à Miſſa Cantano, alçó un trapo de cocina, y dióme tal golpe con él en medio de la cara, que me quitó el ſitio de todo el cuerpo: y al tiempo que trataba de deſagraviarme, y de armar la fullona, me hallé cercado de toda la familia, cerrando de tal ſuerte con el pobre Eſtevanillo, que ſi no acuden al ſocorro los criados de D. Melchor de Borja, vengo à morir de achaque de un beſo. Sacaronme de poder de aquella caterva, y viendome libre de ellos, empecé à decir à grandes voces: O bien aya dos mil veces Flandes, y dichoſo, y bienaventurado quien vive en él, pues alli con la mayor llaneza, y ſencillez del mundo ſe apalpa, ſe beſa, y galantéa, ſin ſobreſaltos de zelos, ni temores de ſemejantes borraſcas; cuya libre preheminencia, y acoſtumbrada comunicacion es cauſa de muchos aciertos en la gente ordinaria, pues obligados los eſtrangeros de la corteſia, y afabilidad que hallan en ſus metreſas, y del amor que todo lo vence, llega una pobre don-

doncella, en virtud del casamiento, à ser madamisela, e infinidad de ellas à madamas. Y diciendo, no hay tal Flandes en el mundo, me retiré al aposento que me avian señalado. Entramos la segunda semana de Quaresma en la Ciudad de Zaragoza, que el que goza de su grandeza, y regalo, puede ser envidiado de todos. Es Corte, y cabeza del Reyno de Aragon, y en esta ocasion custodia, y defensa de Castilla, y resguardo de Navarra: cuya amenidad de campos, y fertilidad de arboledas, aumentando los Anales de su fama, acreditan, y multiplican la inmortalidad de su nombre, y animada, y vanagloriosa de Principes, y Señores que la califican, ha llegado à merecer ser oy segunda Corte de España, y habitacion de su invencible Leon. Supe en ella, como mi amo el Duque de Amalfi, despues de aver recibido mil honras, y mercedes de su Real Magestad, y muchos presentes de sus Grandes, se avia embarcado para Flandes à governar las armas. Senti de tal manera su partida, por lo que yo estimaba estàr en su servicio, y por la falta que me hacia, y por aver hecho el viage en valde: que no sé como no me caí muerto de pesadumbre; pero animandome lo mas que pude, me salí à divertir, y à contemplar el caudaloso, y cristalino Ebro, que con labios de plata besa los pies de los altivos muros de aquella insigne Ciudad, y siendo procreado de las copiosas cos-

corrientes de Navarra, viene à ſervir de eſpejo à eſta antigua Céſar Auguſta, depoſitaria de multitudes de Virgenes, de millares de Santos, y de immenſidades de Martyres. Fui un dia à ſu abundante plaza del Pilar, adonde el Patron de las Eſpañas dexó, à la que ſiendo Emperatriz del Cielo, es Defenſora de aquel Reyno: y deſpues de aver hecho oracion en ſu Templo Angelical, ſali à ver aquel eſpacioſo, y abundantiſsimo mercado, el qual eſtaba lleno de atun freſco, de truchas ſalmonadas, y de mil diferencias de peſcados, aſsi de ſu cercana mar, como de ſu convecina ribera. Aficionéme a unas ſardinas ſalpreſadas, ò ya fueſſe por ſer ſu precio moderado, ò por ſer apetitoſas à la bebida; y comprando media docena de ellas, y una ochena de pan, me retiré à una taberna de vino blanco, que por ver entrar, y ſalir mucha gente de ella, me perſuadi, que no amargaba el bodrio, pues tantos tunantes acudian à la ſopa. Aſſaronme las ſardinas, y à ſolo el olor que daban eſtando en las braſas, me bebí media docena de tazas de vino, y deſpues al ſabor, diez y ocho. Preguntéle à la huéſpeda, quanto era lo que le debia? Y mirandome con mucha atencion de pies à cabeza, me dixo: Vueſſa merced no ſe ha bebido mas de veinte y quatro tazas de à dos dineros: ſi yo tuviera veinte y quatro parroquianos tan buenos oficiales, mi marido fuera en breve tiempo Ven-

tiquatro de Sevilla. Yo le pagué lo que me pidiò, aſſegurandole, que aquello era una niñeria, y un breve deſayuno, para lo que yo acoſtumbraba à beber: y ella, haciendoſe muchas Cruces, me rogò muy encarecidamente, que no echaſſe ſu caſa en olvido, que me daba palabra, que otro dia, por ſolo mi reſpecto, empezaría una bota de vino tinto, que era el mejor que avia en aquella Ciudad. Deſpedime de ella, prometiendo no faltarle, mientras à mi no me faltaſſe el dinero. Salime à la calle del Coſſo, ſegundo Cáſaro de Palermo, y hallé hecho el diſtrito de ſu Cruz, otras ſegundas gradas de San Phelipe, adonde fui conocido de muchos Soldados de Flandes, Alemania, è Italia, con los quales me fue fuerça hacer camarada, por no andar ſolo, y por tener con quien converſar. Eſtaban eſperando à ſu Mageſtad, porque ſe decia que eſtaba de partida en Madrid, para venir à aquella Corte: y en el interin, tambien yo, como pretenſor, y que llevaba carta de la Emperatriz ſu hermana, dimos en viſitar la taberna del blanco, y tinto, aunque mis viſitas eran tan cortas, que alli me ſalia el Sol, y alli me hallaba la Luna. Haciaſe en eſte tiempo, en una Aldea cercana de eſta Ciudad, una fieſta, à devocion de un Martyr de aquel Reyno, à cuya fama acudia mucha gente de toda la comarca; y por no tener que hacer yo, y dos camaradas Sol-

Soldados de Flandes, nos fuimos à divertir, y entretener à la dicha Aldea: y en el camino fue cada uno de ellos diſcurriendo ſobre ſus pretenſiones. Dixo el que parecia de mas autoridad, que ſe avia ocupado todo un año en leer un libro, que trataba de fortificaciones, y que aunque era verdad que no tenia ninguna experiencia, porque avia muy poco que avia venido à ſervir deſde el Reyno de Nápoles, ſu Patria, que tenia tan en la memoria todo lo contenido en el libro, que ſe atrevia à decirlo, ſin errar una ſylaba, tan bien como el Ave Maria, y venia à ſuplicar à los ſeñores del Conſejo de Guerra le dieſſen licencia para ſentar plaza de Ingeniéro, y gozar de el ſueldo, que gozaban los demás de aquel genero, que lo que à él le faltaba en experiencia, le ſobraba en ciencia. Dixo el otro compañero, que él avia ſervido en la Caballeria, y que en la batalla de Rocroy avia ſido ſu compañia desbaratada, yendoſe él retirando para ampararſe al calor de nueſtra Infanteria; un Teniente de nueſtras Tropas, penſando que era Francés, por ir en tal trage, por ſer habito mas deſembarazado, y libre que los demás para hacer el amor, y montar à caballo, le avia ſeguido, y dado un piſtoletazo, y dos cuchilladas: y que deſpues de averſe librado de ſus fieros golpes, y pueſto en ſalvamento, en virtud de aver tenido buen caballo, y dado al diablo el

primer inventor de trages agenos, siendo tan bueno, y honesto el suyo, que avia pedido licencia, por aver quedado estropeado del brazo derecho; y que aviendo llegado à Madrid, y presentado sus papeles ante los señores de el Consejo de Guerra, por no aver sido las heridas dadas por el enemigo, en castigo de querer ser arrendajo de Francés, y vestirse de Dominguillo, con porpuen estrecho, y con gregueſcos con bragueta encintada, no le avian querido hacer merced, antes le avian roto todos los papeles de sus servicios, y remitido el memorial al Parlamento de Paris, para que le premiasse, quando no los servicios, por lo menos el aficion de quererlos imitar en el uso del vestir; y que assi se avia venido como persona desesperada à andar mendigando. Con estos discursos llegamos à la Aldea à la una de la tarde, y hallamos en su plaza dos compañias de labradores, la una de Moros con ballestas de bodoques, otra de Christianos con bocas de fuego. Tenian hecho de madera, en la mitad de su dicha plaza, un castillo de mediana capacidad, y altura, adonde avian de estár los Moros, y el dia venidero, quando la procesion llegasse à su vista, la compañia de los Christianos le avia de dar assalto general: y despues de averlo ganado à los Moros, los avian de llevar cautivos, y manjatados por todas las calles, dando mu-

chas

chas cargas de arcabuzazos, en ſeñal de la victoria. Tenian dos danças, la una de eſpadas, y la otra de caſcabel gordo, y quatro toros que correr; por lo qual eſtaba el anchuroſo diſtrito todo lleno de andamios, y todas las entradas de ſus calles cerradas con talanqueras. Eſtaba toda la puerta de la Igleſia colgada de paramentos, y pendientes de ellos veinte y quatro premios, para premiar los veinte y quatro mejores ſonetos, que ſe hicieſſen, en alabança, y pintura de una roſa, que al Alva es boton, y capullo: à medio dia flor, y à la tarde deſpojo. Los premios eran cintas, y guantes, bolſillos, y un par de ligas de color. Avia al tiempo que llegamos à eſta academica colgadura, mas de veinte ſonetos de Eſtudiantes, y de perſonas de Dón, y rumbo, que aſsimiſmo avian venido à ver la fieſta. Yo, por ſer tentado de la Poeſia, me acerqué à leer aquella ſelva de variedad de Muſas. Era ſu compoſtura tan realçada, y culta, que mas me pareció proſa Griega, que verſo Caſtellano. Leílos todos ſin entender ninguno, y le dixe à un Eſtudiante que eſtaba cerca de mi, que me hicieſſe merced de declararme aquel genero de Poeſia, y decirme, ſi tal lenguage era Armenio, ó Caldeo. A' lo qual me reſpondió, que no ſe atrevia à declararlo, porque él tenia alli uno, que era parte de ſu ingenio, del qual eſperaba llevar el mejor premio; y à querer darme la ſignificacion de él,

se hallaria confuso, y no saldria con ello, porque lo que de presente andaba valido, era el congorizar con elegancia campanuda, de modo que pareciesse mucho lo que no era nada, y que no lo entendiesse el Autor que lo hiciesse, ni los curiosos que lo leyessen. Porque en no remontandose un Poeta, sino abatiendose raterías, de escrivir con sisura, pan por pan, y vino por vino, no solamente no era estimado, pero tenian sus versos por versos de ciego. Llamé á mis camaradas, que el uno estaba divertido en ver las dançaș, el otro en darle bueltas al castillo, midiendolo todo à pies, y nivelandolo con un compás, y con achaque de beber un trago, para aliviar el cansancio del camino los llevé à una taberna, para ver si acertaba mi pluma à remontarse sobre aquella bascuença gerigonça, y pidiendole à la huéspeda un jarro de vino, y recado de escrivir, nos retiramos à una pequeña sala, adonde nos dieron lo que avia pedido. Puseme à escrivir, el Ingeniero à peinarse, y el otro à beber. Levanté los ojos, buscando un consonante, y vi al peinado Mathematico, que aviendo desembaulado de una de sus faltriqueras un gran papelon de harina, se estaba rociando con ella un largo, y encrespado cabello que tenia; no pudiendo detener la risa, le dixe, que si trataba de freir la cabeza, pues la enharinaba tanto? A lo qual me respondió: Hermano Este-

va-

vanillo, cada uno campa con ſu oficio, y vive con ſu ingenio, ſi acaſo lo tiene: y aſsi mientras vos quereis ganar premios con vueſtros diſparates de Juan de la Encina, me aſſéo yo para representar lo que ſoy, y hablar al Concejo de eſta Aldea ſobre los yerros que tiene la planta, y fortificacion del caſtillo: que eſtoy cierto, que he de ſacar yo mas en media hora con mi Mathematica, que no vos en un año con vueſtra Poeſia. Repliquéle, qué ſi importaba al caſo, para que lo reſpetaſſen, el ir enharinado como beſugo? Reſpondióme, que no ignoraba yo que en Flandes ſervia aquello de gala, y de ſecar el pelo, y que era uſo de gente de porte, y que por averſele acabado unos polvos oloroſos que avia trahido de allá para el efecto, ſe aprovechaba de los de la harina, y que hallaba por experiencia, y que lo avia fundado en buena Mathematica el ſer mucho mejores, y mas baratos; porque ſiendo el trigo el Rey de las legumbres, y el Patriarcha de las plantas, y hierbas, era fuerça que fueſſe ſu harina, ò polvo la nata, y flor de todo lo referido: y que aſsi lo penſaba dar por eſcrito, è introducirlo, quando volvieſſe à los Païſes baxos. Con la buena converſacion, ò polvareda, di yo fin à mi Soneto, él à ſu nevada peynadura; el otro, que tenia mas juicio que noſotros, al jarro. Salimos todos juntos à la plaza, deſpues de aver pagado lo que avia-

mos hecho de gasto, y apartandome de ellos, llegué à la puerta de la Iglesia, y en el referido paramento prendi con un alfiler el Soneto que avia hecho, al nivel que estaban todos los demás, cuyos versos eran los siguientes.

EBurnea de candor, Fenix pompoſa,
Dèbil boton, frondoſo bruxulèa,
Zafir mendiga, armiño golosèa,
Siendo doſel tribuna pavoroſa.
Maravilla Epigrama proceloſa,
En Canicula ſieſta titubèa,
Pues ſolſticio Faeton, Ninfa Febèa,
Precipicios inunda jactancioſa.
O iniquo trance, y tremulos fulgores,
Contemplarſe al albor Regio edificio,
Y yantando en atril de Ruy Señores.
Ser al Ocaſo incauſto ſacrificio,
Y ſombra muſtia lo que al Alva flores,
Siendo de Ceres fragil deſperdicio.

Apenas estaba colgado el compendioso globo de bernardinas, y dislates, quando como si fuera cartel de justa Real se llegó todo el novelero vulgo à leerlo; y celebrandolo por no entenderlo, y ensalçandolo, porque presumiessen que no lo ignoraban, sacaron mas de veinte traslados de él; y por hallarse presentes los Jueces Academicos, me dieron por premio las re-

fe-

feridas ligas, aunque mal dadas, y peor merecidas, quedando con todos en opinion de ſegundo Góngora. Y apartandome de la tropa de mil cultos verſificantes, me fui en buſca de mis camaradas, ſantiguandome de que huvieſſe llegado à ver tiempo, que ſe premiaſſen chanças, y bachillerias, y no ingenios. Hallé al eſtropeado encolorizado con los Soldados de la Compañia de la Suiza, diciendoles a qué lado avian de llevar los arcabuces, los que iban à la parte de afuera de hileras, y como ſe avia de calar la cuerda, y à quantas hileras avia de ir la bandera: y aunqne lo quiſe apartar de alli, diciendole, que para qué ſe metia en lo que no le iba, ni venía, pues aquellos Labradores no eran gente de guerra, ni eſtaban obligados à ſaber las leyes de la milicia: no pude deſarraigarlo de la Compañia, reſpondiendome, que no pareceria bien, que los foraſteros que vinieſſen à aquella fieſta, hicieſſen burla de aquella pobre gente, aviendo alli Soldados viejos, como ellos lo eran, para doctrinarles. Dexélo con ſu tema, y yendome paſeando por la dicha plaza, vi que en un rincon de ella eſtaba el Mathematico con el Cabildo, y Concejo, que ſe avian juntado à ſu pedimento. Acerquéme un poco, para ver de qué materia ſe trataba, y pueſto el oído como baquero que ha perdido novillos con cencerro, oí, que mi camarada le eſtaba diciendo al Al-

cal-

calde, què era un valiente Ingeniero, y que tendria à particular favor, para darse à conocer en España, que su merced le ocupasse en lo tocante à su profession, pues de presente tenia muy bien en qué. El Alcalde lo respondió, que lo avian engañado en hacerlo venir à aquella Aldea, porque en ella no avia ingenio ninguno, que en Motril los avia muchos, y buenos de azucar, y que alli, siendo tan eminente como decia, seria muy bien recibido. El replicó, que su ingenio no era de azucar, sino de hacer fortificaciones; y que aviendo visto, que la de su castillo estaba errada, segun las reglas de Euclides, y que no sabrian los Soldados, por ser bisoños, hacer circunvalacion, ni abrir ramal de trinchera, por esso los avia hecho juntar à sus mercedes, para que se fuesse ganando palmo à palmo, sin que llegasse à aver inundacion de sangre, mediante lo qual quedaria aquella pequeña República eterna. El regidor respondió: No son tan bisoños nuestros Soldados como vuessa merced los hace, pues en esta convalacion, ò convalecencia, que es necessaria, sabrán hacer muy fuertes ramales, y bien torcidas sogas, porque además de no aver en toda esta comarca quien les lleve ventaja, cogemos en esta Aldea el mejor esparto que hay en todo el Reyno: en lo demás, porque de fama de nuestra fiesta, vuessa merced disponga à su gusto, que todos

es

eſtos ſeñores del Concejo le ayudarán con todas veras. Dixo el Soldado, que lo primero que ſe avia de hacer, era, añadir, y poner dos Caballeros al Caſtillo. El Jurado le reſpondió: Eſſo no le dé à vueſſa merced cuydado, porque eſta tarde, y mañana al amanecer, vendrán aqui muchos, y muy calificados de Zaragoza, y por hacernos merced, ſe pondrán en la parte que les ordenare; y ſi fuere meneſter Damas, lo alcançarémos de la miſma ſuerte. Advirtiòlos el Soldado, que los Caballeros que decia, avian de ſer labrados de tierra. Reſpondióle el Sacriſtan, que los Caballeros de aquel Reyno, y de todo el mundo, que no eran de bronce, ni de acero, ſino de tierra, y polvo, como el mas pobre villano, y que para darſelo à entender la Igleſia, el Miercoles de ceniza, les decia al ponerſela: Memento homo, &c. Inſiſtiales el Soldado, que mandaſſen juntar à todos los Labradores, para abrir un cordon, que cogieſſe todo el contorno de la plaza, para que el caſtillo quedaſſe ſitiado. Reſpondióle el Alcalde, que para abrirlo, y cerrarlo, que él, y ſus compañeros baſtaban; pero que la dificultad que ſe les ofrecia, era, que no ſe hallaria en la tienda cordon, que fueſſe tan largo, porque todos los que ſe vendian en ella, eran cortos, y claveteados; pero que podria ſuplir la falta un liſton, pues campearía mas, y ſeria mas agradable à la viſta. Eſtaba el

Sol-

Soldado tan grave, y espetado, y tan divertido en la gente que se le avia juntado, que no atendia à los despropósitos que le respondian. Preguntóle al Regidor, que si tenia en los Almagacenes provision de zapas, y palas? El qual le respondiò: Señor Ingeniero, en esta Aldea hay muchos zapes, porque es muy abundante de gatos; zapas, sino son las hembras de este linage, no hay otras ningunas: mas en lo que toca à palas, tendrémos quantas quisiéremos. Pidióle el Soldado, que le traxesse un par de ellas, para ver si eran de municion, y llegandose el Jurado à una de las mas cercanas casas, de adonde se hacia el Ayuntamiento, le traxo una pala grande de madera, con que en aquella tierra se junta, y trasspala el trigo: y llegando muy vanaglorioso, se la puso en las manos el señor Mathematico, diciendole, no por falta de palas se dexará de hacer la fiesta, porque en un quarto de hora me atrevo à juntar docientas de estas, y si no le agradare esta hechura, y las quisiere mas largas, le haré traher quantas se hallaren en los hornos. Dixoles el Soldado, que aquellas no eran de provecho, porque avian de ser de hierro las distancias de las anchuras de las bocas, porque con aquella era imposible abrir trinchera, para desembocar el foso. El Sacristan, haciendose Cruces, le respondió, que en su vida no avia oído los nombres exquisitos, y extravagantes que

iba

iba nombrando, ni que tal avia escrito en su Breviario; pero que à él le parecia, que la trinchera era cosa forçosa que se abriesse con trinchete, segun su deribacion: y que si era assi, que alli avia un zapatero de viejo, que los tenia muy buenos, y muy afilados, y que en un pensamiento la abriria, como quien rebana tajadas de melon. Estaba tan turbado el pobre Soldado de ver, que todos quantos estaban en su rueda, pensando que avia dormido entre algunos sacos de harina, ò que à posta se la avian echado, pensando lisongearle, se llegaban à él, y unos con las manos, y otros con los terreruelos, y otros à soplos, le iban desollinando el cabello, y enxalvegando el vestido, que no advertia en que lo que hablaba con aquellos villanos, y lo que le respondian era Hebrayco, por ser gente que no lo entendia, ni atraba, ni desatraba, con su loca pretension; y con todo ésto no dexaba de proseguir en su tenia. Dixole al Alcalde, que para el castillo, y hacerle brecha, avia menester media docena de cañones. A lo qual respondió, que aunque fuera una docena se los podia dar al punto el Sacristan, porque los tenia, como hacia el oficio de Escrivano, de los mejores ganfos, que se hallaban en toda Francia. No digo cañones de escrivir, dixo el Soldado, sino piezas grueffas. Respondióle el Alcalde, de essas, gracias à Dios, tenemos har-

tas

tas de lienço caſero, y de muy buenas friſas. Yo, que eſtaba reventando de aver tenido tanto la riſa, ſoltandola toda de un golpe, di cauſa à que todos me miraſſen, y no de buen talante; y porque no ſe ſoſpechaſſen que era haciendo burla de ellos, les dixe, que la cauſa de averme reido, avia ſido de aver à aquel ſeñor Ingeniero mi camarada, en figura de mozo de molinero, hablar tan culto con ſus mercedes, que ni era entendido, ni ſe daba à entender, pues las piezas que pedia, eran de Artilleria, de las que trahen los Exercitos para defenſa, y ofenſa. A eſto reſpondió el Alcalde, que era pedir gollorias, porque no tan ſolamente no las avia en el Aldea, pero que la mayor parte de ſus moradores, ni las avia viſto, ni oído. Mi camarada médio enfadado, de que yo huvieſſe llegado à interromperle ſus deſignios, le dixo al Alcalde, que ſupueſto que no avia piezas con que abrir brecha para dar el aſſalto, que ſeria forçoſo que le dieſſe media docena de barriles de polvora, para hacerle mina al Caſtillo, y bolarle un lienço. Reſpondiòle el Regidor, eſſos ſon los que no hallarémos por ningun dinero: pero ſe los daré à V.md. de anchovas, que las puede comer el miſmo Rey, y para que las pruebe, y vea que tengo buen guſto, mientras vamos al encierro de los toros, por ſer ya hora, ſe irà con el ſeñor Jurado à una pequeña poſada, que eſtá aqui cerca,

ta, que yo le enviaré un plato de ellas, para que ſe regale con ſu camarada; y quanto ſe hiciere de coſta oy, y mañana en ella, les pagarémos con mucho guſto, y eſta noche nos verémos, y tratarémos de lo que ſe ha de prevenir, para que nueſtra fieſta no tenga ningun defecto, ya que Dios nos ha trahido à tan buena ocaſion dos tan excelentes Matamicos. Dióme gana de reir, penſando, que ſi el Regidor, ſin conocernos, nos llamaba Matamicos, ſi nos huviera viſto en la taberna de Zaragoza, con juſta cauſa nos pudiera llamar Matamonos, y Matazorras. Paſsó el Jurado delante de noſotros; y juntandoſe à eſte tiempo con el Ingeniero el otro Soldado, nos llevó à un pequeño bodegoncillo, y dió orden, y facultad al huéſped, que ſe llamaba Pero Anton, para que nos diera de comer, y beber quanto quiſieramos, que el Concejo lo pagaria; y volviendoſe muy de prieſſa, por cauſa del dicho encierro, nos dexó tan bien aloxados, que con el luquete del plato de anchovas, que nos traxo un hijo del Regidor, henchimos de rayas toda una pared. Acomodamos razonablemente al patron de caſa, el qual, por no dar mueſtras de ſu flaqueza, y por darnos alegria, por lo bien que deſpachabamos ſu mercancia, nos empezó à tocar un tamboril, y una flauta. Yo, y mis camaradas tomamos por eſtrivillo el decir, toca Pero Anton, que el Aldea lo

pa-

paga, y al son del chiste, y paloteado, le comimos quanto tenia en su casa, menudeando tan apriessa los quartillos, que faltando pared adonde rayarlos, fue necessario ir cruzando las rayas sencillas, y convirtiendolas en dieces. Hizose el encierro, acudiendo à él muchos Nobles de Zaragoza, à los quales el Alcalde alojó en su casa, y contandoles lo que avia passado con el Ingeniero, le dixeron, que sin duda debia de ser algun loco, porque aquello se hacia en la guerra, y no en la paz, y que si avria cordon, ò trinchera en la plaza, qué como se avian de correr los toros, y que quien avia de querer estar en el castillo, si lo batia, ò volaba? Acertóse à hallar en esta conversacion el que hacía el Capitan de los Moros; y viendo que él avia de ser el batido, ò volado, partió como un rayo a querer matar al Mathematico. Detuvieronle los Caballeros, y el Alcalde, reportandole, con darle por castigo, al que le queria hacer tanto daño, sin ser su enemigo, ni averle ofendido en su vida, que pagasse la costa que avia hecho, y que él, y sus camaradas se saliessen al punto de toda aquella jurisdiccion. Vino el Sacristan à notificarnos el Auto, à tiempo que el Ingeniero estaba blasonando, de que por él se hacía aquel gasto, y que pensaba sacar muchos ducados de aquel pequeño Concejo, porque estaba satisfecho, que no avia otro como él en todos los

exer-

Exercitos de la Chriſtiandad. Quando oímos el riguroſo fallo, los dos nos quedamos mudos, y mi Eſtudiante de un año, y ſin Maeſtro, atónito, y embelefado. Requiriònos el Sacriſtan, que nos ſalieſſemos con mucha brevedad, porque eſtaban conjurados contra noſotros todos los Moros, por averlos querido volar, ſiendo bautizados: y que ſi nos deteniamos alli, demás de la pena del ſeñor Alcalde, nos matarian ellos a puro bodocazos. Llamé a Pero Anton, con mas miedo que verguença, y le dixe, que ſupueſto que lo gaſtado no lo pagaba el Aldea, ſino noſotros, que nos miraſſe con ojos de piedad, pues lo aviamos preſervado à él de los barriles, y cañonazos. El qual, como he dicho, por eſtar de buena data, ó por temer que la Moriſma no nos hallaſſe en ſu caſa, nos hizo buen partido. Pagamos cada uno ſu parte, andando à puto el poltre, por quien avia de pagar primero, y no ſer el poltrero en ſalir de la caſa, y de la Aldea. En efecto, deſpachamos con brevedad, y con la mayor preſteza que pudimos. Llegamos antes de la media noche à las murallas de Zaragoza, adonde en el portal de un Convento nos eſtuvimos haſta el Alva, dando al diablo el libro de las fortificaciones, y al ſalvage, que tan poco provecho avia ſacado dél. Venida la mañana, entramos en la Ciudad, la qual hallamos alborozada, y llena de fieſtas, y rego-

cijos, por entrar aquel dia en ella su Magestad; aviendo salido à recibirle todos los Titulos, y Caballeros, y toda la demás Nobleza. Yo, y mis compañeros, olvidando con la buena nueva la mala noche, y por celebrar la entrada, nos fuimos à nuestro devoto tabernáculo, a hacer hora, y à ver a mi buena tabernera, que demás de aver sido desde el segundo dia que entré en su casa, la thesorera de mis dineros, siempre que me veia, me hacia mil halagos. Bebia yo tan desaforadamente, de aquel licor Zaragozano, que mis camaradas me avian muchas vezes reñido, diciendome, que mirasse que aquel vino no era Francés, ni Italiano, sino Español, puro, y sin trampas: y que aunque eran las comidas substanciosas, comia poco, y bebia mucho, y que al cabo avia de dar conmigo en el Hospital, ò en la sepultura. Pero yo me hacia sordo, y callaba, y sorbia. Empezó à passar la nueva de que su Magestad estaba ya à las puertas de la Ciudad, y queriendo ir à verle, y à gozar de tan excelsa entrada, no me pude menear de la parte adonde estaba assentado, por hallarme tan tullido de manos, y pies, que no era señor de mi. Fueronle mis camaradas contentos, de que por no aver tomado sus consejos, avia salido verdadera su profecia, y cumpliósele el deseo à la tabernera, de tenerme siempre en su casa. Pero no le duró mucho el alegria, porque dentro

de

de quince dias di fin al corto caudal; y assi que olió mi pobreza, me dixo, que buscára posada, porque no queria tener enfermos en la suya, y anduvo tan bizarra conmigo, que aun no me quiso hacer crédito de una taza de vino, quizá por solicitar mi salud, aviendomelas dado de diez en diez, quando estaba mucho peor, y tenia con que pagarselas: mas al cabo, y à la postre, cada uno acude à quien es. Avianme dicho mis camaradas, como en la jornada avia venido, acompañando à su Magestad, el Marqués de Grana, y Carreto, Embaxador Ordinario de la Magestad Cesárea, cuya nueva me alentò de manera, que viendome forçado de la necesidad, y de la falta de salud, le fui à visitar, y por estar satisfecho, que en aquel señor avia de hallar todo socorro, y amparo, por ser muy generoso, y muy amigo de mi amo, à quien yo avia conocido en la batalla de Tionvilla, siendo General de la artilleria de la Armada Imperial, que gobernaba el Duque mi señor: el qual, assi que me vió pendiente de dos muletas, admirandose de hallarme en tan miserable estado, usando de su grandeza, y piedad, me admitió en su casa, mandando à sus criados, que se me acudiesse, y regalasse con todo lo que yo pidiera. Dióme, demás de estas mercedes, una librança de muy gentiles reales, con que quedé libre de necesidad. Tuve, demás de esta buena suerte, otra no

menor que ella: y fue, que teniendo noticia de la grave enfermedad que tenia, Don Francisco Totavila, Maestre de Campo General, y su hermano Don Vicente Totavila, à quien yo avia conocido en Flandes, siendo Capitan de Corazas, haciendo alarde de señores liberales, y de Ilustres Caballeros Napolitanos, vinieron por mi en una carroza, movidos de compassion, y llevandome à su casa, me dieron una cantidad de doblas, para que me pusiesse en cura: que no es poca grandeza en el siglo que corre, que aya señores que dén sin pedir, y mas en tiempo que estimaba yo mas un real, que ahora un doblon; porque entonces me hallaba tullido, y desacomodado, y al presente me hallo con salud, y con ella adquiero lo que he menester, y mas de lo que yo merezco. Viendome entonces favorecido de tantos señores, y la bolsa en buen estado, consulté mi enfermedad con el Licenciado Estanca, Cirujano de opinion, ciencia, y experiencia, y con el Doctor Tamayo, Cirujano de su Magestad, los quales me condenaron à ser gato de Algalia, y caballo de juego de cañas; y por ver si me podia librar de tener penas de Infierno en vida, me ponia todos los dias à la puerta de la calle de la casa del Marqués, adonde, como tengo dicho, era mi asylo, y habitacion, y à quantos Doctores passaban, malos, ò buenos, de fama, ò sin ella, les quitaba el sombrero has-

ta el suelo ; no tanto por el grado, como por averlos menester, y a todos contaba la llaga, y la plaga, y les ofrecia montes de oro, y a ninguno daba nada, porque del prometer al cumplir, hay muchas leguas de distancia, y mi oficio es de recibir, y no de dar. Decianme todos : Estevanillo, si quieres vivir, no bebas : que era lo mismo que decirme, caite muerto : y el vino que hasta aqui has despeñado por los conductos de la garganta, es menester que salga alambicado por todo el cuerpo, en agua convertido. Viendo que todos se conformaban en una misma cosa, me determiné, con el refugio de los señores que me favorecian, à irme al Hospital, à tomar una docena de sudores, y dos unciones particulares. Recibieronme con gran voluntad, por tener un loco mas en aquella santa Casa : y tratandome como à alma condenada, me abochornaban los tuétanos, y me escaldaban las paxarillas, estando siempre como el Rico avariento, carleando con un palmo de lengua fuera de la boca, pidiendo à aquellos benditos Lázaros una gota de vino, acotandoles con las Obras de misericordia ; pero ellos me decian, que con la paciencia se alcançaba la Gloria ; y que lo que avia pecado por carta de mas, era necessario q̃ lo purgasse con carta de menos. Y despues de aver hecho mi cuerpo una docena de veces sopa abahada, me dieron las dos un-

ciones para que aprendiesse à ser mula de Doctor, babeando todo el dia. Viendome tan atormentado, y afligido delante de los Enfermeros, y de otros muchos testigos, hice en alta voz juramento solemne de no beber mas vino, pues por su causa avia llegado à verme como me veía, y à padecer lo que estaba padeciendo. Pero arrepentido del gran disparate que hacia, de quererme privar de aquello que mas estimaba, y de intentar apartarme de lo que mas queria, al mismo punto que acabé de hacer el voto, le añadi una alforça, diciendo en voz baxa, hasta que salga del Hospital. Y con averle acortado el plazo al juramento, aun lo vine à quebrantar, pues en el rigor, y fiereza de la salida de los sudores, y entrada en las unciones, obligué con ruegos à mis camaradas à que me traxeran lo que me ayudó mas à echar espumas, y lo que me alargó mas la enfermedad; porque mas gustaba de morir bebiendo, que vivir sin beber. Avian venido acompañando la Corte algunos Poetas de los de nombre, y fama, y uno de ellos, que tenia noticia de mi persona, y aun unos mendrugos de zelos sobre una ninfa à quien festejaba, que por su agudeza, y brio la llamaban la Coscolina: quizá à pedimento de ella, ò por vengança de él me compuso la glossa siguiente.

***

To-

Tomando eſtaba ſudores,
Marica en el Hoſpital,
Que el tomar era coſtumbre,
Y el remedio era el ſudar.

EL remedio del gracejo,
Galàn de la Coſcolina,
Que al olor de una ſardina,
Da fin à un tonel de añejo:
Por curtir bien ſu pellejo,
Que eſtà lleno de vapores,
Sin que le valgan ſus flores,
Ni aproveche ſu cocaña,
Oy en la Corte de Eſpaña
Tomando eſtaba ſudores.
De ſuerte ſe viò afligido,
Como le falta la nieve,
Que llora lo que no bebe,
Mas no por lo que ha bebido:
La ſed lo tiene rendido,
Y en faltandole el bocal,
Es incurable ſu mal,
Pues de ſuerte ſe entriſtece,
Que hecho làgrymas, parece
Marica en el Hoſpital.
No dà al viento exclamaciones,
Siendo ſus anſias atroces,
Pues por no dar, no dà voces,
Y por tomar, toma unciones:

Por pedir, pide à montones,
Y toma sin pesadumbre
Un azumbre, y otro azumbre:
Y assi pide por merced,
Que le remedien su sed,
Que el tomar era costumbre.
Siendo un tiempo Bachiller,
Oy està en eterna muda,
Y lo que ha bebido suda,
Y trasuda por beber:
Por dar al cuerpo placer,
Trata ya de se afufar,
Por salir à refrescar,
Diciendo, que es mejor medio
El beber para el remedio,
Y el remedio era el sudar.

Despues de aver estado mas de dos meses en el Hospital, salí de él sano de pies, y manos; pero las piernas como huessos, y el cuerpo como esparrago, y la voz como tiple de capilla, y con orden de que hiciesse quarenta dias de dieta; la qual cumpli de manera, que antes de passar las quarenta horas, avia ya bebido mas de quatrocientas veces, comiendo en casa del Embaxador quanto me daban, y comprando en las plazas quanto apetecia: de suerte, que me trataba como sano, echando seis higas al Doctor, y doce al Cirujano, y cien bendiciones al varon santo,

to, que descubrió el sarmiento, y docientas à los que los plantan, y benefician. Sentí infinito el no hallar en la Corte à los dos hermanos Totavilas, y estuve harto pesaroso; quando me dixeron que estaban en campaña, por faltarme à la convalecencia tan buen amparo. Dióme capricho, porque no se me apolillaran los dos vestidos, que me dió el Rey de Polonia, de vestirme à lo Polaco, por llevarme tras sí los ojos del vulgo, y por ser conocido con mas brevedad. Salime en este trage à passear todos los dias, con una muletilla, à lo de Principe, ò Privado, extrañando de tal manera el trage toda la Ciudad, que sus oficiales dexaban sus acostumbradas ocupaciones, por salirme à ver à las puertas, por tener que reir, y fisgar; las Damas su labor, por assomarse a las ventanas à hacer burla, y donaire de mi; y los muchachos olvidados de los mandados a que iban, me cercaban, y seguian, y aun à veces me querian apedrear. Unos decian, que era Judio, otros, que Japon, otros, que turco, y yo callaba, y orejeaba, porque aquel que dexa su trage, se pone à qualquier censura. Avia hecho el amor, antes de averme tullido a una Dama de mantellina, y de chinela con iiston, gobernanta de la cocina, y llavera de la despensa, compradora del sustento, moza de cántaro, y lavandera de rio, à quien ya he dicho, que llamaban por mal nombre la Coscolina, y

por

por vivir enfrente de la taberna de los dos vinos adonde yo cargué como nube, y no de agua para llover en la region de fuego del Hoſpital, tuve lugar para verla, hablarla, y regalarla: y como al tiempo que ella me moſtraba amor, y daba con algunas finezas ſeñales de agradecida, caí malo, y me auſenté de ſu barrio, à ponerme en cura: ſe ſuſpendió la comunicacion, y quedó mi pretenſion en cierne; mas como las de aquella raza ſon el ſymbolo del amor, y el deſprecio del interés, ſin reparar en dimes, ni diretes, me hizo, ſin ſer Doctor, media docena de viſitas, dexandome ſiempre debaxo de las almohadas muy lindos papelones de confitura. Por no parecer ingrato à tanto favor, la fui à buſcar un Sabado en la tarde à la carniceria principal: y encontrandola al ſalir de ella, y llegandome à hablar, como ſolia otras veces, ſe eſpantò tanto de verme en aquel habito, y ſe corriò de tal ſuerte, por verſe detener delante de tanta gente, que encendida en cólera, y llena de verguença, ſe abaxò al ſuelo, y tomando una piedra, que podia ſervir de peſa de relox, me la tiró con tal ſuavidad, y blandura, que à no retirar la cabeza, me la hiciera pedazos, y diciendo al loco muchachos, ſe fue con la mayor brevedad que pudo. Los muchachos, por obedecerla, empezaron à darme mil voces, repitiendo: guarda el loco, guarda el loco, cargandoſe

de

de piedras, y de tronchos de coles. Y tengo por coſa cierta, que à no paſſar à eſta ocaſion el Embaxador, que me metió en ſu carroza, y me llevó à ſu caſa, que venia à ſer uno de los innumerables Martyres de Zaragoza, aunque dudoſo el premio de mi martyrio. Fui otro dia à hablar à ſu Mageſtad, con mil temores de llegarme à poner delante de tal ſoberanía, pues quando vi los rayos de ſu grandeza, y conſideré las fuerças de ſu poder, eché de ver, que los demás poderíos opueſtos à los giros de ſu luz, ſon vapores, ò exhalaciones abortadas de la tierra, cuya ambicion las ha congelado en nubes, y cuya envidia, y golpes de la fortuna han ſolicitado obſcurecer ſu claridad, y ſuſpender el curſo de ſu luciente carrera, ſin advertir, ni conſiderar, que al cabo ha de permanecer, por ſer Sol, y al fin ha de deshacer, conſumir, y abraſar los mas altivos, y remontados vapores, y las mas grueſſas, y preñadas nubes. Preſentéle los papeles de los ſervicios que avia hecho ſiendo correo, la letra de favor de la Emperatriz Maria, y las fees que llevaba de aver ſido criado de ſu Alteza Sereniſſima el Infante Don Fernando, pidiendole en recompenſa, el poder tener una caſa de converſacion, y juego de naypes en la Ciudad de Nápoles: la qual no ſolamente me dió por merced particular, y proviſion en forma; pero demás à mas carta para el Almirante de Caſtilla, Vir-

rey

rey de aquel Reyno, para que me amparára, y favoreciera, que solamente se puede llamar feliz, y bienaventurado el que sirve à tan gran Monarcha, pues él solo es el que premia, y el que tiene con que poder premiar: y aquel que en su servicio no abança, culpe à su corta suerte, y no à la grandeza de este poderoso Alexandro. Yo quedé tan ufano, y tan agradecido de ver, que un refulgente Apolo, y un Leon coronado se acordasse de remunerar servicios tan invtiles, y hechos por tan humilde sabandija, que à no saber que mi Madre me avia parido en Salvatierra de Galicia, Reyno, que me ha honrado en poderme nombrar su leal vassallo, me huviera, al mismo punto que recibi la merced, partido por la posta à Roma, y sacado su esqueleto de la tumba adonde yáce, y trayendolo lleno de paja, como caiman Indiano, en llegando con él al primer Puerto de qualquiera de sus Reynos, lo vaciara, y me zampara de nuevo en su vientre, aunque estuviera en él en cluclillas, y la obligára à que me volviera à parir vassallo de tal Deidad: que si supieran bien los que lo son, el Rey que tienen, y las mercedes, y honras, que cada instante les hace, le sirvieran de rodillas, pues siempre las pregona la fama, las publican las historias, y las envidian los Reynos estrangeros. Hallandome ya despachado, y tan à medida de mi deseo, me fui à despedir del Conde

de de Monte Rey, y de D. Luis de Haro, Grandes de Eſpaña, y grandes en valor, y grandeza, amparo de todos los pretendientes: los quales, demás de averme favorecido en mi pretenſion, y en la brevedad del deſpacho, me dieron dos cartas de favor para el dicho Virrey, ſuplicandole, que por ningun impedimento ſe me dilataſſe la Real merced: que el ſer ſeñores, no conſiſte en la Nobleza del Solar, ni en la grandeza del Titulo, ſino en dar mueſtras de ſerlo, ayudando à los deſvalidos, y favoreciendo à los que poco pueden, y honrando generalmente à todos; que para no hacer eſto, poco me importa à mi, ni à nadie, que ſean Grandes, ò que ſean pequeños. Dióme aſsimiſmo el Marqués de Grana, demás de las mercedes que me avia hecho, una carta para el Virrey de Navarra, y cinquenta ducados para el camino, y treinta Don Franciſco Toralto, Maeſtre de Campo General Reformado, y Gobernador de Tarragona. No me atrevi à irme a deſpedir de tantos Duques, Marqueſes, y Condes como avia en aquella Corte, por aver ſido cauſa mi enfermedad de no aver tenido dicha de averlos comunicado: y eſtando con algun repoſo aguardando à partir con comodidad, y compañia, me envió à llamar mi conocida tabernera, la qual, penſando que me hacia una liſonja, me dió un villete muy cerrado, diciendome, que ſe lo avia dado

do su vecina, à quien yo tanto avia estimado, para que en todo caso lo pusiesse en mis manos. Abrilo con harto regocijo, porque aunque me sentia algo agraviado, no dexaba de quererla con todo extremo, el qual decia de aquesta suerte:

POR pensar, que V.md. era Soldado, me incliné à su persona; porque como tengo algo de Venus, soy aficionada de los que siguen à Marte; y aunque le vi que asistia mas al ramo de una taberna, que no à la bandera de el cuerpo de guardia, no por esso lo desestimé, porque jamás tuve por valiente al que passa plaza de aguado: pero quando llegué a verlo con bonete Turco, y sayo de loco, quedé tan corrida, y avergonçada, de aver empleado tan mal mis finezas, y de aver puesto en tan humilde sugeto mi amor, que quise vengarme à pedradas en la causa, por aver sido enganada en la materia; y assi, V.md. perdonando el atrevimiento, ponga mi amor en eterno olvido, y enamore de oy mas à las que fueren Polacas, ò mudando de trage, podrá ser, que yo mude de parecer.

Su menor criada,

Y un tiempo su mayor aficionada.

Que-

Quedé tan enamorado de oír el villete, como picado de averla viſto apedrearme con dos mil donayres, tanto, que eſtuve reſuelto à ſuſpender el viage, y à mudar de veſtido; pero por no resfriarme, y por temer, que Dama que ſe llamaba Coſcolina, ſe me avia de acoger con Cañamar, me ſali al miſmo punto de Zaragoza, y tomé el derecho rumbo de San Sebaſtian, para paſſar en la primera embarcacion que hallaſſe à los Eſtados de Flandes, à buſcar à mi amo, y ſeñor, para agradecerle el bien, y regalo, que en ſu caſa avia recibido, y las mercedes, y honras, que por ſu reſpecto me avian hecho, y deſpues con ſu licencia, y voluntad irme à Nápoles a gozar de la merced, que ſu Mageſtad me avia hecho, quizá por atencion de que era yo ſu criado, y que ſolo avia venido à Eſpaña en buſca ſuya. Llegué à la Ciudad de Tudela, una de las principales de Navarra, adonde me di un verde azeytunado de oloroſas frutas, y de excelentiſsimos vinos, llevando ordinariamente un mundo tras mi, por la novedad del trage, haciendoles creer el mozo de mulas, que era un Embaxador de el Tranſilvano. Paſsé à una legua de aquella Ciudad, el preſuroſo, y ſoberbio rio de Ebro, ſobre los hombros de una anchuroſa, y reforçada barca, en la qual compré una gran ceſta de anguilas, por ſer comida regalada, y eſtimada en toda aquella co-

mar-

marca, las quales con los harrieros, y passageros, y mozos de mulas, que nos aviamos juntado en el camino, nos las merendamos en una venta, à quatro leguas de Tafalla, bebiendonos con cada una, porque no se nos pegasse al estómago, una azumbre de vino, mas helado que si fuera deshecho cristal de los despeñados desperdicios de los nevados Alpes: porque vale tan varata la nieve en aquel Pais, que no se tiene por buen Navarro el que no bebe frio, y come caliente. Menudeamos de tal suerte, al labor de las anguilas, y a la consolacion de la frescura de la bebida, que à estár mas en la venta, de lo que estuvimos, obligabamos al ventero a que bebiera lo que beben los bueyes, haliando, quando entramos en su posada, un tonel lleno de lo tinto. Caminamos al caer el Sol, y toda la noche, por ser tierra tan cálida, que no se puede andar por ella, sino es con mucho riesgo de salud, mientras dura la fuerça del Sol. Quiso mi desgracia, por barajarme el gusto que trahia de la buena merienda, que à una legua de Tafalla, emparejando con una Ermita, que está cerca del camino Real, ni sé si por hacerle reverencia, si por ir lleno de sueño, ò por caminar cargado de vino, di una caida de la mula abaxo, tan feliz, y venturosa, que sin romper la manga de la ungarina Polaca, ni la del jubon Napolitano, ni la de la camisa Española, me hice

mil

mil pedazos un brazo, por ser la mula pequeña de cuerpo, y el camino llano, y arenoso. Quedé el hombre mas contento de este mundo, de ver que mi caida no necesitaba de insignia, porque qué mas gusto, que en qualquier tiempo digan los que vieren el rebolcadero: Aquí cayó un lobo Gallego, que no: Aquí mataron à un hombre, rueguen à Dios por él? Llevaronme médio muerto a la Villa, y metiendome en una posada, en lugar de Cirujano, pedí que me traxessen de beber para passar el susto. Trajo el huésped una cantimplora de vino frio, y el mozo de mulas un Cirujano caliente; y tratando primero de aplacar mi sed, traté despues de remediar mi brazo. Hallóme con un calenturon temerario, y atribuyendolo al vino que en su presencia avia bebido, dixo, que si proseguia con tal desorden, que no tenia que ponerme en cura. Dile palabra de enmendarme, y de satisfacerle su trabajo, en virtud de lo qual me curò aquella noche, viniendome à visitar despues dos veces al dia. Coheché de tal manera al huésped, que apenas avia dado fin à una cantimplora llena de clarete, y nieve, quando ya estaba otra apercibida, y puesta à enfriar. Deciame el Cirujano todas las veces que me curaba, que echára de ver, si avia importado el reglarme en la bebida, pues cada dia iba mejor. Reiamos yo, y el huésped, dandole à entender,

que bebia agua cocida. Al cabo de quince dias me hallé sano, y con fuerças, para ponerme en camino. Pagué al huesped, y despues de aver andado muy generoso con el Cirujano, le dixe, que la causa de estar tan fuerte, y animoso, y aver estado bueno con tanta brevedad, era por los milagros que avia obrado el vino conmigo, por ser yo tan devoto suyo, y por averlo tenido siempre à mi cabecera. El me respondió: Lo que à unos mata, a otros sana. Y despidiendome de los dos, y saliendome aquella mañana de Tafalla, llegué à la tarde à la Ciudad de Pamplona, Cabeza del Reyno de Navarra, frontera de Francia: y queriendo entrar por una de las puertas de sus fuertes, y altivos muros, se alborotó de tal manera la guardia que estaba en ella, por verme en trage Polaco, que me espantò, como no me dieron una rociada de balazos. Salió un Cabo de Esquadra, con veinte y cinco Soldados, y todos con sus armas à recibirme, mas de guerra, que de paz. Hicieronme poner pié en tierra, y cercandome, como si fuera enemigo, me preguntaron, que de qué Nacion era, qué oficio exercia, de donde venia, y donde iba? Yo, temblando de verme entre tantas picas, y arcabuces, despues de aver satisfecho al interrogatorio, les dixe, que mirassen que era Estevanillo Gonçalez, flor de la xacarandina, criado del Duque de Amalfi, y hidalgo muchis-

chissimo menos que el Rey : y que para que mas se satisfacieſſen, les presentaria mi carta de creencia, y executoria, protestandoles, que me diesſen libertad, y me levantaſſen el sitio. Pero no siendo todo esto bastante para ablandar al Cabo de Esquadra, se determinó de llevarme delante del Conde de Oropesa, que era Virrey de aquel Reyno, y à quien yo trahia las cartas de recomendacion. Llevé tras mi un batallon de gente popular, apellidandome à voces Espión. Llegué à Palacio con toda esta escolta, y entraronme en el quarto de su Excelencia, aviendole primero enviado un recado con un page suyo el Cabo de Esquadra, de que avia preso à un Esguizaro Españolado, por sospecha de espia. Llegué a su deseada presencia, por verme libre de aquellos Soldados del prendimiento, y despues de averle hecho un rastreado de cortesias, le di la carta, la qual leyó con mucho agrado, y riendose de ver con el recato, y guardia que me avian trahido, le mandó el Cabo que se volvieſſe, que aquella espia era de paz; y despues de averse entretenido conmigo, en saber el largo viage que avia hecho, sin aver podido dar un alcance à mi amo, mandó à su Mayordomo, que todo el tiempo que me detuvieſſe en aquella Ciudad, hasta tener nueva cierta de embarcacion, que me dieſſe ocho reales de racion cada dia, que de presente hay racionero de la Capi-

pilla Real de Granada, que huviera trocado su racion por la mia. Hallabame siempre a su mesa, adonde saliendo siempre tripa horra, daba sepultura à los Mexicanos. Venian todas las noches muchos Caballeros Navarros; y particularmente Don Pedro Navarrete, à cortejarle, y entretenerle, con quien yo chanceaba bravamente, y despues de venderles Bulas sin ser Quaresma, les contaba las mayores mentiras, y embelecos, que se pudieran imaginar; y para que no pudiessen comprobarse, acotaba aver sucedido en Alemania, y en Polonia. Dábanme alli muy buenos baratos, y en sus casas muy caros, y sabrosos claretes. Baxéme una noche à jugar à las pintas con un acemilero alentado, y encerrandonos los dos en su aposento, que estaba pegado à la caballeriza, à la luz de una torcida, alimentada con azeyte, le gané todo quanto tenia, con tal rigor, que aun no tuvo dicha de que llegasse el naype à su mano: y colérico de su mala suerte, ò sentido de la pérdida que avia hecho, quitandome de las manos el libro desquadernado, me dió con toda la baraxa en mitad de los hocicos. Yo, acordandome de las leyes del duelo, por no quedar en nada cargagedo, aunque siempre lo estaba de vino, le di tal sombrerazo en las assentaderas de los bigotes, que le dexé aplastadas las narices. Acudió con velocidad à un rincon, à tomar su espada; y yo

temoroſo de que la hallaſſe, y me ahorraſſe de venir à Flandes, arbolé la luz, y dandole un ſoberbio candilazo ſobre las eſpaldas, deſpues de averlo hecho acemiléro Manchego, quedó el pobre Eſtevanillo à eſcuras, y à puerta cerrada, y muerto de miedo; pero dime tan buena maña à palpar la ſurtida, que primero di con el cerrojo, que mi contrario con la tizona. Salime à lo raſo, y amparandome de el cuerpo de guardia, llegò en mi ſeguimiento mi encandilado azeytero, con cinco palmos de herruſca, tan antigua, que pienſo que en ſu juventud la traxo el Cid en ſus alforjas. Opuſoſe à ſu ímpetu un Cabo de Eſquadra, y deſpues de averlo deſarmado, ſin aver tocado à la queda, y de darnos à cada uno media docena de cintarazos: que de eſta mercancia ſuelen los oficiales de ahora ſer muy liberales, ſe hizo ſabidor de todo el caſo, y trató de hacernos amigos, no queriendo venir en ello mi raſcador de mulas, haſta tanto que le pagaſſe el menoſcabo de la ropilla, y el valor del candil: pero yo, dando mueſtras de Principe Polaco, le di doce reales de veinte que le avia ganado; y llevandolo à él, y al Cabo de Eſquadra, y à media docena de Soldados à la taberna del vino de Zaragoza, que eſta dentro de el miſmo Palacio, gaſté los otros ocho reales que me quedaban de toda la ganancia; ahogando la pendencia, y po-

ellos, el uno Alferez, y el otro Sargento, los quales avian sido prisioneros en la batalla de Rocroy, y se avian huido de la prision, y estaban aguardando passage para volverse à sus Compañias; y despues de avernos saludado, les supliqué se quedassen aquella noche à cenar conmigo, en cuyo convite me contaron su larga prision, y el modo que tuvieron para librarse, y llegar à gozar de la amada libertad. Quedamos aquella noche de concierto de hacer camarada, supuesto, que todos éramos de una Nacion, y haciamos un mismo viage. Estuve treinta dias en esta Villa, gastando lo que tenia, y sin tener socorros, como en las demás partes, donde avia estado. Assistiales à mis camaradas D. Diego de la Torre, Secretario que avia sido de Estado, y Guerra en los Estados de Flandes. Al cabo de este tiempo, hallamos un baxél Hamburgués, que iba à Olanda, con el qual concertamos nuestra embarcacion por muy poco dinero, y del remanente que à mi me avia quedado, compré siete mil limones, con intencion de venderlos donde llegasse à tomar puerto, y quatro doblar el caudal; pero hice la quenta sin la huéspeda. Hicimos una muy buena provision, assi de comida, como de bebida, la qual junramente con los limones, llevabamos al dicho baxél, y echando la bendicion à le tierra, tomamos quieta, y pacifica possession de èl.

CA-

CAPITULO TRECE.

En que profigue el viage que hizo à Flandes, los naufragios, que le ſucedieron en el camino, y los palos que le dieron en Inglaterra: la llegada à Bruſelas, y la deſpedida para Nàpoles.

SAlimos de aquel Puerto con favorable viento, y con eſperanças de tener feliz viage: y el primer dia, por tener conociencia, y amiſtad con el Patron, y Marineros, les convidamos à aguardiente, donde fueron tantos los brindis, que ſi con cada uno caminàramos un quarto de legua, llegáramos aquella noche à Dunquerque. Dimos todos tres camaradas valientes mueſtras, mientras durò la bonança de alentados, fuertes, y brioſos; pero al cabo de dos dias nos ſobrevino tan fuerte borraſca, que deshicimos la pompa, y hechos unas madejas, nos tendimos como atunes. Tardamos veinte y y cinco dias en ſolo tomar la canal, aviendo deſde San Sebaſtian à la boca de ella no mas de ochenta leguas. En eſta canál, y no de tejado, tras de todos nueſtros infortunios, y trabajos, nos faltaron los baſtimentos, aſsi à noſotros, como à los Marineros. Aqui fue donde de todo punto aborrecí el agua, y donde acabé de confirmar por inſenſatos a los hombres, que pueden cami-

nar

nar por tierra, comiendo quanto quieren, y bebiendo quanto gustan, y se ponen à la inclemencia de los vientos, al rigor de las hondas, à la fiereza de los piratas, y finalmente ponen sus vidas en la confiança de una débil tabla, sin considerar el peligro de un escollo, el riesgo de una Sirte, y el daño de un baxio, el temor de un banco, el sobresalto de una playa, y la soberbia de una bestia fiera, è indomita, y que le basta ser muger para ser mudable, y voltaria. Viendo la muerte à la puerta, y la hambre dentro de casa, animé à mis compañeros, y diciendoles: De paja, ò heno, el vientre lleno, los baxé abaxo, y dando en los limones, como si estuvieran en conserva, cortabamos la colera a todas horas, aunque teniamos bien poca: los quales nos servian de principios, y postres: Trahiamos todo el dia las bocas agrias, las barrigas acedas, y los dientes afilados, y de un palmo, y à las noches cerrabamos con una docena de toneles de vino, que llevaba el Patron, con que quedábamos confortados: y por irse pudriendo mis limones, los iba trocando con una gran cantidad, que llevaban los marineros, y creciendo, y multiplicando la mia.

Pero viendonos el patron tan alegres, y regocijados, y estár todo el dia, y la noche debaxo de cubierta, sin lamentarnos de la hambre, y sed, como todos los demás lo hacian, y considerando

rando que no éramos cuerpos ſantos, para paſſarnos de milagro, baxó abaxo, y haciendo viſita general, nos deſcubrió la flor, y nos mandó ſubir arriba; pero anduvo tan bizarro, conſiderando à lo que obliga la neceſsidad, que no ſe dió por entendido, ni nos hizo cargo de nada de lo que le faltaba; pero de alli adelante no nos dexò entrar debaxo de cubierta, con que nos helábamos de frio, y nos ahilábamos de hambre, ſoplando ſiempre un viento contrario para acabarnos de acomodar, eſtando ya deſahuciados de todo remedio, dando bordos, y rindiendo bordos: llegamos una tarde à dar fondo en Valmur, uno de los mejores Puertos de Inglaterra. Saltámos en tierra, y nos entramos en una taberna; y como ſi fuera noche de Carneſtolendas, ò ſe caſára alguno de noſotros, toda la noche, ò la mayor parte de ella, ſe nos fue en ſatisfacer las muchas que aviamos paſſado malas, ſin aver à las últimas rociadas ninguno que ſe acordaſſe de las tormentas, ni de las calamidades paſſadas. Venida la mañana, deſembarcamos todos los limones, y los llevamos à vender à una Villa, que eſtá à una legua de eſte Puerto, y en una de las mas ricas poſſadas tomamos un apoſento, y llevando con noſotros una gran partida de ellos, dexamos los demás encerrados. Fuimonos a la plaza, adonde paſſamos plazas de marchantes de

agrio,

agrio, y à medio dia nos regalábamos como Mercadantes de dulce. Despachámos aquel dia todos los que sacamos al mercado, y volviendo à la noche à nuestro aposento, hallé, que me avian hurtado mas de la mitad de los que avia dexado: y como si estuviera en tierra de el Rey de España, y tuviesse à mi lado al Duque de Amalfi, mi amo, que me defendiesse, empecé à hundir la posada à voces, y à llamar perros, ladrones, luteranos al huesped, y à sus criados: à lo qual ninguno me respondia, por no entenderme. Llegó el Sargento à mi, y viendome tan colérico, y desbaratado, pues braveaba en tierra agena, y con nacion contraria à nuestra Fe, y me dixo, que callasse, porque avia muchos en aquel Reyno, que sabian hablar Español, y que si alguno llegasse à entender lo que les decia, que me matarian à palos; pero apenas fue dicho, quando fue hecho: porque aviendome oìdo un Inglés Españolado todos los nombres de las fiestas que les avia dicho, diò cuenta à quantos estaban en la posada, y tomando cada uno el palo que halló mas à mano, me dieron mas leñazos, que limones me avian hurtado; y no contentos de averme medido de arriba abaxo infinidad de veces, y de no dexarme hueso que me quisiesse bien, nos llevaron à todos tres à una jaula de hierro, que estaba en mitad de la pla-

plaza, y encerrandonos en ella como à papagayos, nos dexaron à eſcuras, y al reſiſtero de el viento. Alli purgamos los buenos paſtos que nos aviamos dado, y alli temimos, ſiendo en tierra, mas que todos los peligros que aviamos paſſado en la mar. Eſtuvimos toda la noche haciendo conſultas, y à la mañana amanecimos arrecidos, por ſer cerca de Navidad, y tranſidos de ſed, y hambre. Llegábanos à ver quantos paſſaban por cerca de la jaula; y en lugar de preguntarnos como eſtás loro, nos decian, infames Papiſtas, y eſpiones, y otros favores à eſte tenor. Acertó à paſſar un Caballero de aquella Villa, que ſu perſona daba mueſtras de ſerlo, el qual nos ſaludó en Latin; y yo, tomando la taba, y ſoltando la taravilla, ſin darle lugar à que nos hicieſſe ninguna pregunta, le eſtuve latinizando mas de media hora, contandole nueſtro viage, y cauſa de la pendencia, mollizna de palos, y encerramiento de jaula; y humillandome ante el, le moſtré todos mis papeles, y le ſupliqué, que tuvieſſe compaſsion de noſotros. El qual, enternecido de ver con la poca razon que nos tenian de aquella ſuerte, fue, y habló à la Juſticia, y volviendo con un Miniſtro de ella, nos hizo abrir la puerta, y ſin decirnos ox, nos ſalimos de la jaula, y nos puſimos en la calle los tres paxarotes. Agradecimos al Caballero la merced que nos avia hecho, y vendiendo

do los limones que nos avian quedado en junto; salimos de la Villa mas recios que jarras. Llegamos a la Marina, adonde hallamos el baxel con mucho espacio, y sus Marineros con mucha flema, y dos fragatas de Dunquerque, que forçadas del mal temporal, avian llegado à dar fondo. Viendo que estaban medio de partida, y que el dinero iba boqueando, nos determinamos de embarcarnos en ellas, y llegando à hablar a los que venian por Cabos, me llevaron a mi a la una, y à mis camaradas a la otra. Salió la mia dia de Navidad del año de mil seiscientos y quarenta y cinco, y en corso contra Olandeses, Franceses, y Portugueses: iban todos deseando hallar ocasion en que mostrar su esfuerço, y dar un filo a sus uñas: y yo, rogando à Jesu Christo, que por su bendito Nacimiento no tuviessemos fortuna de llegar à descubrir vela, aunque fuera de cera. Pero el segundo dia nos fue fuerça pelear con un baxel Olandés, y despues de avernos peloteado mas de una hora, se fue à pique, salvandose la gente. Tomamos la derrota la vuelta de Bretaña, andando a caza de baxeles Franceses, y en encontrandolos, poniamos bandera Francesa; y de la misma suerte, en encontrando baxeles Olandeses, poniamos bandera Olandesa. Llegamos à la Costa Bretona, donde cada dia andaba el diablo en Cantillana, y se batia muy bien el co-

cobre. Si el baxél, que encontrabamos, era fuerte, huiamos como galgos, y todos muy triſtes, y yo reventando de alegria, y en ſiendo débil, y de poca defenſa, cerrabamos de tropa à cayga quien cayere: y yo, por no dar alguna mala caida, me metia debaxo de cubierta, y en eſtando paſſada la borraſca, ſubia à ſaber ſi era preſa de vino: y en ſiendolo, peleaba yo ſolo mas que todos, pues mientras los Marineros ſe chupaban media docena de potes, me chirriaba yo una. Anduvimos muchos dias, unas veces huyendo por reconocer ventaja, convertidos los mas valientes en temeroſas liebres, y otras veces dando alcances, por ſer noſotros mas fuertes, transformado el mas cobarde en invencible Leon. Al fin, aviendo echado algunos baxeles à fondo, y cogido preſas de importancia, nos volvimos la vuelta de Flandes, ayudados de un poniente favorable. Era una alegre fieſta de carameſa, el vernos, quan bien lograbamos los ratos deſocupados que teniamos, porque como el vino no nos avia coſtado nada, bebiamos todos à diſcrecion, y el mal humor que yo gaſtaba, quando llegabamos à embeſtir, lo trocaba à eſte tiempo en chancear, y en ayudar à las faenas, no à las de los arboles, y velas, ſino à las de remojar los tragaderos. Eran ſiempre mas largos eſtos oficios, que los del Sabado Santo, y à la tarde veniamos à eſtár

to-

todos iguales, y a caer unos sobre otros: al fin vida de corarios, y muerte de passageros. Viniendo un dia todos muy alerta por la Costa de Francia, al tiempo que emparejamos con Culés, nos salieron a dar alcance dos baxeles Olandeses, los quales, mas por fuerça, que por grado, nos hicieron meter en Dunquerque, contra la voluntad del Capitan de la fragata, que aun no contento de lo passado, aun toda via queria probar su ventura; mas yo, viendo quan buena avia sido para mi el aver dado fin a mi viage, salté en tierra, y me entré en la Villa, y como otros buenos Christianos se van derechos a la Iglesia, yo me fui derecho à una taberna, y no metiendo en ella mas de quatro reales, empecé à pedir, y à gastar, como si fuera cargado de doblones, en confiança de hallar amigos, ó conocidos, porque mi oficio es, unas veces barco lleno, y otras barco vacio.

Estuve alli unos dias refrescando, y descansando, y à la partida el Maestre de Campo Don Fernando Solis, me diò con que pagar el gasto que avia hecho, y con que venir hasta Nieporte, adonde Salvador Bueno, Gobernador de aquella Plaza, me amparó, y ayudó para el camino. Llegué otro dia à Brujas, adonde me vestí a lo Polaco, y por ser Carnestolendas, y trage ocasionado, faltó muy poco de no apedrearme. Passé de alli à Gante, en cuyo castillo

llo hallé todo regalo, y agaſſajo; y al cabo de dos dias hice mi entrada en Bruſelas, que fue el ſegundo dia de Quareſma, adonde fui muy bien recibido de mi amo, haciendome la merced, que ſiempre me ha hecho, y gozando en ſu Palacio de la generoſidad que ſiempre he gozado, fui à viſitar a los demás ſeñores, en quien hallé la miſma grandeza, y aun mas que antes, y con mas quilates, aventajadas las dádivas. Llevaba tambien tras mi ſus poquitos de muchachos, porque imagino, que no ſe ha viſto trage mas mirado, ni hombre mas perſeguido, que yo con él, y yendo à ver à mi Dama, para mudar de veſtido, me dixo el mercadante, adonde la avia dexado, que à pocos dias de mi partida, ſe avia ella echado al mundo, por quitarſe de malas lenguas, y que todos mis veſtidos los avia vendido, ò empeñado, ſin aver dexado coſa ninguna en ſu caſa. Fuime à la de ſu tia, la qual me recibiò con mil zalemas, y me dixo, que en aquel inſtante acababa de ſalir de alli ſu ſobrina, y que eſtaba como un Angel, y que deſeaba volver à mi poder, y que le avia eſtado mas de una hora perſuadiendo, para que me fueſſe à hablar, y dar un recado muy amoroſo de ſu parte, y à diſculparla de el yerro que avia hecho; y que el averſe hecho tan miſerables los hombres, para con las mugeres, le avia obligado, por verſe en neceſsidad, a enagenarme la ropa, que le

avia dexado à guardar, yo dixe, que al punto le enviaria la respuesta de todo lo que me avia dicho por escrito, para que se la diera à su sobrina: y despidiendome de ella, me entré en casa de un amigo, y tomando recado de escrivir, le compuse un romance, que decia de esta suerte:

MAdama Doña Escotosia,
Ya no mas, por no ver mas,
Puesto que hasta aqui he querido
Cantar mal, y porfiar.
Ya, mi Reyna, no me atrevo
Sufrir mas, por querer mas,
Porque agravios por finezas,
Es ya moneda usual.
Essa zalema à los Moros,
Esse tus tus à otro can,
Essas flores à otro Mayo,
Essas chanças à otro Bras.
Lleve el Favonio suspiros,
Lleve lagrymas la mar,
Y lleveme à mi el diablo,
Si vos me engañareis mas.
Por vuestra causa he quedado
Retrato del Padre Adàn,
Siendo en Corte, por lo menos,
Polaco, à no poder mas.
Vos, señora, aveis tenido

Mas

Mas conchas que no un caiman,
Mas cautelas que un Sinon,
Mas pleytos que una Ciudad.
Mas entradas que no un Reyno,
Mas ſalidas que un Lugar,
Mas viſitas que una Audiencia,
Mas aplauſo que un mordàz.
Mas encuentros que los dados,
Mas ofrendas que un Abad,
Mas vueltas que tuvo Troya,
Mas tiros que tiene Oràn.
Mas que Angelicas traſpueſtas,
Mas diſputas que una paz,
Mas cebo que un peſcador,
Mas uñas que un gavilàn.
Y ſi mas llegare à veros,
Quando juegue, y diga mas,
Ruego al Cielo que en caſtigo
Diga topo, y eche azar.

Hícelo un villete, y deſpues de averlo cerrado, ſe lo envié con un muchacho à la tia, echandoles à los dos la bendicion para ſiempre. En eſte tiempo, mi amo, por verme en mi trage, y hacerme dexar el ageno, me hizo una pura mancha el veſtido Polaco en un banquete; pero al cabo de dos dias ſali à ſu coſta hecho una parra de plata: y por hacer alarde de la nueva gala, me fui al ſalon

de Palacio, y andandome passeando por él, me acordé de aver leido, como en aquel mismo puesto, el invencible Emperador Carlos Quinto, por hallarse enfermo de la gota, y fatigado de los trabajos de la guerra, hizo renunciacion de su Imperio, y Reynos, y se fue à Iuste à retirarse, y à tener quietud; y queriendo aprovecharme de tan grandioso exemplar, por verme enfermo del mismo achaque, y fatigado de los trabajos de la paz; y por ver que se me vá passando la juventud, y que me voy acercando à la vejéz, propuse de abreviar con mas eficacia para irme à retirar, y à tener sossiego en aquel ameno, y deleytoso Iuste de la Gran Ciudad de Nápoles, Metrópoli de todas las grandezas, maravilla de maravillas, cuyos montes son dulce olvido de los hombres, cuyos campos son prodigios ostentosos de la naturaleza, cuyo celebrado Seveto es emulacion del Xanto, y competidor del Patheólo, su muelle assombro del pyramidal colóso, sus Templos desperdicios del de Efesia, sus Principes, y Señores el symbolo de la lealtad, la congregacion del valor, el centro de la Nobleza, el Sol de toda la Europa, y la Flor de toda la Italia. Para cuyo efecto traté al instante de hacer este libro, por hacerme memorable: y porque sirva de despedida de mi amo, y señor, para que como tan gran Principe, viendo que es cosa justa lo que le suplico, en pre-

premio de lo que le he ſervido, acordandoſe de la palabra que me dió deſpues de la batalla de Tionvila, me dé licencia para retirarme à diſponer de la merced que ſu Mageſtad me hizo à la fertil vera Napolitana, teniendo mi celda en el S. Iuſte de ſu Ducado de Amalfi, y eſtando en los últimos pliegos de eſta obra, llegó à eſta Corte la funeſta, y infeliz nueva, de como à la Mageſtad Ceſarea, de la Emperatriz Maria, avia ſido Dios ſervido de llevarla à mayor Imperio, para que trocaſſe la corona que tuvo en eſta vida, por la Corona de la Gloria; cuyo juſto ſentimiento me inundó el corazon de ſuſpiros, y de llantos los ojos; porque en oír un tan tierno malógro, y tan accelerada partida, qué diamante no ſe ablandára, ni qué riſco no ſe enterneciéra? Y ſoy tan por todo extremo infelice, que ſiempre à una pena, me ſigue otra pena, à una deſdicha, otra deſdicha; pues aviendo tenido ſuerte de ſervir à un tan gran Principe, como fue ſu Alteza Sereniſsima el Infante Cardenal, que en campos de zafir, piſa tapétes de luceros, al tiempo que mas me amparaba, y aſsiſtia, por ſer perla del Nácar de la divina Margarita, ſe lo llevó el Cielo, para que en él fueſſe celeſtial rubí: y quando con toda liberalidad, y grandeza, la Mageſtad Real de la hermoſiſsima Reyna de Polonia me honraba, y favorecia, trocó el Reyno eſtable por el eterno: y aora de preſente la Emperatriz

del Orbe, Reyna de la hermosura, la Princesa de las flores, cuya belleza era sobre humana, y cuyas virtudes eran divinas, porque gustaba de hacerme merced, y de ayudarme con generosa mano, dexando a Alemania en un eterno cáos, y a España en una confusa tiniebla, se ha partido à ser luz del Sol, y Querubin entre los Querubines: de modo, que para qne à mis tormentos no aya humana resistencia, me han faltado de quatro años à esta parte tres colunas invencibles, tres Deydades milagrosas, y tres floridos pimpollos de la Casa de Austria, que han sido un Infante de España, hermano de un poderoso Rey; una Reyna de Polonia, muger de tan gran Monarcha, y hermana de un Emperador: y una Emperatríz de Alemania, muger de un Emperador del Orbe, y hermana de un Rey de España, y de una Reyna de Francia: de suerte, que oy me hallo tan huérfano, y solo, que ya no tengo à quien volver los ojos, sino es à mi Rey, y Señor, y à mi antiguo dueño el Excelentísimo Duque de Amalfi, que à no estar debaxo de su amparo, y no hallarme tan obligado como me hallo, à tanto favor, y merced como me ha hecho, y hace, me huviera forçado el sentimiento de esta última muerte, à irme à un desierto à hacer penitencia, ò à un oculto, y encumbrado monte, para que entre sus soledades me acabassen las melancolias que me afli-

gen

gen de la preſente deſdicha, y por dar mueſtras de agradecido à tantos, y tan grandioſos beneficios, como de ſu Mageſtad Ceſarea avia recibido, compuſe à ſu muerte los ſiguientes verſos.

QUando lleno de albores
Entró el jurado mes, Rey de las flores,
Preſtando à los jardines
Avenidas, de roſas, y jazmines,
Y dando à los vergeles
Lluvias de lyrios, flotas de claveles.
La flor mas oloroſa,
La mas purpúrea, y refulgente roſa,
Que patsó de Caſtilla
A ſer del Sacro Imperio maravilla:
La que el Sol al miralla,
Le preſentó victoria, y no batalla:
La Emperatriz Maria,
Riſa del Alva, y explendor del dia,
Trágico golpe quiſo
Transformarle el laurél en ciparíſſo:
Porque en tal deſventura,
Nos faltaſſe la luz, y la hermoſura.
Jamás creyó ſu Atlante,
Que ſe eclypſára Sol tan rutilante:
Ni que de fiera Parca horrenda huella,
Se atreviera à menguar Luna tan bella:
De oy mas no den las flores

Fragrancias de odoriferos olores,
Ni tenga el mar bonança,
Ni ſe viſtan los prados de eſperança:
Sea todo agonia,
Pues le faltó al Imperio el alegria,
Hinchendoſe con llanto muy profundo,
De ſentimiento, y luto todo el mundo.

GLOSSA.

Aprended flores de mi,
Lo que va de ayer à oy,
Que ayer maravilla fui,
Y oy ſombra mia aun no ſoy.

PUrpureos claveles rojos
Fueron mis facciones bellas;
Todas racimos de Eſtrellas,
Todas Soles à manojos;
Mas ahora ſon deſpojos,
Y no aquella que antes fui,
Pues deshojò el alhelì
La parca de mi hermoſura:
Y aſsi de tal deſventura,
Aprended flores de mi.
Ayer me viò la campaña;
Dando à ſus flores olor,
Muger de un Emperador,
Y hermana de un Rey de Eſpaña,

Y oy un golpe de guadaña
Me ha poſtrado adonde eſtoy,
Y aquello que fui, no ſoy,
Ni puedo volver à ſer,
Con que podrà el mundo ver
Lo que va de ayer à oy.
La corona de mi frente
Tuvo ayer muy gran valìa,
Por ſer de Reyna de Ungria,
Y Emperatriz del Oriente:
Por roſa reſplandeciente,
Tal bien ayer mereci.
Mas como mortal naci,
La parca cortò mi ſer,
Sin reſpetar, ni temer,
Que ayer maravilla fui.
Infanta naci en la cuna,
Y en mi juventud hermoſa,
Vine à ſer Reyna, y Eſpoſa
De un Sol, de quien fui la Luna:
Tributòme la fortuna,
Y ahora feudos le doy,
Y aunque en urna Real eſtoy,
Me ſirve de deſconſuelo,
Que ayer me vi Sol del ſuelo,
Y oy ſombra mia aun no ſoy.

Ya me parece, amigo Lector, que ſerá juſto el dar fin à eſte volumen, porque no ſeria razon tras de tanta pena, y ſentimiento, eſcrivir coſas de chan-

chança, quando huviera materia para ello: y assi me perdonarás el averte dado el postre en tragedia, pues harto me holgára yo, y toda la Christiandad, que su Magestad Cesárea se gozára siglos de siglos, y darte, en lugar de sus epitafios fúnebres, una docena de romances alegres: y assi, culpa à la muerte, y no à mi pluma; pero porque te quedes saboreando con la miel del buréo, y no lloroso con el trágico fin, porque sea postre agridulce, como granada, hice una despedida de mi amo, y de todos los Señores, y Damas de esta Corte, advirtiendote, que me ha costado harto trabajo, porque su compostura es la mas dificil, que hasta oy ha salido, por ser romance sin una letra vocal, que es la O, con ser la mas necessaria de todas cinco, que es el siguiente:

INsigne Duque de Amalfi,
Cuya fama à Italia ilustra,
Y ella ufana à tus laureles,
Le dà palmas à la pluma.
Fuerte Alcides de Alemania,
Cuyas Deidades Augustas,
Y Aguilas sacras rapantes,
Las preservasteis de injurias.
Valiente Anival de Flandes,
Pues en su primera angustia
Le sacasteis invencible

De

De las tinieblas obſcuras.
Eſtevan ſe parte a Italia,
Y antes de partir renuncia
El alegria, y la chança,
Y la gala de la bufa.
AV. Excelencia ſuplica,
Le dè licencia, ſi guſta,
Pues que ſus males, y achaques
La muerte, y vejez anuncian.
Bruſelas, quedad en paz,
Damas, Deidades purpureas,
De cuya beldad ſe ſaca
Quinta eſſencia de luz pura.
A reverder en el valle,
Pues ya mi merced ſe afufa
A tener caſa de naipes,
Y à vivir de garatuſa.
Principes, Duques, Marqueſes,
Mi viage ſe apreſura,
Y el partirme es para ſiempre,
Y la vuelta para nunca.
El fin de mis caravanas
Anhela, y pide pecunia,
Que es la bella entretenida
Sanguijuela, que la chupa.
Valiente, y fuerte Miltcia,
Cuya infernal barahunda
Me hace temblar cada dia,
Y guardar muy bien la nuca.

A mi partida haced salva,
Pues sabeis mis cancamusas,
Y que en campañas de Requiem
Nunca estuve de Aleluya.
Burgesìa ya se ausenta
Esta tremenda figura,
Que de làmparas, y tazas
Fue tarasca, y fue lechuza.
Quedad en paz, y quietud,
Galeazas de la chusma,
Polillas de la salud,
Venteras de carne cruda.
Muy huèrfanas quedareis,
Bellas, y amenas bayucas,
El alma queda en rehenes,
Ya que el cadaver se muda.
Mis niñas en esta ausencia
Daràn vertientes de zupia,
Que si es muerte el ausentarse,
Lagrymas dèn à sus urnas.
Si al que se muda, Jesvs
Siempre le ampara, y le ayuda,
Buen viage, y buen passage,
Pues que ya pinta la uba.

FIN.

TABLA

TABLA DE LOS CAPITULOS QUE SE CONTIENEN EN eſte Libro.

CAPITULO I.

EN que dà cuenta de ſu nacimiento, eſtudios, y traveſuras, y de un chiſte donoſo, que le ſucediò con un valiente, y el viage que hizo de Roma à Liorna, fol. 1.

CAPITULO II.

En que refiere ſu embarcacion, y llegada à Mecina, y viage de Levante, y lo que le ſucediò en el diſcurſo de èl, y en la Ciudad de Palermo, haſta tanto que ſe auſentò de ella, fol. 17.

CAPITULO III.

Adonde ſe declara el viage que hizo à Roma, lo que le ſucediò en ella, eſtando por aprendiz de Cirujano, como ſe volviò à huìr tercera vez: entrò à ſervir de Platicante, y Enfermero en el Hoſpital de Santiago de Nàpoles: y como ſe ſaliò de èl por paſſar à Lombardia, con pueſto de abanderado, fol. 50.

CAPITULO IV.

De ſu llegada à Eſpaña, y viage que hizo à Zaragoza, y Madrid; y peregrinage a Santiago de Galìcia,

cia, y otros ridiculos sucessos, que le passaron en Portugal, y Sevilla, hasta que entrò à ser mozo de Representantes, fol. 78.

CAPITULO V.

En que hace relacion de la ausencia que hizo de Sevilla à ser Soldado de leva, y los varios acaecimientos que le sucedieron en Francia, è Italia: y de como estuvo en Barcelona sentenciado à muerte. fol. 107.

CAPITULO VI.

En que dà cuenta del presidio que tuvo en Rosas: el viage que hizo à Milàn; y como passò à la Alsacia, y se hallò en la batalla de Norlinguen, folio 141.

CAPITULO VII.

Que trata del viage que hizo à los Estados de Flandes: una pendencia ridìcula que tuvo con un Soldado: la junta que hizo con un vivandero: y otros muchos acaecimientos, fol. 163.

CAPITULO VIII.

En que declara la vuelta que diò à los Estados de Flandes, sirviendo de correo, y lo que le sucediò en el socorro, y batalla que diò su amo en Tionvila; y de como fue recibido en el servicio de su Al-

Alteza Sereniſsima el Infante Cardenal, y otra mucha variedad de ſuceſſos, fol.215.

CAPITULO IX.

Donde proſigue el fin que tuvo la referida maſcara. La ſalida que hizo à campaña, quando ſe ſitiò à Arràs. El chiſte que le ſucediò con un vivandero: lo que le paſsò à la retirada con ſu Dama, y la nueva campaña de Ayre: enfermedad, y muerte de ſu Alteza, y ſu partida à Alemania, en buſca de ſu amo el Duque de Amalfi, fol.243.

CAPITULO X.

En que proſigue el fin que tuvo aquel ſitio, y del viage que hizo al Reyno de Polonia, y de lo que le ſucediò à la vuelta en la batalla de Lipcig, que dieron los Imperiales à los Suecos, y un reencuentro que tuvo con un trozo de vivanderos, y de la vuelta que diò à Flandes, y deſpues al Imperio, f.276.

CAPITULO XI.

En que cuenta el ſegundo viage que hizo al Reyno de Polonia: el deſafio que tuvo con un Eſtudiante Polaco: la llegada à Viena, y partida à Italia, y lo que le ſucediò en el camino con un Capitan Aleman, y los viages que hizo à Roma, y Napoles, haſta llegar à Eſpaña, fol.294.

CA-

CAPITULO XII.

En que prosigue su llegada à España, y de dos ridiculos casos, que le sucedieron con una moza de posadas, y un moderno Ingeniero: de la merced que le hizo su Real Magestad, y de un nuevo galantèo, que le sucediò en ella, y de los demàs acaecimientos que tuvo, hasta llegar à San Sebastian, fol. 334.

CAPITULO XIII.

En que prosigue el viage que hizo à Flandes: los naufragios que le sucedieron en el camino, y los palos, que le dieron en Inglaterra: la llegada à Bruselas, y la despedida para Napoles, f. 377.



LAVS DEO.